

José Ángel Aguilar

LA DECENA TRÁGICA



LA DECENA TRÁGICA

JOSÉ ÁNGEL AGUILAR

MÉXICO
PRESIDENCIA DE LA REPÚBLICA



PRESIDENCIA DE LA REPÚBLICA

Presidente de la República
Enrique Peña Nieto

SECRETARÍA DE EDUCACIÓN PÚBLICA

Secretario de Educación Pública
Emilio Chuayffet Chemor

Subsecretario de Educación Superior
Fernando Serrano Migallón



INEHRM

INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS
HISTÓRICOS DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO

Directora General
Patricia Galeana

Consejo Técnico Consultivo

Fernando Castañeda Sabido, Aurora Gómez Galvarriato,
Luis Jáuregui, Álvaro Matute,
Ricardo Pozas Horcasitas, Ariel Rodríguez Kuri,
Salvador Rueda Smithers, Adalberto Santana Hernández,
Enrique Semo, Gloria Villegas Moreno.

LA DECENA TRÁGICA

JOSÉ ÁNGEL AGUILAR

LA DECENA TRÁGICA

JOSÉ ÁNGEL AGUILAR

Portada: Una posesión felicista en Balderas, fotografía de Sabino Osuna.

Dirección editorial: Lourdes Martínez Ocampo

Diseño y diagramación en formato electrónico: Gabriela Barrientos Simán

Digitalización y edición de interiores: Gabriela Barrientos Simán

Primera edición, tomo I: 1981

Primera edición, tomo II: 1982

Primera reedición facsimilar en formato electrónico, de ambos tomos integrados: 2013

ISBN 978-607-9276-25-6

Derechos reservados

© Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México (INEHRM)

Francisco I. Madero núm. 1, San Ángel,
Del. Álvaro Obregón, México, 01000, D. F.

www.inehrm.gob.mx

Hecho en México

INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS
DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO

MÉXICO, 2013

LA DECENA TRAGICA

Tomo I

JOSE ANGEL AGUILAR

LA DECENA TRAGICA

TOMO I



MEXICO - 1981



INDICE

<u>CAP.</u>		<u>CAP.</u>
I.	Ominoso umbral	13
II.	Todo mundo lo sabía	29
III.	Primer repique agorero	55
IV.	El aviso a Madero	73
V.	Sangre en el zócalo	81
VI.	Un paredón en palacio	103
VII.	Lunes 10 de febrero	109
VIII.	Martes 11 de febrero	119
IX.	Miércoles 12 de febrero	135
X.	Jueves 13 de febrero	149
XI.	Viernes 14 de febrero	157
XII.	Sábado 15 de febrero	171

Fin del primer tomo



CAPÍTULO I

OMINOSO UMBRAL

Es sábado, sábado 8 de febrero de 1913.

A las seis de la mañana, un hombre delgado, de negro bigote, no puede disimular su nerviosismo.

Es el general Manuel Mondragón, que llega a la casa del doctor Enrique Osorio, en Tacubaya; allí le aguarda Eugenio Paredes. El tiempo cobra inesperada celeridad; la situación comienza a complicarse contra la voluntad de los protagonistas de un drama que está en sus albores, por más que los preparativos consumieran algunas semanas.

“El movimiento se inició en octubre de 1912 y la labor organizadora fue del general Manuel Mondragón, Manuel M. Velázquez (mi padre), general Gregorio Ruiz, José Ma. Servín, el licenciado Rodolfo Reyes y el ingeniero José Mondragón.”

“Pero había otros implicados: También participaron y tomaron parte activa durante la Decena Trágica, el teniente coronel Gabriel Aguillón, Ignacio Muñoz y los capitanes Antonio Escoto, Santiago Mendoza, Samuel Gutiérrez, Juan Montañón, Fernando Barrera, Jorge Veraza, Francisco Gil, Francisco Landeros, teniente Alfredo Kurczyn, Alejandro Armiño, Carlos Villegas, Antonio Gaona, Luis Fitmaurice, Horacio Martínez; entre los civiles: Manuel, Guillermo, Alfonso y Francisco Mondragón, Pedro Duhart, Rafael Zayas, Pantaleón Lara, Manuel Rodríguez Lozano, Héctor Manuel Espinosa de los Monteros, doctor Enrique Gómez, José Bonales Sandoval, Miguel Othón de Mendizábal y muchos más” (*Excélsior*, febrero 5 de 1972, entrevista en el licenciado Víctor Velázquez).

Quienes aún viven en la ciudad de México y afrontaron aquellos aciagos días, saben bien lo que representó, no sólo en la vida institucional de México, sino en el desarrollo de actividades citadi-



nas, que desembocaron en escenas indescritibles, en hambre y tragedias familiares, que nada representan ciertamente a la hora en que se escribe la historia. Pero las lesiones existieron, y aunque ha transcurrido el tiempo, no ha podido borrarse la amargura de una etapa violenta que abrió las compuertas de una etapa de mayor violencia, con mayor caudal de sangre a nivel nacional.

El cuartelazo lo vivió en primer término la población capitalina y, cuando pueden conocerse pormenores de aquel suceso se hace mayor claridad en la comprensión de los hechos.

Ya el general Mondragón era buscado afanosamente por el mayor Emiliano López Figueroa, inspector general de policía de la ciudad de México. Quería aprehenderlo.

Para esa hora, también Mondragón había ordenado a oficiales del ejército y civiles adictos que desempeñaran algunas comisiones, todas dentro del marco de sedición.

“Para entonces, el movimiento contaba con los siguientes elementos: un batallón de reciente formación llamado «De Seguridad» y los batallones 20 y 24 de línea (o sea de infantería), las guardias del Palacio Nacional, de la prisión de Santiago Tlatelolco y de la penitenciaría, los regimientos 2º y 5º de artillería, la compañía de ametralladoras y los regimientos 1º y 2º de caballería, así como la Escuela de Aspirantes de Tlalpan.”

(Misma entrevista.)

Además estaban comprometidas diferentes entidades militares dentro de los cuarteles, teniendo ya instrucciones al efecto. El conducto había sido precisamente Eugenio Paredes.

Para ese entonces, Víctor Velázquez, conocido penalista hoy, ya tiene la encomienda de llevar hasta el cuartel de San Diego en Tacubaya tres bultos con lámparas eléctricas de bolsillo que funcionan con pilas y emiten luz roja; servirán para que militares y civiles se identifiquen en la obscuridad en la hora crítica. Es un santo y seña mudo.

Parece que no se ha perdido detalle alguno; hay que asegurar en todas las formas el éxito.

Las lámparas son entregadas al teniente coronel Gabriel Aguilón, quien por supuesto, según decimos antes, está comprometido con la infidencia; además recibe de Velázquez cierta cantidad de dinero, porque las escarcelas de Iñigo Noriega, Gabriel Fernández Somellera, Guillermo de Landa y Escandón, la esposa de don Porfirio, doña Carmen Romero Rubio, Fernando de Teresa y otros españoles como él: Gonzalo Garita, son generosas con la causa; el di-

nero debe emplearse para cubrir los haberes de la tropa, pues no podrá contarse con los pagadores, y un soldado sin haberes nunca será un buen soldado, como no sea idealista.

Todas las previsiones aconsejables se han adoptado con singular tino; el propio Víctor Velázquez, cumplida su misión de entregar lámparas y dinero a Aguillón, redacta un telegrama urgente a su padre, el general Manuel M. Velázquez, jefe de armas que fuera trasladado de Toluca a la capital veracruzana y que ya no está en condiciones de pedir licencias; es decir, su salida sólo puede ser para participar en el movimiento, convirtiéndose, pues, en rebelde. El general Velázquez entiende la clave convenida y no vacila en ponerse en marcha rumbo a México el mismo día, acompañado de Javier Larrea. Los dos descienden del tren en Puebla y el viaje prosigue por carretera. Llegan la misma noche del sábado.

Manuel M. Velázquez, el general, es hombre de decisiones.

Los acontecimientos bajan ya por inclinada pendiente.

El jefe de día en el cuartel de San Diego remite arrestado al capitán Fernando Aguilar; la prisión está en Santiago Tlatelolco.

El arrestado es uno de los oficiales mayormente comprometidos con la sedición; pero gracias a las gestiones del licenciado Rodolfo Reyes recobra la libertad antes de 24 horas.

Incidentalmente, Rodolfo, hijo del general Bernardo Reyes, es otro factor importante en el cuartelazo, y son muchos quienes lo señalan como responsable de alguna de las inconsecuencias de su progenitor.

A las diez de la mañana, por conducto del ingeniero José Mondragón, hermano del general, en la avenida San Francisco, frente al Salón Rojo, es requerido por Liceaga en su despacho.

Luis es hijo de Octaviano Liceaga, director de la prisión ubicada en Lecumberri, en cuya celda 71 de la crujía H se encuentra preso el general Félix Díaz, traído de Veracruz, donde se rebeló.

Allí en el despacho aguarda también el general Mondragón, quien después del saludo de rigor, pregunta, lacónico:

—¿Qué ha pensado usted respecto a su padre?

La respuesta, según confiesa el mismo Liceaga, no tiene titubeos:

—General, yo pienso que, con respecto a mi padre, no hay nada que hacer, pues no siendo posible que se preste a ninguna sugestión, lo más prudente es dejar que los acontecimientos se desarrollen en la forma que se presenten; ya veré la manera de que su honor salga airoso en este conflicto. Déjeme usted a mí este delicado asunto, que yo sabré resolver, sin menoscabo de su dignidad.

El señor Octaviano Liceaga no era de las mismas ideas de los participantes en la sublevación; tenía cabal concepto de la lealtad.

Aparentemente el general Mondragón acepta; sin embargo, dice:

—Hoy en la noche se iniciará el movimiento; le ruego se instale en la casa de nuestro común amigo el arquitecto Enrique Fernández Castelló hasta el momento que yo lo crea oportuno y pueda utilizar sus servicios.

Ya está en marcha la decisión tomada apenas el 6 de febrero; no habrá posposiciones de fecha.

La hora, cierto, se ha venido diferiendo, pero ahora es el momento debido y no caben las vacilaciones, pues ya corre por toda la ciudad la versión de un levantamiento y la policía se moviliza pretendiendo atrapar a los principales responsables.

¿Cómo es posible que no se hayan tomado medidas drásticas que pudieran ahogar en su cuna la rebelión?

¿Cómo es posible que se ignore, cuando que todo mundo en la calle lo dice en todos los tonos, señalando incluso a los cabecillas y cuáles son los focos de la conspiración?

Se da el caso de que en los propios cuarteles se haga abierta e impunemente labor de sedición y en comidas en céntricos restaurantes se incite a los oficiales del ejército, casi delante del mismo inspector de policía.

No hay ya reticencia de ningún género; todo está decidido para la gran aventura crucificando al país.

No hay escrúpulos; no hay el menor sentido de comprensión, ni será simplemente enfilarse hacia lo que ha de constituir, sin quererlo, sangrienta alborada de la redención de México.

Las horas cobran un sentido especial de importancia momento a momento y en la tarde de ese mismo día, sábado 8 de febrero, se transmite la orden a los oficiales inodados en la infidencia, dentro de distintos cuarteles, haciéndoles saber que a las ocho de la noche habrá una última junta general en el cuartel de artillería de San Diego, en Tacubaya.

Ya para entonces el general Manuel M. Velázquez, que como se ha dicho se encontraba en Jalapa y descendió del tren en Puebla, está en México y se encamina hacia la Ciudadela, cumpliendo órdenes de Mondragón.

A las siete de la noche, el general Mondragón da instrucciones a su hijo del mismo nombre para que con Víctor Velázquez vaya al



cuartel de San Diego a recordar al teniente coronel Gabriel Aguillón que concurra a la junta general de oficiales a las ocho.

Pero Aguillón alimenta algunas dudas a pesar de tener ya lámparas y dinero; hay ciertas cosas que lo hacen dudar.

Claro que su vacilación descontrola un poco a los jóvenes emisarios. Sin embargo, esa duda no es muy sólida, puesto que en esos momentos llega un automóvil procedente del restaurante La Flor de México llevando pasteles y empanadas, botellas de cognac y copas, encargados poco antes. Están destinados a quienes concurran a la junta anunciada. Después de todo, esta clase de reuniones, a pesar del sobresalto, deben ser placenteras.

Mondragón y Velázquez llevan pasteles, empanadas y licor a una tienda llamada La Marina Española, propiedad de José Cuesta, ubicada frente al cuartel de San Diego. Cuesta, por supuesto, es ibero, y ya se sabe la posición de algunos de estos extranjeros.

Aun cuando Aguillón parece comprometerse de nuevo con el cumplimiento de su palabra, los comisionados abrigan dudas y así lo manifiestan al general Mondragón, que más tarde se entrega a desesperada búsqueda del teniente coronel, que por sus titubeos podría convertirse en un obstáculo.

La perspectiva de un nuevo aplazamiento de la asonada estremece a aquellos hombres, cuando ya el general Velázquez ha trabado conversación con Aguillón y lo convence para que cumpla su palabra.

Pero Mondragón no lo sabe; busca al teniente coronel en su domicilio de la avenida Chapultepec y luego en la casa del general Gregorio Ruiz en Tacubaya.

Cerca de las ocho de la noche las reflexiones orillan a una determinación: hay que localizar a Aguillón en su domicilio, porque ha dado órdenes al teniente de guardia, para que acuartele la tropa, prohibiendo la entrada de cualquiera persona ajena, sea quien sea, y aunque ha dicho que sale a tomar sus alimentos, lo cierto es que no aparece en su casa, ni en parte alguna.

Por eso deciden esperarlo el general Velázquez y el hijo del general Mondragón, así como los capitanes Rafael Romero López, Jesús Isunza, los señores Daniel y José Pesado y otros.

Todo es urgente; todo es imperativo, y la angustia encoge el espíritu de quienes ya se decidieron a derrocar al presidente Francisco I. Madero.



Cuando Aguillón se acerca a su domicilio, lo interceptan, saliendo de entre los árboles, pues los comisionados se han escondido para sorprenderlo y no dejarle evasiva.

Hay intercambio de palabras; por una parte, la incitación y hasta la reconvención; la hora del compromiso no admite elusiones. Sea que lo convenzan, sea que realmente lo piense así, el caso es que el teniente coronel poco después tiene que seguir a Velázquez a la casa del general Gregorio Ruiz en las calles de Progreso, en Tacubaya, donde, claro está, espera Mondragón ansioso y cuya palabra acaba por persuadirlo, haciéndolo que cumpla su palabra, pese a que Aguillón explica que el teniente coronel Catarino Cruz, jefe del 5º regimiento de artillería, por supuesto también inodado, a última hora se rehúsa a secundar el movimiento y de manera tajante decide desligarse de la rebelión; por eso dice cautelosamente, aunque quizá con un poco de miedo, que hay que pensar bien las cosas; a esa hora no puede conocerse total e íntimamente el pensamiento que anima a los hombres que han decidido sacrificar al país:

—Considero prudente aplazar la junta y la ejecución del plan por varios días más.

Sin embargo, dice —esclavo de su palabra— estar dispuesto a cumplir, y cuando se delibera sobre el caso y se ha vencido su resistencia llegan a la casa del general Ruiz, Cecilio Ocón y los tenientes del Colegio Militar Gerardo Ríos Covarrubias, Octavio Muñoz Castillo, Carlos Villegas y los oficiales de instrucción de la Escuela de Aspirantes.

Por otra parte, Víctor Velázquez hace la presentación del capitán Joaquín Torres Trueba, quien presta sus servicios en la Ciudadela y ofrece sin vacilaciones secundar al general Mondragón en su aventura.

Ya no es tiempo de dudas, ni puede volverse atrás; de tal manera que el general Mondragón da instrucciones para que se lleve a cabo todo cuanto se tiene planeado.

A las once de la noche se hacen presentes en la casa del arquitecto Enrique Fernández Castelló el general Manuel Mondragón y Cecilio Ocón, quienes pretenden agilizarlo todo.

Su declaración es clara:

—Todo está listo, en la madrugada debe estallar la rebelión.

Cuando Mondragón se despide, exhorta a sus compañeros a que cumplan con su deber, pues debe recordarse que allí en esa casa se encuentra Luis Liceaga, hijo de Octaviano Liceaga, director de la penitenciaría, aquel se ha comprometido a intervenir para que antes

de las cinco de la mañana salga libre el prisionero general Félix Díaz, teniendo en cuenta que en ocasiones o frecuentemente Liceaga acostumbra inspeccionar personalmente el penal a esa hora, que por lo demás es la establecida para el cambio de guardia, interviniendo el segundo jefe de veladores, Nicolás Beltrán, incondicional de Luis Liceaga.

El tiempo corre vertiginosamente y no puede haber pausas; la perversidad anda suelta y ya no volverá al redil, como no sea tras de una deplorable efusión de sangre.

Poco después, Ocón, Luis y Javier Liceaga se dirigen al restaurante Berger, situado en la esquina de la avenida Independencia y calle de López, donde esperan el licenciado Rodolfo Reyes y los oficiales del Colegio Militar teniente Gerardo Ríos Covarrubias —muere el 9 de febrero, cuando escolta a Madero desde Chapultepec al zócalo; recibe un tiro en el corazón al desembocar en la calle de Tacuba, reivindicando su nombre con su actitud—, Octavio Muñoz Castillo, Carlos Villegas y Jorge Morfín Delhorme. Estos deberán prender a Madero en cuanto reciban aviso del capitán Jesús Isunza de que las fuerzas militares están listas para el acto. Por su parte, Isunza se compromete a aprehender a los jefes de la Ciudadela, donde presta sus servicios, facilitando en esta forma la entrega de la fortaleza a las fuerzas que comandará el general Félix Díaz tan pronto como abandone la prisión. Además, por la tarde le dijeron al general Mondragón que se encargarían de sublevar a los cadetes del Colegio Militar.

No demoran mucho en el café, concretándose a consumir una taza con el aromático líquido para seguir cada quien su camino, el que les corresponde, de acuerdo con las instrucciones que tienen al respecto.

Los cuatro desleales tenientes ofrecen que a las cinco de la mañana del día 9 “entregarán las orejas de Madero a las fuerzas rebeldes”.

Entre tanto, el licenciado Reyes se dirige hacia sus compañeros que lo esperan en las afueras de la prisión militar de Santiago Tlatelolco con el fin de liberar a su padre, el general Bernardo Reyes.

Ya que hablamos del licenciado Reyes, bueno es referirse a sus actividades, que ya dijimos libera al capitán Fernando Aguilar.

Reyes, ante la vigilancia policiaca, y en su afán de preparar una coartada en el caso de que lo requiriera, teniendo en cuenta que su bufete también era cuartel de conspiración, integra ante notario una sociedad mercantil con el general Manuel M. Velázquez, que



tenía mando de fuerzas foráneas, "a la cual aportamos diversos asuntos aparentemente".

Esto, como se advierte, precisa otro factor de la meticulosidad que rodea a cada uno de los principales personajes de la infidencia.

Ese sábado, en el umbral de la asonada, el licenciado Rodolfo Reyes visita dos o tres veces a su padre en Santiago Tlatelolco y al general Gregorio Ruiz en Tacubaya.

Y es curioso lo que narra:

"El general Bernardo Reyes —su padre— abriga trágicos sentimientos, pues me pidió que le llevara ropa interior muy fina, porque «mi general Rocha decía, y decía muy bien, que era bueno cuando lo levantaran a uno muerto en el campo de batalla se viera en todos los detalles que era persona decente»".

Está temporalmente en su despacho, para el arreglo de todos sus asuntos y por supuesto platicar con ciertos connotados personajes de la rebelión, sin que en estas pláticas se precisara lo que ocurriría; sin embargo, el abogado recomienda a algunos de quienes lo acosan:

—Vayan al zócalo mañana, antes del amanecer, vayan armados y allí esperen a ver qué pasa.

Esa noche, con los puntos de vista que da su padre, el general Reyes, redacta una proclama declarando que aquel movimiento no es una reacción, "sino que iba contra las orientaciones personales del gobierno". Lo redacta en la casa de Rafael de Zayas hijo, en la colonia Juárez, guardando el original en el bolsillo de su capa, que ha de quedar en el zócalo, en la montura del caballo que fue abatido, y la copia al carbón la guarda De Zayas, quien la entrega a su padre, perdiéndose al final.

A las cinco de la tarde, en su despacho, el licenciado Rodolfo Reyes recibe un recado telefónico diciendo que le comunican de parte del general Gregorio Ruiz "que probablemente no podía ser la cena esa noche", lo que le sobresalta en extremo; ya no es hora de retroceder, pues no hay tiempo de notificar la contraorden a quien antes se avisara, según el encargo del general Mondragón; además, los prisioneros Bernardo Reyes y Félix Díaz corren peligro de muerte.

Violentemente, con Pedro Duhart y De Zayas hijo acuden a la casa del general Ruiz en Tacubaya, buscando al general Mondragón; pero sin resultado, y después de un peregrinaje de tres horas y media, previas indagaciones, puede localizar tanto a Mondragón como a Ruiz; "los dos vestían traje de montar y el caballo del general Ruiz estaba ensillado en el patio".

La decisión está tomada y si bien es cierto que los dos generales se muestran contrariados, también lo es que no varían su determinación, cuando ya el gobierno ha dispuesto que el Primer Regimiento salga de Tacubaya a acuartelarse por fracciones en otros cuarteles de la ciudad de México y se ha mandado buscar al coronel Anaya, jefe del Primer Regimiento, y al teniente coronel Aguillón, jefe de artillería.

A las nueve de la noche, Reyes se reúne con Mondragón y Ruiz de nuevo, encontrándose allí tanto el coronel como el teniente coronel antes citados, así como Othón de Mendizábal, Pedro Duhart, Martín Gutiérrez, Cecilio Ocón, el licenciado José Bonales Sandoval y otros muchos militares y civiles.

Para esa hora, el innegable dinamismo del doctor Samuel Espinosa de los Monteros ha rendido sus frutos, porque José Sánchez Juárez, dueño de todos los autos de alquiler de la ciudad de México en aquel entonces y, por supuesto, de acuerdo con los conspiradores, accede a que todos sus vehículos sean enviados a las calles adyacentes del mercado de San Cosme, donde se estacionan, cuando ya los choferes tienen instrucciones para acomodar a las personas que presenten una ficha convenida; después los vehículos partirán —y partieron— con dirección al jardín de Santiago Tlatelolco, debiendo estacionarse con las luces apagadas y las cortinillas bajadas en calles cercanas a la prisión militar, con el fin de no despertar las sospechas policiacas.

A las diez de la noche, en la puerta del edificio de Mascarones, en San Cosme, alrededor de trescientos milicianos que únicamente portaban pistola recibieron una ficha y el santo y seña que serviría para evitarse dificultades con los propios partidarios del general Bernardo Reyes (*Excelsior*, 11 de febrero de 1963. José C. Valadez).

"Nos separamos poco después de las once de la noche, luego de haber tenido que despistar a unos gendarmes que estuvieron a punto de descubrirnos al ver tamaña reunión de gente, y a los que gratificamos, suplicándoles que impidieran el paso de carruajes porque estaban operando a un militar en aquella casa."

Rodolfo Reyes tiene instrucciones de encontrar al general Manuel M. Velázquez, y con el hijo de éste, Víctor, y Luis Zayas hijo, se dedica a la localización, escapándose de ser detenido al salir de la casa de aquél, en las calles de Bucareli. La búsqueda es y resulta infructuosa.

Hacia las doce de la noche en la casa de Zayas, donde, como se ha indicado, redacta Rodolfo Reyes la proclama, se reúne con quie-



nes deben acompañarlo para hacer ronda por las cercanías de la prisión militar de Santiago.

Pero volvamos a Liceaga, convertido en personaje de importancia por lo que respecta a la liberación del general Félix Díaz.

Liceaga permanece allí hasta las cinco de la mañana y resuelve subir a sus habitaciones, pensando tal vez en un descanso; quince días de tensión nerviosa, de inquietud y zozobra que lo tienen materialmente destrozado, y cuando se dispone a quitarse la ropa y tal vez a dormir, porque su hermano Javier ya está durmiendo, oye sonar el teléfono de mesa que tenía su padre en la recámara, y, pared de por medio, puede oír las exclamaciones:

—¿Cómo... es posible?... ¡Está bien!... Voy inmediatamente a dar órdenes.

Es, sí, ni duda cabe, que su padre, a quien traiciona, tiene noticias oficiales confirmadas de la sublevación por parte del gobernador del Distrito Federal.

Así es.

Octaviano Liceaga sabe ya que los alumnos de la Escuela de Aspirantes se han rebelado y avanzan a marchas forzadas hacia el centro de la ciudad con el fin de liberar a los generales Bernardo Reyes y Félix Díaz.

Las horas, sin freno alguno, se dejan caer de cabeza en el almacén del tiempo, que pasa luego a ser historia, historia de traición.

Poco antes, a las seis de la tarde del mismo sábado, el entonces mayor Juan Manuel Torrea es llamado por el coronel Luis G. Anaya, jefe del primer regimiento de caballería, quien le informa que ha sido requerido urgentemente por el Comandante Militar, al igual que los jefes de las diversas corporaciones, haciéndoles saber "que había llegado a conocimiento de las autoridades militares superiores la especie de que algunos jefes no eran leales, que en su obligación estaba exhortándolos para que en todo caso cumplieran con su deber, aunque él en verdad no había dado importancia a la información, que estimaba como calumniosa, ni a las noticias alarmantes que circulaban en el público".

Todavía más: antes que los jefes abandonen sus oficinas, el Comandante concluye:

—Le respondo con mi cabeza para conservar la disciplina en las tropas a mis órdenes.

Dispone riguroso acuartelamiento de las tropas, incluyendo a todos los jefes, previniéndoles que por ningún motivo se separen del cuartel sin su autorización.

Torrea recibe órdenes de marchar con dos escuadrones y cuando en el centro del patio vigila que se ensille rápidamente la caballada, el coronel Luis G. Anaya, ya comprometido con la sedición, lo releva de la comisión, y es el comandante del regimiento. Pretextuadamente que está esperándolo un primo que procede de Tamaulipas, a quien debe atender porque hay de por medio señalados servicios.

—Mandaré las tropas con los capitanes; usted debe acompañar a su primo a la estación y después se incorporará al cuartel de zapadores para que cumpla con la comisión que tiene.

Luego, directamente el Comandante Militar de la plaza, general Lauro Villar, da otra orden: a las nueve de la noche debe salir del cuartel Tacubaya con dos escuadrones que deben seguir, y así lo hacen, su marcha por la Reforma y calle San Francisco y Plateros (hoy avenida Madero) hasta hacer alto en la esquina del portal de Mercaderes, debiendo avanzar al paso y por columna de viaje por dos, con el fin de que los ingenuos crean que se trata de una columna muy numerosa. De allí, uno de los escuadrones de 88 hombres es enviado al cuartel de Santiago, anexo a la prisión, con instrucciones de realizar cuidadosa vigilancia, bajo las órdenes del mayor jefe del detall, quien por cierto no se presenta al desempeño de su comisión.

Con el otro escuadrón, también de 88 hombres, Torrea se presenta a tomar el cuartel de zapadores, y una vez en posesión se aloja en el cuarto de banderas, y cerca de la media noche puede tener comunicación telefónica con el general Comandante Militar de la plaza, dando parte de su incorporación y el cumplimiento de las órdenes al respecto, mientras aquel jefe le recomienda:

—Ya sabe usted, mucha vigilancia, mucho cuidado, y en caso de alteración del orden, mucha bala, mucha bala, mucha bala...

Ya para entonces, la Inspección General de Policía ha enviado a Tacubaya dos patrullas de autobuses para reconocer los cuarteles, pero audazmente son capturados por Martín Gutiérrez, Cecilio Ocón, José Bonales Sandoval, Víctor Velázquez y otros, mientras los Aspirantes esperan impacientes los tranvías que ha pedido el mayor Celso Acosta, diciendo a la Compañía de Tranvías que los necesita para conducir a unas familias a un día de campo.

El tiempo avanza montando el vértigo.

Mientras tanto, el Comandante Militar de la plaza espera tener pruebas concluyentes aportadas por la policía para tomar medidas



drásticas, aunque no está muy seguro de poder hacerlo, pues teme, y con razón, ser desautorizado por la superioridad.

No es que el general Villar borde en la suposición, pues uno de los ayudantes de Madero, el coronel Rubén Morales, un día antes, es decir, el 7 de febrero, conoce la labor que se desarrolla abiertamente en los cuarteles incitando a la sublevación, y aunque le informa al Presidente y aun llega a pedirle facultades para tomar medidas represivas que detengan de inmediato la actividad subversiva, el mandatario lo cita para el siguiente día, es decir, el sábado 8, mas no lo recibe, pues se encuentra en acuerdo con el Ministro de la Guerra, general Angel García Peña.

Morales decide, teniendo en cuenta la gravedad de la situación, informarle detalladamente a la esposa de Madero, y cuando ésta lo sabe, manda llamar al ayudante y lo reprende.

Por lo demás, el general Lauro Villar tropieza con una gran dificultad: son tantos los militares mencionados dentro del complot que solamente con una remoción de carácter general podría evitarse el estallido de la revuelta, y aun cuando de ello ha hablado con García Peña, éste, contagiado sin duda de la incredulidad y el optimismo del presidente, desoye las sugerencias. Sin embargo, la tarde de ese sábado, umbral de la sublevación, el Ministro de Guerra y el Subsecretario, general Manuel Plata, hablan largamente del caso, analizando las noticias de que disponen sobre el particular, y poco después llama al Comandante Militar de la Plaza para que adopte algunas medidas de precaución, considerando la posibilidad real de un levantamiento.

Villar, cabe decirlo, no tiene suficientes fuerzas para contener una rebelión hecha por militares, pues sólo dispone de unos cuantos reclutas de diversos batallones que están en cuadro y de dos cuerpos, el 20° batallón, en el que no confía, contra la opinión personal del Presidente de la República, y el primer regimiento de caballería, al mando del coronel Luis G. Anaya, corporación en la que tampoco tiene mucha fe.

El Ministro de la Guerra, indolentemente, dice:

—Bueno, pues a ver qué haces con lo que tienes, porque no hay modo de darte más.

Así es como efectúa Villar una junta con todos los jefes de corporación, a los que hace ver, según se dijo antes, con la versión de Torrea, que los rumores de un complot en el que se encuentran inmiscuidos jefes y oficiales, decididos a cometer una deslealtad, son verídicos; hace una exhortación para que todos cumplan con su de-

ber, de tal manera que además del acuartelamiento, directamente dispone que el mayor Juan Manuel Torrea, del primer regimiento de caballería, se concentre en la ciudad de México, tal y como se ha indicado antes.

Cabe así señalar que esta exhortación del general Villar, alrededor de las seis de la tarde del sábado, es precisamente la que hace vacilar al teniente coronel Aguillón y al coronel Anaya, aunque ambos han de ser convencidos a la postre por Mondragón y sus compañeros para que cumplan su compromiso. Anaya, repitiremos, es jefe del primer regimiento de caballería.

Alrededor de las diez de la noche, el inspector de policía López Figueroa se encuentra en el despacho del general García Peña, con el fin de hacerle saber que está casi seguro que esa misma noche se producirá el levantamiento, y otra vez García Peña, escéptico, expresa:

—¿Qué generales son los que se pueden levantar? Bernardo Reyes y Félix Díaz están presos; a Mondragón no lo sigue nadie; Huerta es un borracho que sólo anda a caza del dinero, que ya se le va a dar; de Gregorio Ruiz no puede creerse. Conque, váyase usted a dormir y déjeme a mí hacer lo mismo.

López Figueroa, sin embargo, y francamente en los linderos de la desesperación, va a buscar a don Gustavo Madero, que está cenando en el Sylvain con un grupo de diputados renovadores que agasajan espléndidamente a José J. Reinoso, que acababa de ser designado subsecretario de Hacienda.

El inspector general de policía refiere lo que ha visto y oído en Tacubaya, subrayando la existencia real de un complot, tal y como lo dice el vulgo, como lo dicen los anónimos, como lo indican los corrillos y personas de toda seriedad.

Don Gustavo Madero, que sí toma en serio la información, le pide a López Figueroa unos agentes, a fin de que lo acompañen en un recorrido a bordo de dos automóviles, en su afán de cerciorarse personalmente de la situación de los cuarteles de Tacubaya. Además ofrece que, de confirmar los hechos, intervendrá severamente para que las autoridades competentes procedan conforme las circunstancias lo exijan.

Casi a la misma hora el general Victoriano Huerta abandona la casa del licenciado Rafael Hernández, Ministro de Gobernación, después de haberse quejado del comportamiento del gobierno y del Presidente de la República, que manifiestan recelo, desconfianza de su conducta.



—El Gabinete hace mal en postergarme y mirarme con recelo; García Peña y Manuel Plata no valen nada como militares; en México no hay más que un general, que soy yo. El gobierno está hoy en grave peligro, en más peligro que nunca; pero pase lo que pase, yo lo salvaré. Salvaré al gobierno, salvaré al Presidente de la República, y así me vengaré de él, ya que no ha sabido apreciar mis servicios ni mi devoción, porque ¿cómo puede dudarse de mi honor de soldado, ni de mi lealtad? ¿Se imagina el gobierno el número de conspiraciones que yo he desbaratado para que no caiga?

En esta forma y en estos términos, de hecho Victoriano Huerta confirma la existencia de la sublevación, de la que por lo demás se habla en todas partes.

Apenas abandona la casa envía a uno de sus ayudantes por datos exactos de lo que ocurre en Tacubaya.

Después de las once de la noche, los generales Manuel Mondragón y Gregorio Ruiz, acompañados de otros conspiradores, se dirige al cuartel del segundo regimiento de artillería, pues están resueltos a efectuar cuanto programaran en el camino de la infidencia, mandándose llamar al coronel Anaya, al mismo tiempo que se envía un teniente en busca del destacamento de Dragones en Santa Fe.

Anaya y el general Ruiz irán a levantar a los soldados del primer regimiento de caballería para que desde luego ensillen y se armen. Mondragón asume la tarea de convencer al teniente coronel Catarino Cruz y al mayor Baldomero Hinojosa, jefes del 5º regimiento de artillería, que se han rehusado a sublevarse.

A su vez, el teniente coronel Aguillón ordena lo necesario para que en tiempo preciso se proceda a despertar, atalajar las piezas de artillería y se municione a la tropa de los dos regimientos de artillería.

Paralelamente, se ordena que el capitán Rafael Romero López se encargue de preparar las compañías de ametralladoras de San Cosme, al igual que se realiza la misma operación en el cuartel de La Libertad, mientras se busca al general Velázquez, que no aparece por parte alguna y a quien se encomendará la responsabilidad de capturar al Presidente Madero.

Por lo que corresponde a la Escuela de Aspirantes, nada hay ya que recomendar, porque los capitanes instructores a primera hora de la mañana dispondrán que los cadetes se levanten y armen para emprender el viaje rumbo al centro de la capital, utilizando los medios de transporte que sea posible, sobre todo tranvías. El regimien-

to de artillería acuartelado en San Lázaro, al parecer, según las noticias del mayor Trías, está indeciso, pues el teniente coronel Gamboa, jefe del cuerpo, ha sorprendido a Alberto Díaz y a Pedro Duhart en el momento en que se presentaban a transmitir las órdenes finales y, sospechando la trascendencia de aquello, adopta medidas precautorias.

Por su parte, Rodolfo Reyes recibe instrucciones de redactar la proclama.

Es entonces cuando se acercan a la casa del general Gregorio Ruiz los dos automóviles en que Gustavo Madero realiza su indagación, queriendo darse cuenta cabal y directa del complot. Uno de los agentes que desciende de los vehículos va a pararse imprudentemente frente a la puerta y es detenido por un teniente de guardia y llevado al interior.

Amenazado de muerte, el agente confiesa incluso la presencia de Gustavo Madero, a la sazón a bordo de uno de los dos autos, en las inmediaciones de la casa, a quien Cecilio Ocón, José Bonales Sandoval, Víctor Velázquez y Martín Gutiérrez, jefe de tropas auxiliares —y cuya misión, por conocer perfectamente la zona del Ajusco, era mantener expedito el camino por donde los jefes sublevados pudieran retirarse en caso de que el movimiento fracasara—, pretenden capturarlo, pero con sus compañeros logra huir.

Además, el agente capturado, siempre bajo amenaza de muerte, es obligado a llamar telefónicamente al inspector general de policía, diciéndole que no hay nada extraño y anormal en los cuarteles de Tacubaya ni en sus cercanías.

Desconfiadamente, López Figueroa, lejos de atender el informe de su agente, dispone que de inmediato se redoble la vigilancia y el patrullaje con dos piquetes de la gendarmería montada y tres automóviles con un jefe policiaco y varios gendarmes uniformados, así como agentes vestidos de civil, siguiendo a lo largo de Reforma y la avenida Chapultepec.

Faltan unas horas para la más terrible de las madrugadas.



CAPÍTULO II

TODO MUNDO LO SABIA

No hay ninguna duda.

La oportuna y enérgica intervención de las autoridades policíacas y militares pudo haber conjurado el cuartelazo de febrero de 1913.

Lo que iba a ocurrir era ya del dominio público, pero inexplicablemente, con desmedida confianza y casi con gran desdén, nadie quiso a tiempo hacer nada por impedirlo; una venda absoluta cubría los ojos de quienes tenían a su cargo la seguridad del Presidente, por lo que respecta a su persona, pero también la seguridad de algo mayor: las instituciones.

Es posible que el propio Presidente desdeñara los rumores que ocasionalmente le llegaban, porque a veces rodea a los funcionarios una muralla que impide el conocimiento de muchas cosas que pueden fácilmente sofocarse, mediante inmediatas disposiciones; sin embargo, Madero no creía en la seriedad de los acontecimientos; el simple transeúnte era poseedor de una información multiplicada al infinito y al gusto de cada quien, describiéndose los preparativos que estaban haciéndose a plena luz del día, con total despojo de recato.

Recurrimos a Roque González Garza, quien afirma:

“Madero estaba informado en diciembre de 1912 que la gran conspiración contra su régimen se fraguaba en la dulcería La Ópera, a dos cuadras y media de Palacio Nacional; en el hotel Majestic, de propiedad del porfirista Cecilio Ocón; en la casa del general Gregorio Ruiz en Tacubaya; en la del general Manuel Mondragón; en el despacho del licenciado Rodolfo Reyes; en el consultorio del odontólogo Samuel Espinosa de los Monteros y en la casa de Alberto García Granados.

“Y a sus oídos llegaban también rumores sobre las intrigas que urdía Henry Lane Wilson, embajador de los Estados Unidos.”



Para ese entonces, pues, la actitud de Lane Wilson merecía que se mantuviera sobre él alguna vigilancia, pues el mismo González Garza prosigue:

“Ya el 17 de octubre de 1911, al informar el triunfo de la candidatura de Madero y Pino Suárez, Lane Wilson dejó claramente sentada su aversión al nuevo régimen al opinar que «la inauguración del Gobierno de Madero será seguida más tarde por un recrudescimiento de todos los desórdenes más formidables en carácter y en territorio más amplio.»”

De este modo aquel hombre delgado y alto, con gran inclinación a la bebida, de cara angulosa, huesuda, de peculiares ojos hundidos y espeso bigote, al decir de Robert H. Murray (citado por José Mancisidor) “había sido un especulador de bienes raíces declarado en quiebra en el estado de Washington. Henry Lane, en la vida pública se hallaba maldecido con la desgraciada facultad de meterse en todo género de embrollos . . . Era irascible, quisquilloso, nervioso, egoísta, vano”, defectos ciertamente que tuvieron su explosión hasta que, llegado a México, “donde con su investidura oficial, siguió una línea de conducta morbosa y, sin duda, criminal”, según asienta también el historiador mexicano.

¿Acaso esto lo ignoraba Madero?

El mismo González Garza, Gobernador del Distrito Federal en aquellos tiempos, señala que uno de los peores errores de Madero fue haberse entregado y depender totalmente de sus enemigos:

“Exclusivamente a él debe atribuírsele y del cual derivara una cadena sin fin de desastrosas consecuencias, fue el haber puesto los destinos de la Revolución que acaudilló en manos de personas que no sólo no lo comprendieron, ni simpatizaron con ella, sino que la hostilizaron y reprobaron y es reprochable que hombres como el licenciado Manuel Calero y su colega Jesús Flores Magón, Ernesto Madero, licenciado Rafael Hernández y el también abogado Pedro Lascuráin y Jaime Gurza, sostuvieran que solamente colocando como responsables a funcionarios públicos a elementos del antiguo régimen, y que necesariamente tenían que ser enemigos de la Revolución y por ende del señor Madero, se podía salvar al Gobierno.”

Es verdad, sigue afirmando González Garza, que al llegar Madero al poder, muchos de los que se decían sus amigos fueron los primeros en traicionarlo, creando así desde luego un clima o una atmósfera adversa.

Madero no sigue las enseñanzas del dictador, pero sí las sigue, superándolo, el usurpador Victoriano Huerta. Si por ejemplo hubiera

castigado severamente la primera traición de Pascual Orozco, a la caída de Ciudad Juárez, justamente con los que fueron en nombre de Díaz a cohecharlo y corromperlo para encabezar una rebelión, la simiente de nuevas sublevaciones se hubiera quedado en su propio nido; pero Madero fue demasiado generoso o increíblemente ingenuo.

Un hombre rústico pero bravo combatiente como fue Francisco Villa o si se quiere originalmente Doroteo Arango Arámbula, advirtió desde un principio que la Revolución no concluía, ni podía concluir licenciando a los hombres que habían dejado la manera del arado para esgrimir el treinta-treinta entre sus callosas manos, convirtiéndose en jinetes y dejando en cambio vivo el cuadro de mando y los efectivos del ejército federal.

De esta manera, Francisco I. Madero estaba positivamente solo bajo las asechanzas de quienes acabaron por ser sus verdugos.

El mismo Villa, en el mes de enero de 1913, poco después de haberse fugado de la prisión militar en la ciudad de México, luego de atravesar el país con Carlos Jáuregui hasta Tucson, Arizona, de donde regresó a El Paso, Texas, habría de decirle a don Abraham González, Ñor Abraham:

“Don Abraham, estoy a salvo en El Paso, Texas, aquí me tiene a sus órdenes. Soy el mismo Pancho Villa que ha conocido usted en otras épocas, sin pensar mal de los míos y muy sufrido en la desgracia. Déle cuenta de mis hechos al señor Presidente de la República y comuníqueme que le van a dar un cuartelazo, pues a mí me ofrecieron ponerme libre si secundaba dicho movimiento; pero no habiendo querido yo pertenecer a la traición, decidí conseguir mi libertad a costa de mi vida; que viva seguro que los hombres de gabinete no le han de favorecer y que soy fiel, y que el tiempo tanto cubre como descubre. Y a usted, don Abraham, le digo en lo particular que me permita ir a hacerme cargo de las fuerzas voluntarias del Estado, para favorecerle, pues estamos perdidos; créalo, que se lo digo yo.”

Villa, el guerrero indómito y temerario, analfabeta casi, que más tarde conseguiría el triunfo de la Revolución, rompiéndole el espinazo a la usurpación en Zacatecas, donde fracasara Pánfilo Natera, atisbaba el desastre. No podía evitarlo, pero sí establecía la certeza, después de un análisis justo de las cosas. Y no era político, ni letrado.

Todo mundo lo sabía, pero nada se hizo por conjurar el peligro.

Al iniciarse el trágico año de 1913, las clases conservadoras habían logrado socavar el prestigio del presidente Madero, atacándolo de continuo en todas formas. Y esto ocurrió casi desde el mo-



mento mismo de tomar posesión y hasta los más firmes partidarios comenzaron a desesperar ante su política de tolerancia, aparentemente conciliatoria; pero la verdad de las cosas es que la fosa iba ahondándose más y más, lo que haría inútil después cualquier esfuerzo que permitiera congelar la amenaza.

Aquel descontento y desprestigio tuvo como raíz la ausencia de actos realmente revolucionarios, mientras la buena fe y bondad del mandatario hacían nugatorias las promesas que programara la Revolución en sus comienzos.

Indudablemente que esto tuvo que traer aparejadas sus consecuencias y el descontento de quienes esperaban por lo menos conservar lo que tenían, si es que no mejoraban. Y vino el recelo, la decepción y la hostilidad, tanto más, al advertirse que a final de cuentas los beneficiados eran aquellos a quienes combatieran. Recogían la cosecha los de siempre, pero no quienes sembraron a costa de su sangre el fértil campo, sobre el que iba a erigirse mucho después el cimiento de una nueva patria.

No es sino natural que hasta los más leales maderistas encauzaran una corriente de franca decepción; se tenía el poder, es cierto, pero también lo es que no se trataba de un poder revolucionario; sus actos no representaban esa política y sí la complacencia y hasta el estímulo, para generar beneficios que nunca debieron tener los enemigos, por ser quienes eran.

Fue un fermento propicio para que prosperaran y desarrollaran acciones que tendían al derrocamiento de Madero.

Al mismo tiempo, se abusó del libertinaje, y la prensa venal, francamente entregada a la contrarrevolución, continuó con la más desenfundada de las crueldades y bajo el común denominador de la injusticia, torpedeando un día sí y otro también al régimen. La prensa era apuntalada por quienes sólo buscaban el triunfo de sus ambiciones, para seguir protegiendo antiguas prebendas.

Las páginas de *El Imparcial*, *El Mañana*, *El Multicolor* y otras publicaciones para las que no había freno alguno, dentro, ya se dijo, de la ola de libertinaje, eran implacables.

Como si fuera poco, los llamados tribunos del cuadrilátero: Nemesio García Naranjo, José María Lozano, Querido Moheno y Francisco de P. Olaguíbel hacían coro a los ataques de la prensa; es decir se aniquilaba la auténtica libertad de expresión, para tomar por el más innoble de los caminos.

“Nunca —dice Martín Luis Guzmán— una clase conservadora por simple odio a quien no la trituraba pudiendo hacerlo, ansió tanto

la caída de un hombre, como la que entonces ridiculizaba y vilipendiaba a Madero, sin darse cuenta de que, por de pronto al menos, él estaba salvándola de la ruina.”

En esa feroz coincidencia de ex partidarios y enemigos, Madero era blanco de todos los ataques, escarnios y calumnias, que nadie osaba detener, no obstante que eran conocidos sus animadores, porque éstos no se preocupaban por ocultarse.

La caldera del rencor y de la pasión continuaba hirviendo, mientras la atizaban sin escrúpulos aquellos incapaces de respetarse a sí mismos.

Fue perfilándose, pues, con toda nitidez la inminencia de un levantamiento armado, cuyos preparativos eran hechos en forma abierta en todos los sitios de reunión pública.

Los grandes diarios, sin expresarlo con claridad, tácitamente abogaban en forma perversa por su realización, mientras los periódicos de corto tiraje, llamados pequeños, “con su impaciencia agorera”, casi lo denunciaban, y era común, por otra parte, escuchar los nombres de Victoriano Huerta, Félix Díaz, Manuel Mondragón y otros más o menos conocidos; no había ninguna duda respecto a los presuntos cabecillas; lo que era un acertijo: cómo, cuándo y con quiénes iban a sublevarse.

En esta cascada de rumores, de versiones de todo género y color, dentro y fuera del mundo oficial, la policía atesoraba datos valiosos, y sin embargo, era inactiva. Pero las cosas iban transcurriendo mansamente ante la indiferencia de quienes deberían ser los más interesados.

A nadie, pues, extrañó la certeza del levantamiento; Madero no podía aceptar que mexicanos que lo aclamaran delirantemente, le volvieran ahora la espalda.

Y el incumplimiento, con la esfumación de esperanzas, determina la multiplicación de resentimientos; los que creyeron alcanzar algo y no lo lograron; los que aventuraron anhelos de prosperidad avizorando el mar revuelto, con la consabida pesca, se consideraron defraudados, de tal modo que ellos mismos engrosaron con su simpatía lo que estaba ocurriendo. Y los idealistas, también, frustrados, tuvieron que simpatizar.

Claro es que las citadas versiones en torno a una segura sedición, eran conocidas, como conocidos eran sus animadores, insistimos.

La impunidad en ascenso tuvo que estimularlos con mayor ímpetu, acrecentando su tarea respecto al cuartelazo.

En este trazo de canevá en que los nombres y rumores iban y

venían, alguna noche del mes de febrero de 1913, antes del 9, el licenciado José María Pino Suárez, vicepresidente de la República, es informado por don Jerónimo López de Llergo que Victoriano Huerta estaba decidido a levantarse en armas y tal cosa podía ocurrir esa misma noche, contando con el apoyo de una parte de la guarnición de la plaza.

Pino Suárez también, quizá un tanto incrédulo, notifica la versión al Ministro de la Guerra, general Angel García Peña, y sea que Pino Suárez no se interese o que, contagiados los dos del optimismo del Presidente de la República, García Peña es desdeñoso, como incrédulos ante el peninsular Pino Suárez; por todo comentario expresa, sin conceder importancia a lo que en todos los tonos se repite en la calle:

—Si no se tiene confianza en el ejército ni fe en los hombres, no se puede gobernar.

Mas no se trata del ejército leal que fue sostén de la campaña de Madero, sino del antiguo ejército federal que continúa entronizado y del que francamente no debe tenerse confianza; los soldados a veces son demasiado ciegos o demasiado ingenuos.

Más tarda García Peña en recibir la información y externar su comentario, que en presentarse ante el vicepresidente el general Victoriano Huerta; quiere hacer patente, en forma por demás servil, su indeclinable "lealtad" al Presidente y a las instituciones; su carrera militar, dice, no podrá mancharse nunca con actos que se incluyan en el casillero de la traición; su condición de viejo soldado tiene imprescindible deber.

Huerta, melosamente busca convencer; pero sus lentes oscuros impiden ver los destellos de su mirada; el alma torva del soldadón de Colotlán se enmascara; pero sigue groseramente eructando el cognac.

El estado de inquietud y desconcierto se encauza hacia la sublevación y se reaviva por momentos, y hasta en el seno del Congreso se habla abiertamente de la amenaza, de tal manera que el diputado José Inés Novelo, quien encabeza a los diputados del Grupo Renovador, redacta un memorial que durante muchos años fue mantenido secreto, determinando esa circunstancia a su inserto íntegro:

"H. Señor Presidente de la República:

"Los suscritos, miembros del Bloque Renovador de la Cámara de Diputados del Congreso de la Unión, venimos a exponeros respetuosamente lo siguiente:

"En las tres últimas sesiones celebradas por el expresado Bloque



los días 16, 17 y 18 del mes en curso, se puso a discusión una tesis compleja, de índole exclusivamente política que, metódicamente dirigida contra de los siguientes capítulos:

"I. Revolución de 1910.

"II. Estructura política del Gobierno emanado de la Revolución.

"III. La contrarrevolución, sus tendencias y sus medios de propaganda.

"IV. Estado actual de la opinión pública.

"V. El Bloque Renovador, sostén y fuerza del Gobierno.

"VI. Causas del desprestigio político del Bloque Renovador.

"VII. El desprestigio del Bloque Renovador se refleja en el desprestigio del Gobierno y acrecienta el desprestigio del Gobierno.

"VIII. Complicidad inconsciente del Ministerio de Justicia en la situación política actual.

"IX. Hibridismo en la estructura de los diversos ministerios y en el gabinete presidencial.

"X. Es urgente e inaplazable el remedio de la situación actual.

"XI. Conclusiones que somete el Bloque Renovador a la consideración del Señor Presidente de la República.

"El solo enunciado, señor Presidente, de los diversos capítulos que sirvieron de tema a las discusiones de los miembros del Bloque Renovador, es bastante para llevar a vuestro ánimo el convencimiento de la importancia de las sesiones de referencia; así como la certidumbre de que los miembros de ese Bloque, están todos animados de un patriotismo tan levantado, y de que no existe en el país grupo político alguno que se sienta más leal, más decidida y más cordialmente identificado y convencido de la bondad y de la trascendencia de la Revolución de 1910, de la cual fuisteis jefe abnegado y heroico.

"He aquí en síntesis las ideas que se expusieron en el curso de las deliberaciones y que por acuerdo del Bloque se someten a vuestra consideración:

"A. La Revolución de 1910 fue esencialmente civil y exclusivamente popular. La dictadura del señor general Díaz fue esencialmente militar. La paz de que disfrutó el país fue una paz mecánica sostenida por la fuerza de las armas. Sobre las ruinas de los derechos políticos y civiles del pueblo mexicano, se extendió el manto de oro de los progresos materiales de la república. México, juzgado desde lejos, el país dichoso, un pueblo grande, gobernado por un estadista enaltecido con los prestigios de victorias guerreras le-



gendarias, en luchas por la libertad. Pero México, observado de cerca, económica, política y socialmente, era un inmenso feudo, regido por un autócrata, dividido en grandes porciones gobernadas por los favoritos, y subdividido en pequeños fragmentos territoriales a manera de cacicazgos. Los grandes y los pequeños mandatarios eran a modo de rueda de engrane de una maquinaria administrativa, dichosa e ilegal, que funcionaba, en sorda o explícita confabulación, por modo automático. Los secretarios de Estado, se dividían el gobierno del país. Los gobernantes de los Estados dependían incondicionalmente de los miembros del gabinete presidencial, de quienes eran tributarios y agentes de negocios; los jefes políticos dependían servilmente de los gobernadores de los Estados de quienes eran también tributarios e instrumentos de explotación y los funcionarios municipales eran a manera de mayordomos serviles de los jefes políticos. Y ya en la segunda década de la dictadura porfiriana, el dictador era como fantasma inconsciente a quien tenían adormecido los himnos fascinadores de la adulación. Esa máquina de Gobierno, lo arrollaba, lo arrasaba, lo aplastaba todo. Alguna vez se celebró el triunfo de su poder omnímodo con un famoso banquete de alcaldes en que tomaron asiento los secretarios de Estado y el mismo dictador, exhibiendo así impudicamente ante la faz de la nación la alta oligarquía y la oligarquía plebeya que había estrangulado todos los derechos del pueblo, los políticos, los económicos y los civiles. El conjunto de esos próceres, unos grandes y otros pigmeos, todos pigmeos ante la ley, ante la Constitución, representaba la alta capa social bajo la cual se arrastraba y se movía en estado de inconsciencia y de aletargamiento el noble pueblo de México, sumido en la ignorancia, ulcerado por los vicios y sumido por la miseria. Cuando alguna vez ese pueblo se irguió galvanizado por el aliento épico de sus heroicos progenitores, en demanda de derechos, fue fusilado en montón, en una cacería feroz. Cuando alguna vez se irguieron contra la dictadura en favor del pueblo y de la libertad, algunos espíritus esforzados y superiores, perecieron trágicamente arrollados por la Ley Fuga. Cuando alguna vez los pensadores lanzaron desde la prensa su protesta general y viril, interpretando el pensamiento y la aspiración nacional, y denunciando denodadamente el abuso y el crimen, desaparecieron también en tragedias macabras y misteriosas. Y sin embargo hubo un hombre esforzado, un espíritu generoso, un patriota excepcional que, a pesar de las matanzas colectivas, de los peligros de la Ley Fuga y de las trágicas desapariciones de periodistas, con fe de apóstol arrojó los peligros y se dio a predicar

la nueva del derecho y de la reivindicación, explicando el decálogo que los videntes del 57 expidieron desde el Sinaí del memorable Congreso Constituyente, y convocó al pueblo para una justa trágica en reconquista de sus prerrogativas, de sus derechos naturales, civiles y políticos. Ese hombre fuisteis vos, señor Presidente; vos, que os improvisasteis escritor, llevado de vuestro patriotismo; vos, que os convertisteis en tribuno, llevando vuestro amor al pueblo; vos que os hicisteis guerrero, arrastrado por vuestro amor a la libertad. Y lanzasteis el memorable Plan de San Luis, canto de amor y de vida, poema de la democracia, inspirado en el canto épico de la Constitución de 1857, del mismo modo que muchas tragedias de Shakespeare tienen su raíz y su origen en las tragedias esquilianas.

“Y fue la revolución redentora de 1910, esencialmente civil y popular, que derrocó la dictadura. Y fuisteis después ungido por el sufragio del pueblo, entre demostraciones delirantes y transportes de amor, en funciones democráticas olvidadas durante siete lustros. Y fue el resurgimiento de la democracia y la reivindicación de los derechos políticos, gloria insigne que deberá inmortalizar vuestro nombre como repúblico eminente.

“B. El Plan de San Luis fue la bandera política de la Revolución. Encarnó su pensamiento, su programa de gobierno, su ideal político y sociológico.

“¿Hubo revolucionarios en todo el país? Los hubo en cuanto al Plan de San Luis encarnaba la aspiración nacional. Revolucionarios fueron los que esperaban silenciosamente a un cambio político, los que abominaban de la dictadura, los que anhelaban el imperio de la Ley, el advenimiento de la democracia, la redención del pueblo por medio del trabajo y de su cultura. En la prensa, en la cátedra, en la tribuna, en tertulias, en el sagrario de las conciencias, en toda el alma nacional, palpitaba el pensamiento de la Revolución. Por eso triunfó la Revolución en los campos de batalla, porque había enraizado anticipadamente en la conciencia nacional, porque blandía como catapulta formidable, la opinión pública.

“C. Pero la Revolución se hizo Gobierno, se hizo poder, y la Revolución no ha gobernado con la Revolución.

“Y este primer error ha menoscabado el poder del Gobierno y ha venido mermando el prestigio de la causa revolucionaria.

“La Revolución va a su ruina, arrastrando al Gobierno emanado de ella, sencillamente porque no ha gobernado con los revolucionarios. Sólo los revolucionarios en el poder, pueden sacar avante la causa de la Revolución. Las transacciones y complacencias con indi-



viduos del régimen derrocado, son la pausa eficiente de la situación inestable en que se encuentra el Gobierno emanado de la Revolución. Y es claro, y, por otra parte, es elemental; ¿cómo es posible que personalidades que han desempeñado o que desempeñan actualmente altas funciones políticas o administrativas en el Gobierno de la Revolución, se empeñen en el triunfo de la causa revolucionaria, si no estuvieron, ni están, ni pueden estar identificados con ella, si no la sintieron, si no la pensaron, si no la amaron, ni la aman, ni pueden amarla? De ahí que algunas de esas personalidades hubieran pasado por las Secretarías de Estado para sólo aprovecharse de su alta posición oficial en fundar y acrecentar su personalidad política, sin curarse para nada del programa de la Revolución y aun llevando a cabo sordas maquinaciones contra el Gobierno de la misma.

“Y si es verdad que cayeron estruendosamente desde las cumbres de una posición social, a que nunca tuvieron derecho, también es cierto que cayeron demasiado tarde, puesto que cayeron cuando ya habían hecho al gobierno de la revolución todo el mal que les había sido posible hacer. La labor emprendida por esas personalidades infidentes, ha prosperado en muchos Estados de la República, y hierve y fermenta en odios contra el Gobierno de la Ley, como una levadura malsana que más o menos tarde hará retroceder al país, ilusoriando la obra redentora de la Revolución.

“Y todo es fruto nefasto del error primero, de la funesta conciliación, del hibridismo deforme que parece adoptado como sistema de Gobierno; error que, como hemos dicho, consiste en que la Revolución no ha gobernado ni gobierna aún con los revolucionarios. Las llaves de la Iglesia han sido puestas en manos de Lutero, en un supremo anhelo de fraternización y que no ha sido comprendido patrióticamente.

“D. Era natural y lógica la contrarrevolución. Pero natural y lógico es también que ésta hubiese podido ser sofocada por el Gobierno más fuerte, por más popular que ha tenido el país. Y sin embargo, ha acontecido lo contrario. ¿Por qué? Primero por el error primitivo padecido por el Gobierno de la Revolución. Porque la Revolución no ha gobernado con los revolucionarios. Después, porque el Gobierno ha padecido otro error con creer, obrando conforme a esta creencia errónea, que la contrarrevolución sólo podía sofocarse por medio de las armas. De ahí esa guerra civil que se desenlazará tal vez con el derrumbamiento del Gobierno más fuerte que ha tenido la República. Ha olvidado el Gobierno, a pesar de ser él la prueba mejor de esta tesis, que las revoluciones sólo triunfan cuando

en la opinión pública tienen su más fuerte e incontrastable sostén. Vamos camino de que la contrarrevolución consiga adueñarse de la opinión pública. ¿Qué ha hecho el Gobierno de la Revolución para mantener incólume su prestigio, para conservar como en mejores días, sumisa y complacida a la opinión pública? Nada, absolutamente nada. Este Gobierno parece suicidarse poco a poco, porque ha consentido que se desarrolle desembarazadamente la insana labor que para prestigiarlo han emprendido los enemigos naturales y jurados de la Revolución. Esa insana labor es la de la prensa de oposición. El Gobierno, en nombre de la Ley, ha consentido en que sea apuñalada la legalidad. El Gobierno, creyendo respetar la Ley, ha faltado a la Ley consintiendo en que ésta sea violada, precisamente atentando contra su propia existencia. La contrarrevolución existe cada vez más peligrosa y extendida, no sin duda porque los núcleos contrarrevolucionarios sean hoy más fuertes y porque las gavillas de bandoleros sean hoy más numerosas, sino que va apoderándose de las conciencias por medio de la propaganda de la prensa que día a día conculca impunemente la Ley, labrando el desprestigio del Gobierno, que cada vez es mayor, y, porque todo el mundo piensa ya que este Gobierno es débil. Se le ultraja, se le infama, se le menosprecia, todo impunemente. La prensa ha ido infiltrando su virus ponzoñoso en la conciencia popular, y ésta al fin llegará un día a eruirse contra el Gobierno en forma violenta e incontrastable. En la misma forma en que se irguió antes contra la tiranía. La prensa lleva a cabo su obra pérfida, antidemocrática y liberticida, a vista y paciencia del Gobierno de la Revolución. El Gobierno se ha cruzado de brazos. La prensa capitalina da la pauta y el tono y marca el rumbo a la prensa de los Estados. Y el Gobierno, en nombre de la Ley, pero faltando a ella, se deja escarnecer, se deja befar, se deja afrentar. Y el Gobierno que no es respetado ni temido, está fatalmente destinado a desaparecer. Hay tribunales en la Federación y en los Estados, hay Códigos Penales, hay Ministerios Públicos, hay Procuradores de Justicia, y hay, por último, un Ministerio de Justicia. Y a vista y paciencia de todos esos funcionarios, guardianes de la Ley, todos los días, a todas horas, en todas partes, en toda la República, se alza un coro de dicterios, de oprobios, de denuestos, de ultrajes, de desprecios, de gritos de subversión, de clamores de rebeldía, y el pueblo, y todas las clases sociales, reciben ya, alentados por una impunidad suicida, con aquiescencia, hasta con júbilo, todo lo que se dice en forma injurianta y despectiva contra el Gobierno de la legalidad. Suprimida, por los medios le-



gales de represión, la prensa de escándalo, quedaría cegada la fuente que esparce del uno al otro confín de la República, la simiente contrarrevolucionaria. El Gobierno sería respetado y temido, se haría la paz en los espíritus y la pacificación del país se aceleraría considerablemente. Mucho más funestos que los bandidos que incendian los campos y asesinan mujeres, son los bandidos de pluma que envenenan el criterio nacional. Y mucho más dignos de consideración son los primeros, que esgrimen la tea incendiaria, que los últimos que blanden sin probidad el más noble atributo del pensamiento.

“Debemos, pues, concluir que la contrarrevolución parece fomentada por el mismo Gobierno, fomentada con sus contemplaciones y lenidades para con la prensa de escándalo, fomentada por medio del Ministerio de Justicia que se ha cruzado de brazos, no respetando, sino violando la ley, que es violar la Ley consentir en que sea violada, atentándose contra la paz pública y los más sagrados intereses de la patria.

“Y esto ha hecho el Ministerio de Justicia. Si el ministro de Justicia hubiese puesto coto, con la Ley en la mano, en el Distrito Federal a los desmanos de la prensa, existiría sólo una prensa seria y comedida de oposición, que a la postre es más provechosa que perjudicial. Los gobiernos de los Estados habrían imitado al Gobierno del centro, y no existiría ese coro de injurias que se levanta en el suelo nacional, y que es la fuerza moral de la contrarrevolución y la fragua que esparce chispas y prende el incendio en todos los espíritus. Pero es claro, todos o casi todos los funcionarios del Poder Judicial, son enemigos del actual Gobierno, ponen a éste en ridículo y llevan este ridículo hasta lo ignominioso, porque sólo tienen rigores o indiferencias punibles con todo aquel que sea adicto al Gobierno. En suma: el peor enemigo del Gobierno actual, resulta ser el Ministerio de Justicia,¹ y debe urgentemente, sin aplazamiento ni contemplaciones o cambiarse el personal de ese Ministerio y del Poder Judicial, o cambiarse el procedimiento seguido hasta hoy. Esto piensa, esto siente, esto quiere, esto anhela el Bloque, como una medida salvadora de la Revolución. El Bloque, sin embargo, nada exige ni pretende exigir.

“E. El fin de la contrarrevolución es evidente; romper el Plan

¹ Era ministro de Justicia el señor licenciado Manuel Vázquez Tagle; durante la discusión de este Memorial en el seno del Bloque Renovador, fue suprimida la mención que se hacía en el mismo sentido respecto de los ministros Ernesto Madero, de Hacienda; Rafael Hernández, de Gobernación, y general Angel García Peña, de Guerra y Marina, a quienes estimaban los renovadores como enemigos de la política que deseaban fuese adoptada por el Gobierno del señor Madero.

de San Luis y hacer que la Revolución de 1910 pase a la historia como un movimiento estéril de hombres sin principios que ensangrentaron el suelo de la patria y la sumieron en la miseria. Los medios de que se vale y se ha valido son el dinero de los especuladores del antiguo régimen, la pasiva complicidad de dos tercios de los gobernantes de la República y la deslealtad de algunos intrigantes que fueron objeto de inmerecida confianza; sus adalides más activos y más fuertes son los periodistas de oposición y los diputados de la llamada minoría independiente, y su colaborador más eficaz, el Ministerio de Justicia. Cambiad, señor Presidente, este ministerio, o imponedle una orientación política distinta, no para iniciar una era de atentatorias persecuciones contra la prensa, sino para iniciar únicamente la represión enérgica y legal de las transgresiones a la ley, y con sólo eso, el Gobierno reaccionaría en la opinión, convirtiéndose en una entidad respetada y temida. Acabando con los conspiradores de pluma se acabará con los conspiradores de capital, se acabará con la inercia contemplativa de los gobiernos de los Estados y se facilitará la pacificación del país, para gloria de vuestra señoría y de la Revolución de 1910.

“F. En medio de esta ebullición de pasiones que todo lo caldea, de este desenfreno de injurias que todo lo mancilla, de este desbordamiento de apetitos que todo lo amenaza, de este caos que todo lo trastorna y en que todo vacila y parece próximo a derrumbarse entre los estruendos de la pavorosa tragedia o, lo que es peor, entre las carcajadas del más cruel de los ridículos, hay algo, señor Presidente, aislado y solo, incommovible y sereno, con pujanzas que da la convicción, con fortalezas que da el ideal, con entusiasmos que da el amor y con honradeces que da la sinceridad, que pretende ser el arca santa e inviolada en que se resguardan las aspiraciones y los anhelos de la Revolución de 1910. Y ese algo es el Bloque Renovador. Especie de roca que se alza en medio de las tempestades que conmueven y socavan el pedestal del gobierno. Ese Bloque abriga en su seno a revolucionarios de convicción, a amigos políticos de vuestra señoría, muchos de los cuales no han tenido ni el honor de estrechar vuestra mano, sin embargo de que en espíritu y en pensamiento están dispuestos a sucumbir envueltos en la bandera revolucionaria de 1910. Ese Bloque está compuesto por los diputados que suscriben esta exposición, que han creído deber formularla como un último y desesperado esfuerzo por la salvación de la República.

“G. ¿Qué ha sido el Bloque Renovador? Un grupo de demó-



cratas enamorados de todas las libertades y de todas las redenciones: de redención de las conciencias, de la redención del pueblo, de la redención del trabajo; de todas las libertades y de todas las redenciones. ¿Qué es el Bloque Renovador? Un grupo político que en el Congreso de la Unión ha sostenido al gobierno dentro del criterio patriótico de los principios de la Revolución y que aspira y pretende implantar en lo político, en lo económico, en lo agrario, en la cultura popular y en todos los servicios administrativos, las promesas del Plan de San Luis, acometiendo resueltamente una labor de renovación.

“La psicología de los miembros de ese grupo político, tal vez del único grupo político adicto al gobierno, es bien sencilla, y puede honradamente condensarse en estos términos: algunos, muy pocos, tienen naturalmente aspiraciones políticas, pero dentro de la más irreprochable lealtad; y la mayor parte, su inmensa mayoría, ni tienen aspiraciones políticas ni deseos de prosperidad personal por medio de la política. Y todos, todos, sin excepción, están dispuestos hasta el sacrificio por el gobierno y a laborar arduosamente en la consecución de los ideales de la Revolución.

“Ahora bien, si el Bloque Renovador es, por movimiento espontáneo de convicción y de lealtad y de cariño y de admiración al Primer Magistrado de la República, la fuerza política, la fuerza social, la columna del Gobierno, ese mismo Bloque, por una irrisión inexplicable, es, o va siendo ante la sociedad, ante la nación, ante la opinión pública, lo más abominable, lo más inofensivo, lo más ridículo.

“¿Y por qué? Por todas las causantes que se han expuesto y por otras que vamos a exponer.

“La prensa, en su labor de desprestigio contra el gobierno de la Revolución, ha creído lógico extender su infamante labor a los miembros del Bloque, a los únicos amigos del Gobierno. Y andan los miembros del Bloque en caricaturas gráficas o en caricaturas escritas, y son ante la opinión, especie de perros serviles que merecen el desprecio general. Todo porque el Ministerio de Justicia no ha sabido velar por el prestigio y respetabilidad del gobierno y de sus amigos. De donde ha resultado que se nos llame con el apodo infamante de Porra, siendo así que somos víctimas de la única Porra que existe, de la organizada contra el Gobierno y sus amigos.

“Pero el Gobierno, no sólo los enemigos del Gobierno, nos desprecia, nos desaira, y exhibe a las veces ese desaire y ese desprecio en que tiene a los miembros del Bloque Renovador.

“Se nos desprecia, porque si alguna vez intentamos acercarnos a las secretarías de Estado, y debe hacerse constar que ello, en la mayor parte de los casos relacionados con el interés político del Gobierno, o no somos siquiera recibidos y empezamos por sufrir contrariedades aun de los empleados de los ministerios de más ínfima categoría, o si somos recibidos no somos tenidos en cuenta ni se nos hace caso. Si por contingencia vamos a tratar asuntos de interés particular, salimos con la triste convicción de que para ir a un fracaso seguro no hay como ser amigos del Gobierno. Y si en otra ocasión vamos a hacer gestiones en favor de nuestros comitentes, exponiendo sus necesidades o sus querellas, también resulta que llegamos al más ridículo de los fracasos, por donde hemos venido al más deplorable de los extremos: al de que a los ojos de nuestros mismos electores seamos lo más inútil y lo más despreciable que puede imaginarse, en términos de que si probáramos otra vez a ostentarnos candidatos, no nos confirmarían su confianza por las elocuentes pruebas que les hemos dado de nuestro ningún valor y de nuestra absoluta nulidad, máxime que se ha dado caso de que lo que nuestros amigos o correligionarios o clientes no han podido conseguir ni en los ministerios ni en los tribunales de Justicia por nuestro conducto, lo han logrado fácilmente dirigiéndose nada menos que a nuestros propios adversarios, a los enemigos del Gobierno, que en todas partes son tratados con toda clase de deferencias y de distinciones. Consecuencia natural es que nuestros adversarios sean considerados como hombres temidos por el Gobierno y que nuestro desprestigio se acreciente hasta la ignominia en la misma proporción en que nuestros enemigos de la Cámara y fuera de ella crecen en poder, en respetabilidad. Por eso es que desde las tribunas de la Cámara de Diputados, con resonancias que aturden y avergüenzan a nuestros electores, los miembros de la minoría enemiga del Gobierno nos llenan de dictérios, sellándonos a nosotros y al Gobierno con la misma marca ignominiosa.

“El Gobierno, pues, se infiere el mayor de los males con no hacer visible, evidente, con evidencia plástica, con evidencia que golpee a los ojos, ante la opinión pública, que estima y considera y respeta a sus amigos.

“Debe el Gobierno, por interés propio, más que por el nuestro-reaccionar sobre sí mismo, pues a pesar de la fuerza de la más profunda de las convicciones, a pesar del entusiasmo del más hermoso de los ideales, si a cambio de nuestra adhesión y de nuestra lealtad, el Gobierno sigue convenciendo a la sociedad de que nada valemos



ni significamos para él, la única fuerza política con que hasta hoy cuenta el Gobierno, este Bloque Renovador, acabará por desmoronarse y hacerse polvo, como ya algún diputado de la oposición,¹ que goza de privanzas en ciertos ministerios, se ha complacido en proclamar desde la tribuna de la Cámara de Diputados.

“Fuerza es, pues, que el Gobierno nos dignifique para que nosotros podamos dignificar al Gobierno, y llamamos respetuosamente la atención de Vuestra Señoría, muy especialmente acerca de este particular.

“H. Dada la estructura híbrida del Gabinete de Vuestra Señoría, resulta lo más natural, lo más lógico, lo único posible, que los miembros del Bloque Renovador sean tenidos en muy poco por los hombres del Gobierno. ¿Cómo pretender que quien no fue revolucionario, que quien es un injerto de la dictadura en el Gobierno de la Revolución, tenga consideraciones para los renovadores de la Cámara, si debe, por consecuencia, y al contrario, tenerlas sólo para los que en la propia Cámara representan a la dictadura? ¿Cómo pretender que en las diversas secretarías de Estado se nos trate de otro modo que desabridamente, si casi todo el personal de esas secretarías se amamantó en la era política anterior y siente ascos y repugnancias por el Gobierno de la Legalidad?

“Es necesario, señor Presidente, que la Revolución gobierne con los revolucionarios, y se impone como medida de propia conservación que dará fuerza y solidaridad al Gobierno, que los empleados de la Administración Pública sean todos, sin excepción posible, amigos del Gobierno. Esto desea, por de contado y sin exigencias, el Bloque Renovador.

“I. Otro asunto de que se ocupó el Bloque y que somete respetuosamente a vuestro patriotismo y a vuestro luminoso criterio.

Es natural que el triunfo definitivo de la Revolución deba esperarse en el transcurso de los cuatro años que aún restan del actual período constitucional. Es natural, porque este Gobierno, emanado inmediatamente de la Revolución, es blanco de odios recientes y de despechos vivos: la rabia de los vencidos se revuelve iracunda y trama maquinaciones encaminadas al fracaso del Poder Público. Por esto, este Gobierno no debe acariciar fundadamente la esperanza de que llegue a disfrutar un solo día de tranquilidad y de paz. Parece lógico esperar que la Revolución de 1910 habrá de triunfar definitivamente cuando el Poder Público emanado directamente de esa

¹ El diputado Querido Moheno.

Revolución se haya renovado constitucionalmente y se encuentre en otras manos, desempeñado por otros hombres. Así, pues, la renovación constitucional de este Gobierno, de suerte que recaiga en revolucionarios auténticos o en personas asimiladas lealmente a la Revolución será el triunfo definitivo de ésta, su glorificación en la historia y la glorificación de Vuestra Señoría y de vuestros más conspicuos colaboradores en la propaganda apostólica de la democracia y en el palenque de la lucha armada.

“Partiendo de esta convicción, cree el grupo renovador que nada ha hecho ni hace el Gobierno actual por el porvenir de la Revolución, por su triunfo definitivo a través del tiempo y por la glorificación en la historia de vuestra empresa magnánima.

“Y esto al Ministerio de Gobernación toca directamente prever y ejecutar.

“Si en los veintisiete Estados de la República no hubiese en los momentos de las futuras elecciones presidenciales lo menos veinte gobernantes identificados honrada y lealmente con la Revolución de 1910, corre riesgo la causa revolucionaria de que os suceda en el Poder una persona enemiga de esa causa, lo cual, aseguramos, dará al traste con el movimiento revolucionario de que nació el Gobierno de la Legalidad.

“Al Ministerio de Gobernación, así lo estima el Bloque, toca ir planteando el problema político del porvenir, de manera de que los factores que oportunamente estén en juego produzcan el único resultado que todos anhelamos: la glorificación histórica de la Revolución y de los hombres que la emprendieron y llevaron a término.

“Que no se ha preocupado hasta hoy el Ministerio de Gobernación, se echa de ver con sólo considerar la situación política actual de algunos Estados de la República, en los cuales ni el jefe político ni los funcionarios municipales son adictos ni a Vuestra Señoría ni a la causa de la Revolución; en donde es frecuente que las multitudes prorrumpen en gritos subversivos a la faz de la política y de las autoridades. ¿Y a dónde irá la causa de la Revolución si el sucesor de Vuestra Señoría fuese un enemigo político de ella? Al desastre, no lo dudéis.

“Pues bien, sólo al ministro de Gobernación toca modificar la psicología política actual de esos Estados de la República, y sólo al mismo ministerio toca también preparar discretamente, y dentro de la Ley, el funcionamiento político de las Entidades Federativas de acuerdo con los principios e ideales de la Revolución. Esta es cuestión de vida o muerte, y en casos tan extremos la labor debe ser



diaria, infatigable, empeñosa, diligente, porfiada, tenaz, hasta constituir una verdadera obsesión política. Claro es que el ministerio de Gobernación, por mejor intencionado y más adicto que se le suponga, y creemos que el actual lo es, sin el más ligero asomo de duda, no podrá hacer nada de provecho si no encuentra una decidida colaboración en el ministerio de Justicia, que en nuestro concepto ha sido por hoy el principal causante de los males que ahora afligen al Gobierno y de los eminentes peligros que lo amenazan.

“J. Una última consideración que quiere el Bloque someter a la vuestra, muy ilustrada.

“En medio de las convulsiones trágicas que han hecho del suelo nacional un palenque fratricida, y que han puesto en peligro hasta su santa autonomía, ha habido una institución de tradiciones gloriosas que ha defendido denodadamente el Gobierno de la Legalidad, el heroico ejército mexicano. La lealtad del ejército,¹ robustecida por la clara noción que tiene de su alto deber, ha exaltado su prestigio, su respetabilidad, su honor y su gloria, no sólo ante el criterio de la República, sino ante la opinión universal. A la gloria del ejército mexicano como defensor de la Independencia y de la autonomía nacional ha unido ya su gloria inmarcesible como defensor de la Ley. Sin embargo, ese mismo ejército ha sido objeto de insidiosos ataques y de pérfidas calumnias por parte de la prensa soez que hoy desconcierta el alma nacional. Y nada tampoco se ha hecho para reprimir las injurias proferidas a diario contra el noble ejército mexicano. Ni tampoco nada se ha hecho por honrar a ese ejército en alguno de sus representantes más distinguidos. Es fuerza que el Gobierno de la Revolución cumpla con este deber de estricta justicia.

“En resumen: el grupo de amigos fervorosos que constituyen el Bloque Renovador, después de deliberaciones inspiradas en la lealtad más irreprochable y cordial, ha creído de su deber someter a su criterio esta exposición que, por unánime acuerdo, han venido en condensar y condensan en las conclusiones siguientes:

“1° Es urgente de toda urgencia e inaplazable efectuar un cambio de orientación y de procedimientos en la Secretaría de Justicia, o, si en concepto de Vuestra Señoría fuese necesario, un cambio en su personal.

“2° Es urgente de toda urgencia e indispensable que la Secretaría de Justicia modifique radicalmente el funcionamiento de los

Tribunales de su dependencia en todo el país, encargando, si fuese necesario, el despacho del Ramo a hombres de valor civil y de honorabilidad identificados con la Revolución, que no tengan ligas políticas con los pro-hombres de la dictadura y que estén decididos dentro de la Ley a poner coto a la procacidad subversiva de la prensa contrarrevolucionaria.

“3° Es necesario de toda necesidad que el Bloque Renovador sea tratado colectivamente y en cada uno de sus miembros con consideraciones personales y oficiales, a fin de dignificar a dicho Bloque, de dar prestigio ante la nación y para que ese prestigio y esa dignidad se reflejen en el Gobierno a quien defiende.

“4° Es urgente e indispensable que los empleados de los diversos ministerios sean todos, sin excepción alguna, personas de indiscutible criterio político revolucionario.”

La entrega de este importante documento, que estaba puntualizando la verdadera situación del momento y mediante el cual se pretendía que Madero procediera en consecuencia, tuvo lugar en la propia residencia oficial de Chapultepec el 23 de enero. Aún había tiempo de tomar medidas que impidieran el asomo del desastre.

Aunque había una franca descomposición, y aparte era ya notorio como abierto el interés, claro, decidido a participar, de la embajada norteamericana, lo constituye el hecho de que los defensores del general Félix Díaz, malévolamente, con la complicidad de dicha embajada, indican al gobierno que la permanencia de Díaz en Veracruz resulta peligrosa, ya que puede fugarse. En esa virtud, se decide traerlo a la capital de la república premeditadamente y de acuerdo con los conspiradores el 24 de enero, es decir, después de la entrevista con el Bloque Renovador, mientras en todos los tonos y muy pocas veces en voz baja, se habla de que la sublevación militar tendrá lugar el 1° de febrero; después se dice que ese levantamiento tendrá lugar el día 5, aprovechando la celebración cívica, en el aniversario de la proclamación de la Carta Magna, ante el monumento a Juárez, lo que propiciará la captura del Presidente de la República, el Vicepresidente y su gabinete.

Que el gobierno lo sabe lo revela la disposición de providencias para evitar la fuga del general Bernardo Reyes de la prisión militar de Santiago Tlatelolco, al igual que la adopción de medidas similares en la penitenciaría de Lecumberri. Mas ya existe una gran socavación.

¹ Lealtad desmentida por los cuartelazos de Veracruz y México.

Sin embargo, se dice que de no efectuarse el golpe de mano durante la celebración cívica, el movimiento estallaró en la noche en la misma fecha, pues se cuenta con la complicidad del primer regimiento de caballería, destacado en el cuartel anexo a la prisión militar.

Sea que los complotistas se hayan arredrado porque se ordena que sean los cadetes del Colegio Militar los que rindan los honores de ordenanza al Primer Magistrado, sea que no está aún suficientemente maduro el plan, el caso es que se desiste y por la noche el Comandante Militar de la Plaza, general Lauro Villar, dispone que dos escuadrones del primer regimiento se acuartelen en el anexo a Santiago Tlatelolco al mando del mayor Juan Manuel Torrea, de espíritu militar y lealtad indiscutibles. Esto seguramente frustra los planes de los conjurados, aunque siguen ocurriendo hechos desconcertantes, porque el 1° de febrero el Presidente Madero ofrece una recepción de honor al general Victoriano Huerta en el Castillo de Chapultepec, habiéndose invitado al cuerpo diplomático y a la sociedad metropolitana, que pueden ver, con admiración, cómo Madero lleva del brazo al militar por entre los invitados y dice ufánamente:

—Este es mi héroe.

Detrás de sus oscuros lentes, Huerta esconde su animosidad y los tormentos que le produce el alcohol.

¿Cómo es posible, pues, que se piense en la complicidad de Huerta con los conjurados?

¿Cómo puede pensarse en que aquel hombre serio, con una cara tallada y dura, sea capaz de traicionar al Presidente Madero?

Mientras tanto, los conspiradores no descansan, efectuando sus reuniones ya en forma descarada y retadora, constituyendo el hotel Majestic, en plena plaza de armas, su cuartel general, en cuyos libros de registro están inscritos todos los complotistas como huéspedes, lo que en un momento dado justificará ante las autoridades policíacas su continua presencia en ese lugar.

Cecilio Ocón, del que sus apologistas dicen, luego de citarlo juntamente con los "caudillos de la revolución" Félix Díaz, Manuel Mondragón, Bernardo Reyes, Gregorio Ruiz y Rodolfo Reyes: "De todos estos hombres ninguno más hábil y más audaz para la organización del movimiento que Cecilio Ocón", mazatleco de origen e hijo de Cecilio Ocón y Roulf de Ocón, el primero mexicano y la segunda hija de familia inglesa, es uno de los dueños del citado hotel Majestic.



He aquí los datos que esos mismos apologistas —Gonzalo E. Espinosa, Joaquín Piña y Carlos Ortiz— proporcionan del tenebroso personaje, que incluso figura más tarde dantescaamente en el horrendo asesinato de don Gustavo Madero.

"A la caída del gobierno del señor general D. Porfirio Díaz, Cecilio Ocón tiene que fugarse de Mazatlán, porque las fuerzas revolucionarias trataban de matarlo por el empeño que había desplegado para defender el régimen porfiriano.

"Ocón luchó desesperadamente por sostener al general Díaz. Proporcionó dinero de su peculio para el sostenimiento de las fuerzas federales que se encontraban guarneciendo el puerto del Pacífico. Usó miles de artimañas para poder llegar hasta el bravo coronel D. Luis G. Morelos, peleaba y allí llevó a aquel indomable militar elementos necesarios para que prosiguiera en la lucha."

Más adelante señalan que cuando la revolución vence al Gobierno de Sinaloa, Ocón continúa luchando por sostener el régimen porfirista y con elementos de guerra o con las armas en la mano, se constituye en el último reducto del Gobierno que iba desmoronándose.

Ocón, dicen, es expulsado de Mazatlán, donde pudo amasar una gran fortuna con negocios comerciales, y vivamente indignado por las represalias, lejos de quietarse al ver que se apoderan de sus negocios y por "convicciones de patriota y con la certeza de que el maderismo era fatal para México", se torna un própagandista activo contra el maderismo, reuniéndose con periodistas de oposición al mismo tiempo que concurre a los círculos sociales para llevar a todas partes sus ideas adversas al gobierno de Madero, optando por fundar un periódico en Guadalajara con lo que le resta de su fortuna y por supuesto es, dicen, un ariete contra el régimen del coahuilense.

Ocón aumenta amistades, y los pudientes le facilitan elementos para que inicie la campaña para la sublevación militar.

"Hace seis meses —entre agosto y septiembre de 1912— que el joven político se entregó de lleno a minar el maderismo."

En efecto, compra parque para enviarlo a quienes luchan en el campo contra el gobierno de Madero; envía delegados a todos los revolucionarios, invitándolos a la rebelión.

Siempre en su afán, con varias personas compra el hotel Majestic, situado en el corazón de la ciudad, en la avenida de San Francisco y el portal de Mercaderes, "y allí empezaron a celebrar juntas y a tener conferencias con el instigador varios militares, que



escuchaban con deleite la doctrina de demolición que se les inspiraba”.

Sin recato y con innegable audacia habla con centenares de oficiales, incluso en comidas públicas y los invita a rebelarse contra el gobierno; le envía parque al coronel Gaudencio de la Llave, que alzado en armas combate en Puebla, e igual hace con el general Higinio Aguilar, así como con otros muchos cabecillas del Sur, erogando grandes sumas, de tal manera que “para poder llevarles quinientos cartuchos tenía que agregar gastos crecidísimos hasta de mil pesos”.

En el hotel Majestic, refieren, “se construía constantemente y constantemente se demolía, con el pretexto de hacer reformas, hacían fingidas reparaciones materiales, y la policía ignoraba que en los carros de material entraban millares de cartuchos que luego salían ocultos en poder de los agentes de la revolución”.

Ocón envía a los jefes militares de todo el país, subrayados con lápiz rojo, los periódicos que incitan al ejército a la rebelión y las proclamas de los levantados en armas.

Dicen ufanamente los apologistas mencionados que Cecilio Ocón dedicaba veinte horas diarias a su insensata labor contra el maderismo.

Pero también, además del escenario del hotel Majestic, se efectúan pláticas subversivas en el despacho del licenciado Rodolfo Reyes, hijo del general Bernardo Reyes; en la casa del doctor Enrique Gómez; en la del odontólogo Samuel Espinosa de los Monteros; en la dulcería La Opera, a dos calles y media del Palacio Nacional, y en Tacubaya, en la casa de los generales Manuel Mondragón y Gregorio Ruiz, presentándose como propagandistas en los cuarteles y en sitios públicos el capitán Rafael Romero López, Miguel Othón de Mendizábal, Pedro Duhart, Enrique Juan Palacios, Francisco de P. Senties, Rafael de Zayas Enríquez hijo, Felipe Chacón, Abel Fernández, licenciado Jorge Morfín Delhorme, Celso Acosta, Carlos Martínez Peregrina, Enrique Fernández Castelló, Manuel de la Vega Huici, Miguel T. González, Pantaleón Lara y licenciado Rafael Lebrija, entre otros.

Astutamente, el general Manuel Mondragón establece en los altos del despacho de su hermano Enrique, en la avenida San Francisco, una agencia privada dirigida por Gonzalo García Travesí, amigo íntimo de Juan Sánchez Azcona, secretario particular del Presidente Madero, lo que expeditaba las reuniones, sin sospechar siquiera su índole y sin que el gobierno tuviera indicios de la reali-

dad, puesto que era increíble que teniendo los complotistas tan cerca a un maderista llevaran a cabo sus planes en su presencia.

Pero Madero llega a decir: “Ya me cansé de las continuas suspiraciones de muchos de mis amigos”.

Los complotistas aprovechan todas las oportunidades para sembrar su cizaña y cabe recordar que el propio mayor Juan Manuel Torrea impide que en una fiesta con motivo de la Navidad del Soldado, presidida por la esposa del Presidente, que un civil haga proselitismo y más que eso, condenación pública del gobierno y de los funcionarios, mientras el jefe del primer regimiento de caballería, Luis G. Anaya, permanece indiferente, como que está coludido con los traidores.

Es hasta el 7 de febrero, viernes, para ser más precisos, cuando los complotistas toman la determinación de llevar a cabo el movimiento en la noche del sábado 8, teniendo en cuenta que se había fijado antes otra fecha, la del 11; pero Victoriano Huerta habla en la mañana del 6 con el general Gregorio Ruiz, diciendo que hay que prepararlo mejor todo y que, en consecuencia, vale la pena demorar las cosas hasta el 22 o el 24 de febrero, pero esta noticia alarma al general Bernardo Reyes, quien deja entrever su propia duda de que hay doblez en ese aplazamiento.

Al mismo tiempo, con el preconcebido propósito de preparar el ambiente en el umbral del cuartelazo, el embajador norteamericano, Henry Lane Wilson, envía al Secretario de Estado, Knox, un informe: “...que fuera a modo de última pintura del régimen maderista y lavara de todo pecado original a quienes se alzarían en armas y acabarían con Madero”.

Va, pues, todo caminando hacia el desastre.

Lane Wilson está desolado desde que advierte, que al iniciarse el régimen, que no puede manejar como pensaba al presidente Madero, y se convierte en un resentido, pero además, y éste es el factor determinante, la esposa de Wilson ha solicitado, por conducto de la de Madero, que el gobierno mexicano auxilie al embajador con algún negocio, algo que le produzca unos cincuenta mil pesos anuales, ya que el sueldo asignado por Washington no es suficiente para su representación con dignidad, dada la importancia de su país. Y no obtiene nada.

Si hemos dicho que todo mundo estaba enterado de la contrarrevolución, también hay que decirlo, que ésta cuenta con los contingentes que ya anteriormente se mencionaron. Además, se encuentran comprometidos algunos altos jefes y oficiales de diversas cor-



poraciones, como los Ayudantes de la Mayoría de Ordenes de la Comandancia Militar, del Parque de Ingenieros, del Tren de Artillería; los guardas de Chapultepec; del Escuadrón de Guardias de la Presidencia, de la Gendarmería Montada y de a pie, así como otros destacamentos en diversos lugares del Distrito Federal.

Que hay un clima de incertidumbre aquella noche del 8 de febrero de 1913 lo representa este fragmento, que se debe al general Francisco L. Urquiza en su libro *La Ciudadela quedó atrás*.

“La ciudad de México por el año 13 era provinciana, tranquila, apacible. Su vida nocturna terminaba cuando concluían las funciones de los teatros.

“La Academia Metropolitana era el único centro en que sábado a sábado se verificaban bailes que se prolongaban hasta la luz del día. Era un teatro ubicado por las calles de Independencia, en la plaza Santos Degollado. Un coliseo dedicado exclusivamente a variedades.

“Los sábados no había función teatral. Se retiraban las butacas del patio y éste quedaba convertido en pista de baile. En el escenario tomaba acomodo una orquesta danzonería, famosa entonces, que dirigía Babuco, negro cubano que tocaba los timbales y que tenía alegría y gracia para dirigir su grupo. Los bailes comenzaban a las diez de la noche, pero la animación grande era a las dos de la mañana, cuando llegaban las mujeres de las mancebías elegantes.

“Era aquella noche del sábado 8 de febrero de 1913.

“Al día siguiente me tocaba entrar de guardia en el castillo de Chapultepec. Junto conmigo, pero de servicio en el cuartel, entraba el subteniente Bernardo Timoteo Pérez, joven recién salido de la Escuela de Aspirantes.

“Ambos nos pusimos de acuerdo para darnos una vuelta en la Academia a la hora de la mayor animación. Un peso costaba la entrada al baile. Nos acomodamos en una platea y nos dispusimos a observar. Frente a nosotros, pero en la parte alta, en uno de los palcos, dos oficiales aspirantes charlaban animadamente. En otro palco oficiales de artillería observaban igual actitud.

“Nos entreteníamos viendo a los que danzaban. Mi compañero Bernardo Pérez me comentó:

“—Qué raro que esté aquí y a estas horas el capitán Santiago Mendoza, «el Sebo», como le dicen de apodo, es el segundo comandante del Escuadrón de Caballería de Aspirantes, y aquellos oficiales artilleros. No parece que a ninguno de ellos les interese el baile. Están misteriosos. ¿Qué se traerán?

“Había rumores alarmantes que eran del dominio público. El presidente Madero no era estimado entre el ejército. Iba a contestar cuando me dio un codazo y se puso de pie. Frente a nosotros estaba un capitán de Vigilancia; en su cuello brillaba la dorada gola de los que están de servicio.

“«Sírvanse retirarse, desde luego a su cuartel» —nos ordenó.

“«Mi capitán, acabamos de llegar. Estamos correctos. Hay otros oficiales también aquí.»

“«Todos deben retirarse. Es orden de la Comandancia Militar.»

“No tuvimos más remedio que salirnos malhumorados por la inútil desvelada. Ya para llegar a nuestro cuartel de la Ciudadela vimos a un grupo de oficiales que conversaban animosamente. Estaban en la acera de la cantina El Angel, cuyas puertas ya estaban cerradas a esas horas.

“Sumisamente saludamos y nos metimos a nuestro cuartel.

“«Entramos de servicio dentro de un rato. No hay más remedio que irse a dormir.»

“«Hay noches perdidas y hay sábados sin sol.»

“Bien ajenos estábamos los de la guardia presidencial que a aquellas horas había empezado ya el movimiento militar, el cuartelazo contra el presidente Madero.”

Que todo mundo casi lo sabía cabe afirmar, puesto que el secretario particular del Presidente se lo dice al general Delgado y don Leopoldo Martínez, mientras el jefe de las guardias rurales lo notifica al Secretario de Gobernación, licenciado Rafael Hernández.

Pero nadie tomó medidas para sofocar en su nacimiento la asonada.

Todo mundo lo sabe y no puede ahogarse el cuartelazo que ha de ser al mismo tiempo alborada de democracia, aunque tengan que verterse verdaderos caudales de sangre, sangre que barnizará la torva figura de Victoriano Huerta y de todos aquellos que no vacilaron en apuñalar a la legalidad y, por ende, a México.



CAPÍTULO III

PRIMER REPIQUE AGORERO

Es la más ominosa de las madrugadas en la ciudad de México: 9 de febrero de 1913.

Ya hay pelotones de fantasmas en las calles, en los cuarteles un movimiento inusitado y resuenan las pisadas de las botas, el ruido de los cerrojos de las armas y en algunos casos el retumbar de los cascos de la caballada se hace extrañamente sonoro.

En Tlalpan, donde está la Escuela Militar de Aspirantes, los cadetes tendrán que cumplir su cometido; están asomándose a la vida militar, pero van a manchar su hoja de servicios con la deslealtad, con la infidelidad. Son instrumentos de la sublevación.

A la una de la mañana en Tlalpan, el capitán segundo del escuadrón de caballería, Santiago Mendoza, y el teniente Alfredo Kurczyn, que apenas hace unos días fuera condecorado por el Presidente Madero, penetran a los dormitorios, despertando a los alumnos.

Es el capitán Santiago Mendoza quien se dirige a los jóvenes alumnos: "La guarnición de México acaba de levantarse en armas; los que se consideren patriotas y quieran secundar a la citada guarnición que den un paso al frente".

Hay un instante, fugaz instante a modo de pausa, porque el capitán Mendoza sabe lo que es del dominio público; los instructores han prodigado su malsana labor de proselitismo, han engañado y cegado a los Aspirantes; sus palabras, en realidad, son simple fórmula: "El que quiera sumarse a este movimiento debe hacerlo en forma espontánea; quedan en libertad de rechazar esta invitación".

En el recinto hay un movimiento seco; todos dan un paso al frente, y la tesonera e insidiosa tarea de los traidores resulta ciertamente efectiva; además, la juventud es amante de aventuras y no

mide ni remotamente las consecuencias de lo que es la deslealtad y la traición.

Mientras tanto, el comandante del escuadrón, capitán Antonio Escoto, cumple su misión entregándose a municionar a los Aspirantes, que se restregan los ojos, bostezan o se muerden los labios; algunos caminan con pesadez, en un último rubor de abstención; otros ríen ante el señuelo de una aventura, sin advertir que son endeble instrumento de la traición de unos cuantos que, poseídos de perversa ambición, no tienen escrúpulo alguno en sacrificar a la patria.

Además, Escoto se encarga de sacar las ametralladoras y fusiles Rexer; ahora volverán a tronar las armas en acción mortífera.

Todo va realizándose sin problemas; la tenaz labor que precede a este momento ha sido certera y determinante; la infantería marcha de cuatro en fondo, mientras sobre los flancos el escuadrón al mando de Escoto, Mendoza y el teniente Benjamín Zurita realiza su cometido. La infantería obedece al mando del capitán segundo Samuel Gutiérrez Helú y los tenientes José E. Gamboa, Alejandro Armiño, Alfredo Kurczyn e Isidro Mondragón, quienes desean a toda costa dejar constancia de su deslealtad en los libros de la historia del ejército.

Un escuadrón debe cubrir la vanguardia, los flancos y la retaguardia, según se ha proyectado en plena táctica militar, porque su movilidad permitirá hacer frente a cualquier contingencia, desplazándose como convenga mejor.

Cuando las fuerzas sublevadas, es decir los cadetes de la Escuela Militar de Aspirantes llegan a la parada de Huipulco sólo encuentran a las tripulaciones de dos tranvías que están destinados a la ruta de Xochimilco, y los trabajadores tranviarios se azoran, abandonando su somnolencia cuando los rifles se les clavan en el costado.

Se ordena:

—¡A México!

Ni siquiera tienen deseos de objetar nada.

¡A México!

En esta ocasión hay un imperativo preñado de amenazas de una voz que antes fue meliflua.

Los tranvías son tomados por asalto y la caballería se dispone a seguir a las dos unidades con sus remolques rumbo al Zócalo, donde está la terminal.

Todo es en realidad una operación militar, porque a medida que avanzan los tranvías rumbo a México, van siendo interrumpidas las líneas telegráficas y telefónicas, al mismo tiempo que se detiene



a los adormilados gendarmes de crucero, que no atinan a explicarse nada.

Los cadetes visten uniforme: chaquetín y pantalón de caqui y gorra alemana; traen puesta su fornitura y, por supuesto, abrazado el fusil, pero con el "marrazo" puesto.

Mientras avanzan los tranvías, el Escuadrón de caballería inicia un trote acelerado; es la misma indumentaria de esta tropa que la de sus compañeros de a pie, salvo que los montados traen botas fuertes y la carabina a la bandolera, así como sable.

Sobra decir que la tropa cuenta con su respectiva dotación de oficiales que ahora pretenden ser más arrogantes, con su pistola y espada al cinto; más que a los inexpertos cadetes, debe culparse a los oficiales, que se han quitado del rostro la careta.

Sin contratiempo en el camino, los aspirantes llegan en los dos tranvías hasta las calles de Flamencos —hoy Pino Suárez—, en tanto el Escuadrón de caballería se adelanta.

Los cadetes de infantería descienden de los tranvías y se despliegan en línea de tiradores rumbo a la puerta de honor de Palacio Nacional, haciéndolo por escalones.

La guardia del Palacio Nacional la integran hombres del 20º batallón, también comprometido con el cuartelazo, y el capitán de la puerta de honor abre. Luego de conferenciar brevemente con el teniente Zurita, deja paso libre a los Aspirantes sublevados, que penetran al recinto presidencial vitoreando al general Reyes y también a Mondragón y Díaz. Además, hay vítores para el general Ruiz.

Al mismo tiempo se ordena que una sección, mandada por el teniente José María Gaona, tome posesión de las torres de Catedral, abandonando Palacio por la puerta más cercana al gran templo, adoptándose las mismas medidas con las azoteas de la negociación denominada La Colmena, que desapareció años después para construirse el nuevo edificio del Departamento del Distrito Federal.

Entre tanto, parte del Escuadrón de caballería de la Escuela Militar de Aspirantes de Tlalpan se dirige al cuartel del 20º batallón, en las calles de San Ildefonso, del cual salen cincuenta hombres al mando del capitán Jorge Veraza, para reforzar el contingente que ya se ha apoderado del Palacio Nacional.

En Tacubaya también hay movimiento.

La tropa sale montada del cuartel de caballería, formada de dos en fondo, teniendo un único objetivo: la ciudad de México.

Esta tropa porta el uniforme de dril que se acostumbraba en aquellos tiempos y correspondiente a la más inferior de las clases



militares, mientras los oficiales ostentan uniforme de caqui y gorra de paño negro. Son ellos, por supuesto, los que se colocan a la cabeza de la fuerza.

Del cuartel de artillería salen dos baterías de campaña con su dotación completa de oficiales y tropa, así como bestias de tiro. No vacilan en el rumbo: la capital de la República, que va a estrearse de pies a cabeza dentro de unas pocas horas.

No hay en su actitud ningún embozo, por el contrario, es francamente hostil y lo demuestran abiertamente.

Lo que acontece en Tacubaya puede escenificarse en la mayoría de los cuarteles capitalinos en los que hay alojadas tropas de la Federación, y de pronto las desiertas calles de la gran metrópoli ofrecen el aspecto de un campo de batalla, puesto que por los cuatro puntos cardinales concurrían tropas de infantería, caballería y artillería, las tres armas de que el ejército dispone.

A la cabeza de una fuerza de artillería va el general Manuel Mondragón, vestido de paisano, con sombrero de ala corta, saco largo, pantalón de montar y polainas; monta a caballo en albardón y algunos oficiales y civiles, todos montados, de hecho forman la escolta.

Sí, es verdad, allí está la plaza de armas, que ya desde entonces ha de conocerse como Zócalo, un Zócalo distinto al de hoy: con su arboleda, su quiosco y numerosas fuentes. Un pulmón en el corazón de México.

Allí estaba también la parada o terminal de tranvías en la parte sur, que domingo a domingo recibía gran cantidad de personas rumbo a Xochimilco, Tacubaya, Tlalpan, Azcapotzalco o la Villa de Guadalupe.

En la parte norte, en escuadra con el Palacio, la Catedral, que acoge a los fieles que se desmañan para acudir a las primeras misas domingueras, y enfrente, además de casas comerciales, el principal nido de la conspiración: el hotel Majestic, en la esquina del portal de Mercaderes, y en el sur, el edificio del gobierno capitalino y una tienda famosa: La Colmena.

Los centinelas, cuando apenas comenzaba a clarear, eran los únicos seres vivientes que se advertían en la desierta y gran plaza.

Poco después, cuando ya los alumnos de la Escuela Militar de Aspirantes habían tomado posesión de Palacio, por la puerta más vecina a la Catedral, salió a paso veloz, como se dijo antes, una sección que iba a coronar las torres, para dominar la entrada del Zócalo.

Llegaron fuerzas de infantería de los sublevados provenientes de diversos cuarteles de la ciudad y procedieron a hacerse cargo de los servicios de guardia en los mismos sitios donde antes estuvieron los leales, que fueron desarmados y apresados.

Mientras tanto, en el interior de Palacio Nacional y en el patio central los Aspirantes deambulan sin guardar formación determinada y hacen comentarios sobre lo fácil que resulta todo, la precisión de la toma de objetivos, la marcha sin dificultades, etc., al mismo tiempo que comentan las cosas y hablan despectivamente del Primer Magistrado Madero y su gabinete.

—Ahora sí se acabó el chaparro.

A veces la euforia de los jóvenes cadetes que apenas, repetimos, se asoman a la vida militar, han emprendido el camino de la traición, de la deslealtad, les hace vitorear a Reyes, a Mondragón, a Ruiz y a Díaz; ha sido tan fácil todo que estiman que incluso no habrá derramamiento de sangre y consideran que quien tiene en su poder la sede del Presidente, como quien dice, está dominando; lo que sigue en realidad no tiene importancia; creen que su deslealtad es motivo de orgullo.

La madrugada se despereza somnolienta y va a despejarse justamente en el comienzo de la tragedia, cuyas negras alas se abrirán de uno a otro extremo de la ciudad de México, dando origen a la terrible Decena.

A su vez, la caballería que sale de Tacubaya al mando del general Gregorio Ruiz y el escuadrón de Aspirantes que toma por la calzada de Tlalpan, se une con la caballería, emprendiendo directamente el camino hacia la prisión militar de Santiago Tlatelolco, donde se encuentra preso el general Bernardo Reyes.

Debe consignarse que a lo largo del camino se une a la caballería una patrulla montada de gendarmes; esto es preferible a ser acribillados por las fuerzas sublevadas; también se unen algunos civiles, a quienes cautiva más que el partidismo la curiosidad, pues desean saber a fondo de qué se trata y el porqué de tan extraños movimientos de tropa. No necesitan averiguar mucho para comprobar que la tan anunciada y comentada rebelión está en marcha.

Cuando la columna se encuentra frente al cuartel de La Libertad recibe gratas noticias: al mando del capitán Juan Montaña, la tropa acaba de marchar rumbo a la prisión de Santiago, hacia donde también toman rumbo los Aspirantes montados, siguiendo a Santiago Mendoza y Antonio Escoto, que tienen el mando inmediato,

encontrándose en las inmediaciones con el mayor Jesús Zozaya, también montado, por muchos años ayudante del general Reyes.

Son informados: ya se tomó Palacio con alumnos de infantería.

Prestamente notifica el capitán Mendoza, ¿cómo no decirlo si todos comulgan con la misma innoble idea?

Al mismo tiempo llega el grueso de la columna frente a la prisión de Santiago y descienden de automóviles de alquiler algunos civiles comprometidos con los infidentes.

A caballo, los generales Mondragón, Miguel Morales y Ruiz se adelantan hasta las puertas de la prisión, justamente cuando un oficial y dos soldados de caballería, portando bandera blanca, demandan la rendición de la fuerza militar de la cárcel y con voz perentoria preñada de amenazas, exigen la libertad del general Bernardo Reyes.

Sí, quieren la libertad del preso.

Allí está formada la guardia de la prisión, pero no hay indicios de que pueda ofrecerse resistencia.

—Queremos la libertad del general Reyes.

Vuelven a insistir, mientras ominosamente resuenan los cerrojos de los rifles, reforzando implícita amenaza; no habrá vacilación alguna a la hora de emplearlos, pero tampoco necesidad de ello; allí predomina la sublevación, también allí los traidores siembran con éxito su perversa semilla y no tarda en aparecer por la puerta principal de la prisión un grupo de hombres y parte de las fuerzas del 20° batallón que comanda otro traidor, el capitán primero Rafael de la Vega Rojo. Al frente vestido, ya se dijo, con ropa íntima de fina calidad, como si presintiera su trágico fin minutos después, viene el general Bernardo Reyes en actitud napoleónica, acompañándole el capitán Rafael Romero López, quien personalmente se ha encargado de abrir la puerta de su celda.

Reyes es recibido con abrazos efusivos de Mondragón, de Ruiz y de algunos oficiales, así como de su hijo Rodolfo, el doctor Samuel Espinosa de los Monteros, a quien llama "Doctorcito", y el licenciado José Bonales Sandoval.

Envuelto en una capa militar de color gris, monta luego un caballo negro de gran alzada.

En cuanto aparece el general Reyes, estallan los vítores:

—¡Viva el general Bernardo Reyes!

Los militares, tanto en la guardia como en la plaza de Santiago, arrebatados por la libertad del general Reyes engolan la voz con las aclamaciones.



Los generales Ruiz y Mondragón se cuadran después y dicen sumisamente, reconociendo el mando de Reyes:

—¡A sus órdenes, mi general!

Reyes sonríe, sin perder su adusto gesto, que tiene mucho de napoleónico, o al menos esa actitud trata de imprimir a sus gestos y ademanes.

Dice: "Vamos a poner en libertad a Félix; luego iremos a Palacio Nacional".

El Palacio Nacional, según dice el general Gregorio Ruiz, ya está en manos de los rebeldes, porque la infantería de los cadetes de la Escuela Militar de Aspirantes lo tiene en su poder, e incluso también son suyas las torres de la Catedral.

El general Reyes, decidido a que los contingentes que se presenten lo escuchen, dice de nuevo que es hora de ir a la penitenciaría para sacar a Díaz.

Sin vacilaciones asume la cabeza de la columna, integrada por tropas y civiles a quienes comandan por ahora el doctor Samuel Espinosa de los Monteros, Alberto Díaz y Juan Pablo Soto, entre otros.

Cuando pasan frente a una iglesia, aquel contingente de sublevados se detiene un momento y el sacristán es conminado, pistola en mano, por Víctor Velázquez y José Pezado para que eche a vuelo las campanas, "siendo este el primer repique que anunciaba a la población la iniciación del movimiento felicista".

Estaba amaneciendo, pero había ya suficiente claridad; las fuerzas armadas se detienen después de caminar por algún tiempo frente a la penitenciaría en las calles de Lecumberri, formándose amenazadoramente frente al edificio.

Ya para entonces Mondragón había sido advertido por el hijo de Octaviano Liceaga, director de la prisión, que éste tiene informes de la sublevación; lo ha sabido por el gobernador del Distrito Federal, Federico González Garza, inclusive Liceaga trató de comunicarse con el inspector general de policía, luego nuevamente con el citado gobernador, para pedir órdenes y demandar auxilio.

Luis Liceaga, desleal con su padre, ha salido antes, para encontrar a la fuerza rebelde en las calles de Santo Domingo. Le pide al arquitecto Enrique Fernández Castelló que en su auto lo lleve violentamente a la prisión con el propósito de evitar que vaya a suscitarse la tragedia. Habla con el jefe de celadores, José Pecci, diciéndole:

—Estoy comprometido, bajo mi palabra de honor, de libertar al general Díaz y entregarlo a las fuerzas militares que están por llegar. Si hay resistencia, todos serán sacrificados. . .

Estos son los pequeños incidentes que ocurren en un vértigo de muerte, con manifestaciones exteriores que son preludio de la gran borrasca.

El jefe de celadores, desconcertado ante el hijo del director de la prisión:

—Tengo instrucciones —dice— del señor director de hacer resistencia, y he dado órdenes a doce celadores para que suban a la azotea y en caso de ser atacados harán fuego a discreción.

—Esto es una temeridad; seguramente las tropas repelerán la agresión y seremos inútilmente aniquilados, dice Liceaga.

Vivamente impresionado, el jefe de celadores pregunta qué será bueno hacer.

—Mira, bajo mi exclusiva responsabilidad da inmediatamente orden a los celadores de que no hagan fuego contra la tropa; no debemos de ser insensatos.

En esos momentos, en su despacho, el director de la penitenciaría trata de comunicarse nuevamente con el gobernador González Garza, y después de muchas peripecias lo localiza en Chapultepec, donde se encuentra. Informa lo que está sucediendo.

—¿Con qué tropas cuenta usted?

—Tengo solamente doce celadores distribuidos en toda la prisión, que no son suficientes para rechazar la agresión y vigilar interiormente el edificio. He pedido auxilio a la inspección de policía y al cuartel de San Lázaro, pero no llega nadie.

Las instrucciones que recibe son simplemente: que haga resistencia pasiva y trate de demorar lo que más pueda la entrega del prisionero.

A las siete y media de la mañana se presentan frente a la penitenciaría las fuerzas rebeldes de caballería e infantería y hasta artillería con varias ametralladoras; allí están, entre los particulares, el tenaz Cecilio Ocón, Víctor Velázquez, Enrique Fernández Castelló, Miguel T. González, Pantaleón Lara y otros que quizá quieren escribir sus nombres en las listas de la reprobación, cegados por una causa que atenta contra los legítimos intereses del pueblo y de la legalidad.

A gritos demandan la libertad del general Félix Díaz:

—¡Libre, libre, libre. . . !



Es entonces cuando las piezas de artillería son apuntadas hacia las habitaciones particulares del director de la penitenciaría; allí está la familia de Octaviano Liceaga, traicionado por su hijo Luis.

Desde el balcón principal de la prisión, el mismo Luis Liceaga pide a los generales Reyes y Mondragón que pasen a conferenciar con el director de la prisión, para lo cual ha dado órdenes a los celadores en la puerta principal, y así Luis Liceaga le ordena a Pecci que permita la entrada de los generales, incluyendo a Frías y al licenciado Bonales Sandoval; pero Octaviano Liceaga, que ignora la actitud de su hijo, se sorprende cuando tiene dentro de su despacho a Reyes y Mondragón, que le tienden la mano en señal de saludo.

Es Reyes quien exige la entrega del general Díaz, el sobrino del tío.

—De no ser así, daré órdenes, contra mi voluntad, de que asalten y ataquen la prisión y no quiero señalar las consecuencias. . . y lo hago a usted responsable general de todo eso.

Hay objeciones; Octaviano Liceaga quiere hacer honor a su responsabilidad y no gusta de las traiciones.

—No puedo hacerlo; no puedo entregarles a ustedes al prisionero, porque no tengo autorización de las autoridades.

Esa actitud obliga al general Reyes a que saque su reloj y diga:

—Señor Liceaga, si su resolución se demora, quizá no pueda contener a la gente que me acompaña; le doy a usted cinco minutos para que me entregue a Félix, de lo contrario ordenaré que abran fuego sobre la prisión.

Afuera, la tropa impaciente, que inclusive abriga temores por la suerte de los generales Reyes y Mondragón, hace que algunos Aspirantes comiencen a escalar los muros laterales de la prisión y que las piezas de artillería, ya se dijo, queden apuntando, listas para disparar sobre las habitaciones particulares del director del penal.

Gotea el tiempo en mitad de un silencio ominoso y se van los cinco minutos que ha fijado el general Reyes para la entrega del prisionero, y como no se consigue la anuencia de Liceaga, que no desea quebrantar su lealtad, Bernardo Reyes se dirige entonces a Mondragón y le dice:

—Compañero, el señor Liceaga es nuestro prisionero.

Luis Liceaga, por su parte, le arrebató las llaves de la celda 71 de la cruzía H al jefe de celadores, Pecci, y se dirige hacia donde está afeitándose en esos momentos el prisionero, y juntos, del bra-



zo, llegan al patio principal de la prisión, donde espera un tanto sobresaltado el general Bernardo Reyes, que al verlo expresa:

—¡Félix, al fin ha llegado el momento de salvar a la patria! Lo que van a hacer, en realidad, es crucificarla.

Juntos se dirigen al despacho de Octaviano Liceaga, donde el general Félix Díaz ha de decir:

—Amigo Liceaga, siento lo sucedido, pero es irremediable; estoy muy agradecido de las atenciones que usted me ha dispensado y espero que muy pronto nos volvamos a ver.

Octaviano Liceaga, dando ejemplo de su lealtad, le dice, en respuesta:

—Sale usted contra mi deber y contra toda mi voluntad.

Aparte de liberar al general Díaz, vestido con un traje oscuro, pantalón con polaina y tocado con un sombrero de fieltro color negro y llevando en la cintura la pistola máuser que guardara en su ropero Luis Liceaga, quedan también en libertad Pablo Lavín y Enrique Adame Macías, que son reos políticos.

Cuando los militares aparecen en la puerta de la prisión torna a desbordarse la euforia, como ocurriera antes en la prisión de Santiago Tlatelolco al ser liberado el general Bernardo Reyes; las bandas tocan llamada de honor y hasta preludian el himno nacional.

Félix Díaz monta un caballo retinto que le lleva Rafael Gutiérrez y justamente cuando ha de iniciarse la marcha llegan en un auto Alejandro Reyes, otro de los hijos del general, y el doctor Enrique Gómez y confirman la noticia.

Es verdad que Palacio Nacional está ya en manos de los sublevados gracias a la acción de los Aspirantes. Informan también que ya detuvieron al ministro de Guerra, general Angel García Peña, al ministro de Comunicaciones, ingeniero Manuel Bonilla; al de Gobernación, licenciado Rafael Hernández, y a don Gustavo Madero.

El general Bernardo Reyes ordena al general Ruiz que con dos escuadrones de caballería al mando del coronel Luis G. Anaya, marche violentamente, adelantándose al grueso de la columna, para que auxilie a los elementos que ocupan el Palacio Nacional.

La mañana viene abriéndose paso rápidamente; aún están por iniciarse los acontecimientos más graves.

Debe señalarse que para entonces el contingente de las fuerzas rebeldes, según Ramón Prida, era como sigue: "El número de fuerzas a las órdenes generales eran cerca de tres mil hombres, de los cuales cuatrocientos eran del primero de caballería, doscientos de la Escuela Militar de Aspirantes, doscientos del 20° batallón, qui-

nientos de los regimientos de artillería, mil entre el regimiento de ametralladoras, del batallón de seguridad y los gendarmes montados y de a pie que se les habían unido, y el resto, paisanos que habían organizado el doctor Samuel Espinosa de los Monteros, don Martín Gutiérrez, don Fidencio Díaz López, don José Bonales Sandoval, un señor Ramírez y algunas otras personas".

Además, llevaban consigo seis cañones y catorce ametralladoras, en tanto que el comandante militar de la plaza, Lauro Villar, sólo tenía en Palacio quinientos hombres, dos ametralladoras y el parque apenas suficiente para sostener el fuego por el ridículo espacio de quince minutos.

Antes, a las tres de la mañana, ocurre algo interesante, según ha de referir el general Lauro Villar, comandante militar de la plaza; lo dice en estos términos:

"A las 3 a.m. me participó por teléfono el inspector general de policía que le daban parte que en la calle de los cuarteles de artillería y caballería de Tacubaya se veía algún movimiento de automóviles; le contesté que mandara inmediatamente gente activa y de confianza a cerciorarse de la verdad y me lo dijeran sin pérdida de tiempo. Este parte lo di en seguida al general brigadier mayor de plaza Manuel P. Villarreal, que dormía por orden mía en su oficina de Palacio, recomendándole se pusiera en seguida al habla con los capitanes de cuartel de dichos cuerpos y me diera respuesta. El general mayor de plaza, luego de darles mi orden, me comunicó por teléfono lo que le decían los capitanes, que no había novedad y que en efecto cruzaban por la calle algunos automóviles como a diario se hacía. Media hora después volvió a hablarme por teléfono el mismo inspector diciendo que la artillería y la caballería de Tacubaya habían salido de sus cuarteles sin saber el rumbo que habían tomado, contestándole que con fuerzas del Distrito los persiguiera o cuando menos observase el rumbo que llevaban y que yo salía para Palacio."

Uno de los primeros en tener noticia de la traición fue sin duda don Gustavo Madero, hermano del Presidente, y quien desde su casa, utilizando la vía telefónica, da aviso al inspector general de policía, mayor Emiliano López Figueroa; pudo constatar que en efecto acontecía algo anormal en los cuarteles de caballería y artillería de Tacubaya, incluso estuvo a punto de ser capturado por los infidentes.

Nunca son tan determinantes los minutos para el régimen maderista como en esta vez.



Gustavo Madero, acompañado de Rafael Quevedo, gerente del periódico *La Nueva Era*, y del licenciado Adrián Aguirre Benavides, diputado al Congreso de la Unión, toma violentamente un automóvil, en el que carga algunas cajas de parque y varios rifles, enfilando de inmediato hacia el Palacio Nacional, pues supone, y con razón, que es uno de los objetivos inmediatos. Llega a la puerta principal y le marcan el alto; responde a la pregunta de “¿Quién vive?”

—¡Gustavo Madero!

Los Aspirantes lo rodean prontamente, haciéndolo prisionero, para llevarlo a la sala de banderas, donde queda con centinela de vista.

No sabe que ya Palacio está por completo en manos de los traidores.

A punto está de ocurrir lo mismo al vicepresidente, licenciado José María Pino Suárez, que en automóvil también, con el gobernador del Distrito Federal, licenciado Federico González Garza, cuando se acerca a la puerta de honor advierte que llega la caballería de los Aspirantes rifle en mano, por lo que se alejan presurosamente por las calles de La Moneda cuando los sublevados intentan atraparlos.

Poco después, cae también el Ministro de la Guerra, que violentamente se dirigía a sus oficinas para dictar algunas disposiciones. El general Angel García Peña, con otros funcionarios, como ya se ha dicho, va a hacerle compañía a Gustavo Madero.

Alrededor de las cuatro de la mañana, el oficial de guardia en el cuartel de zapadores le informa al mayor Juan Manuel Torrea que a las puertas se encuentra el general mayor de órdenes de la plaza, Manuel P. Villarreal.

Poco después, al dar la contraseña de rigor, se le franquea el paso y los dos jefes en medio del patio cambian impresiones; Villarreal ha escapado de Palacio. Dice que no cuenta allí con tropas leales y después de comunicarse con el general Villar, da instrucciones, pues “se encontraba rodeado todo el recinto de tropas rebeldes” e indica que la guardia de Palacio se ha sublevado.

Además, informa que dicha guardia pertenece al 20° batallón y que él irá a buscar al comandante militar que se dirigía a los cuarteles de Teresitas y de San Pedro y San Pablo, por lo que indica que se tomen las precauciones necesarias. Admite que no se sabe con precisión cuáles son las tropas que permanecen leales y cuáles son infidentes.

Cuando el general Villarreal sale del cuartel de Zapadores, se cierran las puertas, mientras Torrea procede a levantar a la tropa que descansa uniformada, con botas puestas y el arma al alcance de la mano.

La guardia recibe orden de cargar las armas, para que pueda repeler cualquier ataque por el frente del cuartel, al mismo tiempo se dispone una vigilancia desde los balcones, estableciéndose una sección que ha de parapetarse detrás de las almenas y un pretil, teniendo en cuenta que la azotea del viejo caserón ubicado entre Palacio y el cuartel de Zapadores domina a aquella ocupada por las fuerzas de Torrea. Se dan instrucciones para cubrirse de los fuegos dominantes probables, pues la altura es de cuatro metros.

La sección de la azotea queda al mando del capitán Angel C. Morales y la tropa toda, con las armas cargadas, lista para el combate recibe órdenes de no hacer fuego si no es precisamente a la voz de sus oficiales. La sección queda pues tendida en línea de tiradores en toda la azotea, mientras se ordena ensillar la caballada, lo que efectúan prestamente los dos escuadrones incompletos de 88 hombres cada uno, de los que ya hemos hablado.

Torrea trata de comunicarse telefónicamente con la superioridad; puede hacerlo con Chapultepec y pregunta si hay tropas que cooperen con los leales para tomar Palacio, sin obtener respuesta; no puede dialogar con el comandante militar, pues nadie responde.

Los minutos se vuelven vertiginosos; el nerviosismo crece y se agiganta cuando del garitón oriente se informa al mayor Torrea que se acerca una fuerza armada en fila india y bien pegada a la pared. Son sesenta hombres.

Para esto, se ha ordenado marcar el alto y hacer fuego si algo anormal se observa, llegando entonces el comandante de aquella tropa, que es el jefe del 20° batallón, coronel Juan G. Morelos, y una vez que comunica las instrucciones que tiene del comandante militar de la plaza, en el sentido de penetrar a Palacio por el jardín, “salimos a la banqueta y bajo un trueno estuvimos hablando y yo dándole datos de cómo podía cumplimentar la orden del comandante militar, pues el coronel Morelos me aseguraba que desconocía las entradas al Palacio, no obstante haber sido capitán ayudante de zapadores. Durante esta conversación nos dimos cuenta de que con los fusiles nos apuntaban algunos de los que estaban en la azotea de Palacio; nos acercamos a la puerta y le reiteré mis sospechas de que aquel grupo era de sublevados. Me estuvo haciendo algunas

preguntas sobre cómo estaban comunicados los patios, qué entradas había, etc., etc., todo lo que me era bien conocido del viejo edificio, porque fui ayudante del ameritado general Pedro Troncoso cuando fue mayor de órdenes de la plaza”.

De acuerdo con las instrucciones de la comandancia militar, Torrea, de quien son las palabras anteriores, le indica al coronel Morelos que ese proyecto es temerario.

En tanto se desarrollaban estos hechos en el cuartel de zapadores, es detenido en Palacio Nacional un automóvil que ocupan el arquitecto Enrique Fernández Castelló, sobrino de la esposa de Porfirio Díaz, y Miguel T. González.

El jefe de los Aspirantes, teniente Benjamín Zurita, los considera sospechosos y los captura, haciéndolos conducir a la sala de guardia, pero a poco la linterna de luz roja que lleva consigo Fernández Castelló lo identifica como otro de los conjurados y queda en libertad, no sin que se dé cuenta que están detenidos los ministros de Guerra, Comunicaciones, Gobernación, así como don Gustavo Madero y otras personas.

Al mismo tiempo en el cuartel de San Pedro y San Pablo llega vestido de paisano y acompañado del mayor de caballería Francisco Malagamba, el comandante militar de la plaza, general Lauro Villar, quien penetra resueltamente después de identificarse y pregunta por el jefe del batallón, capitán Aldana.

Es informado que la mayor parte del batallón está destacada o anda partida y solamente se encuentra en el recinto una fuerza, en su mayoría integrada por reclutas y sólo una sección veterana; son tres oficiales y ochenta y cuatro individuos de tropa, y se suscita entonces un diálogo interesante que ha de consignar el general Francisco L. Urquiza, al referirse a aquellas trágicas jornadas.

El general Villar dispone entonces que sigilosamente se levante a la tropa, dotándosele de doscientos cartuchos por plaza para que se disponga a marchar, “puesto que ha estallado un movimiento contra el Gobierno y tenemos que sofocarlo”.

Los oficiales y sargentos van despertando a los que duermen y los soldados rápidamente toman dispositivos de marcha, requieren las armas, se colocan en banderola las cartucheras que entregan los sargentos, en la proporción que se ha ordenado.

Poco después silenciosamente la tropa sale del cuartel formada de dos en fondo, tomando por las calles del Carmen y en marcha de dos hileras, cada una por la banqueta, pegándose precautoriamente



a la pared respectiva. Ahora llevan las armas embrazadas y con la bayoneta calada.

Por el arroyo, formando un pequeño grupo, caminan resueltamente el general Villar, Malagamba y el capitán Aldana y mientras avanzan, hablan sobre lo ocurrido en Palacio Nacional; los rebeldes se han posesionado del edificio y tomado las torres de Catedral; otros quizá en esos mismos momentos estarán liberando en Santiago Tlatelolco al general Bernardo Reyes y en Lecumberri al general Félix Díaz.

Cuando el capitán Aldana pregunta el destino de la tropa que manda, el general Villar pronuncia apenas seis palabras, pero definitivas:

—Vamos a tomar el Palacio Nacional.

El capitán se extraña; no es posible que con fuerza tan raquítica puedan llevar a cabo ese propósito, pero el general Villar, sin vacilaciones dice:

—Son de mi 24^o batallón y eso me basta. Con estos reclutas tomo yo el Palacio.

Es entonces cuando el general Villar indica que caerán por sorpresa y como no son esperados, sobre todo por la retaguardia, es factible el éxito.

Toman por las calles de la Acequia, que fue ocupada la noche de la víspera por una escuadra de caballería leal al Gobierno, y dice Villar solemne y resueltamente que por la puerta trasera del cuartel caerán al jardín de Palacio.

Para que el ruido uniforme de la marcha no llame la atención del enemigo, se ordena que rompan el paso sin llevar compás alguno; ahora son sombras; es un pelotón que avanza sigilosamente para cumplir la misión que el general Villar ha proyectado.

Ya en el interior del cuartel de zapadores, el general Villar recibe el parte de novedades que ya conoce y dispone que la puerta que comunica al cuartel con el jardín trasero de Palacio —que ha sido condenada con travesaños de madera— sea rota, para penetrar por allí. Además le ordena al mayor Torrea que con el escuadrón de caballería salga y se forme frente a la tienda La Colmena, dando frente a la Catedral y se prepare a cooperar con la tropa que pretende apoderarse de Palacio o que rechace a los contingentes que quieran acercarse al Zócalo.

Sus instrucciones son precisas; con bayoneta calada, en cuanto se eche la puerta abajo; irrumpirán violentamente en Palacio, apoderándose de la guardia.

Armados con un pedazo de riel y con barretas que consiguen no sin dificultades, los soldados destrozan la puerta y cuando el paso está listo, la tropa se lanza a paso veloz, llevando a la cabeza al general Lauro Villar, sorprendiendo a los sublevados que no esperan esta irrupción, y a golpes, en algunos casos, desarman a guardias y centinelas.

Es auténticamente una sorpresa y los Aspirantes se dan cuenta que el general Villar, pistola en mano, fieramente, avanza y grita:

—¡Viva el supremo Gobierno! ¡Viva el 24° batallón! ¡Adelante muchachos!

La tropa enardecida, por el ejemplo del bravo general Villar, no titubea en secundarlo en sus vítores y prestamente procede a desarmar las guardias con las que tropiezan; incluso llegan a dispararse contados tiros, mientras se alteran las voces y se producen forcejeos, carreras y gritos.

Truena la voz del general Villar:

—¡Esos Aspirantes... a formar!

Para subrayar su decisión, engola el grito vigoroso y decidido:

—¡Viva el supremo Gobierno!

Atónitos los Aspirantes, que no esperan la bravura del general Villar, que no cuentan con la estridencia de su voz y su imponente don de mando, obedecen ciegamente para numerarse por cuatro. Así lo han hecho muchas veces durante largas horas, en academia. También solícitamente, casi dijéramos sobrecogidos por la actitud de Villar, obedecen empabellonando las armas, para volver a su formación después, pero ya inermes.

La voz de Villar es potente y sobre todo ha tenido la virtud de imponerse a los neófitos desorientados que no saben en realidad ni siquiera lo que hacen. Ordena la marcha por el flanco derecho y así entran los cadetes a las caballerizas con guardias “con instrucciones de que hagan fuego sobre estos mequetrefes si intentan salirse”.

Poco después, el general Villar, ejemplo de lealtad, dispone que parte de la tropa —después de aquel golpe de audacia y precisión— se coloque en la banqueta de Palacio, frente al Zócalo, pecho a tierra y dispuesta a combatir.

Inmediatamente a un lado de la puerta central de Palacio es emplazada una ametralladora que atiende un oficial, y al lado de ella queda otra pieza servida por el intendente de Palacio: Adolfo Bassó.



La caballería al mando del mayor Juan Manuel Torrea permanece frente a La Colmena, con sus corceles a mano y las armas embrazadas.

Es la hora en que por distintos rumbos aparecen civiles a quienes atraen los movimientos y los pocos disparos que se hacen en Palacio Nacional, permaneciendo como es costumbre, en actitud de curiosos, dándose cuenta de todos los pormenores de un hecho insólito, como inesperado.

Un oficial se acerca al general Villar, comandante militar de la plaza, informándole que una columna de caballería viene por las calles de La Moneda, perteneciendo al primer regimiento; con ella viene el general Gregorio Ruiz.

El ameritado Villar dice tan sólo que todos estén listos para combatir.

Ha de recordarse que el general Ruiz recibió instrucciones del general Reyes para que se adelantara al grueso de la columna y sirviera de refuerzo a los Aspirantes, que se apoderaron del Palacio Nacional.

Lo que no sabe el general Ruiz cuando va al frente de la fuerza que avanzaba de cuatro en fondo y con sus carabinas en posición de “guardia”, es que ya el Palacio había sido recuperado por las fuerzas leales.

Ruiz hizo alto frente al gran edificio y se adelanta solo, para que salgan a su encuentro el general Villar y dos oficiales. Está confiado, cree que contará con el general Villar, y desde el caballo le dice, cuando se encuentra cerca:

—Lauro, estamos levantados en armas contra el Gobierno. Toda la guarnición de la plaza está con nosotros. Detrás de mí viene el general Bernardo Reyes, el general Félix Díaz y el general Manuel Mondragón con toda la artillería, ¿estás con nosotros?

De momento el general Villar se queda en silencio, pero tan sólo unos segundos; permanece así y sus ojos llameantes se clavan en el rostro del general Ruiz, que sigue a caballo, expectante.

En un momento dado, cuando menos lo espera, se apodera vertiginosamente de las bridas del caballo que monta al general Gregorio Ruiz y apuntándole con su pistola le dice enérgicamente: “¡Estoy con el supremo Gobierno! ¡Y tú eres mi prisionero! ¡Bájate! ¡Soy tu jefe y te ordeno que bajes del caballo!”

Ruiz acepta: “Está bien; soy tu prisionero”.

Ruiz echa pie a tierra para ser desarmado inmediatamente por el general Villar, quien se vuelve rápidamente con su prisionero para decirle al general Eduardo Cauz: "Usted, señor general, me responde de este hombre. A su honor de soldado se lo confío".

Debe añadirse que cuando el general Villar reclama la presencia del coronel Luis G. Anaya, comandante del primer regimiento, que no pierde una sola palabra de las que cambian los dos generales, por toda contestación al hincar acicates a su cabalgadura, dice furioso: "Vaya usted al demonio".

La voz del general es contundente, porque pronuncia una sola palabra, una, pero decisiva: "¡Fuego!"

Los hombres que están pecho a tierra y las dos ametralladoras funcionan mortíferamente; caen caballos y soldados, y aunque la gente del general Ruiz pretende contestar el fuego, resulta infructuoso, pues en realidad se entregan a la desbandada, en completo desorden, lo que determina el cese el fuego de las tropas leales.

Ya se dijo: ha venido al Zócalo mucha gente atraída, ahora sí en gran número, por los acontecimientos que se desarrollan frente a Palacio Nacional, e imprudentemente se adentran en la gran plaza; algunos buscan protegerse con los árboles sin darse cuenta del peligro que corren; las balas no tienen ojos. Pero así son los curiosos, y ya hay sembrados muchos cadáveres y algunos heridos se desangran y quejan lastimeramente.

Llega a poco de las calles de La Moneda un oficial que se acerca rápidamente después y le rinde parte al general Villar; por las mismas calles de La Moneda viene nuevamente un grupo de gente armada con muchos civiles y algunos militares a caballo. Al frente marcha el general Bernardo Reyes.

Villar, que ya ha medido la situación, a quien no arredra el peligro, sólo se concreta a repetir: hay que estar listos para combatir de nuevo.

Y no se equivoca.



CAPÍTULO IV

EL AVISO A MADERO

Los rumores que han corrido insistentemente por toda la ciudad, dejan de serlo.

Oficialmente, el Presidente de la República, don Francisco I. Madero, fue avisado de la sublevación de efectivos militares en las primeras horas de la madrugada del nefasto 9 de febrero de 1913.

Al amanecer, el director del H. Colegio Militar, teniente coronel Víctor Hernández Covarrubias, quien acostumbra dormir allí, fue despertado por el corneta de la guardia, haciéndole saber que el Presidente Madero reclamaba su presencia urgentemente.

Hernández Covarrubias piensa de momento que, como todos los domingos, el señor Madero quiere pedirle que lo acompañe en un paseo matinal a caballo por el bosque, como suele ocurrir otras veces.

Sin siquiera lavarse la cara, pues el requerimiento es urgente, según se ha dicho, se viste con rapidez; no se imagina ni remotamente la gravedad de los acontecimientos, a pesar de que ha escuchado rumores, algunos que se le antojaron descabellados.

Poco después, el capitán de cuartel llama a la puerta sonoramente y sus palabras reavivan la intriga del director del Colegio Militar: el señor Presidente de la República quiere hablar urgentemente con él.

Con claro concepto de la disciplina, de la lealtad y hombre que sabe perfectamente el significado de una orden, se dispone a bajar, pues no debe olvidarse que en aquella época el Colegio Militar estaba en Chapultepec.

Hernández Covarrubias no tiene ninguna noticia sobre lo que está ocurriendo en el centro de la ciudad de México.



Se ciñe su arma y acude ante el Primer Magistrado; se cuadra militarmente, en tanto que Madero sin preámbulo alguno: "Teniente coronel —le dice—, la Escuela de Aspirantes y una parte de la guarnición, algunos civiles y elementos militares se han sublevado contra el Gobierno, pero la situación está dominada. Sírvase usted alistar el Colegio para que me acompañe, marchando en columna de honor, en desfile por las calles de México, hasta el Palacio Nacional. Fíjese usted lo que se ve en México. . ."

Hernández Covarrubias se queda expectante.

Puede percibir allá lejos algunos disparos y luego dice únicamente dos palabras, pero que plantean una interrogación, a pesar de que no las enfatiza: "Son balazos. . ."

Madero asiente con la cabeza y luego expresa convencido: "Pues son las tropas leales que terminan con la sublevación".

Para esos momentos, los informes recibidos no ofrecen la verdadera dimensión de los hechos.

El teniente coronel entiende que en realidad no se trata de un desfile de honor, no es tan sólo escoltar al primer mandatario en su recorrido por las calles metropolitanas; previsoriamente ordena que las tres compañías del Colegio Militar sean municionadas convenientemente y dispone que se apreste un carro con pertrechos suficientes y una ametralladora y dos fusiles Rexer. En rigor, el teniente coronel Hernández Covarrubias había escuchado rumores respecto a la sublevación, pero él, como otros, no la esperaba tan pronto.

Toma pues todas las precauciones aconsejables, dota a sus hombres de parque suficiente, por si la necesidad obliga al uso de las armas; su responsabilidad de escoltar al Presidente, es mucho más delicada de lo que se supone.

Poco después, las tres compañías perfectamente armadas, se forman en línea desplegada.

En el patio de la residencia presidencial, hay varios caballos ensillados con albardón; los sujetan soldados de la guardia presidencial.

Madero, vistiendo traje de montar y acompañado de su esposa, doña Sara Pérez de Madero, seguido de sus ayudantes Federico Montes y Vázquez Shaffino llegan al jardincito; todo está listo para que se cumpla con la disposición presidencial y el jefe nato del ejército es informado que los caballos están listos.

Madero pregunta al capitán Montes cuáles son las últimas noticias que hay respecto al Palacio Nacional, y el cumplido capitán informa: "Señor Presidente: Palacio Nacional está en poder de las

fuerzas leales; el señor general Lauro Villar logró recuperarlo en un rasgo de audacia, aprehendió al general Gregorio Ruiz y en un intento que hizo el general Bernardo Reyes, para apoderarse nuevamente del Palacio, fue muerto. Se sabe que el general Félix Díaz, con algunos de sus partidarios va hacia la Ciudadela".

Es entonces cuando ordena ir a Palacio, pues tiene que cumplir con sus obligaciones, con su deber.

Es de nuevo aquel Madero que un día estremeció a la ciudad de México con su arribo de apoteosis, cuando, incluso, un sacudimiento de tierra hizo cundir la alarma. Fue una conmoción doble: la del hombre con los hombres; la de la tierra con los hombres.

Otro informe: el Colegio Militar está listo para darle escolta. Y se despidió de su esposa, besándola cariñosamente, mientras expresa: "Voy a cumplir con mi deber".

Su vida está ahora en manos de los cadetes, que han sido leales, que respetan y quieren a las instituciones legales; con ellos es capaz de arrostrar todos los peligros e ir a cualquier parte.

El Presidente de la República, acompañado de los capitanes Montes y Vázquez Shaffino, llega al patio del castillo, donde aguardan los caballos; montan y salen hacia el Colegio Militar.

Al aparecer el Presidente, la banda de guerra del plantel le rinde honores, los que corresponden a su alta jerarquía como jefe supremo de las fuerzas militares del país.

Una emoción indescriptible embarga al Presidente cuando escucha esos honores; ahora mide vertiginosamente su gran responsabilidad y comprende que lo que mejor puede hacer es salir al encuentro del contratiempo y es conveniente asumir sus funciones en el Palacio Nacional.

Los cadetes se sienten orgullosos al presentar armas a su más alta autoridad; ellos, en su inmensa mayoría no pudieron ser envenenados por la perversa labor de los traidores y mantienen su inquebrantable propósito de cultivar, para orgullo propio y de su institución, la lealtad.

Escoltado por los alumnos del Colegio Militar, Madero descende por la rampa y poco después atraviesa el bosque para enfilarse por el Paseo de la Reforma.

Los alumnos del Colegio Militar carecen ahora de su banda de guerra; llevan las armas embrazadas, medida recomendable por todos conceptos, puesto que la ciudad de México vive sobre un polvorín y no puede saberse el peligro real que existe; sí, ha podido



comprobarse que la sublevación la encabezan los generales Bernardo Reyes, Manuel Mondragón, Félix Díaz y Gregorio Ruiz.

Lo que aún no se sabe es la fuerza militar de que disponen; sin embargo, ya se dijo, se ha informado que Palacio Nacional fue recuperado por la tropa del general Villar; por lo menos el asiento del poder ejecutivo está en manos leales.

A la cabeza de la columna que avanza por el Paseo de la Reforma, una descubierta de cadetes protege al primer magistrado, mientras a ambos lados y la retaguardia, los heroicos hijos del Colegio Militar, en dos hileras compactas y prolongadas, integran una protección que sabrá responder a la inmaculada tradición de su plantel.

A medida que avanzan pueden percibirse mejor los disparos, vítores y exclamaciones; priva sí, una situación anormal, porque la gente, curiosa de suyo, se adelanta y retrocede, mira y cuchichea; se asoma tímidamente entreabriendo las puertas o atisban desde una ventana.

A veces el tiroteo se aviva y de repente los disparos se tornan esporádicos.

Madero tiene el propósito de llegar hasta Palacio Nacional; otra vez su decisión se mantiene incólume.

No le importará ser acribillado en el camino, mientras soldados como los jóvenes del Colegio Militar se encuentren junto a él, respondiendo a la tradición de lealtad y al mérito que ostenta, mayormente desde aquellas trágicas, dolorosas y amargas de 1847.

Durante el trayecto, el director del Colegio Militar, por dos veces recibe órdenes de formar en columna de honor, pero Hernández Covarrubias desoye tal disposición, porque considera que esa formación no es apropiada en el caso que tenga que combatirse, ni tampoco recomendable para ofrecer resistencia, sobre todo, porque tiene la creencia, y no está alejado de la verdad, que puede intentarse el asesinato del Presidente de la República; cuando se renuncia a los escrúpulos, todo puede suceder.

Hernández Covarrubias, con alto sentido de responsabilidad, entiende que su deber, en este caso, estriba en defender la vida del primer magistrado y por esta razón considera que todas las precauciones que al respecto se adopten, tienen que ser necesariamente buenas, porque no es remoto un atentado.

Tan es un acto valeroso el de Madero, que uno de sus más decididos detractores, el doctor Luis Lara Pardo, tiene que admitir la verdad, y suyas son estas palabras:

“Madero, prevenido, aunque demasiado tarde, dio la medida de todo su valor y de una energía que sus enemigos ni sospechaban siquiera. En vez de fortificarse en Chapultepec, en donde no era fácil desalojarlo, reunió una pequeña fuerza, en su mayoría formada de cadetes del Colegio Militar, y bajó a caballo descubierto, sereno, magnífico, y se dirigió al Palacio Nacional, objetivo de los sublevados. Por el trayecto la gente maravillada de tanta hombría lo aclamaba y pedía armas para defenderlo. Los papeles se trocaban; los autores del cuartelazo audaz, los sobrevivientes, que creían haberse podido adueñar, con tan sólo quererlo, del gobierno de la República, iban despavoridos a encerrarse con su potente artillería tras los muros de una vieja fortaleza y el presidente civil, aquel a quien pensaban derrocar con un soplo, salió gallardamente a tomar la ofensiva”.

Estas palabras del doctor Lara Pardo son representativas de su admiración.

Poco después de iniciada su marcha, a Madero se unieron una compañía del batallón de Seguridad y un escuadrón de la gendarmería montada, al mando del inspector general de policía, Emiliano López Figueroa, colocándose a la vanguardia de dicha corporación, el cuerpo de bomberos.

A su paso van sumándose contingentes de civiles adictos al maderismo, entre los que puede mencionarse a Eduardo Ortiz Ramos y Mariano Duque, que a veces caminan junto al estribo de la silla del caballo árabe tordillo que monta el Presidente.

Para dar idea de lo que representó la actitud de Madero en esos momentos, valdrá decir que poco después de iniciada su marcha rumbo a Palacio Nacional, despertó un entusiasmo aletargado; era otra vez el Madero magnético, con madera de ídolo popular.

Don Manuel Márquez Sterling, embajador de Cuba en México, cuando era Madero Presidente, dejó un testimonio histórico inapreciable, y al respecto escribió:

“El Presidente, en uno de sus caballos favoritos, gran jinete como era, bajó a galope la colina de Chapultepec y se pone al frente de la gendarmería montada, que allí concentró el activo gobernante, y los alumnos del Colegio Militar, que, así, en ejercicios prácticos, aprenden a defender las instituciones. A Madero no le aflige, ni le amedrenta el golpe. En la noche le habían prevenido de la trama sus amigos. Y no lo quiso creer. Sin embargo, recibió el aviso del alzamiento impávido y sonriendo. «¿Usted tiene miedo?» —fue su pregunta al correligionario que vaticinaba desgracias—. Y un rato

después, arengando a su escasa fuerza, inflamó su elocuencia en los últimos cinceles oratorios. A lo largo del Paseo de la Reforma emprendió la marcha al Palacio Nacional, y en el trayecto incorporáronse los ayudantes del Estado Mayor, que salían de sus casas o de sus órdenes; el general Huerta. Madero continúa el avance, y el ministros de su gabinete, algunos partidarios que deseaban seguir su suerte y grupos del pueblo bajo que amaban, fieles e incorruptibles, al Apóstol. De un coche de sitio descende un hombre vestido de paisano, con espejuelos azules; acércase al Presidente y se ofrece a sus órdenes; el general Huerta. Madero continúa el avance y el ministro de la Guerra, García Peña, es el técnico militar de la columna. En la Avenida Juárez, numeroso público aplaude al Presidente y le acompaña. Nada ocurre hasta enfrentarse a las obras del Teatro Nacional. García Peña detiene la marcha y se oye nutrido fuego de fusilería, rumbo al Zócalo y a las calles de Plateros. Los generales convencen al Apóstol de que es menester enviar exploradores. Apéase del caballo y discuten los ministros cuál debe ser la conducta de Madero: ir al Palacio o regresar al Castillo de Chapultepec. El ministro de la Guerra opina que es necesario lo primero. Interviene Huerta y aconseja lo segundo. «El Presidente —dice— no debe exponer la vida como lo hace ahora.» Hay un momento de confusión. Del núcleo, se desprende un cuerpo de caballería trotando hacia el lugar del combate. ¿Quién ha dado la orden? Imposible averiguarlo. Por las calles paralelas corren vertiginosamente muchos caballos que han perdido al jinete en la refriega. Y de uno de los balcones inmediatos una bala, dirigida a Madero, mata, a su lado, a un gen-darme. Era peligroso estar allí. Huerta habla mucho. Y entran ministros, guardias y Presidente a un edificio cercano: la fotografía Daguerre, que pasa, por esta circunstancia, a la historia. El ministro de la Guerra advierte que la situación es insegura, que hay riesgo inminente para Madero y denota profunda perplejidad. Huerta no desdeña la ocasión y propone al Presidente que le deje disponer. El ministro abdica, sin motivo, su autoridad. Dos ayudantes traen pormenores... «El Palacio está en manos leales», dicen; y Madero monta su potro y reanuda la jornada. Parece un vencedor. La muchedumbre lo aclama. Y él esgrime de continuo, su arma preferida: la palabra. Pensárase que ha terminado el episodio”.

Antes que ocurra esto, conviene consignar un hecho que también pasa a ser histórico: entre la multitud, un civil, sin camisa, con un abrigo encima, se precipita hacia Madero gritando; pero los cadetes del Colegio Militar lo detienen y cuando se identifica, se pone en



claro que es el primer civil que se apronta a otorgar su apoyo al Presidente. Responde al nombre de Adolfo de la Huerta y había sido factor destacadísimo para el triunfo del maderismo en su estado: Sonora.

Ajeno a lo que iba a ocurrir emprendió viaje a la ciudad de México en su afán de arreglar algunos problemas relacionados con las tribus yaqui y otras de la entidad.

Poco después, acompaña a Madero bajo tupida balacera a la fotografía Daguerre.



CAPÍTULO V

SANGRE EN EL ZOCALO

Apenas un oficial le da cuenta al general Villar que gente armada se acerca por las calles de La Moneda, el pundoroso comandante militar de la plaza dispone que su tropa se aliste para combatir de nuevo.

A poco, aparecen en efecto por el extremo de Palacio, los contingentes que encabeza el general Bernardo Reyes.

Momentos antes, el capitán Jorge Veraza, uno de los traidores, hace saber al general Félix Díaz que los Aspirantes que se habían posesionado de Palacio están prisioneros; ahora ya también es prisionero el general Gregorio Ruiz, que llegara al frente de la columna rebelde.

Aunque lo sabe, el general Reyes, indaga sobre quién manda las fuerzas leales y le contestan que el jefe es el general Villar.

Reyes sonríe y asegura que el general Villar está comprometido con ellos.

Pero el capitán Veraza ratifica la noticia y agrega además que se ha dado orden a la tropa de que se haga fuego contra los sublevados.

Félix Díaz objeta: eso no puede ser, el general Lauro Villar está con ellos y nunca hará fuego.

Rechazando las precauciones, el general Reyes avanza muy decididamente. Lanza su caballo "Lucero" a todo galope, sin cautela alguna, después de pedirle al general Díaz y a su compañero Mondragón que permanezcan atrás —y eso los salva de la muerte—, entre las puertas Mariana y central, tira el capote que le estorba y frena el caballo frente a la puerta principal del asiento del poder ejecutivo; el general Lauro Villar, con la pistola en la mano, se adelanta solo y espera serenamente.



Reyes intenta arrojar el caballo contra el comandante militar de la plaza, mientras angustiosamente, su sicario, el general Manuel M. Velázquez le previene: "No avance, mi general, parece que nos han traicionado".

Pero Reyes está ciego; cree que con su presencia, la fuerza leal va a defezionar, que con sólo pronunciar unas cuantas palabras ha de resolverse todo y le grita a Villar: "¡Ríndase general Villar!". Pero el comandante militar de la plaza se repliega hacia el fondo del arco de la entrada y resueltamente contesta: "¡El que ha de rendirse es usted! ¡Yo estoy con el supremo Gobierno!".

El hecho es que en esos momentos, algún oficial dispone violentamente la orden de "fuego", y éste precipita la tragedia.

Una de las ametralladoras comienza a funcionar en tanto trueñan los fusiles de los soldados leales que resguardan Palacio Nacional y Rodolfo Reyes le advierte inútilmente a su padre: "¡Te matan!".

Pero ya hemos dicho que el militar está ciego, que le ha obsesionado la muerte desde mucho antes, porque incluso cabe recordar que pidió que le llevara ropa interior fina.

Son éstas al parecer sus últimas palabras, en respuesta a la prevención de su hijo Rodolfo: "¡Pero no por la espalda!".

Un tiro le perfora la frente, y antes de caer, las balas de una ametralladora le despedazan una pierna; aún alcanza a asirse de las crines del caballo, que sufre una herida en el cuello, y el ya muerto general Bernardo Reyes se desploma pesadamente sobre el costado izquierdo y queda tendido en el suelo.

Caen también, casi al mismo tiempo, los Aspirantes Luis R. Talú y Eduardo de la Peña, el doctor Antonio Vázquez, el licenciado Emilio Pérez de León, hijo del juez Juan Pérez de León, quien se había hecho famoso persiguiendo a los periodistas independientes durante el régimen porfirista (José C. Valadez, *Excelsior*, 12 de febrero de 1963). Pérez de León le había gritado desde un balcón al general Reyes, en tanto caminaba hacia Lecumberri: "¡Mi general, aquí tiene usted un soldado!"; cae también herido el general Manuel M. Velázquez, así como el doctor Samuel Espinosa de los Monteros y el teniente Alejandro Armiño. Se lastima el licenciado Rodolfo Reyes al caer muerto su caballo, que le aprisiona debajo, pero puede refugiarse en un quiosco cercano.

Cincuenta años después de la Decena Trágica, el doctor Benjamín Labardini, que era practicante en el Hospital Juárez, recuerda: "Ante esa situación, el director del Hospital Juárez, doctor Germán

Díaz Lombardo convocó a todo el personal, al que pidió que se quedase voluntariamente, fue así como un buen grupo quedamos internados en guardia permanente para atender a civiles heridos.

"¡Tanta gente llegó allí! de día y de noche. Más de mil heridos deben haberse atendido durante diez días y esto por sólo diez o doce médicos, alrededor de veinte practicantes y las enfermeras.

"Los doctores y practicantes trabajaron intensamente. Apenas había descanso. Así, poco se hablaba entre los médicos, de política. Nos dedicábamos a curar y curar heridos y, aunque éramos simpaticizantes de Madero y condenábamos el cuartelazo, poco se comentaba de ello.

"Fue a dar al hospital, herido, el doctor Samuel Espinosa de los Monteros. Recuerdo haberlo visto en la sala 6." (*Excelsior*, febrero 9 de 1963).

La balacera es tremenda; desde las torres de Catedral, los Aspirantes disparan contra los leales que defienden Palacio y cae exánime el jefe del 20º batallón coronel Juan G. Morelos y son heridos el mayor Francisco Malagamba y otros muchos.

Pero no es tanta la mortandad entre los militares si se compara con la de los civiles que, imprudentemente, se ha dicho antes, se acercan y entran al Zócalo simplemente para ver lo que sucede, pues no desean perder una sola escena de la tragedia, sin advertir que está de por medio su propia vida.

Los hechos dolorosamente arrojan trágico saldo; hombres que son llevados en realidad por el enardecimiento de su ambición política, aun sabiendo que sirven a la traición y corren peligro; mujeres que a toda costa desean satisfacer su curiosidad, como también inocentes que bajan de los tranvías procedentes de Xochimilco, en su afán de vender su mercancía; chiquillos vendedores de periódicos o simples pilluelos a quienes atrae el ruido, los disparos, los vitores y una situación anormal en el corazón de la ciudad.

Hay muchos hombres tirados en el suelo que se mueven, quejándose, ensangrentando su ropa y el piso. También hay numerosos caballos exánimes, en tanto que las armas continúan disparando incesantemente.

Es herido y sufre la fractura de la clavícula derecha el general Lauro Villar, comandante militar de la plaza.

No se prolonga por mucho tiempo el tiroteo, quizá sólo unos veinte minutos; pero las balas hacen estragos y el espectáculo que ofrece el Zócalo es estrujante, pues se hace fuego desde las torres de Catedral, desde la azotea del Palacio Nacional, de las banquetas



de éste y desde la tienda llamada La Colmena. También se dispara desde los portales y detrás de los árboles; los proyectiles rebotan o se incrustan en los árboles, en las estatuas, en los puestos comerciales que hay en la gran plaza, etc.

Cuando los sublevados fracasan en su intento de tomar Palacio Nacional, se repliegan hasta las calles de La Moneda, por donde llegaron y donde se encuentran los generales Díaz y Mondragón, francamente desconcertados.

Ha de gritar Mondragón: "A la Ciudadela. Vamos a tomar la Ciudadela; con sus armas derrocaremos al Gobierno".

Instantes después de que es herido el general Lauro Villar, comandante militar, las puertas de Palacio Nacional son cerradas.

El saldo es tremendo; la tropa del 20º batallón sufre treinta y cinco bajas, entre muertos y heridos, y la caballería del escuadrón que comanda el mayor Juan Manuel Torrea, al servicio de Madero, padece dieciséis bajas, incluyendo muertos y heridos.

De los sublevados la cifra es mucho mayor, pues militares unos y paisanos otros, suman en total unos doscientos hombres, que quedan exánimes o lesionados después de la balacera.

Los civiles, los curiosos representan una cifra mucho muy elevada; tal vez y de primer cálculo unos quinientos.

Es increíble que los militares rebeldes, Díaz y Mondragón, no hayan tomado las precauciones que la estrategia militar aconseja y cayeran ante las tropas leales que pecho a tierra esperaban para rechazarlos.

El cadáver del general Bernardo Reyes es llevado al interior del Palacio Nacional, mientras sus compañeros Mondragón y Díaz ante su muerte, optan por dirigirse a la Ciudadela.

En realidad saben su cuento; les interesa mejor apoderarse de un reducto que les permita disponer de armas y parque suficiente, para llevar a cabo el plan general subversivo.

Tanto el general Díaz como el general Mondragón, pero principalmente el hijo del general Bernardo Reyes, tienen la creencia de que ha sido la ametralladora que maneja el intendente de Palacio, Adolfo Bassó, la que con sus balas segó la vida del alucinado.

La muerte del hombre de la barba blanca, que horas antes abandonara su celda en la prisión militar de Santiago Tlatelolco, es el comienzo, valga decirlo, de la gran matanza.

Tanto el cadáver de Reyes como el del coronel Juan G. Morelos, comandante del 20º batallón, quedan por algunas horas en la Mayoría de Ordenes, sobre sendas mesas de trabajo.

Esa misma tarde, la señora Aurora Ochoa de Reyes pide al Presidente Madero que le sea entregado el cuerpo de su esposo, inmolado tan torpemente por su misma voluntad.

Lo ocurrido al general Bernardo Reyes es relatado casi momento a momento, por su propio hijo, Rodolfo Reyes:

"Serían las siete de la mañana cuando mi padre, con traje negro sport, botas militares, pequeño sombrero de fieltro gris verde y abrigado con un capote de general español (obsequio de Su Majestad el Rey de España), montó frente al cuartel anexo a Santiago un caballo de gran alzada, colorado oscuro, llamado «Lucero», rodeado de los generales Ruiz, Mondragón, coronel Anaya, teniente coronel Aguillón, mayores Genaro Trías y Jesús Zozaya, doctor Samuel Espinosa de los Monteros y otros, quedando pie a tierra los señores Ocón y Bonales Sandoval y en automóviles, entre otros muchos, Juan Pablo Soto, Zayas Enríquez y muchos otros cuyos nombres conservo, pero no creo del caso señalar. También se encontraban a caballo varios oficiales, alumnos aspirantes y yo. Alguien propuso que mi padre se dirigiera desde luego a Palacio, que estaba en poder de elementos nuestros, en ese momento apoyé lo sugerido manifestando que el general Mondragón y yo podíamos ir con parte de la columna por Félix Díaz. Mi padre meditó un momento y dijo estas palabras textuales, dando así una resolución que había de traer su muerte:

"«No, ya es muy tarde; puede pasarle algo a Félix; mejor vamos todos por él.»

"Pidió un clarín y mandó tocar «marcha a la izquierda». Quedó bien demostrado que si se sigue la iniciativa referida no hubiera habido resistencia en Palacio. Un rasgo de caballerosidad muy propio de su carácter se sumó al destino para llevarlo al fin.

"Salimos de la calle en donde está el cuartel, oblicuando a la izquierda sobre toda la fachada de la prisión y, frente a la puerta, detuvo mi padre su caballo, llamó a un capitán y le dijo:

"«Que hagan la división de presos, según lo ordené; dentro de una hora vendrán por todos los que no sean criminales, hábiles y que permanezcan tranquilos.»

"Los acontecimientos evitaron que se cumpliera este propósito y se produjo el espantoso motín que tantas vidas costó en el interior de la prisión. Volvimos a variar a la izquierda sobre la fachada de la Escuela de Huérfanos, y tomamos rumbo a la Penitenciaría. En pleno día, eran ya más los curiosos que los beligerantes. Llegaban gentes a pie, a caballo, en toda clase de vehículos, y muchos pedían armas. Mi padre comenzó a ser vitoreado, vítores que habrían de



llevarle a una constante aclamación, que llegó a ser formidable cerca de Palacio, hasta el momento mismo de su muerte. ¡Pobre y final compensación que su duro destino le brindó como término de tanto martirio en los momentos últimos de su vida!

“Al pasar frente al edificio de la antigua Escuela Correccional, esquina de San Ildefonso y Puente de San Pedro y San Pablo, que entiendo estaba destinado a depósito de reemplazos, alguna tropa coronó la altura en ademán de resistir. El general Ruiz avanzó y luego de hablar con el jefe del destacamento, la mayor parte del mismo se entregó a la columna. Del Cuartel de Teresitas también se nos agregó algún contingente. Procurando no presentar la cabeza de la columna en el sentido de la calle que queda cerrada por la fachada frente a la Penitenciaría, previendo que pudiera haber artillería dispuesta a la defensa, tras lenta y estorbadísima marcha, desembocados al fin en la plazoleta en dicho frente, apercibimos un grupo de treinta o cuarenta artilleros que, sin material, estaban parapetados tras una barda hacia la izquierda del edificio rumbo a los cuarteles de San Lázaro. Agitando un pañuelo, me dirigí hacia el jefe de grupo, capitán Huerta, al que invité a unírseos. Me contestó que me separara y se uniría, como en efecto lo hizo en medio de los vivos de los artilleros que formaban el grueso de nuestra columna.

“Al llegar frente al portal de la Penitenciaría, mi padre desmontó, penetrando rápidamente al interior, seguido del general Mondragón. El general Ruiz mandó inmediatamente abocar cuatro piezas de artillería y excitó al jefe de la prisión, señor Liceaga, que había salido a un balcón, para que brevemente salieran los citados generales y el general Díaz. Se demoró bastante la conferencia tenida en el interior porque el director del establecimiento pidió comunicarse con el Gobierno del Distrito y que le otorgaran recibo según el que, por la fuerza, se le hacía entregar al general Félix Díaz y a los prisioneros políticos Pablo Lavín y Enrique Adame Macías.

“Se seguía perdiendo el tiempo y, entre tanto, aumentaba el número de curiosos e interesados. Llegaron rumores contradictorios respecto a la situación en Palacio. Quiénes decían que la guardia permanecía fiel al Gobierno, quiénes que se había rebelado y hecho prisioneros al ministro de la Guerra, comandante militar y al señor Gustavo Madero, quiénes que la rebelión era cierta, pero que había sido debelada. Al salir los generales Mondragón, Reyes y Díaz, un inmenso clamor se levantó y los soldados comenzaron a hacer salvas desordenadamente. Mi padre, con su voz potente, moderó el desorden

diciendo que guardaran el parque, que sin duda haría pronto falta para combatir. Mandó luego tocar llamada de honor y, reunidos todos los jefes, expresó que debía irse rápidamente contra Palacio. Expuse yo la necesidad, supuestos los rumores circulantes, de que se adelantara un jefe principal en vía de exploración y, asintiendo los señores generales, fue designado el general Ruiz, quien con una escolta de unos ochenta Aspirantes montados, salió al galope, mientras que la columna se organizaba. ¡Eran ya las ocho de la mañana!

“Según referencias recogidas con posterioridad, la guardia de Palacio, en efecto, había secundado el movimiento instigada por el general Manuel M. Velázquez, que de madrugada se dirigió al edificio sin haber logrado ponerse en comunicación con ninguno de nosotros y contando también con algunos aspirantes al mando del capitán Escoto. Allí detuvieron al general ministro de la Guerra y a don Gustavo Madero, permaneciendo la situación en tal estado durante más de dos horas. A poco llegó el general Villar, comandante militar de la plaza, con elementos para sustituir la guardia, y logró imponerse con la dignidad de su cargo y su personal entereza durante una momentánea ausencia del general Velázquez.

“El recinto estaba, pues, en poder del Gobierno a las ocho y minutos de la mañana, hora en que el desventurado y bravo general Ruiz se presentó a sus puertas. Se me cuenta que el veterano avanzó sin obstáculo hasta el cubo mismo de la puerta, seguido de su escolta, y que allí el comandante militar le invitó a bajar. Según esta versión, el general Ruiz entendió que su compañero estaba con ellos o era prisionero y desmontó sin desconfianza, quedando inmediatamente sujetado y sorprendido y desarmada su escolta, todos jóvenes menores de veinte años. Hecho esto, el comandante tomó las alturas, cerró todas las puertas, apostó dos filas de soldados, una pecho en tierra y la otra rodilla en tierra, en todo el frente principal, y colocó varias ametralladoras, unas en la puerta principal y otras en lo alto del edificio. Entretanto, varios Aspirantes que habían llegado en tranvía se posesionaron de las torres de Catedral con entereza e imprevisión juvenil. El escenario del drama estaba así preparado. La columna avanzaba difícilmente muy estorbada por la multitud y por vehículos de toda clase, en medio de una constante aclamación por las calles de Lecumberri hasta desembocar por Santa Teresa en La Moneda. Allí, en presencia mía, un hombre a caballo, vestido de calzón blanco y blusa, sin duda con ánimo de preparar una celada, se acercó a mi padre y le dijo:



«Mi general, avance usted; Palacio está con nosotros.»

«Pero —dice Rodolfo Reyes— casi al mismo tiempo, un extranjero bien montado, le dijo:

«Palacio está en manos del Gobierno y el general Ruiz ha sido hecho prisionero.»

«Mi padre estaba como fascinado. No contestó nada. Yo le dije que era preciso detenerse, comprobar lo que sucedía y contestó:

«Que se detenga la columna; yo no. ¡Qué sea lo que ha de ser, pero de una vez!» —se alzó sobre los estribos y con voz recia dijo:

«¡Señores, va a comenzar el fuego; que se aparten inmediatamente los no combatientes!»

«Al detenerse en la esquina de La Moneda y Cerrada de Santa Teresa le alcanzaron los generales Díaz y Mondragón, que se habían quedado algo atrás y, el enterarse de lo sucedido, le objetaron también su propósito de avanzar solo. No percibí su respuesta, pero picó espuelas y avanzó a galope, seguido de cuatro o seis Aspirantes, el doctor Espinosa de los Monteros, los mayores Zozaya y Trías, Martín Gutiérrez, el licenciado Pérez de León y tres o cuatro jinetes y, a pie, los señores Bonales Sandoval, Ocón y algunos dos o tres más.

«Llegaba mi padre a la esquina de enfrente de Palacio y la cabeza de la columna a la puerta del Ministerio de Guerra cuando los generales Díaz y Mondragón me alcanzaron. Yo galopaba a unirme con mi padre y el segundo me dijo:

«Evite usted que avance el general. Es una temeridad.»

«Arrecié el aire y, a la altura de la puerta Mariana, di con mi padre, quien iba rápidamente avanzando, rodeado de abigarrada multitud, en la que predominaban mujeres y niños que llegaban o salían de misa. Metí la mano a la brida de su caballo para detenerlo, y a mi súplica, me contestó excitado:

«¡No me detengo! Tú sí; ve inmediatamente a que tiren en una imprenta el manifiesto.»

«Espolió el caballo y siguió adelante . . . Eran las ocho y cuarenta minutos de la mañana.

«Los soldados que estaban frente a la puerta Mariana no sabían qué hacer. Se les veía dudosos, a pesar de que el coronel Morelos les ordenaba hacer fuego. Yo vi que mi padre avanzaba inevitablemente hacia la puerta central con el medrado grupo de parciales que lo rodeaba y logré, mediante un sargento al que hablé, que los soldados que quedaban detrás, lejos de hacer fuego, no siguieran vitoreándolo. De nuevo alcancé a mi padre unos cinco metros antes de la proyección del primer límite de la puerta central. En ese

momento decía a alguien, a su lado, que guardara su arma, y con la mano derecha hizo ademán de esperar al general Villar, que, entre las dos líneas de tropa y al lado de las ametralladoras intimaba con su pistola en la mano. Entre las ametralladoras mismas se encontraba el general Velázquez, en ademán de impedir que hicieran fuego, exponiendo francamente su vida. En tan angustiosos momentos, colocado a la izquierda y un poco atrás de mi padre, estando el doctor Espinosa de los Monteros en la misma línea que él, y a su derecha, dije a aquél:

«¡Te matan!»

«Al mismo tiempo que él hacía chocar su caballo con una ametralladora, y volviendo la cara, me dijo:

«¡Pero no por la espalda!»

«Sonó un tiro aislado, y luego todos los soldados, que nos tenían entre ellos mismos, que dudaban, hicieron fuego nutrido y terrible funcionando las ametralladoras a boca de jarro. Mi padre se detuvo un momento agarrado a la crin de su caballo y cayó hacia la izquierda, sobre mí, que también caía, arrastrado por mi cabalgadura muerta. Tiraron del cuerpo de mi padre hacia la acera y yo, en estado inconsciente, sin saber de mí, hui, recobrando el juicio cuando, sentado tras del recinto de piedra del zócalo o quiosco de la música en el jardín, durando aún el fuego nutrido, cayeron sobre mí varios heridos y moribundos de lo alto de dicho quiosco.

«No puedo tener la serenidad necesaria para ser juez de esa hecatombe, que provocó el Comandante Militar y en la que no cayeron un cinco por ciento de beligerantes en el total de los muertos y heridos, pero sí puedo asegurar que mi padre avanzó con un pequeño grupo de hombres y que él mismo y todos los que lo acompañamos no agredimos en forma alguna, siendo también claro que la columna de ataque se detenía a la expectativa en La Moneda.

«Para mí —continúa el licenciado Reyes— mi padre estaba resuelto a morir en caso de fracaso y al medir la situación pensó que, de no imponerse con su sola presencia, ese fracaso era seguro, y él, me lo dijo cien veces, no le quería sobrevivir. Su acción no fue, pues, un impulso ciego, sino una resolución suprema. Cuando contestó a mi última palabra, comprendía ya que harían fuego, y aceptó el sacrificio; lo buscó como la única solución para su propia personalidad. Esto deriva irrefutablemente de su estado de ánimo, de su conducta y del modo como se presentaba la situación.

«Entre tanto la columna rebelde disgregada tomó diversos rumbos; pero un núcleo principal pudo reunirse en la plaza de la estatua



de Carlos IV y casi se encontró con el Presidente Madero, que venía escoltado por alumnos del Colegio Militar desde Chapultepec rumbo a Palacio. Unidos los generales Díaz y Mondragón, resolvieron refugiarse en la Ciudadela y avanzaron sobre ella por las calles de Bucareli, tomándola a la segunda embestida y muriendo el jefe del recinto en la defensa."

Hasta aquí las palabras de Rodolfo Reyes, que complementan en alguna forma los relatos que se han hecho al respecto.

De pronto, la ciudad de México se convierte en un campo de batalla porque el tráfico y los servicios públicos quedan paralizados; la balacera determina que muchos se abstengan de salir a la calle y comienza a padecerse por la falta de viveres; las cruces roja y blanca, no tienen, a partir de entonces, momento alguno de reposo y algunos automóviles y carros comerciales se convierten en ambulancias para recoger a los heridos.

Hay un clima de zozobra, francamente impresionante y como un reguero de pólvora se extienden las noticias, dándose rienda suelta a informaciones descabelladas y absurdas, pero que tienen campo fértil para su propagación.

Se dice que fue capturado y está preso el Presidente Madero; se habla que ha muerto el general Bernardo Reyes; se dice que la sublevación tiene dimensiones singulares y en todas las formas las noticias cobran proporción desusada y distorsionada.

A veces el silencio se vuelve demasiado ominoso y de repente el estruendo del rodar de la artillería, el galope de los caballos, los vítores y las descargas, sacuden hasta sus cimientos a la capital, para que el público viva instantes de singular importancia y si por una parte se advierte que el Presidente Francisco I. Madero avanza hacia el centro de la ciudad, por la otra son visibles los preparativos para el ataque a la Ciudadela. Y en ambos casos, esto significa que los combates van a proseguir y no hay por el momento certeza alguna respecto quién o qué bando predomina; no puede afirmarse nada respecto al triunfo.

El mismo pueblo no sabe cuál es el camino que debe adoptar; los exaltados que comulgan con la traición y tienen agallas para esgrimir las armas se dan a la tarea de localizar a la tropa felicista, que ya hemos dicho va rumbo a la Ciudadela; otros se abstienen de hacer comentarios y prefieren escurrir el bulto.

Muchas de las tiendas del corazón de la ciudad, por no decir que todas, cierran sus puertas; los dueños no saben lo que pueda ocurrir y alguna turba irredenta puede ser capaz de iniciar los saqueos;

la capital se enfrenta pues a un clima dolorosamente amargo, dolorosamente cruel: el de la guerra.

De pronto los militares alcanzan en la ciudad una gran importancia, son ellos los que, para bien o para mal, van a dilucidar el porvenir ya no tan sólo de la metrópoli, sino del país.

Los rencores almacenados por algún tiempo de pronto afloran para dar consistencia a este o aquel grupo y la tendencia a mostrarse siempre enemigos del gobierno, cualquiera que éste sea, tiene también que manifestarse. La odiosidad hacia Madero, con raigambre porfirista, es innegable, como innegable es que los opulentos de otros tiempos y de entonces, se desprenden de efectivos para alimentar la rebelión.

A pesar de que la curiosidad ha originado incontables víctimas en el Zócalo, en las primeras horas de la mañana y en los primeros combates librados entre fuerzas leales y sublevados, sigue empujando a centenares, a millares de seres, hombres y mujeres, que no admiten la creencia de que corren peligro y es temeraria su aparición cerca de tal o cual punto, de tal o cual núcleo de gente armada. La sangre vertida en el Zócalo no significó, en modo alguno, una prevención.

Si el sobresalto hace silenciosas y desiertas las calles, por Bucareli, a la altura del reloj público, en la esquina con la avenida Morelos, no sucede lo mismo; hasta allí llegan los generales Félix Díaz y Manuel Mondragón, porque el cuadrilátero de ambiciosos ya se deshizo con la muerte de Bernardo Reyes y la prisión de Gregorio Ruiz. Ya tienen dispuesto el ataque a la Ciudadela y cuando hacen alto, lo mismo hacen los arzones de la artillería y los cañones mismos. Resuenan ominosamente los cascos de la caballada y el chocar de los sables y de las armas de fuego.

El recorrido de los infidentes desde el Zócalo abarca las calles de Venezuela, Mina, Guerrero y Bucareli, donde se detienen para que el teniente de artillería Ildelfonso Piña coloque el primer cañón apuntando hacia la Ciudadela y luego hace lo mismo la segunda pieza que emplaza el capitán Andrés Armiño, que ostentosamente hace gala de su rebeldía y ninguno de los dos sabe que están cubriendo con negro baldón a su carrera y a la institución que comenzó a formarlos.

Paralelamente una Compañía del 20º batallón sube a la azotea del consultorio del doctor Rafael González en las calles de Bucareli para colocar dos ametralladoras, mientras las casas del lado opuesto son también tomadas por los alzados, cuando aparece por el lado este



de la Ciudadela un escuadrón de gendarmes montados que desean figurar al lado de los traidores.

Comienza así a arremolinarse en torno al general Díaz un grupo de civiles que pide armas y parque. Son aventureros y gente que considera que se suma a un ideal y quieren combatir abiertamente.

Pero Díaz explica la situación.

—¡No tenemos armas! Pero vamos a tomarlas de la Ciudadela, Se vuelve, o por lo menos quiere volverse dramático.

Por supuesto, aquellos civiles se adelantan hacia el edificio a sabiendas de que no ha de tardar el tiroteo que marque el acoso contra la Ciudadela.

Son ellos antes que los militares sublevados, los que piden a gritos al jefe de la Ciudadela que se rinda y lo amenazan con que será arrasada.

El general Rafael Dávila a su vez dice que no ha de rendirse y resistirá el embate de los traidores.

En la Ciudadela, frente a cuya plaza se yergue la estatua del gran prócer don José María Morelos, hay movimiento también; allí están la Fábrica Nacional de Armas y el Cuartel de las Guardias Presidenciales, enmarcando la explanada. Las azoteas de tales edificios están coronadas de gente y los soldados toman dispositivos de defensa dispuestos a resistir cualquier agresión.

Sí, en la azotea de la Ciudadela hay varios elementos de la gendarmería de la ciudad de México y soldados de línea, parapetados convenientemente tras los pretilos y listos a que sus armas cumplan mortífero cometido; también están colocadas dos ametralladoras que sirven oficiales de artillería. Desde allí, el general Manuel P. Villarreal, que tiene el mando de la fortaleza, con sus prismáticos observa los movimientos de la tropa felicista al pie del reloj de Bucareli, y junto a Villarreal, un oficial ayudante espera tan sólo indicaciones para impartir las órdenes que correspondan; la Ciudadela de ninguna manera va a entregarse sumisamente.

Mientras tanto, los oficiales que sirven las ametralladoras en la Ciudadela revisan y revisan sus piezas, que harán accionar de un momento a otro.

Es entonces cuando un corneta desde la Ciudadela, dramáticamente toca "enemigo al frente" y lo mismo hace luego otro instrumento en la azotea del cuartel de las Guardias Presidenciales y las vibrantes notas que emiten las cornetas, que previenen a la infantería y caballería, "meten en el ánimo de los que se aprestan a combatir, la nerviosidad propia de esos momentos solemnes en los que no se

sabe si le toque a uno en el lado de los que ya no se levantarán jamás de su puesto o de los que escucharán las notas alegres de tres de diana de los vencedores".

Los minutos se consumen con excepcional rapidez, mientras la tensión nerviosa de los hombres se agudiza en forma extraordinaria y estrujante.

Apenas se ha retirado de la multitud que demandaba la rendición de la Ciudadela, cuando el general Félix Díaz acuerda enviar un parlamentario con bandera blanca. Es el capitán segundo de artillería Luis Fitzmaurice.

Claro es que también demanda la rendición; pero el jefe de la Ciudadela se niega, al igual que la sumisión del cuartel de las Guardias Presidenciales bajo su mando.

Cuando se retira el parlamentario, cae una verdadera lluvia de balas sobre los felicistas, que a su vez hacen funcionar los cañones de tiro rápido instalados en las calles de Emilio Dondé y las ametralladoras emplazadas en la azotea del consultorio del doctor Rafael González, en Bucareli.

El propio general Félix Díaz se dirige hasta el sitio donde se encuentran los cañones y ordena que el fuego sea incesante.

El general Manuel P. Villarreal que tiene el mando del puesto de la Ciudadela, no está dispuesto a capitular y truenan de una y otra parte las armas automáticas, los fusiles, del mismo modo que se oye el ronco estruendo de los cañones. La lucha es en verdad reñida.

Es un enjambre de zumbidos como consecuencia del tiroteo, cuyos resultados son difíciles de valorar por el momento; no hay deseo de conceder tregua alguna y cuando la balacera se vuelve nutrida, "de improviso, los dos oficiales que están a cargo de las únicas ametralladoras que hay en la azotea de la Ciudadela, de las que tanto depende la defensa de ese punto, cambian la posición de sus armas y convierten en objetivo de ellas no a los atacantes felicistas, sino a los propios defensores de la Ciudadela, sobre los que disparan despiadadamente, tomándolos por la espalda, sin que tengan siquiera la oportunidad de enterarse que los han acibillado traidoramente, porque la muerte los sorprende antes que se den cuenta que han sido vendidos con toda deliberación y cobardía".

Los hombres parapetados detrás de los pretilos del cornisamiento de la Ciudadela caen exánimes, mientras la espalda se mancha de sangre. Y se quedan con los ojos muy abiertos, mirando sin ver al infinito.

Este crimen inenarrable alcanza también al general Villarreal, que cae agónico; a su lado se desploma también su ayudante. Un soldado que desdeña el peligro, que cumple no con un deber militar, sino con un deber humano, trata de atender a su jefe herido, busca reconfortarlo e indaga con los ojos, tratando de encontrar un auxilio médico. Villarreal se está muriendo.

Ha pasado alrededor de una hora y el tiroteo ha sido intenso cuando las cornetas de la Ciudadela ordenan "cese el fuego" y allí en la azotea, el general Villarreal, desesperadamente trata de pronunciar algunas palabras, mientras el soldado que lo sostiene entre los brazos, dice angustiado: "Ordene usted mi general Villarreal".

Apenas si pueden escucharse los vocablos, trabajosa, dificultosamente en los estertores de la agonía; el general Villarreal pregunta en voz muy apagada: "¿Quién ordenó cesar el fuego?"

Transcurren unos segundos y como no tiene respuesta, vuelve a hablar; su voz es aún más amortiguada, casi va diciendo letra por letra; apenas puede escuchársele, porque la muerte va a cobrar una víctima más; es un latigazo para los traidores: "Siquiera... esperen hasta que yo me muera para rendirse... ¡Cobardes!"

Acabando de pronunciar estas palabras, se desplomó su cabeza sobre el pecho y en el parte militar, si acaso lo hubo, necesariamente tuvo que anotarse clara y dolorosamente: el general Manuel Villarreal ha muerto en campaña.

La muerte se le escapó por la espalda, porque como sus compañeros, fue acribillado arteralmente por la espalda, por los ametralladoristas que en un momento dado volvieron sus armas contra sus propios compañeros, sumándose así a quienes no vacilaron en asesinar a la patria, menos a quienes defendían la legalidad.

Cuando el toque de los clarines dispone que cese el fuego, es porque ya el dominio de los rebeldes era general.

Entonces, el general Félix Díaz avanza resueltamente hacia el edificio; en la azotea ondea una bandera blanca y quienes acompañan al "sobrino del tío", no se cansan de gritar entusiasta y eufóricamente aclamándolo sin cesar. Los vítores se multiplican por todas partes.

Se consuma lo que era de esperarse.

La traición había germinado también en el seno de la Ciudadela, cuyas puertas se abren de par en par para acoger al hombre sin escrúpulos que iniciaba el ataque; allí esperaba un grupo de oficiales, que por supuesto lo aclaman con delirio; parece que no cesarán nunca aquellos vítores.



Díaz entra entonces para recorrer todo el establecimiento, revisar los arsenales y se convence, como sus compañeros: hay pertrechos suficientes para sostener la rebelión; los sublevados podrán entregarle armas a quien las quiera. Ahora ya están convencidos de que no será por falta de armas que pueda estancarse la sublevación y así, Félix Díaz y su compañero Manuel Mondragón, proceden a instalar provisionalmente sus oficinas en la dirección de la Ciudadela y de pronto ésta cobra una animación extraordinaria; entran y salen oficiales, recaderos, civiles, curiosos, delincuentes, fanáticos, etcétera.

Tal como se ofreciera en el reloj de Bucareli, en los almacenes, varios oficiales tienen asignada una comisión: "Dénles armas y parque a todos los civiles que quieran combatir, para derrocar al Gobierno".

Dice Félix Díaz.

Así es; los civiles se unen a los sediciosos en su aventura, cuya dimensión no calculan. No hay ninguna dificultad ni se requiere identificación para tener arma y parque, simplemente basta decir que van a combatir al Gobierno de Madero.

Quienes principalmente acuden allí, son tipos de alguna elegancia, tocados con bombín algunos y zapatos de charol, porque es la moda en esos tiempos y jactanciosamente se cruzan al pecho las cananas repletas de cartuchos; luego revisan las armas que reciben, para familiarizarse con su funcionamiento, al fin y al cabo, a nadie le cae mal poseer un arma, si pueden conseguirla, como sucede, en forma gratuita.

Debe considerarse que "hay otros que presentan las características de los tenderos españoles, pero que a pesar de su apariencia evidentemente extranjera también solicitan armas y entran a formar parte del grupo rebelde".

Ahora en las azoteas de la Ciudadela, donde fueran bárbaramente asesinados los leales por quienes fueran antes sus compañeros, que los traicionan, se toman urgentes dispositivos para defender el edificio; sólo serán ellos quienes resistan, presentado el caso, a tropas leales del régimen.

Civiles y militares ocupan ahora los puestos estratégicos; la artillería que se encontraba en Bucareli es adelantada un poco y las piezas apuntan a otro lugar: la cárcel de Belén.

Truenan los cañones tal y como lo quieren los generales Díaz y Mondragón; se hace blanco en los muros del penal de Belén, originando enorme boquete y los oficiales pueden advertir con los pris-



máticos que decenas de delincuentes aprovechándose del momento, abandonan su reclusión, pues han conseguido la libertad en esa forma y no son pocos los que a toda carrera enfilan hacia la Ciudadela con el fin de sumarse a los sublevados; ahora mostrarán toda su odiosidad hacia el Gobierno, reclamando armas y municiones para volverse contra sus carceleros.

Presurosamente los propios civiles se entregan a la tarea de levantar barricadas en las bocacalles; están ciertos de que pronto las tropas leales emprenderán la batida y posiblemente como lo hicieron con Palacio Nacional, pretendan recuperar el reducto; pero allí hay armas y parque suficiente para resistir; allí también se han concentrado la mayoría de los contingentes que se han rebelado contra el Gobierno, de manera que los preparativos de lucha se multiplican rápidamente y nadie cree que la Comandancia Militar de la Plaza y particularmente el general Lauro Villar, del que se dice que está herido, vaya a cruzarse de brazos ante la situación.

Y es verdad que la Ciudadela es un arsenal, porque allí existen en esos momentos ochenta y cinco mil fusiles y carabinas nuevas, un centenar de ametralladoras, veintisiete cañones, cinco mil granadas y respecto a cartuchos, la suma es crecida: veinte millones.

Aproximadamente a las trece horas la Ciudadela queda totalmente en manos de los insurrectos que comandan Félix Díaz y Manuel Mondragón.

Ya Madero viene, como se ha dicho, cabalgando en caballo tordillo hacia el Palacio Nacional. El tiene el concepto de que su lugar se encuentra en el edificio que es asiento del Poder Ejecutivo de la Unión.

La marcha del Presidente Madero tiene a veces perfiles que hacen sonreír al Jefe del Ejecutivo.

Vienen con él, el vicepresidente de la República, licenciado José María Pino Suárez, así como el ministro de la Guerra, general Angel García Peña, y otros colaboradores inmediatos como el ingeniero Manuel Bonilla, Ernesto Madero y el licenciado Rafael Hernández, el gobernador del Distrito Federal licenciado Federico González Garza, el inspector general de Policía mayor Emiliano López Figueroa y los ayudantes Marcos Hernández, Gustavo Garmendia, Federico Montes, etc.

Las aclamaciones se multiplican; Madero tiene que ir esperando tras numerosos vítores que despierta a su paso mientras avanza hacia el Palacio Nacional.

Apenas el Presidente Madero comienza a dejar atrás la estatua ecuestre de Carlos IV —que México conserva puramente como una obra de arte del genio del gran Tolsá— aparece frente al Jefe del Ejecutivo un civil que lleva en sus manos un lábaro patrio, que hace ondear frecuentemente al lanzar continuos vítores.

Se detiene frente al caballo tordillo que monta Madero, se quita el sombrero y le dice respetuosamente:

—Tenga usted, señor Presidente.

Madero la levanta en su mano derecha al proseguir su marcha rumbo a Palacio.

No ha cesado el tiroteo; hacen fuego incluso desde el teatro Nacional, en las calles de Cinco de Mayo; cae un gendarme cerca de la comitiva, pues la bala es certera y ha de hacerse alto, porque así lo sugieren los ayudantes y funcionarios, frente a la Alameda Central.

El capitán Federico Montes, ayudante presidencial, decide adelantarse para decirle que hay gente enemiga apostada en el teatro Nacional y no se sabe si lo mismo ocurra a lo largo de las calles, en los edificios de San Francisco y Plateros.

—Es conveniente que se haga alto, señor Presidente, y que usted espere en alguna casa de las de por aquí cerca; vamos a reconocer el terreno.

Madero accede, no porque sea un cobarde, ni tema lo que pueda ocurrirle, porque tiene la resolución no de ahora, sino desde el momento mismo en que se lanzara a la lucha democrática, decidido a afrontar cualquier peligro. Pero entiende que es conveniente y es apropiado el consejo de sus ayudantes y de los funcionarios que lo rodean, así decide penetrar a un edificio que ocupaba la fotografía Daguerre, cuyos propietarios lo acogen con gran cordialidad y ponen a su disposición el inmueble sin condición de ninguna naturaleza. Ellos sí sienten, como otros muchos, la necesidad de ser respetuosos con el régimen constitucional, independientemente de los errores que se puedan cometer o se hayan cometido.

—Pase usted, señor Presidente.

Dicen franqueando la entrada amablemente.

Ya para entonces, pues lo hizo al pasar frente al café Colón, en el Paseo de la Reforma, se ha unido a la comitiva Gustavo Madero y un hombre uniformado de caqui, con el uniforme de campaña, que lleva espejuelos negros que difícilmente, o mejor dicho no pueden disimular la somnolencia de una noche que indudablemente ha pasado en vela, acompañada por frecuentes libaciones, yendo casi a la dipsomanía.



Pocos instantes después, urgido casi por centenares de civiles que piden armas para combatir a los sediciosos, el Presidente Madero acompañado, ya se dijo, de su hermano Gustavo y de Victoriano Huerta, ha de asomarse al balcón de la fotografía Daguerre, para responder a los saludos de la multitud y que lo aclama continuamente y hasta enderezan la demanda ya mencionada.

Allí, entre esa multitud, quedan los alumnos del Colegio Militar con sus armas listas y algunos asistentes cuidan los caballos que han utilizado Madero y sus acompañantes para el recorrido.

Mientras, con gran entereza, el Presidente Madero saluda a la multitud, que lo vitorea, y levanta el brazo derecho que agita continuamente; el hombre de los negros espejuelos que ha pasado la noche en vela y contiene a duras penas los eructos, con toda insidia da cuenta:

—Señor Presidente, creo que ya le habrán informado a usted de la muerte del general Bernardo Reyes y de que en la refriega frente a Palacio resultó herido el general Lauro Villar.

Madero se sorprende; para él en realidad es positivamente novedosa la información que indica que el general Villar está herido, y así lo dice.

Huerta, torvo como siempre, insidioso y que sabe conducirse para lograr su objetivo con toda precisión, agrega que en realidad no es nada grave. Tiene, dice, un balazo en el hombro y aunque no es serio, sí es necesario que se retire por el momento de la lucha, pues no debe continuar en ella.

Victoriano Huerta dice después:

—¿Me permite usted, señor Presidente, que me haga cargo de todas estas fuerzas para disponer lo que yo juzgo que debe hacerse para la defensa de usted y de su gobierno.

Madero, sorprendido por el intempestivo ofrecimiento de Victoriano Huerta, no puede disimular su disgusto y se vuelve inquiriente hacia el ministro de la Guerra, general García Peña, como si tratara de interpelar o consultarle sobre esta propuesta.

García Peña, que indudablemente tiene mucha culpa de lo que está sucediendo, asiente sin titubeos, y sus palabras sellan el destino de un régimen y de un hombre bueno:

—Señor, como al general Villar lo han herido, con permiso de usted voy a nombrar Comandante Militar de la Plaza al general Victoriano Huerta.

No esconde Madero su inconformidad, quizá existe el germen de un presentimiento trágico, pero las circunstancias, el momento que

viven, no permite ni es oportuno establecer situaciones anormales que precipiten después el fracaso; es lacónico al expresar tan sólo tres palabras:

—Bien, nómbrelo usted. . .

Aquel hombre que esconde los efectos de su embriaguez tras los negros espejuelos, que se ha conducido con gran habilidad y estrategia y no vacila en realizar actos que permitan presentarse o que le permitan presentarse como el más leal de los militares hacia el presidente de la República Francisco I. Madero, desde el balcón de la fotografía Daguerre grita a la multitud, que aclama al mandatario:

—¡Pueblo mexicano: Viva el Presidente de la República!

Transcurren unos cuantos minutos para que el ayudante del Presidente, capitán Federico Montes, que había realizado un recorrido de exploración, para darse cuenta de las condiciones que privaban a lo largo de lo que ha de ser ruta rumbo a Palacio, haga el saludo y su informe especifique que ya ha cesado el tiroteo en el Zócalo y no hay tampoco enemigos apostados en el teatro Nacional, puesto que todos han emprendido el camino de la Ciudadela.

—Puede usted continuar rumbo a Palacio, señor Presidente, ya no hay enemigo en el camino.

Madero vuelve a montar y sus acompañantes hacen lo mismo para seguir hacia su objetivo, continuando por San Francisco y Plateros, hoy avenida Francisco I. Madero, para desembocar en el Zócalo, no sin pasar por lo que fue, se dijo antes, un nidal de la conjura, el hotel Majestic.

Pero el Zócalo ofrece un espectáculo doloroso, pues en la parte frontera de Palacio Nacional hay aún tirados varios cadáveres de civiles, militares y caballos, y el hombre que acapara la simpatía popular y determinara el comienzo de una era democrática para el país, enfila rumbo a la puerta principal de Palacio, mientras se adelanta a recibirlo un militar que trae la manga derecha del chaquetín tinta en sangre; se sujeta sobre la herida un pañuelo que también está teñido de rojo; se adelanta, decimos, a la línea de tiradores pecho a tierra que aún se encuentra en esas condiciones desde que muriera el general Bernardo Reyes. El general Lauro Villar dice rindiendo parte:

—Señor Presidente, hemos recuperado el Palacio Nacional y hemos rechazado a los traidores. Murió en el ataque el general Bernardo Reyes y tenemos prisionero al general Gregorio Ruiz.

Madero, no puede menos que elogiar la actitud decidida y hero-

ca del general Villar, pero modestamente este hombre que tiene la clavícula rota de un balazo y se ha desangrado intensamente, se vuelve hacia los soldados que en línea de tiradores pecho a tierra, siguen alerta:

—Los héroes, señor Presidente, son estos hombres que usted ve aquí conmigo.

Hace un ademán con el brazo izquierdo, determinándolo a contraer los músculos faciales provocado todo por el dolor.

—Váyase usted a curarse, señor general; el general Huerta se hará cargo de la situación.

Villar, un magnífico soldado, apodado “El Rémington”, tiene ahora que obedecer; pero antes de irse para que los doctores lo atiendan, ve al general Victoriano Huerta y le dice sentenciosa y enigmáticamente:

—Mucho cuidado, Victoriano, mucho cuidado.

Huerta sonrío:

—No te preocupes Lauro, no te preocupes.

Instantes después Madero llega a su despacho para recibir los informes sobre la situación que priva en la ciudad.

Allá en la Ciudadela, Félix Díaz, que no pierde la oportunidad de hacer proselitismo, arenga de cuando en cuando a la multitud, estrujando su sombrero en la mano derecha, y dispone que las piezas de artillería se instalen en las calles de Enrico Martínez, otra en las calles de Tolsá, una más en la esquina de Arcos de Belén y avenida Balderas, con dirección la cárcel y, finalmente, en las calles de San Antonio, servidas todas por su correspondiente dotación.

Muchos de los presos que han logrado evadirse, pues otros mueren en la intentona de fuga de Belén, se presentan a recibir armas, puesto que ahora pertenecen y son soldados de la traición y por supuesto la multitud se congrega en torno a la Ciudadela, dándose cuenta de los aprestos de lucha que están haciendo los generales Díaz y Mondragón.

Tanto el edificio de la Escuela de Comercio, como varias casas particulares que se localizan al frente, atrás y a los lados de la Ciudadela, muestran ya los efectos del combate; los proyectiles son ciegos e implacables.

No faltan los espontáneos comerciantes que comienzan a realizar su agosto expendiendo fritangas y productos alimenticios en las inmediaciones de la Ciudadela.

Ya está prisionero el general Dávila; Villarreal, como se ha ci-



tado antes, ha muerto en los primeros minutos del combate, acribillado por la espalda, por los traidores que había en el reducto.

Las avanzadas tienen órdenes terminantes de hacer fuego sobre cualquier grupo de gente armada que se acerque; ya por toda la ciudad ha cundido la alarma y hay suelto un huracán de incertidumbre, de rumores, de especulaciones, de juicios, de anatemas y de conmiseración.

Después, uno de los jefes militares de la Ciudadela ordena que se despejen los alrededores, sin embargo las calles continúan invadidas por personas de los dos sexos “que a pie y en coche habían querido ver con sus propios ojos, lo que les habían referido acerca de los acontecimientos”.

La incertidumbre o la posibilidad de que se registre otro combate de un momento a otro, determina que al fin las calles comiencen a quedar desiertas; todo mundo cree en la inminencia de un choque que viene a marchas forzadas y en silencio; ya se sabe, pues se ha comentado, incluso algunos lo han vivido en el Zócalo, el resultado tiene que ser bastante sangriento.

Cerca de la una de la tarde la Ciudadela está ya por completo en poder de los sublevados, se presenta el inspector general de policía, mayor Emiliano López Figueroa, de quien se dice, sin confirmación, que es portador de una comunicación que envía el Presidente Madero.

Lo recibe Mondragón, rodeado de varios oficiales, que no vacilan en decirle:

—Entregue sus armas.

López Figueroa pone en manos de Mondragón una pistola Colt reglamentaria, calibre 38, y pasa al interior de los almacenes.

—Es usted —le dicen secamente— prisionero de guerra y su suerte depende de la que corra el general Gregorio Ruiz, que está en el Palacio Nacional. De eso depende su libertad. . .

Ha de escribir López Figueroa un recado para el Presidente, haciéndole saber que figura como rehén. Nunca se ha sabido si dicho recado llegó a manos del Presidente Madero.



CAPÍTULO VI

UN PAREDON EN PALACIO

Al mismo tiempo que el Presidente Madero se encuentra en su despacho y es informado que la Ciudadela ya está en manos de los sublevados, alrededor de las doce y media de la mañana oye una descarga allí mismo en Palacio Nacional, determinándolo a levantar la cabeza.

En esa forma interroga silenciosamente a quienes le rodean.

Un ayudante le informa que las órdenes del general Victoriano Huerta, nuevo Comandante Militar de la Plaza, se han cumplido.

Poco antes, en el cuarto donde se encuentra prisionero, el general Gregorio Ruiz recibe la visita del capitán Pompilio Aldana, comandante del 24° batallón, quien llega con un piquete de soldados con el arma terciada y no vacila en informarle que tiene órdenes de pasarlo por las armas.

Se asombra Ruiz en extremo; reitera una pregunta: ¿es a él a quien debe pasarse por las armas?

—Sí, señor; a usted.

Son cuatro palabras terribles.

El diálogo entre estos hombres es patético, lo ha recogido con gran fidelidad y amenidad el general Francisco L. Urquiza, y no resistimos a la tentación de reproducir parte de él:

“Ruiz se pone de pie, pues se encontraba sentado en una silla, en actitud meditativa, midiendo quizá la verdadera dimensión de su culpa, y pregunta:

—¿Cuándo?

—¡Ahora mismo!

—Pero... ¿quién lo ordenó? —inquire el preso, que está intensamente pálido.

—El señor Presidente de la República —le contesta firmemente el capitán Aldana.

—Eso no puede ser —exclama Ruiz, aterrado.

—Así es, señor —manifiesta Aldana, dando un paso hacia adelante.

—Soy diputado y tengo fuero —vuelve a gritar el general Ruiz con evidente pánico.

—Yo no sé nada —declara el capitán Aldana—; sólo obedezco las órdenes que se me han dado.

—Deseo hacer testamento —dice Ruiz, simulando aplomo—; tengo que disponer lo necesario en estos casos.

—Nada de esto se puede hacer, mi general.

—Soy cristiano; necesito un confesor —ruega ahora el general Ruiz.

—Mi general, dispóngase usted a seguirme y no me obligue a que emplee con usted la fuerza para obligarlo —dice ya con energía respetuosa el capitán Aldana—; como militar que es, debe afrontar la muerte con serenidad.

—Tiene usted razón, capitán —dice el general Ruiz, resignado y con dignidad—; estoy a sus órdenes.

“Se levanta y marcha hasta colocarse en medio de los soldados, que esperan impasibles.

“El capitán Aldana, tomando su colocación, ordena:

—¡Media vuelta! ¡Derecha! ¡De frente! ¡Hileras a la izquierda! ¡Marchen!

“Y se ejecuta con ritmo seco y enérgico lo ordenado. Sólo el choque violento de los pies, acompasadamente, rompe el silencio imponente de aquel minuto.”

Aquel grupo de hombres que tiene terrible misión y lleva consigo a un militar desleal a quien sólo separan unos cuantos minutos de la muerte cruza los patios del Palacio hasta llegar al jardín trasero, en el fondo del cual se encuentra el siniestro paredón.

Todas las palabras, todas las órdenes reclaman un sentido sonoro, patético, doloroso; es el precio que pagan los traidores, como el general Gregorio Ruiz.

No hay mucho que decir, y Ruiz tiene que ocupar su lugar frente al pelotón.

Si al comienzo de esta escena demostrara pavor, ahora, recobrada su sangre fría y seguramente impresionado por las palabras del capitán Aldana, su antiguo subalterno: “como militar que es, debe afrontar la muerte con serenidad”, lo hace actuar con gran entereza,



con valentía, y negándosele las facilidades que pidiera, se resigna, pues, al fin, pero pide una última gracia:

—¿Me permite que sea yo quien mande la ejecución?

No hay realmente objeciones; si el general Ruiz lo quiere y tiene valor para hacerlo, puede en efecto mandar su propio ajusticiamiento.

—Si usted así lo quiere, puede hacerlo.

Ya frente al pelotón, a los pocos segundos, cuando está dispuesta para cumplir con su macabra encomienda, ordena secamente:

—¡Preparen!

Los cerrojos producen un ruido que crispera los nervios; ahora, repetimos, todo se antoja sonoro, diabólicamente sonoro, como un presagio; sólo hay unos cuantos segundos para que el general Gregorio Ruiz vuelva a murmurar, ahora sereno y enérgico:

—¡Apunten!

Los soldados levantan los rifles y miran el grano apuntando al pecho del militar, ven sólo con el ojo derecho abierto.

Luego, el más terrible de los vocablos en estos casos:

—¡Fuego!

El cuerpo del general se contrae cuando atruena el espacio una descarga cerrada, la misma que ha oído el Presidente de la República en su despacho; se desploma hacia un lado para que la cara se quede inerte, hacia el cielo, con los ojos inmensamente abiertos al infinito.

Si el Presidente oye la descarga, no sabe qué es lo que ocurre; creía que el general Ruiz había sido fusilado antes.

El informe del ayudante es explicatorio:

—Señor Presidente, el Comandante Militar de la Plaza, general Victoriano Huerta, ordenó que fusilaran al general Gregorio Ruiz... Murió como todo un hombre...

Así es como el general Gregorio Ruiz paga su traición; fue desleal con la institución y con su patria y tiene que pararse frente al pelotón que él mismo manda y que siega su vida. Ha sido valiente en sus últimos momentos; así debió serlo en su vida de soldado cuando los traidores trataron de envenenarlo —y lo lograron— para que inscribiera su nombre en las negras páginas de la deslealtad.

Afuera de Palacio todo continúa siendo vertiginoso y predicativo; los soldados prosiguen pecho a tierra y ya anda desatado por toda la ciudad el caos.

En Santiago Tlatelolco, los presos militares intentan huir, pero como no lo logran proceden a incendiar el penal; una turba irredem-

ta incendia las oficinas del periódico *El País*, destruyendo rotativas y linotipos y pegando fuego al maderamen; en las calles de Medina ocurre otro tanto con *El Noticiero Mexicano* y así siguen: *Gil Blas*, *La Tribuna* y *El Herald Independiente*, mientras la chusma grita:

—¡Vamos por García Naranjo!

Es que el licenciado Nemesio García Naranjo, editorialista de *La Tribuna*, ha inflamado pasiones y en todo momento estuvo del lado de la rebelión contra el gobierno constituido.

En las calles capitalinas, los servidores espontáneos de las cruces blanca y roja recogen piadosamente a los muertos y heridos; no hay punto de reposo, y en los puestos de socorros la actividad de médicos, practicantes y enfermeras no cesa. Algunos de éstos también resultan heridos, porque las balas son ciegas.

Pero en todo momento hay un deseo de mitigar, en cuanto sea posible, el sufrimiento de los heridos y de los deudos; parece que la humanidad se hermana frente a las crisis.

Una verdadera etapa de pavor acaba de iniciarse y no son pocos los pillos que se entregan a la tarea de saquear establecimientos comerciales en el corazón de la ciudad en ese día trágico y amargo para la historia nuestra.

Hechos memorables y sangrientos, ojos mirando fijamente el cielo, labios entreabiertos, como si musitaran una última oración y fragmentos de metralla por todas partes, casquillos de bala, chaquetines, sombreros de palma, rebozos, quepís militares, muchos de ellos ensangrentados, etc.

Es el trágico comienzo de la Decena que ha de vivir la ciudad de México bajo el impacto brutal de una rebelión y traición sin parangones.

Ese mismo día el Presidente de la República, Francisco I. Madero, envía a los gobernadores de los estados una circular colectiva dando cuenta de la sublevación, al mismo tiempo que indica que la tranquilidad se ha restablecido y que el general Victoriano Huerta substituye al general Lauro Villar.

Como a las tres de la tarde, el Presidente se dirige rumbo a Cuernavaca, ya que desea traer tropas para atacar a la Ciudadela, acabando con el foco de infección, y se cuenta que el dipsómano Huerta comenta con el ministro de la Guerra, general Angel García Peña, al conocer la ausencia de Madero:

—Conque ya no tenemos Presidente.

No falta quien diga que Madero envía 200 mil pesos a Emiliano



Zapata y 100 mil a Genovevo de la O para que se mantengan neutrales; pero nadie comprueba la versión.

Mientras Madero sale rumbo a Cuernavaca, en la ciudad de México se multiplican los actos de violencia y desorden realizados por diferentes bandos, lo mismo la llamada "Porra", maderistas que comanda un sastre de Zacatecas, Mariano Duque, como fanáticos felicistas ayunos de escrúpulos.

Allá en la Ciudadela, Félix Díaz expresa que no quiere atacar el Palacio Nacional, pues no desea sacrificar a los cadetes del Colegio Militar que lo defienden.

A las cinco de la tarde en la Embajada Norteamericana, bajo la presidencia del decano de los diplomáticos, precisamente Henry Lane Wilson, el convocante, tiene lugar una reunión del cuerpo diplomático, ya que, a propuesta de Wilson, debe pedirse al Gobierno de Madero —que alguno, con espíritu de aliado de los traidores, considera que ya no existe— dos cosas: el cierre de los expendios de bebidas embriagantes, para evitar que las chusmas se intoxiquen, y servicio de policía con soldados regulares.

Más aún, allí mismo se sabe que el inspector general de policía, mayor Emiliano López Figueroa, ha ido a la Ciudadela para tratar de establecer un acuerdo para la vigilancia de la ciudad, pero es retenido como rehén, aunque Félix Díaz desea fusilarlo desde luego, es decir, un parlamentario a quien se atrapa como prisionero.

Se sabe también que Félix Díaz ha dicho que si a las seis de la tarde no renuncia Madero, bombardeará el Palacio Nacional, lo que no ocurre, por fortuna.

Al atardecer, la familia del presidente Madero va a refugiarse a la Legación Japonesa.

Esa noche el silencio se deja caer sobre la quieta ciudad, y habiéndose cortado en todas las calles la energía eléctrica, incluso en el área de la Ciudadela, en aquel entonces prácticamente despoblada, todo es obscuridad, todo es aparentemente quietud, aunque se advierten grupos de sombras, de otros tantos soldados, caballos, hombres dormidos en el quicio de alguna puerta; con el fusil embrazado, y sólo de cuando en cuando se escucha algún disparo esporádico. Son los centinelas, que hacen fuego contra algún peatón imprudente que avanza en actitud que se antoja sospechosa. Pero no es tiempo de contemplaciones.

Así pasa el primer día de la Decena Trágica en la capital de la República el 9 de febrero de 1913.



CAPÍTULO VII

LUNES 10 DE FEBRERO

La convulsión de la víspera, que ha determinado el comienzo de una pesadilla, hace que el periódico capitalino *El Imparcial* despliegue su titular en esta forma: "Hasta las 3 a.m. del día de hoy, Félix Díaz estaba en poder de la Ciudadela y el señor Madero del Palacio Nacional".

El sumario comprende todo lo que ha acontecido en apenas veinticuatro horas. Expresa:

"Bernardo Reyes fue muerto.—Los generales Villar y García Peña heridos.—Blanquet con sus fuerzas llegó anoche.—El general Angeles y el coronel Vasconcelos deben haber llegado ya.—El general de división don Victoriano Huerta es el jefe de las fuerzas leales.—En el tiroteo de la Plaza de la Constitución resultaron más de trescientos muertos y quinientos heridos."

El periódico, en su nota, dice, entre otras cosas, sentenciosamente: "Quizá en los momentos en que circule esta edición, acontecimientos más sensacionales, si cabe, que los que vamos a relatar, vengan a nulificar, por así decirlo, las informaciones que ahora damos..."

Pero no todos los periódicos capitalinos aparecen.

Las turbas irredentas, ya se dijo, destruyen los talleres de algunos de los diarios; la furia anda suelta y no es posible su control.

Claro es que la ciudad despierta en medio de un silencio en extremo impresionante.

La circulación en las calles es casi nula. La "gente decente" se abstiene de asomarse siquiera a la puerta y el tráfico prácticamente está paralizado por completo; sólo las cruces roja y blanca, con vehículos particulares convertidos en ambulancias, cuyos tripulan-



tes enarbolan enormes banderas para ser identificados, recorren la ciudad de un lado a otro recogiendo muertos y heridos.

En algunos edificios se ven ondear banderas extranjeras; es el afán de proteger los inmuebles.

Al mismo tiempo, la Comisión Permanente del Congreso de la Unión concede al Ejecutivo facultades extraordinarias en los ramos de Hacienda y Guerra para que pueda afrontar la crisis que plantean los traidores, cuya fuerza está congregada en la Ciudadela.

Se sabe ya que en ese reducto hay alrededor de un mil quinientos hombres que cuentan con armas y municiones en cantidad suficiente como para resistir un ataque continuado por lo menos durante seis meses.

Desde Toluca, el general Aureliano Blanquet ha protestado hipócritamente su adhesión al Gobierno. Ya será después inundo reptil.

En la Plaza de la Constitución, donde ahora priva un gran silencio y que aparece desierta, se forma una columna con el fin de combatir a los sublevados en la Ciudadela, estableciéndose una batería del 3er. regimiento de artillería a las órdenes del mayor Fernando A. Becerril, integrándola cuatro cañones de 75 milímetros, S. Saint Chamond Mondragón, es decir, tienen la innovación que ha ideado precisamente uno de los infidentes, el general Manuel Mondragón; además, la batería cuenta con cuatro carros de municiones y su dotación completa de granadas y balas.

Asumirá el mando de la Sección mixta que comienza a organizarse el general brigadier de artillería Gustavo Mass, quien designa como sus ayudantes a los comandantes rurales Federico Morales y Ernesto Castrejón.

A la una de la mañana, la columna rompe la marcha, haciendo alto en la primera calle de la Independencia, donde pernocta.

La ciudad de México se ha despertado somnolienta, con presagio de tragedia.

Es indudable que la lucha más tarde o más pronto va a desatarse con todo furor y volverá la ablución de sangre porque no hay, en modo alguno, deseo de atenuar las cosas. Los hombres no dejan de ser hombres.

En la madrugada regresa a la capital el Presidente Madero; ha pedido conferenciar con el general Felipe Angeles, excelente artillero, a quien demanda que marche inmediatamente hacia la ciudad y coopere con las tropas leales para capturar la Ciudadela y pacificar la población.

La ciudad muestra los primeros efectos de la lucha: casas con impactos de bala, cadáveres abandonados, manchones de sangre en el piso y pedazos de granadas, casquillos, etc., son testimonio de que los hombres se buscan para matarse y el odio del que Victoriano Huerta hace culto tiene manifestaciones espeluznantes en la ciudad.

El embajador norteamericano, Henry Lane Wilson, envía a su Gobierno, al mediodía, un telegrama insidioso que dice en parte textualmente:

“La situación en estos momentos parece no haber cambiado materialmente desde el telegrama de esta embajada el 9 de febrero a las 7 pm. El presidente y su gobierno han abandonado Palacio y esta embajada ignora dónde se encuentran. El general Huerta, cuya lealtad es discutible, está hecho cargo de Palacio. Prácticamente, todas las autoridades locales en los Estados, la policía y las fuerzas rurales se han pronunciado en favor de Díaz, que está atrincherado fuertemente en la Ciudadela con dos mil quinientos a tres mil hombres a su mando inmediato. Según parece, Blanquet está cortado en Toluca con las fuerzas federales o es desleal. También Angeles, que manda las fuerzas federales en Morelos, está cortado. Dos trenes llegaron hoy de Querétaro que se suponen leales. Según se dice, De la Barra y Huerta están en inteligencia con el fin de llegar a un arreglo que evite nuevo derramamiento de sangre. No puede tenerse protección alguna para los extranjeros residentes en ésta ni para las legaciones. Estoy en unión de mis colegas, que calurosamente aprueban esta acción, organizando una fuerza extranjera que proteja la vida y propiedades de los extranjeros. Espero que quedará lista antes del anochecer, pues se teme la invasión de los zapatistas provenientes del sur. La situación no sólo se presenta aquí con caracteres alarmantes, sino amenazantes en los Estados, donde parece haber tenido eco especialmente el triunfo de los revolucionarios.

“Advertidos de esta situación, el Departamento debe tomar inmediatamente medidas procurando enviar buques de guerra de suficiente tonelaje para que puedan hacer presión y con marinos listos para prestar ayuda donde sea necesario; medidas semejantes deben tomarse en la frontera.”

Ni las autoridades locales, ni la policía y los rurales completamente se han pronunciado en favor de Díaz; ningún gobernador por ahora secunda el movimiento de rebelión, ni un solo cuerpo de rurales desconoce al Gobierno.

Así pues, Lane Wilson da clara manifestación, primero, de que



ya sabe que Huerta y De la Barra están conspirando contra el Gobierno, y más tarde, el mismo día, manda otro telegrama a las 4 de la tarde, indicando que en la ciudad de México hay unos cinco mil norteamericanos y unos veinticinco mil extranjeros de diversas nacionalidades sin ninguna protección contra los zapatistas y contra la plebe, que si de momento no dan indicios de acción, pueden hacerlo en cualquier momento.

El informe dice que no hay soldados ni policía en servicio y que únicamente norteamericanos realizan un servicio de patrulla en la parte de las residencias de extranjeros.

El embajador procede en este caso interesadamente.

Aparte de señalar, como anteriormente lo hizo, algunas falsedades, debe afirmarse que ni Blanquet, y mucho menos Angeles, quedaron cortados, aunque sí cabe decirlo: Blanquet, desde el principio, obra de acuerdo con Huerta y comienza a trabajar la traición de acuerdo con el propio embajador.

Todavía hay un mensaje más de Lane Wilson a las siete de la tarde, para dar cuenta que en el zafarrancho del domingo fueron 150 los muertos y 500 los heridos.

En este clima se vive, pues, el 10 de febrero.

Aun cuando la población de la capital considera inminente el tremendo choque, comienzan a llegar, obedeciendo el llamado del Gobierno, fuerzas rurales que proceden de Guanajuato, Celaya, San Juan Teotihuacán, Puebla, etc., y otra vez, por desgracia, la curiosidad puede más que la prudencia y el temor: millares de civiles se lanzan a la calle en su afán de obtener mayores datos sobre los acontecimientos.

Las avanzadas felicistas impiden el paso por las calles de Bucareli, y es designado en lugar del mayor Emiliano López Figueroa, inspector general de policía que fuera capturado y es prisionero de guerra en la Ciudadela, el también mayor de caballería Benjamín Camarena, que formara parte del estado mayor de Victoriano Huerta cuando éste mandaba la primera División del Norte, corporación que más tarde alcanzara el cenit de la gloria a las órdenes de Francisco Villa.

Aprovechando el tiempo, los felicistas concentrados en la Ciudadela continúan reforzando las defensas de su reducto, mientras que, como es natural, se da curso a versiones diciéndose, por ejemplo, que ya ha sido fusilado en el interior de la Ciudadela el inspector general de policía, Emiliano López Figueroa; en rigor, las noticias exactas sobre la sublevación son poco menos que desconocidas.

De Tetela de Ocampo, Pue., llegan más fuerzas cerca de las cinco de la tarde, hora precisa en que el nuevo Comandante Militar de la Plaza, Victoriano Huerta, distribuye el mando de las columnas de ataque a los generales Gustavo Mass, Agustín Sanginés, Eduardo Cauz, José Delgado y el teniente coronel Eduardo Ocaranza.

A las seis de la tarde se produce la llegada de las tropas del general Felipe Angeles, y de la estación de los ferrocarriles enfilan rumbo al cuartel de Tacubaya, abandonado ya por el primer regimiento de caballería, que por supuesto forma entre el contingente de la sublevación.

En las calles, los rumores cunden dolosamente, según el deseo de cada quien.

Piquetes de soldados que se encontraban en poblaciones cercanas llegan a la capital.

Huerta prepara, según dice, los planes de ataque a la Ciudadela, la que promete recuperar muy pronto. Mentirá toda su vida.

Sin que nadie lo llame, llega de Querétaro el coronel Guillermo Rubio Navarrete y se pone a las órdenes del Gobierno, considerando que su deber militar, afirma, lo reclama en la ciudad de México.

La metrópoli, como las capitales de los estados, esperan inquietas el desarrollo de los acontecimientos.

El licenciado Francisco León de la Barra, que acaba de llegar de Europa, le envía una carta al Presidente Madero, ofreciéndose como intermediario ante los alzados, con el propósito, declara, de encontrar una solución al conflicto.

Pero Madero es firme y contesta que no está dispuesto a tratar con los rebeldes.

Ese día por la noche, regresa el ministro de Comunicaciones, ingeniero Manuel Bonilla, que ha ido a San Luis Potosí con el fin de gestionar con el gobernador de allí, los de Coahuila y Aguascalientes, el envío de fuerzas para batir a los infidentes.

Poco a poco va reuniéndose un contingente que determinará la marcha de los acontecimientos, en tanto también se hace acopio de pertrechos bélicos.

Ante un gran plano de la ciudad de México, en Palacio Nacional, el general Huerta explica al Presidente que ha de atacar a las diez de la mañana por las calles de Nuevo México y la avenida Morelos, encomendando esta acción al general Felipe Angeles; por la Alameda, la avenida Juárez y la calle Ancha, hoy Luis Moya, hará lo propio el general Gustavo Mass y por otras calles en otra parte de la ciudad marchará el general José Delgado, debiendo permane-



cer los rurales como reserva en las calles de Balderas y el coronel Guillermo Rubio Navarrete ha de tener a su cargo las baterías perfectamente emplazadas en los lugares más convenientes y estratégicos.

Allí mismo ha de escucharse la jactancia del coronel Guillermo Rubio Navarrete, que "científicamente" se compromete a tomar la Ciudadela en veinticuatro horas. Mas una plática posterior con el general Victoriano Huerta lo hace decir a temprana hora del día siguiente que "científicamente se ha equivocado" y que la Ciudadela es poco menos que inexpugnable.

—Todo el fuego será concentrado sobre la Ciudadela, en tanto las tropas de cada una de las columnas de ataque llevarán a cabo su avance.

Dice entusiasmado y sentencioso el Comandante Militar de la Plaza, que en mala hora substituye al general Lauro Villar.

Pero en realidad, Victoriano Huerta está madurando el más diabólico de sus planes; a él le interesa, sobre todo, que las fuerzas leales sean diezmadas por el mortífero fuego de los felicistas que se encuentran en la Ciudadela; en esas condiciones no quedarán más que tropas que le respondan a él y a nadie más, por conducto de sus dos títeres; en esa forma puede llegar a la cima que ambiciona, y que no es otra que la Presidencia de la República.

El *Mexican Herald*, diario que se publica en inglés, por conducto de sus reporteros, entrevista ese lunes 10 al general Félix Díaz, quien se encarga de informar que sus tropas ocupan la Ciudadela, el edificio de la 6ª demarcación, el del Parque de Ingenieros, el de Guardias Presidenciales, el del Escuadrón del Tren de Artillería y la Escuela de Comercio, así como la Asociación Cristiana de Jóvenes y la cárcel de Belén.

Díaz dice: "Algunos jefes y oficiales que me habían ofrecido su cooperación para el movimiento cambiaron de opinión en los momentos críticos y se pusieron abiertamente al lado de Madero, olvidándose de sus compromisos".

Declaró después: "A ello se debe la lamentable muerte del señor general Reyes y la sangre que se ha derramado. El movimiento fue organizado para llevar a cabo, sin graves trastornos, el cambio de la situación política en el país mediante la renuncia inevitable del señor Madero y su gabinete; pero la conducta de los jefes y oficiales a que me refiero dio un giro inesperado a los acontecimientos, que no podría decir cómo se desarrollarán".

Que el odio verdaderamente anda suelto lo demuestra la versión de Luis Liceaga, apologista y biógrafo de Félix Díaz, que revela cómo el licenciado David Reyes Retana, al constatar que estaba prisionero el mayor Emiliano López Figueroa, inspector general de policía, aprehendido, como se ha dicho, en la Ciudadela, pidió que se sugiriera al general Díaz la conveniencia de ejecutarlo, "pues era un perverso y desvergonzado".

No hay, pues, conmiseración alguna ni deseo de proceder con sentido humano, y hasta los traidores que desde su poltrona ven los acontecimientos, sin tener valor de esgrimir un arma para reafirmar y defender sus convicciones, se pronuncian por el derramamiento de sangre hermana.

Entre tanto, fermenta con ejemplar tenacidad, pero con la más inequívoca de las violaciones en la vida interna de un pueblo, la intervención de algún diplomático.

Debe precisarse que ya está rodeado el Presidente Madero de un círculo de militares desleales encabezados por Victoriano Huerta.

Los tiroteos menudean a lo largo del día y parte de la noche de ese 10 de febrero, pero en realidad son disparos aislados que no se pueden considerar producto de escaramuzas, aunque sí representen evidencia de que se preparan combates y quizá una batalla en forma, con el propósito de apoderarse de la Ciudadela, el único reducto realmente importante de los sublevados.

Prueba de la injerencia y la intervención del diplomático Lane Wilson en los asuntos internos de México lo constituye el hecho de que el lunes 10 de febrero recibe para conferenciar con él, al general Félix Díaz, que va con frecuencia a la embajada, siguiendo el ejemplo del hijo del general Reyes, el licenciado Rodolfo Reyes.

Los hechos, por desgracia, siguen avanzando, y los acontecimientos trágicos necesariamente tienen que adquirir mayores y dantescos perfiles en el desarrollo, ya se dijo, de una de las más negras pesadillas que le haya correspondido vivir a la tranquila ciudad de México, cuya extensión o perímetro, mejor dicho, en aquel entonces, comparada con la de hoy, resulta ridícula, de tal modo que la Ciudadela se encontraba en sitio poco poblado. Sordamente, los dos bandos continúan en sus preparativos con firme resolución, sólo que también sordamente la perversidad de Huerta cobra importancia, aunque no asomen sino destellos que sólo los perspicaces advierten, pero el Presidente de la República es demasiado bueno.

Se ha dicho que se ha suspendido de hecho el tránsito de vehículos en la ciudad de México; nadie quiere arriesgar su vida, y



para colmo tampoco hay reparto de mensajes telegráficos, pues cabe decir que desde la víspera, al producirse la primera matanza en la Plaza de la Constitución, los chicos encargados de ese servicio, como todos los días, salen en sus bicicletas, pero los sorprende la inesperada refriega y unos pierden la vida, otros escapan y ninguno vuelve a su trabajo, y los propios interesados tienen que buscar el mensaje que esperan yendo a la administración, donde les aguarda una mesa larga y estrecha donde se amontonan las comunicaciones; la guerra trae aparejadas éstas y mayores dificultades.

Ese mismo día, el Secretario de Relaciones de Cuba, Sanguily, consulta a su embajador, doctor Manuel Márquez Sterling, si debe o no enviar el crucero *Cuba* a Veracruz, sólo que el telegrama no puede ser entregado, porque ya se dijo que no hay servicio de reparto, lo que significa que en este orden, como en otros varios, la vida de los capitalinos se ha desquiciado.

Todo adquiere de pronto arrebato de vértigo; las cosas inesperadas se suceden, porque en el estado de guerra todo puede ocurrir.

Ya no son raros los derrumbes e incendios en las calles; los choques aislados, cuerpo a cuerpo, entre partidarios que dirimen su querrela política pistola en mano, y hay una euforia de soltar las descargas, a veces tan sólo por gusto; los heridos claman, se quejan y se revuelcan en charcos de sangre o bien sólo es un agónico balbuceo, cuando ya la muerte comienza a cerrarles los ojos patéticamente.

Se suscitan escenas dolorosamente amargas; mujeres que esperan bajo los escombros de algún muro, inocentes criaturas que son alcanzadas por la metralla y una madre con los ojos enormes, desorbitados, en el paroxismo de la locura.

Ha de anudarse la garganta cuando cunden las exclamaciones, tan dolorosas que se antojan pueriles.

Alguna parturienta ha de soportar el sublime momento en plena calle, ¡y cómo se ayuda la gente desheredada en lances tan íntimos!

Se ha dado el caso de que una criadita que salió de compras a alguna parte, no regresa, y la espera se prolonga por todo un día. Es inútil, se queda con los ojos muy abiertos, contraído el cuerpo sobre una gran amapola que al fin acaba volviéndose oscura sobre el empedrado.

Sobre todo, ha de decir Márquez Sterling: "Hay un pesar hondo, intenso en la atmósfera.

Todos los horrores imaginables van a venir eslabonándose uno con otro en esta pesadilla que, ya se dijo, apenas está comenzando.

A veces, cuando menos se espera, se inicia algún tiroteo, rasgan los vítores, y aunque no sean muchas las víctimas, el hecho cierto es que hay una furia desatada y un hálito de impiedad cruza la capital de un extremo a otro.

Victoriano Huerta sigue hablando de que a las diez de la mañana del día siguiente iniciará la gran ofensiva contra la Ciudadela, la que promete capturar y está seguro de que la lucha no demorará mucho tiempo; pero en el fondo, el dipsómano no tiene ese deseo; él está jugando una carta de odio irredento, porque: "Tuve varias ocasiones que cañonear la Ciudadela, pues se les olvidaba a los que estaban dentro que yo era el alma y que su salvación estaba en mis manos".

Ciertas o no las *Memorias* de Victoriano Huerta, en el fondo reflejan la realidad, explican el odio desbordado que habría de precipitar horrendo baño de sangre para la ciudad de México. Mucho antes había renunciado a cualquier escrúpulo. Su alma no tenía para ese tiempo ningún asomo de conmiseración; iba directa e invariablemente hacia su único objetivo personal, ya se ha dicho: este objetivo representaba el sitio de honor del Palacio Nacional.

En el fondo, Victoriano Huerta estaba empeñado en lograr su propósito sin significarle nada en lo absoluto los medios, así representarían la mayor de las tortuosidades y de la perversidad; abría de hecho la puerta y no hubo vacilaciones, titubeos; su vida estaba consagrada exclusivamente para la satisfacción personal.

Al natural sobresalto de los habitantes de la ciudad de México, que habían vivido ya momentos de gran amargura, unos en forma directa y otros por referencias alteradas y abultadas, viene a sumarse el problema de la escasez de víveres, puesto que ya se ha dicho que el comercio tiene que cerrar sus puertas, y la simple sal de cocina representa grave problema: no puede conseguirse en ninguna parte, o si se logra es a precio elevado, muy elevado.

—Después, marchantita, no va a encontrarla ni a precio de oro.

Es una prevención no muy alejada de la verdad; ya llegaría el momento de las compras de pánico, pero subterráneamente.

Quienes abandonan sus casas temerariamente optan por pegarse a la pared en las aceras, oyendo silbar las balas en derredor, o esporádicamente cruzan las calles con el alma en un hilo, temerosos de ser víctimas, sobre todo, de las llamadas balas perdidas, cuya procedencia se ignora.

Puertas y ventanas de casas particulares tienen que estar cerradas, puesto que no se desea ni siquiera asomarse a la calle.

Suspendido el suministro de energía eléctrica, ya hay anticipos lóbregos de una noche tras otra, puesto que no hay alumbrado público.

Allí están, sí, los arbotantes, las farolas callejeras, pero no llega el fluido y ni siquiera puede pensarse entonces en las luciérnagas, que son las veladoras de otros días, porque es uno de los servicios públicos y ya se ha dicho que éstos han desaparecido, incluso a nadie le importa el aseo de la calle y de la banqueta, cuando la basura se multiplica y son las balas de los cañones las que producen escombros.

De hecho, la ciudad de México vive la etapa de un sitio, aunque no sean estas las características que conforman la situación; de un lado, las avanzadas felicistas y del otro un anillo rodeando la Ciudadela, mientras crece la tensión y la seguridad de que no va a demorarse por mucho tiempo el temido ataque contra el reducto.

Félix Díaz y Manuel Mondragón aseguran que tienen armas y municiones para soportar un acoso hasta por seis continuados meses; las tropas siguen llegando para engrosar las filas leales que defienden la integridad del régimen que preside Madero, pero aún faltan algunas horas para que se produzca el primer combate contra la reja fortaleza donde se refugian los traidores, a quienes visitan lo mismo Joaquín Mass que el ingeniero Enrique Cepeda, compadre y, como el anterior, recadero de Victoriano Huerta.

Los rumores se multiplican extraordinariamente; las versiones, aun las más descabelladas, pretenden proceder de una fuente veraz, auténtica, y en aquel clima se propician las exageraciones y corren los informes más absurdos como macabros.

La vida de la ciudad tiene que alterarse notoriamente y los hombres viven una etapa angustiada, azarosa, llena de asechanzas y peligros, siempre proyectándose sobre las calles, la tétrica figura de lo inexorable.



CAPÍTULO VIII

MARTES 11 DE FEBRERO

La ciudad de México no da señales de vida; todo es quietud y silencio, parece como si nunca se hubiera vivido en el sobresalto, entre la balacera, los vítores y la angustia; como si no hubiera habido tremendo tiroteo en la Plaza de la Constitución, dos días antes, con horrible saldo.

Hay la creencia de que se han emprendido pláticas y que la situación podrá normalizarse dentro de muy poco tiempo.

Nadie concibe que pueda proseguir este choque sangriento que ya ha tenido sus primeras manifestaciones aterrando a la capital, tanto en la gran plaza como en las inmediaciones de la Ciudadela.

Victoriano Huerta ha dicho que a las diez de la mañana va a romper el fuego, concentrándolo sobre la fortaleza felicista, y los jefes de columna están preparados para ese instante, al igual que los oficiales de todas las corporaciones, que han de transmitir sus órdenes en escala descendente; de aquí que consulten a cada momento el reloj, pues saben lo que va a ocurrir.

Lo que se ha dicho de los víveres, se acentúa, pues no se pueden conseguir legumbres y, por consiguiente, tampoco carne, leche, pan, cereales, etc.; el hambre comienza también a asomar su cara descajada y torturante.

En el cuartel de Tacubaya, la tropa que ha llegado de Cuernavaca la víspera, se municiona convenientemente, pues ha de entrar en combate de un momento a otro. A temprana hora, llevando a la cabeza al coronel Juan G. Castillo, inicia la marcha en doble hilera haciendo rumbo a Chapultepec, que rebasa luego y toma por el Paseo de la Reforma.

Por la hoy avenida Juárez marcha otro contingente militar que



enfila hacia el centro de operaciones, tomando hacia Campo Florido por las calles de San Miguel.

Ya están emplazadas en diversos sitios estratégicos las baterías, que han de concentrar su fuego sobre el reducto de los infidentes.

Estos movimientos espectaculares; el ruido que producen los arzones de artillería, los cascos de los caballos sobre el piso; la marcha rítmica de la infantería, el chocar de los sables, etc., atrae la curiosidad de multitud de civiles que temerariamente se atreven a salir de sus domicilios, no obstante que saben el peligro que corren; no ha bastado lo sucedido en la Plaza de la Constitución.

Frente a la Alameda Central se encuentra el regimiento de Rurales, cuyos integrantes llevan el típico traje de charro y el sombrero de ala ancha, estilo charro; también están listos para participar en el combate, llevando el sable en la mano derecha.

En torno a la Ciudadela, y por los cuatro puntos cardinales, hay movimiento militar, y allí mismo, en la fortaleza, en esa tensión tan peculiar que precede a los encuentros armados, las azoteas aparecen erizadas de fusiles, de ametralladoras, mientras los oficiales siguen atenta y cuidadosamente con sus prismáticos de campaña cada uno de los movimientos del enemigo, que se dispone a dar el asalto.

Ya se ha dicho que hay sitios avanzados de los felicistas convertidos en nidos de ametralladoras; igualmente, hay también piezas de artillería de tiro rápido.

Allá adentro, en las oficinas de la dirección, Félix Díaz y Manuel Mondragón hacen planes para utilizar sus piezas a efecto de batir al enemigo con todo éxito; incluso, dicen, tienen el propósito de bombardear el Palacio Nacional con algunas de las piezas y de acuerdo con los cálculos de tiro que han trazado en un pizarrón desde veinticuatro horas antes. En un plano de la ciudad, los dos cabecillas alzados van indicando el lugar donde se encuentran sus avanzadas, primera barrera de fuego que han de encontrar quienes quieran atacar la Ciudadela.

Las posiciones felicistas, antes que se inicie el combate, comprenden los edificios de los alrededores de la Ciudadela, según se informó antes, como Belén, el Parque de Ingenieros, el cuartel de las Guardias Presidenciales, etc.

Las avanzadas se encuentran a unas cuatro o cinco calles de la Ciudadela.

Mientras tanto, en la azotea de una casa, en otro lugar de la ciudad, con sus inseparables espejuelos que cubren la indecisa mirada del dipsómano, de cuando en cuando levanta sus gemelos, que

de costumbre guarda en un estuche que cuelga de su cuello, contempla detenidamente las posiciones enemigas. Viste uniforme de caqui y un pesado capote militar.

Allí están frente a él los hombres que forman su estado mayor, el estado mayor del Comandante Militar de la Plaza.

También sobre un plano de la ciudad estudia la ubicación de la artillería que ha de vomitar proyectiles sobre la Ciudadela. Al menos eso se ha dicho.

De cuando en cuando contempla las manecillas del reloj y se antoja que el tiempo camina con mortal lentitud; por todos conceptos tiene urgencia de que estalle por fin el combate, porque él, Victoriano Huerta, está jugando sus cartas y desea poner de relieve una lealtad que en manera alguna sustenta.

Pasan los minutos y se consumen los segundos; mas Victoriano Huerta lo ha propuesto y lo sabe el Presidente Madero, que la hora marcada para iniciar la ofensiva es las diez de la mañana, y faltan únicamente siete minutos.

Pero el movimiento de las tropas ha proseguido conforme lo proyectara; por la avenida Morelos avanza el 7º batallón, al mando del coronel Juan G. Castillo. A su lado van sus ayudantes, uno de ellos el subteniente Francisco L. Urquiza.

La colocación de las tropas obedece a un plan premeditado; en la Ciudadela también hay esa tensión nerviosa y explosiva que es como la frontera entre la vida y la muerte.

Unos y otros aguardan el momento decisivo, unos para atacar, otros para defender, pero en ambos bandos es lo mismo: destruir.

Vuelve Huerta a consultar su reloj y advierte cómo las manecillas van llegando al momento que espera, como lo esperan los demás.

Pasa el tiempo; ahora los minutos van cayendo uno a uno, y cuando son justamente las diez de la mañana, se rompe el fuego contra la Ciudadela y es contestado el ataque en todas formas.

Pero los felicistas no están dispuestos a ceder ni un ápice, y a los primeros disparos derriban, para no levantarse más, al coronel Juan G. Castillo, allí en la avenida Morelos; uno de sus ayudantes muere también y a Urquiza le matan su caballo.

La balacera es tremenda; el ronco ruido de los cañones se antoja implacable y destructor; la muerte se riega con exagerada facilidad y hay bajas de las tropas leales, que soportan el fuego de los puestos felicistas avanzados; los disparos que se hacen con las ame-



tralladoras emplazadas en la azotea de la Ciudadela y otras alturas hacen estragos.

Se combate por la Alameda Central hasta llegar a la Calle Ancha, hoy Luis Moya; el silbar de la metralla y los rugidos de los cañones forman un ruido infernal.

Una granada rebelde estalla bajo una de las piezas leales, dando muerte a la dotación que la servía y a varios curiosos que se acercaron al amparo de una pared.

Allá en la Alameda Central espera órdenes para entrar en acción el regimiento de rurales.

Es una sinfonía macabra; chillan horriblemente las balas; el traqueteo de las ametralladoras se hace más persistente y más mortífero; los infantes avanzan y de pronto se detienen un momento, vacilan una fracción de segundo y se desploman inertes sobre un charco de sangre que mancha rápidamente el pavimento.

No hay tregua de ningún género.

Un grupo de voluntarios incursiona temerariamente y las bajas crecen; en realidad no se sabe a qué bando sirven.

En tanto se desarrolla el combate sin misericordia y sangrientamente, el teniente coronel Pablo González obedece las órdenes que recibiera anteriormente de don Venustiano Carranza y sale de Chihuahua hacia la capital con el propósito de presentarse en el escenario de la lucha, pero al parecer como simpatizador de los sublevados; de Saltillo sale el capitán primero Francisco J. Mújica, a quien ha de decir don Venustiano, palabra más, palabra menos: "Vaya usted a ver al señor Madero y dígame que lo de la Ciudadela no es un simple cuartelazo, sino el principio de una defección en masa del ejército federal, que si necesita gente para reducir a los sublevados me lo diga para enviársela, y si ello no fuese suficiente, que deje la capital de la República y se venga al estado de Coahuila, donde cuenta con el apoyo del gobierno y del pueblo, y que si esto no es bastante, haremos, para sostenerlo, una guerra como la de tres años".

La inquietud, pues, está sembrada en todo el país, y si no pueden escucharse en las entidades los mortíferos disparos que se hacen esa trágica mañana del 11 de febrero de 1913, la repercusión sí es positiva en toda la República.

Como a las once de la mañana, al salir de la casa del arquitecto Enrique Fernández Castelló, uno de los instigadores de la sublevación, sobrino de doña Carmen Romero Rubio de Díaz, la esposa del dictador exiliado, el capitán segundo de ingenieros Francisco Pradi-

lo es hecho prisionero por el capitán segundo Rosendo Vargas y ejecutado por órdenes del general Felipe Angeles frente al hotel Imperial, situado en el Paseo de la Reforma. Manda la ejecución el capitán segundo Emilio G. Tello y la causa es demasiado sencilla, como determinante, el capitán Pradillo pretendió sobornar a un grupo de soldados a las órdenes del subteniente Leopoldo E. Arroyo que estaba destacado cerca del citado hotel. Eso se castiga sobre la marcha y sin compasión, simplemente con la muerte, en el lugar mismo de los hechos.

No puede haber ni habrá consideraciones en tratándose de estos delitos militares, cuando los hombres han emprendido su ataque contra el reducto felicista que es la Ciudadela.

Ya para entonces, el ministro de España, don Bernardo de J. Cologan y Cologan, ha hablado con el embajador norteamericano Henry Lane Wilson, diciéndole que no deben permanecer impasibles ante la tragedia. Wilson acepta, pero indica que no desea entenderse con el cuerpo diplomático entero, sino solamente con algunos de sus colegas afines. Y es que, dicho sea de una vez, y así lo sabe, no todos se pliegan a sus indicaciones, como ha podido constatarlo en las últimas horas de crisis; no todos abrigan el mismo pensamiento que él. Han hablado ya con Madero los ministros de Alemania, Inglaterra, España y de Estados Unidos. Pero Wilson por toda expresión amenaza en nombre del Gobierno de su país, aunque sin autorización ni facultades para tales amenazas, al Gobierno de Madero; después, los cuatro embajadores van a la Ciudadela y Wilson repite su amago invocando el nombre de su Gobierno.

Se ha deliberado sobre la necesidad de crear una zona de combate que al mismo tiempo delimite una zona de protección para los extranjeros.

Es allí, en la embajada norteamericana, donde queda de relieve otra vez que el licenciado Francisco León de la Barra es desleal a Madero y comulga con los traidores, renunciando a sus escrúpulos, si alguna vez los tuvo.

Se combate ruda e intensamente; la artillería de las columnas al mando de los generales Angeles y Cauz no pueden disparar porque les faltan granadas, que son precisamente las que sobran en la Ciudadela, arsenal otrora del Gobierno maderista.

Cambia de manos la cárcel de Belén, pero los rebeldes vuelven a apoderarse de ella.

El alcance de las balas durante el bombardeo trasponen los límites de lo que los artilleros piensan, de tal manera que ocasionan

daños y muertes en hogares y personas no combatientes, llegando los proyectiles hasta el Hospital Juárez, que para esas horas se encuentra repleto, verdaderamente repleto de heridos, en tanto que los médicos no se dan punto de reposo para cumplir con su deber, tratando de salvar vidas.

En efecto, ha de relatar quien fue testigo presencial y actor obligado, el doctor Benjamín Labardini, cincuenta años después, relata: "...el martes 11 de febrero de 1913, explotó una granada frente a la antigua puerta de entrada. Hirió a las siguientes personas: doctor Revilla, Carlos M. Vera, Vicente González y Carlos Hesles, practicantes a quienes se atendió y salvó". (*Excelsior*, 9 de febrero de 1963).

Una ametralladora emplazada en una azotea de alguna casa de las calles de San Diego, fue desmontada por eficaces disparos de las fuerzas felicistas, causando graves daños a los edificios de la avenida de los Hombres Ilustres, hoy avenida Hidalgo, frente al templo de San Hipólito, siendo destruida por las balas la carátula de su reloj.

Se encarniza el combate; a veces el tableteo de las ametralladoras se opaca por los truenos de los cañones; las bajas crecen por momentos, caen más heridos, que se quedan, unos quejándose lastimeramente, otros silenciosos, como si estuvieran muertos, son muñecos descoyuntados que ofrecen estrujante aspecto entre la sangre que mana de sus heridas, en tanto las ropas se tiñen de rojo con gran rapidez.

Menudean los gritos y a veces mengua un poco el tiroteo que después retoña mucho más intenso y seguido y son siempre las ametralladoras las que ponen fondo a esta sinfonía macabra que parece que no acabará nunca.

En los muros las balas dejan sus cicatrices de viruela y las lascas brincan rápidamente al arroyo, donde también caen algunas balas que han perdido su efecto, su impulso y se convierten en simples pedacitos de plomo que ya no podrán segar vidas.

Hay humo que provocan los incendios y sobre la Ciudadela flota una tenue gasa azul que se diluye a medida que cesan o se hacen esporádicos los disparos de los fusiles. También hay aquí en la azotea algunas bajas, pero no pueden compararse en modo alguno con el monto de las que sufren las tropas leales que han avanzado al descubierto.



El fragor de la lucha crece por instantes, y en el ánimo de la población aflora el deseo de que se apacigüe para siempre, pero esto no puede ser verdad; la lucha apenas ha comenzado, la traición estaba agazapada y necesita cobrar más vidas, reclama mayor cantidad de sangre.

El plan de Victoriano Huerta no ha variado; quiere, desea que haya más víctimas, porque "la muerte de un ser humano produce en mí ser el mismo sentimiento que la caída de la hoja de un árbol". El está esperando su momento oportuno y no tiene ninguna reticencia para utilizar cualquier medio, de acuerdo con su propósito.

Claro que no se arrepiente ni se arrepentirá nunca; su ambición tiene una profunda raíz en el alma y Victoriano no es de los que renuncian a sus pensamientos y acciones malsanas; obedece ciegamente a sus instintos y se ha despojado de una vez de todos sus sentimientos de humanidad, de conmiseración, convertido en la figura fuerte del ejército leal, en realidad él sólo está labrando su propio plan porque les ha dicho a los demás inodados en la traición, Mondragón y Díaz, que él procederá así hasta que las circunstancias lo determinen.

El regimiento de rurales que se halla frente a la Alameda Central recibe órdenes del estado mayor del Comandante Militar de la Plaza, órdenes que transmite un oficial; son palabras terribles que señalan el comienzo de horrenda matanza; apenas si puede creerse semejante insensatez, semejante indicación; sí, las instrucciones son perentorias: el general Huerta ordena que el regimiento de rurales dé una carga a fondo por las calles de Balderas, con el fin de arrasar el puesto avanzado de los sublevados en la Asociación Cristiana de Jóvenes, es decir, en el cruce con la avenida Morelos.

—¿Esa es la orden?

—Esa es la orden —reitera el oficial.

—Es...

Está a punto de decir la palabra "criminal", pero se contiene y suaviza la expresión:

—Es muy expuesto. ¡No quedaremos ni uno! ¡Carga! y a caballo...

¿Cómo es posible que se les mande a una acción así, al descubierto, expuestos al fuego de las ametralladoras que indudablemente tienen en aquel punto avanzado los rebeldes?

La orden es en extremo descabellada, pero ya se ha dicho que el general Huerta es un sanguinario que lleva a cabo perfectamente su

plan; no le importa sacrificar vidas y vidas si puede ascender los peldaños de su ambición.

El oficial que transmite la orden también comprende el significado de ella, porque es soldado y tiene cabal noción de lo que va a ocurrir; por desgracia, él sólo tiene que transmitir la orden y no puede, ni debe, cambiar ésta, así entienda que se trata de un crimen sin nombre; quizá como aquel en que quienes manejaban las ametralladoras en las azoteas de la Ciudadela, las volvieron contra sus compañeros para acribillarlos por la espalda, incluyendo al general Villarreal. Esto puede ser tanto o más monstruoso.

Reitera impersonalmente, con un dejo de amargura:

—Es la orden.

Con su laconismo quiere evadir otros comentarios que en la ordenanza militar ameritarían quizá hasta un proceso y no un simple arresto.

El comandante del cuerpo de rurales advierte que aquella orden es mandarlos a la muerte, pero calla porque tiene que obedecer, como soldado que es.

Se para sobre los estribos de la silla, en el caballo que monta. Con voz enérgica grita:

—¡Escuadrones...!

Tras una breve pausa, que hubiera querido prolongar por mucho tiempo, añade:

—¡Por secciones a la derecha, para marchar en columna!

Otra pausa y luego ejecutiva su orden:

—¡Marchen!

El movimiento se produce tal y como lo han hecho antes, muchas veces, sólo que en maniobras, lejos de la lucha; en la llanada, entre nubes de polvo y como parte de la instrucción a que se someten todas las corporaciones.

Se integran las secciones, que representan una fila de dieciséis hombres de frente y otros dieciséis atrás.

Los rurales, con su sombrero de charro, llevan el sable en la mano derecha; ahora sí, piensan, van a entrar en campaña y un sobresalto subterráneo les oprime el estómago; tienen los labios resecos y algunas veces con la mano izquierda se frotan la boca, o bien, después, con la lengua, remojan los labios, que oprimen fuertemente uno contra otro.



A poco andar, el comandante, cuando la tropa se acerca a las calles de Balderas, yendo a la cabeza, le ordena al trompeta de órdenes que toque: "Al trote".

Se hincan los acicates en las cabalgaduras y los caballos comienzan a trotar nerviosos, como si también presintieran lo que va a venir, y no será dentro de mucho tiempo.

Avanzan un poco más; el ruido de la caballada sobre el pavimento se vuelve estrujante y más sonoro.

Un nuevo toque de clarín dispone que los rurales lancen sus bestias al galope, porque eso pide el corneta y está transmitiendo las órdenes del comandante.

Nueva orden y otro toque militar:

—Para cargar.

Los rurales saben lo que debe hacerse.

Entran a las calles de Balderas, y los ojos de los rurales buscan, a un paso de la muerte, buscan anhelantes las posiciones enemigas. Patalean nerviosamente los caballos, que resoplan fatigados.

Las calles están desiertas.

¿Dónde está el enemigo?

No tienen siquiera tiempo de hablar; las palabras se quedan entre los dientes oprimidos, y es sólo la mirada que refleja el estado de ánimo de estos hombres empujados irremisiblemente a lo inexorable.

¿Dónde están los felicistas?

Ninguno de los rurales advierte algo que indique que pueda haber vida a lo largo de esta calle, que parece prolongarse demasiado.

El comandante del regimiento de rurales, aun a sabiendas de que corren peligro de exterminio, dispone que se siga avanzando y va al frente de sus fuerzas. De pronto ordena al corneta que toque: "¡A la carga!".

Los caballos se desbocan salvajemente, tascan el freno y se precipitan como un vértigo.

En el puesto rebelde la actitud es de espera.

Los oficiales que tienen el mando saben perfectamente por qué lo hacen y observan primero con los prismáticos y luego sin ellos, todo lo que ocurre; dejan, sí, que los rurales se acerquen hasta una distancia que propicie, como ocurre, el aniquilamiento, sin misericordia, "como simples blancos de entrenamiento", y entonces, cuando los oficiales sublevados lo consideran mortíferamente oportuno, hacen funcionar las ametralladoras y los fusiles para iniciar la más cruel de las matanzas, porque las primeras filas de jinetes ruedan



por tierra, inertes, al igual que muchos de sus caballos, y todas las cornetas leales tocan insistentes: "Carga cerrada"; algunos de ellos ni siquiera pueden concluir las notas, porque una bala les corta el aliento.

Es algo horrible; las bajas son aterradoras, los proyectiles son certeros en extremo; los hombres que esperan pacientemente sienten el ardor anticipado de la batalla y luego disparan furiosamente, sin respiro y sin piedad; los cañones de los rifles se calientan exagerada y rápidamente y las ametralladoras tabletean consumiendo proyectiles en un vértigo de fuego.

El chillar de las balas se hace más tétrico.

A veces un proyectil, después de derribar un jinete, va a clavar-se en un muro, arrancando fragmentos de cantera, de pintura y de yeso, y no sólo eso, sino que lamentablemente a veces, por alguna puerta o ventana penetra un proyectil y mata incluso a alguien que estaba dentro de algún hogar.

En esa parte de la ciudad el combate cobra proporciones dantescas; hay sangre en el piso, que está sembrado de cadáveres de hombres y bestias; hay docenas, docenas de heridos, pero las ametralladoras, los rifles y los cañones siguen disparando hasta que materialmente el regimiento de rurales queda, por decirlo así, totalmente deshecho. Muchos caballos se desbocan sin dirección precisa.

Victoriano Huerta, que desea exterminar las fuerzas leales para tener el predominio absoluto sobre el antiguo ejército federal, está obteniendo justamente lo que desea y no vacila, como lo demuestra esta vez, en sacrificar todas las vidas que sea posible; parece que tiene el corazón de piedra, como él mismo lo dice; parece que no tiene sentimiento alguno de humanidad y que únicamente persigue el derramamiento de sangre y el más abominable de los crímenes.

En parte logra lo que ambiciona, porque las bajas que padece el regimiento de rurales son espantosas; aquellos hombres fueron enviados fríamente al matadero y barridos materialmente por la fusilería y ametralladoras felicistas en Balderas y Morelos.

No es necesario mucho para advertir, así lo dicen los comentarios entre los propios militares leales, que algo extraño está sucediendo; que las operaciones que no representarían gran peligro ni muchas bajas han resultado una hecatombe, porque se han dado órdenes descabelladas, intencionadas para que se produzca el desastre.

Aquella operación "que no representaba muchos peligros" se vuelve imposible; las pérdidas por parte de los leales son terribles, y por cualquier lado que se emprenda el acoso a la Ciudadela arroja casi siempre el mismo resultado, en tanto que prácticamente los defensores permanecen incólumes.

En las oficinas, en los corrillos de las calles, en todas partes la fina sensibilidad popular señala la existencia de algo que propicia que el gobierno maderista vaya rápidamente hacia el hundimiento; no se sabe qué sea eso, pero existe, es innegable, y no son ya tan sólo los comentarios entre los perspicaces civiles, los observadores curiosos, sino que, como decimos antes, entre los militares cunde la certeza de que es el momento de alimentar la desconfianza; la sublevación tiene raíces profundas y ramajes frondosos entre la tropa que ha recibido la denominación de leal.

Al mismo tiempo, en la oficina del Comandante Militar de la Plaza, Victoriano Huerta, siguen consumiéndose botellas de licor; Huerta ingiere copa tras copa, como es costumbre, y en un momento dado llega el oficial que en la Alameda Central transmitiera la orden para que el regimiento de rurales llevara a cabo una carga a fondo, siguiendo por las calles de Balderas, contra el puesto avanzado de los felicistas en la esquina donde se encontraba en aquella fecha la Asociación Cristiana de Jóvenes. Informa brevemente:

—Ya se comunicó la orden, mi general.

Huerta inquiere:

—¿Se ha cumplido?

Entonces el oficial, con una sonrisa sardónica, que raya en lo cínico y entraña quién sabe qué pensamientos, afirma:

—Sí, mi general.

Después de una pausa breve en que quedan temblando los suspensivos, añade:

—Probablemente a estas horas ya no quede ninguno de esos maderistas, mi general.

Huerta vuelve a tomar su copa, la llena y rodea el cristal con la mano derecha para calentar, como es usual, esta clase de licor.

Su cara ofrece una clara evidencia de satisfacción, sus ojos se siguen escondiendo tras los negros espejuelos, pero su sonrisa se torna satánica; él sabe bien la razón y sus allegados no necesitan tener el menor informe, puesto que adivinan casi cuál es la jugada de este hombre que hace mucho renegó de los escrupulos.



Allá afuera, y cerca de la Ciudadela, la lucha prosigue incesante; las ametralladoras, los fusiles y los cañones continúan disparando.

No ha cejado la actividad del embajador Lane Wilson, que cursa este telegrama ese mismo día:

“En vista de los serios y posiblemente prolongados combates entre fuerzas federales y revolucionarias que están teniendo lugar en el corazón de una capital moderna, género de lucha que viola las reglas de la guerra civilizada, entraña indecibles pérdidas de vidas y destrucción de propiedad de no combatientes y priva de garantías a veinticinco mil residentes extranjeros, tengo la convicción de que el Gobierno de los Estados Unidos, en interés de la humanidad y del cumplimiento de sus obligaciones políticas, *debería enviarme instrucciones de carácter enérgico, drástico, y quizá conminatorio* para transmitir las personalmente al Gobierno del Presidente Madero y a los jefes del movimiento revolucionario.

“Si estuviera yo en posesión de instrucciones de esta naturaleza e investido de amplios poderes del Presidente, podría inducir a la cesación de hostilidades y a la iniciación de negociaciones que tuviesen por objeto arreglos pacíficos, definitivos.”

Claro que esta actitud amenazante preocupa al Ministro de Relaciones Exteriores y opina que la situación debe ponerse en manos del Senado de la República para que determine lo que mejor convenga.

Lane Wilson no ha quitado el dedo del renglón en su agenda, atizando el propósito de ser factor determinante y tener control decidido sobre las autoridades mexicanas.

No pudo desde un principio subyugar a Madero; ahora, frente a la crisis quizá sea posible, y por lo tanto clama porque se le den instrucciones precisas, enérgicas y conminatorias o facultades extraordinarias para poder manejar más que asuntos de interés de su país los suyos propios; no olvida, ni olvidará hasta que se muera, que Madero le negó la franquicia económica pedida a través de la esposa del Presidente, doña Sara P. de Madero, y así continúa su camino, en su afán de sojuzgar a un país que en toda su historia se caracteriza por su pretensión de sacudirse dañinos tutelajes, por el único sendero que señalara el gran patricio Juárez.

Lane Wilson tiene trazada su ruta y en cierto modo es coincidente con la del torvo nuevo comandante militar de la plaza.

Hay pues una conjura casi perfecta que tiene como meta llegar a la Presidencia de la República, sin tener en cuenta los medios;

por esta misma razón y existiendo coincidencia de ambiciones se explica el maridaje de Henry Lane Wilson y Victoriano Huerta.

Este día trágico del 11 de febrero es también la fecha que marca los primeros asomos de sospecha; no han sido simplemente torpes órdenes militares; no es ignorancia de táctica y estrategia; es la premeditación deliberada de un crimen monstruoso que va germinando lenta pero segura en la mente desequilibrada de un dipsómano, ayuno de compasión y de misericordia, que rinde culto al entreguismo sin rubores.

Al atardecer, el combate por la Ciudadela asume caracteres más impresionantes, porque el fuego de los disparos en las primeras sombras de la noche es parte de un pirotecnia macabra.

Se efectúan operaciones de rescate de algunos heridos que compasivamente y bajo el fuego enemigo son arrastrados hasta sitios donde hay protección contra las balas. Pero los heridos se quejan haciendo más estrujante la jornada de aquellos que están combatiendo; sin embargo hay heridos que se quedan en la tierra de nadie, sin posibilidad alguna de rescate, en tanto las balas pasan por encima de ellos, sienten que la vida se apaga poco a poco y comprenden que no podrán tener ayuda de ningún género.

Gustavo Madero y varios elementos civiles, a quienes pide que lo auxilien, llevan provisiones de boca a los combatientes, que los reciben entre disparo y disparo, pan, tortillas, pedazos de carne asada, cuanto es posible, teniendo en cuenta la situación de emergencia que vive la ciudad.

El hambre, la sed y el miedo sujetan entre sus garras a los combatientes de uno y otro bando y así van transcurriendo las horas, sin que en realidad se tenga noción del tiempo, y la población civil quieta, callada, contempla la tragedia; hermanos con hermanos se matan.

La escasez de víveres se acentúa; no hay posibilidad de adquirirlos.

Se ha agotado ya también el carbón, combustible imprescindible en aquel entonces.

Sin embargo, hay familias que disponen de elementos suficientes, porque casualmente contaban con ellos, sin saber que iba a presentarse el problema de la carencia.

Al mismo tiempo docenas de fotógrafos que también se juegan la vida, imprimen sus placas en distintos rumbos de la ciudad, con el fin de capturar escenas e imágenes que figurarán con rango histórico pasado el tiempo. En ocasiones tienen que saltar por entre

los cadáveres; otros han de refugiarse al amparo de un muro, llevando el cuerpo encorvado y una incertidumbre continua.

Ya pululan por las calles docenas de perros hambrientos que se dan un festín en mitad del arroyo con los caballos muertos; comen sí y junto a ellos rebotan las balas en el empedrado de la calle.

Allá en Palacio, el Presidente Madero obstinadamente y siempre optimista cierra los oídos a cuanto aviso le llega indicando que la traición está creciendo; le piden previsión y sonríe, pues estima que se trata de intrigas.

—No hay por qué alarmarse. ¡Son intrigas!

Es el primero en afirmar que las exageraciones se multiplican en todos los casos y particularmente en situaciones como la que están viviendo.

Es tan bueno que cree ignorar la perfidia de los hombres y sobre todo la de uno, para quien ese elemento es el mayor de sus defectos.

¿Cómo, piensa, va a ser capaz Victoriano Huerta de realizar semejante felonía?

¿Cómo, reitera mentalmente, puede pensar que sea capaz de semejante traición?

Pero los informes siguen llegando; son precisos y algunas veces el Presidente Madero se ve tentado a analizar a fondo las versiones que como riachuelo llegan hasta su despacho donde trabaja. Pero resiste la tentación.

Sólo que otra vez su bonhomía lo obliga a rechazar lo que sigue considerando como una gran intriga, en que juegan muchos factores.

En la Comandancia Militar, Victoriano Huerta, con singular apego sigue ingiriendo botellas de cognac junto a sus íntimos, al mismo tiempo que recibe partes e informes militares y privados que hablan de muertos y heridos, de rechazos, de retrocesos y exponen que hasta ahora ha fracasado todo intento de recuperar la Ciudadela; los defensores son demasiado certeros y mortíferos con sus proyectiles. También los informes privados le van indicando el avance de sus planes.

Huerta se concreta a sonreír enigmáticamente; sabe bien lo que está ocurriendo y conoce las razones que han determinado estas cosas; por eso Victoriano Huerta vuelve a llenar su copa, la calienta brevemente en la mano y después, después toma poco a poco y torna a sonreír enigmáticamente; la perfidia sigue alimentando el espíri-



tu de este hombre que no tiene reticencias y ya trazó su plan, por encima de cualquier obstáculo.

Pocos lo saben, pero ese día en la tarde, Huerta tiene con Díaz en la casa del ingeniero Enrique Cepeda, su compadre, en las calles de Nápoles, una conferencia que tiene que ser necesariamente de singular importancia “y en ella quedó convenido entre ambos jefes, el derrumbe del Gobierno del señor Madero. El general Huerta se reservó fijar el momento preciso en que aprehendería al Presidente pues, según dijo, necesitaba antes saber con qué parte de la fuerza que estaba bajo sus órdenes podía contar, para dar el golpe seguro”.

Huerta seguía sonriendo enigmáticamente.



CAPÍTULO IX

MIÉRCOLES 12 DE FEBRERO

También la mañana de este miércoles 12 de febrero, se levanta restregándose los ojos, porque ha pasado la noche bajo el sobresalto de los disparos que fueron en ocasiones como rayas de fuego con trágico silbido.

Contra lo que se espera, las hostilidades no cesan.

A las siete de la mañana las piezas de artillería de las fuerzas leales, particularmente la batería que comanda el general Felipe Angeles, jefe de la columna del oeste, dirige sus tiros hacia la Ciudadela.

Hay piezas instaladas en el teatro Nacional que empiezan a disparar sobre la fortaleza felicista y pronto el cañoneo es contestado por las fuerzas de los generales Díaz y Mondragón.

Si se quiere, hay mayor furia en los combates, porque las piezas de artillería, las ametralladoras y los fusiles no descansan; las dantescas escenas de la víspera vuelven a repetirse.

En la Ciudadela hay la misma inquietud y sobresalto del día anterior; los hombres están listos para repeler la agresión; los felicistas tienen en su poder la Sexta Demarcación en las calles de Victoria y Revillagigedo, pero inexplicablemente las fuerzas leales no advierten que el edificio, con su torre, ha caído en manos de los sublevados, lo que constatan hasta que al pasar por sus cercanías y teniendo la torre un gran dominio, permitiéndole una ventaja indiscutible en manos de los tiradores, la columna del general José Delgado, es recibida con nutrido fuego. Apenas pasada la natural sorpresa, el general Delgado da órdenes para que sus fuerzas tomen a la viva fuerza el reducto, determinando que los cañones casi deshagan la torre del edificio, que constituye una avanzada felicista.

Así, las fuerzas leales recuperan el edificio mencionado, y la



columna del general Delgado prosigue rumbo a la Ciudadela, aunque tiene que detenerse por el fuego de otra avanzada rebelde en las calles de Pescaditos.

Sin embargo este episodio relacionado con la Sexta Demarcación en los combates del día, tiene que traer como consecuencia natural bastantes bajas por ambas partes.

Pero no son únicamente bajas de combatientes, sino que ya hemos dicho que muchos civiles tienen que salir de sus casas, porque hay necesidad de avituallarse por una parte y por la otra, la certidumbre del peligro no es suficiente para detener la insana curiosidad que ha propiciado tanto muerto y tanto herido, entre quienes nada tienen que hacer en la línea de fuego.

No varía ni variará nunca sin duda el desarrollo de escenas como las que desde un principio comenzaron a plasmarse en las calles de la ciudad de México al calor de la lucha; hay sí un gran encono de los combatientes y las bajas de mayor cuantía son siempre del lado maderista, con gran regocijo de Huerta. Es lo que desea justamente.

Las tropas leales que empeñosamente empujan hacia la Ciudadela son fácilmente abatidas por los nidos de ametralladoras y la fusilería de las avanzadas felicistas.

Todo indica que también este día va a ser sangriento y no arrojará saldo favorable para las fuerzas que pretenden recuperar el arsenal del Gobierno.

En medio de estos hechos deplorables, vuelve a surgir la convicción casi de que hay algo raro, y la sospecha de que la traición continúa en forma ascendente, vigorizándose por momentos.

Se libran también escaramuzas aisladas, choques parciales que aparentemente no tienen importancia, pero que sí representan pérdidas para uno y otro contendientes.

A veces estos choques tienen lugar casi como lances personales en solitaria calle, probando la valentía individual, y por supuesto que esta lucha deja siempre el acostumbrado saldo.

En todos los órdenes, al avanzar el desarrollo de la lucha, en el cuarto día de la pesadilla que sufre la ciudad de México, se acrecientan muchos de los problemas que ya son de cuño corriente desde el 9 de febrero.

Puertas de comercios y casas particulares, con algunas, contadísimas excepciones, permanecen cerradas herméticamente, aun en calles un tanto distantes del corazón capitalino, hasta donde llega, si no el estruendo y el fragor de los combates, sí muchas balas perdidas. Pero hay sobresalto e inquietud y la misma angustia de

quienes quedan comprendidos dentro del perímetro, bastante considerable, donde se lleva a cabo con gran intensidad la parte candente de la lucha.

Don Gustavo Madero y varios civiles reparten diez mil emparedados entre la cansada tropa; emparedados que adquieren de sus propios recursos personales, la esposa del Presidente y del propio don Gustavo.

Los combatientes son también hombres que consumen alimentos, hombres que necesitan de víveres para subsistir y continuar en su encomienda trágica.

Para muchos capitalinos la lucha que sostienen tropas maderistas y alzados no tiene explicación.

Indiferentes en cierto modo al desarrollo de los acontecimientos políticos, no entienden el porqué han de chocar con las armas en la mano los militares y hasta los civiles, porque aunque muchos de ellos no participan activamente, se ha mencionado y se cita entre otros a Cecilio Ocón, quizá el más caracterizado de los enemigos del maderismo, Rodolfo Reyes, Tomás Braniff, Miguel Bolaños Cacho, José Bonales Sandoval, Samuel Espinosa de los Monteros, José Mondragón, Francisco León de la Barra, Jorge Vera Estañol, Nemesio García Naranjo, Querido Mobero, Alberto Robles Gil, Alberto García Granados, Sebastián Camacho, Juan C. Fernández, Guillermo Obregón, Ricardo E. Guzmán, Carlos Aguirre, Emilio Rabasa y Tomás Mac Manus.

Quizá para muchos, estos nombres no digan nada, pero en realidad estos hombres que no visten el uniforme militar, han estado cerca, lo mismo del general Félix Díaz que de Victoriano Huerta; y a veces, cabe decirlo, son más violentos y más crueles los civiles que los hombres uniformados.

El hecho es que muchos de la población civil, ya dijimos, son indiferentes y no entienden por qué se ha suscitado la lucha; otros, aunque simpatizadores de algún "ismo", prefieren quedarse en casa y sólo se arriesgan a salir cuando imperiosas necesidades así lo determinan. En rigor no saben bien lo que ocurre.

Algunos provincianos que han venido de visita o a radicarse a la capital, se estremecen al recordar aquellas jornadas, cuando apenas salía del pueblo una facción, la gente gritaba "vivas" a los recién llegados y en ocasiones no sabían a quién vitorear, precipitando problemas que en ocasiones tuvieron consecuencias trágicas.

Es casualmente lo que pasa en la ciudad de México.

Se presencia una lucha en que son militares los contendientes,



pero hay civiles y no hay distingo en el uniforme y no hay distingo más que en los vítores; el hecho es que los disparos continúan, que los vivas que lanzan unos y otros rivales, alterando los nervios y la tranquilidad de la metrópoli, parece que no acabarán nunca.

Las versiones paralelamente hablan en todas las formas y en algunos casos son descabelladas, pero se sigue combatiendo, siguen cayendo hombres bajo el impacto de las balas y muchos se quedan agonizando, en ocasiones sin que nadie les preste auxilio, al quedar tirados en lo que los militares llaman "tierra de nadie", es decir que no domina ninguna de las partes en pugna y está por igual expuesto a las balas de una y otra facciones.

Sucedan también hondos y penosos dramas familiares.

Hombres imprudentes que se acercan hasta la línea de fuego, caen de pronto acribillados a tiros, y así la ciudad sigue viviendo momentos que no han de poder olvidarse.

Todos los puestos de socorro, incluso el Hospital Juárez, no se dan abasto para atender a los heridos; lo mismo de extrema gravedad, que incluso llegan agónicos, que lesionados leves en apariencia, pero que en ocasiones resultan ser graves.

Doctores, practicantes, enfermeras llevan a cabo su humanitaria labor, en tanto cunden dolorosas exclamaciones.

Los heridos llegan lo mismo en un vehículo que por su propio pie, ayudados por algunos hombres que en esta forma concurren espontáneamente y se convierten en auxiliares de los médicos; y ya hemos dicho que no hay tránsito, que los pocos, contados vehículos que cruzan las calles, llevan consigo enormes banderas con la cruz blanca o la cruz roja como distintivo, para que, en lo posible, los tiradores no acribillen a los tripulantes que cumplen abnegada misión.

Ya hay basura por todas partes, que acrecientan los impactos en los muros, en las esquinas; lo mismo pedazos de cantera, que de adobe; los escombros quedan ahí tirados, como los cables, como los faroles despedazados, que hoy son simples motivos de ornato, ornato macabro en esta amarga etapa que vive la ciudad.

Las balas ciegas no tienen distingos; lo mismo perforan un cuerpo que se incrustan en una pared o en la madera de una puerta o alguna ventana, y aunque se antoja extraño, siguen ocurriendo inexplicables víctimas, cuando un proyectil penetra por algún resquicio de alguna casa.

Otra vez, como en los días anteriores, la balacera tiene pausas y retoños furiosos, más predicativos.

El humo también vuelve a levantarse de otras casas incendiadas, entre ellas la del Presidente de la República, en las calles de Berlín, y todo se conjunta para ofrecer el repulsivo cuadro de todas las guerras, guerras que, como ésta, representan sobre todo un azote para la población civil; que padece en sus propiedades y en sus personas.

Las órdenes militares continúan empeñadas en determinar siempre el acoso a la Ciudadela; hacen que se susciten choques como en el Campo Florido y que las bajas sean ahora sí equitativas y no desproporcionadas en número como antes, afectando a los maderistas.

Allá en Palacio, el Presidente Madero continúa despachando; igual hace el Comandante Militar de la Plaza, en cuya oficina hay, se justifica, singular movimiento, más aparatoso que efectivo, más como máscara que como verdadera intención del hombre que, ya se dijo, ha trazado desde antes su camino, apartándose del escrúpulo, de la rectitud y la lealtad.

Ese mismo día, día 12, los periódicos consignan pormenorizados detalles de los encuentros, con alto índice de sangre tanto entre las tropas que permanecen leales a Madero como entre los contingentes felicistas que tienen como reducto principal la Ciudadela.

En Cuba, el Presidente reúne a su Consejo para deliberar y se dispone, por acuerdo del gabinete, que zarpe rumbo a Veracruz el crucero *Cuba*, debiendo embarcarse una compañía de infantería, al mando del comandante Julio Sanguily, sobrino del Canciller. A las siete de la noche leva anclas y se hace a la mar con el fin de fondear en Veracruz, debiendo quedar las fuerzas bajo el mando del embajador cubano en México, doctor Manuel Márquez Sterling.

Debe señalarse, y así lo dice el propio embajador, que se procedería de conformidad con el gobierno mexicano y del embajador de los Estados Unidos Norteamericanos, no sin persuadir antes al Presidente Madero y a sus ministros que los militares cubanos eran portadores de una misión de amistad inquebrantable.

Márquez Sterling tiene el propósito, ante todo, de que cualquier desembarco del contingente militar cubano sea con plena anuencia del Gobierno mexicano, pues no podrá admitirse que infantes cubanos funjan como centinelas en la legación.

De todos modos, esta situación tiene que preocupar al ministro cubano, para quien México guarda especial gratitud y admiración, puesto que es uno de los pocos que comprenden y respeta el derecho que tiene cada país de manejarse como mejor le convenga, y Márquez Sterling destierra cualquier propósito, por leve que sea, de que su

conducta y la de los cubanos sea mal interpretada; no desea injerencia en los asuntos de México.

Por el lado de la Ciudadela se produce un ataque de las tropas leales y también ocurre lo mismo por el este, a lo largo de las calles de Arcos de Belén.

Es entonces cuando los cañones de los alzados concentran su fuego hacia el sur; abren una brecha en la esquina noroeste de la cárcel de Belén, donde hay cinco mil presos, generando un tumulto y causando la muerte a muchos reclusos, en tanto otros son capturados al huir, mientras los que no pueden salir se salvan, aunque no de ser llevados a lugar seguro, fuera del alcance de los proyectiles de artillería.

La ciudad ofrece ya un aspecto horrible; por supuesto que no hay luz eléctrica en las calles; se carece de servicios públicos y la vigilancia del orden público ha cesado.

Muchos de los cadáveres que quedan aún en la zona de combate comienzan a descomponerse y un hedor fétido, insoportable, a tufaradas se va por toda la ciudad.

Algunas veces los cuerpos son apilados en las calles; se impregnan de petróleo y se queman, con el fin de evitar que haga su presencia una epidemia, lo que equivaldría a una verdadera catástrofe por la falta de medicinas y de personal médico, que hoy por hoy atiende preferentemente a decenas de heridos de bala.

Si faltan víveres, bueno es decir que los que pueden adquirirse es a precio mucho muy elevado.

El coronel Rubio Navarrete que hiciera afirmaciones en el sentido de que sería fácil, muy fácil, dado los delgados muros de la Ciudadela, arrasarla; ahora modifica sus predicciones optimistas después de la prolongada plática en la noche con el general Victoriano Huerta; hoy dice que los muros son tan gruesos "que no podría demolerlos con el equipo que tenía".

La sospecha de que hay un complot contra Madero, a cada momento se agiganta.

Los hechos que aparentemente no tienen importancia van perfilándose como un producto de algo que se ha meditado concienzudamente y no tiene otra finalidad que ir minando poco a poco, por un lado, el poder del Presidente y, por el otro, constatar en forma directa las verdaderas condiciones de control que en un momento dado debe tener Huerta, cuya actividad, ya se dijo, se antoja explicable, dinámica, pues corresponde a su función y facultades como comandante militar de la plaza; pero lo cierto es que no se advierte



ningún progreso en la batida contra la Ciudadela, y Huerta tiene con frecuencia en los labios, como estereotipada, una frase refiriéndose a la caída de la fortaleza felicista: "¡Mañana caerá!"

Ese mañana no llegará nunca.

Pero, se ha dicho, Victoriano Huerta enmascara perfectamente su ambición, y otra vez el optimismo del Presidente Madero cierra la puerta a las versiones que hablan de la complicidad de Huerta con los sublevados, para quienes parece no correr prisa poner fin a la contienda, que exige muchas víctimas y las ha cobrado además.

El estruendo del combate se intensifica a ratos, pero luego agoniza y hasta parece que va a extinguirse en forma definitiva; salvo esporádicos disparos indican que la lucha no ha cesado y habrá necesidad de seguir combatiendo.

A medida que transcurre el tiempo, los edificios enclavados en el perímetro de la lucha muestran claramente los efectos de la contienda; los disparos causan destrozos, han roto las lámparas, todo.

A las 11 de la mañana, como si obedeciese todo a un acuerdo previamente establecido, se hace el silencio, cesa el fuego y apenas uno que otro disparo rompe la quietud, que se vuelve ominosa, mientras el sol retoza a sus anchas por las calles de la ciudad de México.

El silencio se vuelve más impresionante cuando los capitalinos se habían acostumbrado a la "esquitera", subrayada de cuando en cuando por el estruendo del cañón.

Casualmente es la hora en que llegan a Palacio Nacional los embajadores de Estados Unidos, Alemania y España, Lane Wilson, Von Hintze y Cologan y Cologan, solicitando una audiencia con el Presidente Madero; pero los informes que éste posee sobre la conducta y las renovadas expresiones despectivas, hasta de carácter personal, por parte de Lane Wilson, determinan que se resista a la plática y sólo accede a recibir a los tres diplomáticos, debido a la insistencia.

Pero hay un ambiente preñado de tirantez; Madero, adusto, aunque cortés, mantiene su dignidad y sabe lo que representa su investidura.

Se nota desde un principio la actitud casi insolente y altanera de Lane Wilson, quien miente al decir que tiene instrucciones de su Gobierno para que informe al Presidente de México que está resuelto a desembarcar fuerzas, las que sean necesarias, para custodiar a los extranjeros que viven en la ciudad de México, en las amargas horas de la tragedia.

Madero, que ha recibido a los tres diplomáticos con prevención, se indigna y enérgicamente se vuelve tajante, y el ministro de España



interviene conciliatoriamente a fin de que se superen las asperezas, no se configuren malentendidos y propone que se establezca una línea de fuego para que los no combatientes no sufran daños.

Lane Wilson, por su parte, anuncia que irán a ver a Félix Díaz, con el mismo objeto: pedir garantías para los extranjeros, y Madero, sin que pueda disimular su enojo, da a entender que la entrevista ha concluido y no hay ya nada que hablar.

Los tres diplomáticos se dirigen entonces hacia la Ciudadela, para hablar con Félix Díaz, recibiendoles entre una valla y presentándoseles armas a la hora de su paso; desde aquí campea el sentido de sumisión.

Díaz que no tiene ninguna reticencia para el entreguismo, ofrece amplias garantías y da explicaciones sobre su conducta y sobre los orígenes del movimiento, como si Lane Wilson no los supiera; quizá los conociera con mucha mayor hondura que él.

Cuando Lane Wilson y sus compañeros abandonan la Ciudadela, se reanuda el fuego y cae sobre ellos una verdadera lluvia de balas, aunque sin tocarlos.

Ya para entonces, a las nueve de la mañana, ha transmitido Lane Wilson un mensaje con su información ayuna de veracidad, diciendo: "Dos mil revolucionarios habían llegado a la estación de San Lázaro para ayudar al general Díaz".

Como se advierte, el propio Lane Wilson trata de calificar de revolucionarios a los infidentes, y en el curso de su mensaje dice que tiene duda sobre si el supuesto contingente de refuerzo pueda unirse con los traidores.

Para enfatizar aún más su información, Lane Wilson subraya que el pánico es enorme y la situación se vuelve más y más peligrosa. Siempre en forma, insidiosa, más tarde envía otro mensaje expresando: "no se ha dado el número de muertos, pero indudablemente es muy grande. Y ni la Cruz Blanca ni la Roja son respetadas por las fuerzas federales. El presidente de esta última organización fue muerto. Algunos miembros de la Cruz Blanca fueron sorprendidos acarreado municiones, y fuerzas de Díaz los ejecutaron".

Para desgracia del señor Lane Wilson cabe precisar que el licenciado Rafael Pardo, presidente de la Cruz Roja en aquellos días, vivió algún tiempo después de la Decena Trágica y todos los miembros de la organización que cita el embajador resultaron ilesos, excepto el doctor Antonio Márquez, quien por atender a un herido en el Zócalo, resultó con un balazo.

Mientras Lane Wilson, andando el tiempo, ha de decir que Ma-

dero, ese 12 de febrero, al recibirlo con los ministros de Alemania y España y con autorización escrita del ministro inglés, se vio embarazado y confuso en su respuesta, "pero trató de arrojar la responsabilidad por la guerra urbana al general Díaz".

Después, al referirse a la entrevista con Félix Díaz, dice que se le explicó: "que se habían enviado barcos tanto a puertos del Golfo como del Pacífico, y transportes con marinos que si se hacía necesario serían desembarcados y traídos a la ciudad con el fin solamente de mantener el orden y dar protección a las propiedades y vidas de los extranjeros". El embajador manifestó que estas mismas representaciones se habían hecho al Presidente, que inmediatamente iría a ver a éste. Díaz, por su parte, según la versión de Lane Wilson, dijo "que sentía mucho lo que estaba pasándole a la ciudad y a sus habitantes, pero que podía probar que su actitud desde el principio había sido de defensa. . . pudiendo hacerlo, se había abstenido de encaminarse al Palacio Nacional, que está seguro de poder tomar si se convence de que el Gobierno no se rendirá sin que él recurra a este expediente. . ."

Así es como, repetimos, camina Lane Wilson.

Por disposición de la Secretaría de Guerra, los alumnos del Colegio Militar regresan al Castillo de Chapultepec para defenderlo en caso de que los sublevados pretendan apoderarse de él, según versiones que han corrido; los cadetes proceden entonces a realizar intensos preparativos de defensa bajo la dirección del general Joaquín Beltrán, otrora director del plantel.

La artillería continúa disparando desde sus diversos emplazamientos, llegando la metralla hasta el Zócalo, incluso una granada estalla en la puerta Mariana, hiriendo gravemente a varios soldados leales que estaban de guardia.

Las turbas, encabezadas por Mariano Duque y Solón Argüello, se entregan a la tarea de incendiar los periódicos independientes, mientras vitorean a Madero, a la legalidad y al sufragio efectivo, ¿quién puede detener a estos hombres pasionales, cuando hay apasionamiento del lado contrario? ¿Quién puede contener el desahogo retenido y que florea como resultado de los ataques, de la sublevación, que no persigue sino fines mezquinos?

La furia en realidad desde hace tiempo, anda suelta.

Es verdad que propicia por desgracia acciones y atropellos considerables; es más, muchos aprovechan la anómala situación para entregarse al vandalismo, a la destrucción carente de color, de partidismo, son los aprovechados de siempre, que no vacilan en cobrar



venganza, o dar rienda suelta a su afán demoleedor que genera en el alma como innoble pasión.

Paralelamente se acrecientan los problemas, como la carencia de servicios fúnebres, del servicio de limpieza, de vigilancia.

Mucha gente del pueblo, esto es de recursos reducidos, opta por emprender la retirada de la zona donde se combate, abandonando sus pertenencias y llevando únicamente lo indispensable; es preferible, dicen, alejarse de este perímetro, pues antes que nada anhelan conservar la vida, y enarbolando grandes banderas blancas, se organizan grupos de civiles, hombres, mujeres, niños y ancianos que llevan en hombros o en la cabeza algunas cosas, un colchón, alguna caja, un enorme montón de ropa, etc.

Algunas veces es frecuente también observar un carro de dos ruedas tirado por una acémila, conduciendo a los cementerios ataúdes, pero son los deudos los que se han de encargar de abrir la fosa e inhumar los cuerpos de las víctimas, puesto que todos los sistemas municipales se han desquiciado.

Son repetidas las escenas en que un soldado se quita el chacó que lleva en la cabeza y da de comer a su caballo con la misma solitud que lo hiciera en momentos de paz; la comprensión del hombre hacia la bestia que le sirve tan eficazmente, mueve a la ternura; un grupo de damas que indudablemente tienen los nervios templados y no temen a nada, se entregan a la humanitaria labor de repartir alimentos entre las tropas.

Hay vivaques de las tropas leales incluso en el exterior del Palacio Nacional, y allá en Balbuena, montones de cadáveres son incinerados luego de bañarlos con gasolina. ¡Y cómo se contorsionan los muertos cuando arden, y cómo huele repulsivamente!

Es que quiere evitarse a toda costa la aparición de una epidemia que hincaría sus garras lo mismo en los felicistas que en los leales, como en toda la población civil, ahora poco menos que en el desamparo.

Es lo mejor, porque los cuerpos que quedan abandonados se corrompen y agusanan; otros muertos son quemados allí mismo en las calles de Balderas, Humboldt o Bucareli; cualquier lugar es bueno para esa operación.

Varias piezas de artillería están tendidas frente al Palacio Nacional en previsión de que se desate de nuevo un ataque de los infidentes que, como ha de recordarse, sufrieron su primer descalabro, perdiendo a su caudillo Bernardo Reyes, a las puertas del gran edificio presidencial, en la Plaza de armas de la ciudad de México.

Las azoteas del Palacio Nacional también están erizadas de fusiles y ametralladoras y se impone un estado continuo de alerta, a todas horas, puesto que debe mantenerse el ojo abierto y el dedo pronto sobre el llamador de las armas; no debe subestimarse la posibilidad de nuevo ataque.

Las calles continúan poco menos que desiertas y cuando algunos civiles osan abandonar momentáneamente sus hogares, lo hacen siempre tratando de protegerse con los muros.

Muchos edificios han sido incendiados por las granadas y muestran los efectos de las lengüetas de fuego y de humo renegrido que deja evidente testimonio de lo que ha ocurrido; las granadas han derribado muchos postes de luz, aunque de nada servirían erguidos, pues el suministro de fluido ha cesado y nadie se preocupa por el alumbrado en las calles, que se han vuelto encrucijadas de muerte, con patrullas que no se sabe si son gobiernistas o rebeldes.

El combate prosigue su rumbo con interrupciones que momentáneamente hacen abrigar la esperanza popular de que no se prolongue y cese el choque armado.

Son varios los edificios que ostentan ya en sus balcones, ya en la parte más alta, banderas extranjeras que representan un afán de protección y reclaman cierta impunidad, que difícilmente va a conseguirse ante la lluvia de balas.

El día se consume lentamente bajo el sobresalto, bajo la inquietud y el azoro de muchos que están luchando y muchos que por curiosos presencian lances personales y choques colectivos y no siempre podrán contarlos más tarde a su descendencia.

El clima de incertidumbre que se pasea de un extremo a otro de la ciudad no mengua en forma alguna, ni hay esperanzas, por lo visto, de que las hostilidades tengan punto final.

Han transcurrido ya varias horas desde que se iniciara la lucha y los resultados sobrecogen el espíritu de quienes reflexionan sobre los hechos, sus consecuencias, su origen y su futuro.

De cuando en cuando cruza por las calles raudo automóvil con la consabida enorme bandera blanca con una cruz encarnada; son los abnegados y espontáneos ambulantes que siguen prestando eficaz auxilio, particularmente a los heridos que agonizan abandonados en lugares donde difícilmente puede ayudárseles, porque las balas llueven incesantes.

El miedo asume otra dimensión distinta de las que hasta ahora han tenido manifestaciones; ahora el miedo no es tan sólo a las balas, sino también a los delincuentes que han logrado evadirse de la



venganza, o dar rienda suelta a su afán demoledor que genera en el alma como innoble pasión.

Paralelamente se acrecientan los problemas, como la carencia de servicios fúnebres, del servicio de limpieza, de vigilancia.

Mucha gente del pueblo, esto es de recursos reducidos, opta por emprender la retirada de la zona donde se combate, abandonando sus pertenencias y llevando únicamente lo indispensable; es preferible, dicen, alejarse de este perímetro, pues antes que nada anhelan conservar la vida, y enarbolando grandes banderas blancas, se organizan grupos de civiles, hombres, mujeres, niños y ancianos que llevan en hombros o en la cabeza algunas cosas, un colchón, alguna caja, un enorme montón de ropa, etc.

Algunas veces es frecuente también observar un carro de dos ruedas tirado por una acémila, conduciendo a los cementerios ataúdes, pero son los deudos los que se han de encargar de abrir la fosa e inhumar los cuerpos de las víctimas, puesto que todos los sistemas municipales se han desquiciado.

Son repetidas las escenas en que un soldado se quita el chacó que lleva en la cabeza y da de comer a su caballo con la misma solicitud que lo hiciera en momentos de paz; la comprensión del hombre hacia la bestia que le sirve tan eficazmente, mueve a la ternura; un grupo de damas que indudablemente tienen los nervios templados y no temen a nada, se entregan a la humanitaria labor de repartir alimentos entre las tropas.

Hay vivaques de las tropas leales incluso en el exterior del Palacio Nacional, y allá en Balbuena, montones de cadáveres son incinerados luego de bañarlos con gasolina. ¡Y cómo se contorsionan los muertos cuando arden, y cómo huele repulsivamente!

Es que quiere evitarse a toda costa la aparición de una epidemia que hincaría sus garras lo mismo en los felicistas que en los leales, como en toda la población civil, ahora poco menos que en el desamparo.

Es lo mejor, porque los cuerpos que quedan abandonados se corrompen y agusanan; otros muertos son quemados allí mismo en las calles de Balderas, Humboldt o Bucareli; cualquier lugar es bueno para esa operación.

Varias piezas de artillería están tendidas frente al Palacio Nacional en previsión de que se desate de nuevo un ataque de los infidentes que, como ha de recordarse, sufrieron su primer descalabro, perdiendo a su caudillo Bernardo Reyes, a las puertas del gran edificio presidencial, en la Plaza de armas de la ciudad de México.

Las azoteas del Palacio Nacional también están erizadas de fusiles y ametralladoras y se impone un estado continuo de alerta, a todas horas, puesto que debe mantenerse el ojo abierto y el dedo pronto sobre el llamador de las armas; no debe subestimarse la posibilidad de nuevo ataque.

Las calles continúan poco menos que desiertas y cuando algunos civiles osan abandonar momentáneamente sus hogares, lo hacen siempre tratando de protegerse con los muros.

Muchos edificios han sido incendiados por las granadas y muestran los efectos de las lengüetas de fuego y de humo renegrido que deja evidente testimonio de lo que ha ocurrido; las granadas han derribado muchos postes de luz, aunque de nada servirían erguidos, pues el suministro de fluido ha cesado y nadie se preocupa por el alumbrado en las calles, que se han vuelto encrucijadas de muerte, con patrullas que no se sabe si son gobiernistas o rebeldes.

El combate prosigue su rumbo con interrupciones que momentáneamente hacen abrigar la esperanza popular de que no se prolongue y cese el choque armado.

Son varios los edificios que ostentan ya en sus balcones, ya en la parte más alta, banderas extranjeras que representan un afán de protección y reclaman cierta impunidad, que difícilmente va a conseguirse ante la lluvia de balas.

El día se consume lentamente bajo el sobresalto, bajo la inquietud y el azoro de muchos que están luchando y muchos que por curiosos presencian lances personales y choques colectivos y no siempre podrán contarlos más tarde a su descendencia.

El clima de incertidumbre que se pasea de un extremo a otro de la ciudad no mengua en forma alguna, ni hay esperanzas, por lo visto, de que las hostilidades tengan punto final.

Han transcurrido ya varias horas desde que se iniciara la lucha y los resultados sobrecogen el espíritu de quienes reflexionan sobre los hechos, sus consecuencias, su origen y su futuro.

De cuando en cuando cruza por las calles raudó automóvil con la consabida enorme bandera blanca con una cruz encarnada; son los abnegados y espontáneos ambulantes que siguen prestando eficaz auxilio, particularmente a los heridos que agonizan abandonados en lugares donde difícilmente puede ayudárseles, porque las balas lueven incesantes.

El miedo asume otra dimensión distinta de las que hasta ahora han tenido manifestaciones; ahora el miedo no es tan sólo a las balas, sino también a los delincuentes que han logrado evadirse de la

cuando no se sabe si la muerte está en acecho y puede por tanto llegar inesperadamente, como ya llegó.

Medio millón de habitantes metropolitanos siguen con el corazón estrujado en éste, que es el cuarto día de la Decena Trágica, los días amargos que han de vivirse en la capital de la República agobiada por la traición de unos cuantos que integran la resaca del régimen de Porfirio Díaz.

Ese mismo día don Gustavo Madero sabe, por labios del capitán Enríquez, toda la conversación que sorprendiera entre Victoriano Huerta, comandante militar de la plaza, y su jefe de estado mayor.

La información va a representar, casualmente, su sentencia de muerte.



CAPÍTULO X

JUEVES 13 DE FEBRERO

Desde las primeras horas de la mañana se rompen las hostilidades, puesto que en una junta celebrada el día de la víspera, se dispuso que las piezas leales, que en parte fueron atendidas por dieciocho alumnos del Colegio Militar, concentraran su fuego sobre la Ciudadela, determinando que también a hora temprana comenzaran a detonar los rifles, silbando las balas por todas partes, con resultados trágicos, como es de suponerse.

Sobra decir que el encono vuelve a manifestarse en todas las formas y se enlutan hogares cuando muchos civiles que nada tienen que hacer en la contienda, son abatidos al incursionar por zonas altamente peligrosas.

Se producen numerosos combates, prolongándose por sesenta minutos la lucha por la posesión de la iglesia del Campo Florido, de la que a toda costa pretenden apoderarse los felicistas y acaban por ser rechazados, teniendo que retirarse a su base, que es la Ciudadela.

Ahora los efectos del cañoneo se resienten sobre todo en la zona que abarca la colonia Roma-Juárez y en el centro de la ciudad; los proyectiles causan serios destrozos y, por supuesto, también ocasionan muertos y heridos.

Una granada que disparan las baterías felicistas hace blanco en la puerta Mariana del Palacio Nacional y da muerte a dos soldados, hiriendo a otros.

El Secretario de Guerra, general Angel García Peña, le hace saber al infidente Félix Díaz que está causando serios perjuicios entre aquellos que no han tomado para nada las armas y viven en la ciudad de México. Advierte que de seguir esa táctica, al caer la Ciudadela, todos los que allí se encuentren serán considerados como individuos fuera de la ley. Ya se dijo, los cañones felicistas disparan



en todas direcciones con el fin de aterrar el ánimo de la población civil, que sin duda anhela el fin de las hostilidades y en todo caso, habrá de culpar al Gobierno de lo que pasa, ganándose la simpatía los sublevados, por parte de los que carecen de partido político.

Por toda respuesta, Félix Díaz dice que no depende de él que cese el fuego; se le ataca, y en un desplante de soberbia teatral, concluye subrayando que no solicita ni desea clemencia.

Díaz tiene que asumir una actitud tal porque, de otro modo, ante los suyos, hubiera sido difícil tomar otro camino, adoptar otra respuesta y ya ha opacado la figura de su compañero Manuel Mondragón.

Ahora comienzan a escasear las informaciones escritas.

El *Mexican Herald*, por disposición de las autoridades, no aparece, incluso algunos de sus reporteros sufren tremendo susto, pues un grupo de agentes de la reservada pretenden fusilarlos, según se propala; la situación de los diaristas es difícil y peligrosa.

Tampoco aparece *El Imparcial*, no obstante los desesperados esfuerzos de su director Gonzalo de la Parra, que busca por cielo y tierra a sus operarios, sin cuyo concurso resulta imposible la impresión.

La no aparición de algunos periódicos, aparte de privar de informaciones al público, desata mayor zozobra e inquietud; algo grave de verdad está pasando.

La alarma y el pánico se extienden por toda la ciudad; más aún por el fragor del combate, los disparos continuos de fusiles y cañones, marginados por el pespuntear de las ametralladoras; en suma, el fragor de la lucha en la que no hay sino breves e inesperadas pausas que no obedecen sino a circunstancias fortuitas; todo aquel que puede hacerlo abandona la ciudad, cuanto antes, mejor.

Por momentos esa inquietud y ese sobresalto tienen mayor significación y son contados aquellos que esperan el fin de las actividades bélicas; eso se va haciendo más y más distante.

Por esta razón, las horas se hacen interminables y los problemas existentes se agigantan.

Todas las calamidades que han caracterizado los días transcurridos desde la madrugada del domingo 9 de febrero, se hacen mucho más intensas, cobran estatura inesperada, dolorosa, en extremo dolorosa.

A las 11 de la mañana, ya que el fuego se inició a las seis y media, el fragor del combate es aterrador y tal es la vibración de los

disparos de una y otra parte, que muchos cristales de las ventanas en las casas se hacen mil pedazos a causa de la percusión, precipitando con ello, como se infiere, mayor acento de terror entre los moradores que se ven impedidos de asomar la cara a la calle, temerosos de que los proyectiles, como ya ha ocurrido, hagan blanco en esa forma.

Los amantes de la estadística dirán después que se disparaban entre novecientos y mil cañonazos por minuto, cifra que se antoja demasiado exagerada, si se tiene en cuenta la cantidad de piezas de artillería que entran en juego durante la lucha.

Al respecto vale la pena hacer un paréntesis para dar cuenta de los datos relacionados con la artillería en la Decena Trágica, ateniéndose a los datos recopilados por el general Juan Manuel Torrea.

En la tarde del 9 de febrero, las fuerzas leales sólo contaban con una batería, "la que, procedente del cuartel de San Lázaro a las órdenes del mayor Fernando Becerril, se incorporaba a las tropas leales que ocupaban el Palacio Nacional en situación de espera".

Posteriormente llega la brigada del general Felipe Angeles y se suman dos baterías; una sección de cañones de montaña, un mortero y un cañón aislado, habiéndose destacado las piezas a inmediaciones del Café Colón y después por cambio de posición en los llanos al norte del Paseo de la Reforma, a la altura de la Independencia, y con la brigada Angeles, tres baterías; en la prolongación de las calles de Bolívar, en el edificio de la Perfeccionada, una batería, la sección de montaña y el mortero.

Respecto a municiones, se contaba con las que traía la brigada general Angeles y un total de 60 torpedos para toda la artillería del Gobierno; aparte las municiones del cañón a las órdenes del general Gustavo Mass, instalado en la Rinconada de San Diego.

Por lo que se refiere a los felicitistas, contaban con cuarenta cañones que existían en la Ciudadela, entre ellos uno que perteneciera a la corbeta *Zaragoza*; sin embargo, no se utilizaron todas las piezas, únicamente las requeridas; dos baterías del primer regimiento de artillería y uno del 2º regimiento, así como uno de montaña.

Había en los almacenes unas 120 ametralladoras sin que pudiera saberse con exactitud cuántas entraron en acción; trece mil granadas y algunos millones de cartuchos, pues allí se concentraban todas las municiones para las armas portátiles.

Todas las armas de fuego entran en acción.

Cerca de la puerta de la prisión de Belén se llega a luchar casi

cuerpo a cuerpo y los disparos se hacen casi a boca de jarro; a unos cuantos metros de distancia, los contendientes se resisten a ceder terreno.

Vuelve a ser la inmediatez de la Sexta Demarcación de Policía escenario de encarnizada lucha.

Los felicistas avanzan por las calles de Revillagigedo y los proyectiles de la artillería, mal dirigidos, causan incendios e impactos en casas particulares, mientras se multiplican las víctimas en las calles de Bucareli.

Inexplicablemente hay “una mala puntería de las piezas de artillería de los leales” y por supuesto que no hay daños en la fortaleza donde se refugian los sublevados.

La falta de periódicos y la propagación de rumores de todo género hace más patético el momento, puesto que se hacen increíbles especulaciones sin que nadie pueda detener la fantasía y la gran propensión para divulgar hechos totalmente desfigurados y alterados.

Se espera en la tarde la llegada del contingente que comanda el general Aureliano Blanquet, quien ha telegrafiado al Presidente Madero patentizando su lealtad y pidiendo que ésta se haga pública. Blanquet es un traidor agazapado.

Aparte de haber colocado una bandera nacional de su país, los extranjeros fijan en las ventanas de las legaciones, embajadas y consulados, así como casas particulares, enormes sábanas blancas, con el fin de exponer en esa forma, bien visible, su neutralidad, y hasta donde es posible, demandar respeto para los inmuebles. Pero las balas no hacen distingos y se riegan a granel.

Las bajas aumentan entre los curiosos, incluso hay muchos niños que caen cuando se arriesgan a recoger casquillos, sin darse cuenta de la dimensión del peligro. Otros civiles, al asomarse imprudentemente por alguna puerta o ventana, reciben un tiro que acaba con su vida.

La insidia del embajador norteamericano Lane Wilson no tiene freno, puesto que a las tres de la tarde envía un mensaje a su Gobierno indicando: “Desde la azotea de la embajada, se puede ver que el Palacio Nacional y toda la plaza se encuentran envueltos en una nube de humo y polvo, lo que indica que el daño sufrido por el Palacio ha sido grande”.

Informa además y antes de lo anterior, que se ha cañoneado el Palacio Nacional y no solamente desde la Ciudadela, sino también desde la Escuela de Tiro, que está en la plaza de San Lázaro.



El diplomático miente, miente porque jamás, ni la Escuela de Tiro, ni la estación de San Lázaro caen en poder de los felicistas y mucho menos existe en el Zócalo el humo que dice haber visto desde la azotea de la embajada.

También a las tres de la tarde, el embajador bastante aficionado a las libaciones, como su aliado o sumiso servidor Victoriano Huerta, dice: “Informes no oficiales que llegan de Oaxaca, Manzanillo, Guadalajara, Veracruz, Puebla y otras varias ciudades, dicen que se han declarado en favor de Díaz”.

Es bien sabido que fuera de la metrópoli nadie secunda a los felicistas, aunque se presentaron incidentes sin importancia; lo cierto es que el cañoneo o mejor el combate es intenso en grado sumo, habiendo terminado a las doce y media del día.

Casualmente es el día en que Octaviano Liceaga, director de la penitenciaría de Lecumberri, ha de entregar el puesto al general Jesus Garza González, pues el nombre de aquél está en entredicho por la traición de su hijo Luis, en lo que se refiere a la libertad del general Félix Díaz, ya que debe recordarse que Luis es quien se encarga, a espaldas de su progenitor, de soltar al preso y entregarle incluso una pistola máuser.

Liceaga, aunque detenido, puede huir gracias a las facilidades que le otorga el inspector general de policía Carlos García, yendo a esconderse a una casa particular, mientras Luis Liceaga, que pregona que a él debe echarse encima toda la culpa, se concreta a decirlo, pero nada más.

¡Cuánta monstruosidad ha generado esta lucha fratricida, que precipita ambiciones malsanas de hombres que no tienen vacilación ninguna para sublevarse contra el Gobierno de Madero!

Se combate ferozmente en las calles.

En las calles de Victoria, parte del 7º y 8º batallones y un cuerpo de rurales avanza decididamente, pero el contingente es detenido por el fuego enemigo.

A las doce y media, como se indica antes, cesa el bombardeo, sólo que se reanuda a las cuatro de la tarde, prolongándose por largas tres horas, es decir, hasta las siete de la noche.

La devastación que hacen las piezas de uno y otro lado es considerable y la población tiene pues razón al alarmarse, puesto que las bajas son cuantiosas y va creciendo la seguridad de que no hay en el horizonte la posibilidad de arreglo alguno.

El doctor Márquez Sterling, embajador de Cuba en México, diri-



ge al Secretario de Relaciones Exteriores de Madero, licenciado Pedro Lascaráin una comunicación donde le hace saber que ha zarpado de La Habana rumbo a Veracruz el crucero *Cuba*, en el cual viene una compañía de infantería "que, si las circunstancias lo exigieran, y por ello, el gobierno de V.E., lo creyese conveniente para guardar esta Delegación y la colonia cubana, previo acuerdo al efecto y con el consentimiento de V.E., la mencionada compañía de infantería se pondrá a mis órdenes, procediendo en los términos de la más completa y franca armonía el Gobierno de Cuba y el de V.E."

Márquez Sterling aboga porque "esta legación sufra lo menos posible las graves consecuencias de las operaciones militares que, desgraciadamente el gobierno de V.E. se ha visto en la necesidad de emprender dentro de los límites de la capital".

Así, también los elementos extranjeros hacen hasta lo indecible por proteger los intereses de sus conciudadanos, pues ya se ha dicho que independientemente de las gestiones de cada diplomático acreditado ante nuestro país, se colocan banderas nacionales y sábanas blancas a fin de subrayar en todas las formas la repetida neutralidad.

Aparte de estar expuestos los civiles y combatientes leales al fuego abierto de los infidentes felicitistas, que se refugian sobre todo en la Ciudadela, se enfrentan al grave peligro de individuos aislados ocultos en las casas de la colonia Juárez que hacen tiros de fusil con la mayor impunidad, sobre quienes se aventuran a transitar, creyéndose al abrigo de las balas de la Ciudadela y por calles que corren de Norte a Sur.

Es decir, los francotiradores hacen ascender el número de bajas y en los hospitales y puestos de socorro, médicos y practicantes, como enfermeras espontáneas se enfrentan a mayores problemas a medida que transcurre el tiempo.

Sobre todo quienes caen son civiles, infelices que tienen que abandonar sus casas, por imperiosa necesidad para obtener víveres para el sustento de la familia y son varios los hogares que se quedan aguardando inútilmente al hombre que buscaba alimentos y sólo pudo encontrar el seco impacto de una bala que troncha su existencia.

Los francotiradores parece ser que se empeñan en sus disparos y no tienen escrúpulo para abatir incluso a mujeres y niños, obrando más que con un sentido de combatiente partidarista, con perversa criminal inclinación, donde se conjuga un odio inexplicable que nace de lo más hondo, de lo más íntimo del alma.

Los informes relacionados con estos impunes asesinos, se pierden en el torrente de noticias de índole bélica que llegan hasta la comandancia Militar de la Plaza o a la inspección general de policía a cargo del licenciado Carlos García, puesto que no hay elementos para efectuar la vigilancia y en lo que respecta a la actitud militar, Victoriano Huerta tiene otros asuntos de mayor interés que éstos, puesto que mientras sea mayor la cantidad de sangre derramada y el número de las víctimas, se acomoda mejor a sus planes, que sigue madurando poco a poco, calculadora, friamente.

A veces se organizan patrullas que recorren las calles, pero todo es inútil.

Ese día, el general Felipe Angeles acude a la Legación de Inglaterra, pues quiere tratar sobre el cambio de emplazamientos de cañones, situados frente a dicho edificio.

Es allí donde se encuentra con el licenciado Francisco León de la Barra y en su plática aflora la posibilidad de que pueda servir como intermediario para llegar a un acuerdo para que cesen los combates, la lucha fratricida que lleva cinco días y ha ocasionado serios trastornos en el orden público.

El general Angeles comprende que es conveniente el entendimiento; su lealtad a Madero está fuera de toda duda, su amor a la paz y al progreso del país es indiscutible; además no es agradable el derramamiento de sangre entre hermanos y transmite al detalle su conversación.

Atento y comprensivo escucha el señor Madero:

—Yo también deseo el entendimiento, general; pero sin vulnerar la soberanía del Gobierno y la integridad de las instituciones. . .

Madero envía entonces a que se busque al licenciado León de la Barra, cuya filiación porfirista explica de antemano su clara posición frente al régimen maderista.

Por otra parte, el embajador de España don Bernardo de Cologan y Cologan ha ofrecido también sus buenos oficios, con elto sentido humano, a fin de buscar un avenimiento y que se restablezca la paz, como todo mundo lo anhela.

Mientras tanto, la lucha prosigue intensamente y si bien es cierto que cesa a las 19 horas, también lo es que torna a estallar la balacera a las once y media de la noche.

El servicio de tranvías sigue suspendido y en algunos mercados los precios que alcanzan los artículos de primera necesidad se vuelven prohibitivos.

Es el siempre intenso vaivén de noticias sin fundamento; como

a las diez de la noche llega un emisario procedente de la ciudad de Puebla anunciando que el coronel Luis G. Pradillo, jefe de las armas en aquella capital, sin disparar un solo tiro acaba de pronunciarse en favor del general Félix Díaz, y por lo tanto, como corresponde a un desleal, asume el poder civil y, por supuesto, sigue con el militar; se añade que el gobernador del estado, por encontrarse enfermo, queda como prisionero en su domicilio.

Claro que este y otros rumores se esparcen con demasiada facilidad, puesto que a los sublevados sobre todo les conviene animar y entusiasmar a los suyos, recurriendo a todos los medios y claro es que los felicistas no lo saben, pero ha llegado un refuerzo de cien hombres que se suman a las fuerzas leales y más que refuerzo de poder militar, conducen un cargamento valioso en extremo; traen consigo desde Veracruz dos millones de cartuchos.

Antes que esa noche cese el tiroteo, o por lo menos que se presente un compás de espera, las fuerzas felicistas aseguran que han logrado adelantar aún más sus avanzadas, colocando hombres frente a las estatuas de Colón y de Carlos IV.



CAPÍTULO XI

VIERNES 14 DE FEBRERO

A las ocho y media de la mañana se presenta en la Legación española un funcionario, alto funcionario del régimen maderista: el Secretario de Relaciones Exteriores, licenciado Pedro Lascuráin.

Lo lleva un asunto sencillo: el Gobierno de Madero acaba de aceptar el ofrecimiento que hiciera la víspera, para intervenir con sus buenos oficios, en el afán de procurar el fin de una pesadilla para la ciudad de México.

No es muy larga la plática, ni lo ameritan los hechos.

—¿Iremos a Palacio, señor ministro?

—Si a usted le place así se hará, señor licenciado.

Ambos en automóvil se dirigen hacia el Palacio Nacional, donde permanecen en conferencia por varias horas, pues se ha anunciado por escrito a Félix Díaz, que el ministro de España, señor Bernardo de J. Cologan y Cologan, quiere entrevistarse con él en la Ciudadela y esperará respuesta.

Se desea un armisticio y “ante todo, la cesación diaria del fuego a hora fija, para que las atribuladas familias puedan abandonar con seguridad la zona de peligro, y la ciudad entera aprovisionarse, transportar heridos, procurar auxilios médicos y llevar cadáveres a los cementerios”.

El señor Cologan y Cologan permanece hasta las 13.30 horas en Palacio, conferenciando con el Presidente ante cuatro Ministros: licenciado Lascuráin, general García Peña, Ernesto Madero y Rafael Hernández.

Ya decidido su viaje a la Ciudadela, se retira del despacho del Presidente con el fin de pedir una bandera española a los señores Alvarez Hernández, comerciantes hispanos. Después platica con los

señores Madero y Hernández, tío y primo, respectivamente, del Presidente de la República.

El tiempo transcurre y el ministro de España es invitado a almorzar —nosotros diríamos: comer— y cuando terminan, llega el mensaje de Félix Díaz, diciendo que recibirá con mucho gusto al ministro de España.

Debe agregarse que en la mesa se encuentran, además del Presidente y sus colaboradores mencionados, el licenciado Francisco León de la Barra.

Cologan y Cologan se apresura a salir, cuando De la Barra lo detiene un momento:

—Podemos ir juntos a la Ciudadela, señor Ministro; yo también tengo que ir.

Pero De la Barra ha de conformarse con diplomática salida del ministro hispano:

—Creo, señor licenciado, que nuestras misiones sin duda alguna son de carácter completamente distinto y yo no quiero tener ningún roce con la política. En esa virtud creo yo que debo ir por delante y usted puede seguir a los pocos minutos.

Poco después, el señor Cologan y Cologan se dirige a la Ciudadela en vehículo proporcionado por la Secretaría de Guerra; enarbolada en forma bien visible la bandera de su país, pero tiene que caminar a pie desde la esquina de Berlín y Dinamarca hasta la Ciudadela, unos trescientos cincuenta metros, prescindiendo del automóvil, pues hubiera quedado expuesto a los disparos de la artillería, aun llevando la bandera española.

La entrevista con el general Díaz es breve, pues el general es amante de pocas palabras, poco comunicativo; pero la plática es impresionante, porque el fuego de la fusilería y metralla es cada vez más intenso e incluso los cristales de una claraboya en el salón donde se celebra la reunión, caen hechos añicos, mientras Díaz el infidente aprovecha para señalar una supuesta mala fe del Gobierno, por no haber ordenado que parara el fuego. Esto, dijo, obligó a la Ciudadela a contestar, poniendo en peligro la vida del diplomático, lo que bien pudo evitarse.

Cologan y Cologan sabe perfectamente su papel y dice:

“Sabía al venir que me exponía, pero no se preocupe usted por eso”.

Félix Díaz se niega rotundamente a cualquier concesión, y el diplomático español ha de despedirse con estas palabras:



“Me dirijo al corazón del patriota mexicano, haciéndole presente la gravísima situación del país, interior y exterior.”

Félix Díaz que se antoja un general de opereta, se yergue al decir:

“Cuento yo con los gobiernos de los estados de Puebla y Tlaxcala, y una columna de tres mil hombres al mando de un jefe de confianza está a las puertas de la capital; y sólo me queda triunfar o pasar a la historia.”

Félix Díaz es profético; en realidad pasa a la historia, pero ignominiosamente.

Las palabras del diplomático español han de caer demasiado onerosas.

“General, creo que en estos momentos poco le importará a la nación mexicana cómo ha de pasar usted a la historia.”

En otra pieza, mientras se celebraba esta plática, espera el licenciado Francisco León de la Barra.

El diplomático hispano regresa a Palacio Nacional ese 14 de febrero “que tuve la candidez de apellidar entre los nuestros «Día Español», como expresión de lo que en nombre exclusivo de nuestra patria intenté para mitigar tanto dolor y angustia, saliéndome el tiro por la culata, ¡qué tonto es el corazón!, queda por explicar el otro fin humanitario, amistoso y aun caritativo que me llevó por tercera vez al Palacio Nacional”.

Claro que no se necesita mucho para establecer que quien ordena que se intensifique el fuego contra la Ciudadela, al celebrarse la plática del embajador con Félix Díaz, no es otro que el Comandante Militar de la Plaza, Victoriano Huerta, quien tiene interés en acarrear la culpa sobre el Presidente, para que llegue a decirse que no quiere ningún arreglo, aparte de que lo predispone contra los diplomáticos. Es demasiado perverso.

Muy temprano también ese mismo día se produce en la embajada norteamericana una escena interesante, cuyos protagonistas son Henry Lane Wilson y Manuel Márquez Sterling, aquél embajador de los Estados Unidos de Norteamérica, éste, de Cuba.

Lane Wilson, según lo pinta H.H. Murray en su libro *Huerta y los dos Wilson*, era un hombre “irascible, quisquilloso, enojadizo, nervioso, egoísta, vano. Peleaba con la gente por cosas de poca monta”, recibe a su colega con afabilidad:

—Ministro, adelante, estoy ocupadísimo, pero a usted lo recibo a toda hora...

Ha de oírlo entonces cuando se habla de la situación que priva en

la ciudad; ha de oírlo Márquez Sterling, después que le informa de la llegada del crucero *Cuba*.

—Estoy al cabo de todo y si el gobierno mexicano rápidamente no domina la situación, y la situación continúa expuesta al saqueo y la crueldad de las turbas, los soldados cubanos entonces tendrán suficiente motivo para subir hasta aquí y cuidar por sí mismos de la Legación y de sus compatriotas. . .

Márquez Sterling omite decir a su colega que procedería siempre de acuerdo con el Gobierno mexicano al llegar el buque cubano; a él le informa por tratarse del decano diplomático y desarrollarse en torno a él en esos momentos, la política internacional.

Lane Wilson es un hombre que está perfectamente enterado, sabe lo que pasa, particularmente en el campo de los sublevados.

La pregunta de Márquez Sterling es clara:

—¿No cree usted, Mr. Wilson, que las fuerzas leales decidan pronto el pleito y que se lleve a cabo una transacción o un arreglo decoroso?

Estirado y seco, abanicándose la cara con un papel, Lane Wilson contesta:

—Aguarde usted si puede un rato y le daré noticias. . .

Inquieta Márquez Sterling, ¿se negocia ya sobre alguna base?

Socarronamente dice Lane Wilson:

—Ha ido Mr. Cologan a la Ciudadela y en breve lo tendremos aquí.

La espera se prolonga y Márquez Sterling opta por retirarse, mas no se ha alejado dos calles cuando de pronto, en una esquina, se encuentra con el ministro de España caminando a pie, justamente en el momento de una descarga de fusilería atraviesa la calle y poco después, tras un cumplido respeto a la valentía, que hace sonreír a Cologan y Cologan, los dos diplomáticos a bordo del mismo automóvil regresan a la embajada norteamericana, pues el español desea informar al decano del cuerpo diplomático.

Antes, en el trayecto se inicia un diálogo breve:

—¿Se ha logrado algo?

Pregunta el ministro cubano.

—¡Nada! Esto es muy grave, ministro.

—¿Y Félix Díaz dispone de muchos elementos?

—Me ha parecido un poco débil, pero el Embajador —Lane Wilson— no querrá darse por entendido cuando le informe acerca de ello.



Después Cologan y Cologan se queda reflexionando y su expresión es casi como un murmullo, pero lo dice:

—Yo sé a dónde va Mr. Wilson; él me habla y yo oigo. . . no se puede nada.

Cologan y Cologan, “un hombre viejo, de elevadísima estatura, la barba gris y redonda, ojos grandes y rostro desencajado”, ha de sentirse conmovido, puesto que advierte que sus primeras gestiones directas han resultado infructuosas, que no puede, como quisiera armonizar intereses y obtener el anhelado armisticio que beneficiaría sobremanera a la población de la ciudad de México.

El general Díaz es hombre de pocas palabras y por lo visto ensoberbecido, creyendo en la posibilidad de un triunfo que no hubiera podido conseguir y no consigue, porque el vencedor ha de ser un hombre torvo para quien no existe rectitud, ni honradez y menos, mucho menos, lealtad y escrúpulo, según han de revelarlo acciones posteriores.

Mientras se desarrollan estos hechos en que juega papel importante la representación diplomática, la ciudad continúa aterrada; ya en verdad quiere, sea cual sea la solución, que cese la mortandad y la destrucción; todo trepida, todo se enfoca al derrumbe del régimen maderista, pues por indicaciones del Secretario de Relaciones Exteriores, licenciado Pedro Lascuráin, se reúnen en la casa del ingeniero Sebastián Camacho, los senadores Emilio Rabasa, Rafael Pimentel, Tomás Mac Manus, Juan C. Hernández, Ricardo Guzmán, Jesús Flores Magón, Guillermo Obregón, Víctor Manuel Castillo, Luis C. Curiel, Carlos Aguirre y el licenciado Francisco León de la Barra, conviniéndose en que se juntarán al día siguiente en la Cámara de Diputados para discutir sobre la necesidad, según la indicación de Lascuráin, de pedir la renuncia del Presidente, Vicepresidente y el gabinete presidencial. Cada quien, como dicen los avispados rancheros, “arrima su carpita a la lumbre”.

Los hechos subterráneos han ido avanzando y socavan el de por sí vacilante Gobierno.

Desde el día anterior han comenzado a incinerarse los cadáveres en las calles de México, pero sobre todo en Balbuena, y los infidentes que mueren en la Ciudadela son enterrados en un patio de la Fábrica Nacional de Armas y los felicistas inscriben en los pilares los nombres de los “distinguidos combatientes” que caen.

Ese día el coronel Guillermo Rubio Navarrete recibe de la Secretaría de Guerra su nombramiento como Comandante de la Arti-



llería, teniendo indicaciones verbales de bombardear la Ciudadela, sólo que sus tiros son demasiado ineficaces.

El fuego en realidad en este día, iniciado a las seis y media de la mañana, es mucho más intenso que en los días anteriores y a las once es positivamente terrible; el combate crece en intensidad; las balas zumban por todos lados y los proyectiles de los cañones cruzan en diversas direcciones esparciendo fragmentos de balines peligrosamente en vasta zona, atravesando las ventanas, golpeando los postes telegráficos e incrustándose en las paredes u ocasionando víctimas entre personas que se creen a salvo de los impactos mortíferos.

Los francotiradores llevan a cabo diabólica tarea.

Hay movimiento de tropas y civiles, dando a entender que se trata de reforzar algunas posiciones y se cree que uno y otro bando pretenden realizar esfuerzos que los conduzca a la supremacía.

Ya ha aparecido un pasquín que se imprime en el Museo Nacional bajo la dirección del maderista Solón Argüello; sus noticias dan cuenta de los triunfos que alcanzan las tropas leales; dice también que los sublevados están perdidos y muy pronto estarán prisioneros, en manos de las fuerzas maderistas.

Los ministros extranjeros van y vienen a Palacio Nacional, celebrando conferencias con el Presidente de la República, que se muestra optimista y habla de un mañana que no ha de llegar nunca, por desgracia.

Entonces se hace correr la versión de que el Gobierno norteamericano ha decidido intervenir en los asuntos interiores de nuestro país y con ese fin envía tres acorazados a Veracruz, al mismo tiempo que efectúa concentraciones de tropas en Gálveston.

La insistencia determina que Madero se dirija al Presidente de los Estados Unidos, en la siguiente forma:

"Palacio Nacional, 14 de febrero de 1913.—Sr. W.H. Taft, Presidente de los Estados Unidos de América.—Washington.—He sido informado que el Gobierno que su Excelencia dignamente preside, ha dispuesto salgan rumbo a las costas de México buques de guerra con tropas de desembarque para venir a esta capital a dar garantías a los americanos. Indudablemente los informes que usted tiene y que le han movido a tomar tal determinación son inexactos y exagerados, pues las vidas de los norteamericanos en esta capital no corren ningún peligro al abandonar la zona de fuego y se concentren en determinadas partes de la ciudad o en los suburbios, en donde la tranquilidad es absoluta y en donde el Gobierno puede darles toda clase de garantías. Si usted dispone que así lo hagan los

residentes norteamericanos en esta capital, según la práctica establecida en un mensaje anterior de usted, se evitaría todo daño a las vidas de los residentes americanos y extranjeros. En cuanto a los daños materiales de las propiedades, el Gobierno no vacila en aceptar las responsabilidades que le correspondan según Derecho Internacional. Ruego, pues, a Su Excelencia ordene a sus buques no vayan a desembarcar tropas, pues esto causará una conflagración de consecuencias inconcebiblemente más vastas que las que se trata de remediar. Aseguro a Su Excelencia que el Gobierno está tomando las medidas a fin de que los rebeldes de la Ciudadela hagan el menor daño posible y tenga esperanzas de que pronto quede todo arreglado. Es cierto que mi Patria pasa en estos momentos por una prueba terrible, y el desembarque de fuerzas americanas no hará sino empeorar la situación, y por error lamentable, los Estados Unidos haría un mal terrible a una Nación que siempre ha sido leal y amiga y contribuirían a dificultar en México el establecimiento de un Gobierno democrático semejante al de la gran nación americana. Hago un llamamiento a los sentimientos de equidad y justicia que han sido la honra de su Gobierno, y que indudablemente representa el sentimiento del gran pueblo americano cuyos destinos ha regido con tanto acierto.—*Francisco I. Madero*".

Taft, comprende el significado del mensaje del Presidente de México y en la misma fecha y por la misma vía, se apresura a dejar clara la posición de los Estados Unidos, ante los problemas internos de nuestro país.

Así, dice:

"Por el texto del mensaje de Vuestra Excelencia que recibí el día 14, se desprende que he sido mal informado respecto a la política de los Estados Unidos hacia México, la que por dos años ha sido uniforme, así como también respecto a las medidas navales o de cualquier otra índole que hasta aquí se han tomado, medidas que son de precaución natural y ya el Embajador me telegrafió que Vuestra Excelencia fue bastante bondadoso de mostrarle su telegrama dirigido a mí, le hice notar este hecho. En consecuencia, Vuestra Excelencia debe estar advertido de que los informes que parece le han llegado, relativos a que ya se han dado órdenes para desembarcar fuerzas, han sido inexactas. Sin embargo, el Embajador, que está plenamente informado, ha recibido de nuevo instrucciones para proporcionar a Vuestra Excelencia las informaciones que desea. Juzgo innecesarias nuevas seguridades de amistad a México, después de dos años de pruebas de paciencia y buena voluntad. En considera-



residentes norteamericanos en esta capital, según la práctica establecida en un mensaje anterior de usted, se evitaría todo daño a las vidas de los residentes americanos y extranjeros. En cuanto a los daños materiales de las propiedades, el Gobierno no vacila en aceptar las responsabilidades que le correspondan según Derecho Internacional. Ruego, pues, a Su Excelencia ordene a sus buques no vayan a desembarcar tropas, pues esto causará una conflagración de consecuencias inconcebiblemente más vastas que las que se trata de remediar. Aseguro a Su Excelencia que el Gobierno está tomando las medidas a fin de que los rebeldes de la Ciudadela hagan el menor daño posible y tenga esperanzas de que pronto quede todo arreglado. Es cierto que mi Patria pasa en estos momentos por una prueba terrible, y el desembarque de fuerzas americanas no hará sino empeorar la situación, y por error lamentable, los Estados Unidos haría un mal terrible a una Nación que siempre ha sido leal y amiga y contribuirían a dificultar en México el establecimiento de un Gobierno democrático semejante al de la gran nación americana. Hago un llamamiento a los sentimientos de equidad y justicia que han sido la honra de su Gobierno, y que indudablemente representa el sentimiento del gran pueblo americano cuyos destinos ha regido con tanto acierto.—*Francisco I. Madero*”.

Taft, comprende el significado del mensaje del Presidente de México y en la misma fecha y por la misma vía, se apresura a dejar clara la posición de los Estados Unidos, ante los problemas internos de nuestro país.

Así, dice:

“Por el texto del mensaje de Vuestra Excelencia que recibí el día 14, se desprende que he sido mal informado respecto a la política de los Estados Unidos hacia México, la que por dos años ha sido uniforme, así como también respecto a las medidas navales o de cualquier otra índole que hasta aquí se han tomado, medidas que son de precaución natural y ya el Embajador me telegrafió que Vuestra Excelencia fue bastante bondadoso de mostrarle su telegrama dirigido a mí, le hice notar este hecho. En consecuencia, Vuestra Excelencia debe estar advertido de que los informes que parece le han llegado, relativos a que ya se han dado órdenes para desembarcar fuerzas, han sido inexactas. Sin embargo, el Embajador, que está plenamente informado, ha recibido de nuevo instrucciones para proporcionar a Vuestra Excelencia las informaciones que desea. Juzgo innecesarias nuevas seguridades de amistad a México, después de dos años de pruebas de paciencia y buena voluntad. En considera-

ción a la especial amistad y a las relaciones existentes entre ambos países, no puedo llamar lo bastante la atención de Vuestra Excelencia, sobre la vital importancia del pronto restablecimiento de esa paz real y orden que este Gobierno tanto ha esperado ver restablecidos, ya porque los ciudadanos norteamericanos y sus propiedades deben ser protegidos y respetados, cuanto porque esta Nación simpatiza profundamente con las aflicciones del pueblo mexicano. Recíprocamente a la ansiedad manifiesta en el mensaje de Vuestra Excelencia, creo de mi deber añadir sinceramente y sin reserva, que el curso de los acontecimientos durante los dos últimos años y que hoy culminan en una situación muy peligrosa, crea en este país un pesimismo extremo y la convicción de que el deber imperioso de estos momentos, está en aliviar pronto la actual situación. *William S. Taft*”.

Claro que este mensaje ciertamente diplomático, de todos modos hace meditar a Lane Wilson.

En tanto las notas diplomáticas viajan a su destino en un esfuerzo multiplicado, o con diverso objetivo, tratando además de evitar intervenciones extrañas en nuestro país y destruir al mismo tiempo aunque fuera en parte la insidiosa y malévolamente informada del embajador norteamericano Lane Wilson, la población civil sigue padeciendo, tanto más cuanto que Huerta trata a toda costa de intensificar los daños entre quienes nada tienen que ver con el cuartelazo.

La ciudad se ha vuelto sombría y el fragor del combate no hace sino agudizar el sobresalto de la atolondrada población no combatiente, que está viendo a cada momento cómo sucumben militares y no militares en la lucha y cómo prosiguen los destrozos en propiedades ajenas por completo a los bandos en conflicto.

Mientras los diplomáticos, ya se dijo, entran y salen de Palacio para conferenciar con el Presidente Madero, Huerta calladamente sigue madurando su plan, de carácter diabólico, con la renuncia absoluta a cualquier reticencia e impedimento moral, y, por supuesto, envía un ultimátum al general Díaz, “exhortándolo para que por patriotismo se rindiera, en vista de las dificultades que se presentaban con los Estados Unidos”.

Es comisionado para hacer llegar este ultimátum, el mayor Joaquín Mass, pariente cercano del general Huerta, que con el compadre de éste, Enrique Cepeda, integra la mancuerna de intermediarios cerca de Félix Díaz, “pues llevaron saludos y promesas mías a los que se habían entregado a mí en lo absoluto, pues bien sabían que podía destrozarlos en un momento”.



ciado Pedro Lascuráin, le dice a Márquez Sterling por escrito: "Ruego a V.E. señor ministro, interponga toda su influencia para evitar el desembarco de tropas cubanas en territorio mexicano, que por ningún motivo podemos permitir. No se ocultará a V.E. que el desembarco de esas tropas se vería como violación de territorio nacional, que el gobierno de México debe a todo trance impedir".

Es esta la respuesta de México al informe del embajador Márquez Sterling respecto al arribo del crucero *Cuba* al puerto de Veracruz.

La diplomacia, firmemente interesada en pro o en contra del restablecimiento de la paz y el robustecimiento de la legalidad, representada por el Gobierno de Madero, tiene que propiciar corrientes encontradas, subterráneas, exposiciones de simpatía y antipatía hacia Madero; en algunos casos esa simpatía tan clara como la de Márquez Sterling y tan insidiosa como la de Lane Wilson.

A esta actitud ha de unirse la del ministro de la Gran Bretaña en México, Francis Strong, quien ese día escribe una misiva a Lane Wilson concebida en estos términos:

"Privada.—Muy confidencial.—Estimado señor Wilson: Como usted debe saberlo, en caso de faltar el Presidente de la República, en el Ministro de Relaciones recaerá la jefatura de la administración.

"Ahora bien, tengo muy buenas razones para creer que si se consigue que el señor Madero renuncie y quede como Presidente Provisional el señor Lascuráin, este señor contaría con el apoyo cordial de personas de gran influencia política y reputación.

"Debo agregar que aunque el señor Lascuráin no perenece al Partido Progresista ha estado por la fuerza de las circunstancias en contacto íntimo con sus principales líderes, y por lo tanto tendría menos dificultades que con cualquiera otra persona (que no pertenezca al Partido) para sortear la situación. Presento a la consideración de usted esta situación. . . De usted. . . *Francis Strong.*"

Strong, pues, se suma en esta forma a la política de Lane Wilson; si se puede intervenir en los asuntos de México, bien, y si se puede contar con un incondicional instrumento, todavía mucho mejor.

El propio Strong envía además otra nota a Lane Wilson tan reveladora como la primera, pues expresa:

"Legación Británica.—Mi querido señor Wilson, el señor Brencheley acaba de decirme que usted privadamente ha hecho presión sobre el señor Lascuráin para que éste, en unión de varios miembros del Senado, obliguen al señor Madero a renunciar. Enteramen-

te de acuerdo con lo que usted ha hecho, considero sería esa la manera mejor de acabar con esta situación intolerable. De usted muy sinceramente. *Francis Strong.*"

Debe recordarse ahora que el licenciado Lascuráin citó a los senadores en la casa del ingeniero Sebastián Camacho y tomaron acuerdo para reunirse al día siguiente en la Cámara de Diputados, pues era necesario pedir su renuncia al Presidente Madero, al Vicepresidente Pino Suárez y a todo el gabinete, del cual incluso forma parte.

Lascuráin se perfila en esta forma como traidor no sólo al Presidente, sino también a la Patria, puesto que se convierte, como ya lo es Victoriano Huerta, en marioneta al servicio íntegro de la embajada que detenta Lane Wilson.

El régimen de Madero, pues, está siendo socavado lenta, pero inmisericordemente; todos carecerán de contemplación y serán bien precisos.

Esta actitud, tanto de la embajada americana como de la de Inglaterra, expone con singular nitidez el empeño de intervenir en asuntos que competen sólo y exclusivamente a los mexicanos; el tono es de soberbia y jactancia, de indeclinable capacidad y con el dejo de quien tiene poder y autoridad para disponer el cambio de piezas y factores en un gran tablero.

Mientras que por una parte Márquez Sterling acapara la simpatía y el reconocimiento de nuestro pueblo, Lane Wilson y Strong reclaman un rechazo decisivo en el ánimo de los mexicanos.

Han transcurrido ya casi cinco días de la Decena del terror y no es factible aún precisar hacia dónde ha de inclinarse la balanza.

Pero sí es evidente que a cada momento surgen elementos de juicio: Huerta iba acercándose paulatinamente sobre terreno firme a su triunfo, porque el cerco de la Ciudadela no es total; los sitiados podían comunicarse con la ciudad y abastecerse de víveres para su sostenimiento sin que les preocupara nada en absoluto.

Se cometían, aparentemente, una serie de errores, como por ejemplo, no desalojar a los habitantes de las manzanas circunvecinas.

En realidad, más que otra cosa, se entabla un duelo de artillería, que aumenta el terror de la población y no puede por sí solo precipitar el triunfo para los maderistas, lo que por cierto no es ignorado por Huerta; es necesario arrasar el edificio, pero ya hemos dicho que los tiros de los cañones son imprecisos, porque las miras



están mal, ya que la infidencia alimenta a muchos que aún figuran en las filas leales o bien obedecen las indicaciones secretas de algunos jefes que comandan las piezas. "A los ojos de la población pacífica eran dos impotencias y dos impericias que se batían a expensas de la población civil".

El resto del país realmente permanecía cruzado de brazos; los gobernadores, quietos y expectantes, les interesaba tan sólo saber cuál era la facción del triunfo y qué beneficios podían obtener.

Durante la Decena Trágica, los zapatistas, por su parte, se vuelven amenazadores; a ellos les inquieta única y exclusivamente el problema agrario, no los cuartelazos; sólo participan en una escaramuza sin importancia al sur de la ciudad y no tienen, por supuesto, simpatía para el sublevado Félix Díaz, tal como él quisiera.

Por otra parte, vale consignar que el pueblo de la ciudad de México, a lo largo de la tragedia que ensangrienta las calles, avería los edificios y viste de luto a los hogares, se conduce con ejemplar rectitud, puesto que nadie aprovechó el momento para atentar contra las propiedades y contra las personas extranjeras radicadas en México; a cambio, pueden citarse muchísimos casos de servicios prestados a las familias extranjeras, aun a riesgo de exponer la vida en determinado momento de peligro.

El bombardeo prosigue con intensidad variada.

Las fuerzas leales, a sangre y fuego, avanzan impetuosamente casi hasta las puertas de la YMCA, en las calles de Balderas, pero al fin son rechazadas; tienen que retroceder.

Es verdad que las tropas gobiernistas se consideraban más fuertes, puesto que el general Rivera, salió de Oaxaca con novecientos hombres, y el general Aureliano Blanquet llega de Toluca con el 29° batallón, sólo que en lugar de entrar a la ciudad, acampa en las goteras metropolitanas; representan refuerzos, pero es en apariencia.

Ya León de la Barra ha estado en la Ciudadela, tratando de lograr el armisticio, pero Díaz y Mondragón exigen como condición definitiva y primordial la renuncia del Presidente, del Vicepresidente de la República y también del gabinete.

La entrevista se prolonga por sesenta minutos, y más tarde el viejo y untuoso abogado da cuenta al Presidente Madero del resultado de la plática, decidiendo el coahuilense no plegarse a esa condición, pase lo que pase.

Más tarde examina la situación con los ministros de su gabinete,

y la mayoría, excepto el ingeniero Manuel Bonilla y Jaime Gurza, son partidarios de la renuncia para evitar una intervención extranjera, con la que ha amenazado el embajador Lane Wilson; por esto el Ejecutivo decide enviar el telegrama a Taft, mismo que ya hemos dado a conocer; Madero dice también: "Ahora verán ustedes cómo se tratan las intrigas de este mal embajador".

En la mañana de ese día, el Secretario de Relaciones Exteriores, en efecto, visita al embajador Lane Wilson, quien urge sin rubor que se tomen medidas que conduzcan desde luego a las negociaciones y sugiere que se convoque al Senado y se procure el armisticio, lo que ni tardo ni perezoso hace Lascuráin, según se ha dicho antes, y hasta "confidencialmente" externa su opinión de que el Presidente debe renunciar.

A las cuatro de la tarde, en la casa del ingeniero Sebastián Camacho, se reúnen doce senadores, y allí escuchan al licenciado Lascuráin, que plantea la amenaza de la intervención extranjera y se muestra partidario de la renuncia, orillando a los senadores a que decidan la celebración de una junta plenaria del Senado a las siete de la mañana del día siguiente, encargándose el propio Lascuráin a hacer la formal convocatoria en nombre del Poder Ejecutivo.

A su vez, el embajador Lane Wilson convoca a sus colegas del cuerpo diplomático y pide a los ministros inglés, alemán y español que asistan a la embajada en las primeras horas de la mañana del 15 de febrero "para completar el trabajo hecho por el señor Lascuráin hecho en. . . (la) entrevista del viernes por la mañana".

No ha de descansar en su incesante labor, ya no tan sólo contra Madero, sino contra México; Lane Wilson es hombre que no cede fácilmente en su empeño.

Más, pues, que actividades en el campo de la lucha armada, los trabajos, la actividad en este 14 de febrero, viernes, hincan sus raíces en la diplomacia: la labor de los ministros extranjeros, y ya se ha dicho que Lane Wilson no camina solo en sus pretensiones, sino que lo acompaña el embajador de Inglaterra, Francis Strong.

Por su parte, y poniendo de relieve la connivencia que hay con los felicistas, Wilson envía un telegrama a las 3 de la tarde: "Díaz envió anoche a los doce mensajeros con la correspondencia que se ha cambiado con el Gobierno sobre la manera de hacerse la guerra en esta ciudad. Hace en ella varias recomendaciones. La contestación es breve, no entra el Gobierno en discusión de las cuestiones

que se le presentaron y exige la rendición incondicional, permitiéndole salir de la ciudad. Con la nota en que envía esa correspondencia, Díaz insiste en que se le reconozca el carácter de beligerante por el Gobierno de los Estados Unidos, haciendo constar que controla la ciudad, aunque hasta ahora ha limitado en lo posible su fuego. Enviará los documentos”.

Así, para la historia, deja *Mr. Lane Wilson* una constancia, no solamente estaba Félix Díaz en comunicación con él, sino que le daba cuenta de todos sus pasos: el acuerdo era tácito.



CAPÍTULO XII

SABADO 15 DE FEBRERO

Son siete días ya de la estrujante, horrenda pesadilla.

La ciudad de México vive horas inolvidables y demasiado amargas.

Es sábado.

Por la mañana, de acuerdo con la convocatoria, tal como lo establece la firma del ministro Lascuaráin, se reúnen veinticinco senadores, pero no hay quórum reglamentario y la sesión tiene que considerarse de carácter privado, no oficial.

Dura cuatro horas. En dicha sesión, por supuesto, Lascuaráin tiene que hacer mérito de la grave situación internacional, mientras el senador Francisco León de la Barra, que ha servido como intermediario cerca de Díaz, narra sus inútiles esfuerzos como mediador, señalando que los sublevados exigen antes que nada la renuncia de Madero, Pino Suárez y el gabinete, como ya se ha expresado.

El cuadro que se pinta a los legisladores se antoja un mucho sombrío, como también patético, porque incluso el Secretario de Relaciones Exteriores pone énfasis en sus palabras y suaviza su tono con singular delicadeza, como si de verdad sintiera lo que está pasando.

Aparentemente la soberanía está de por medio y los senadores deciden constituir un comité nombrando a dos de sus miembros como portavoces, debiendo acompañar a Lascuaráin para que se entrevisten con el Presidente en el Palacio Nacional.

Cologan fue despertado a la una de la mañana del sábado 15 por un llamado del embajador Lane Wilson, “siendo misteriosamente conducido en un automóvil con luces apagadas”.

Las mismas palabras del embajador de España son bastante reveladoras y puntualizan lo que aconteció después en la casa de su colega Lane Wilson.

Con sus propios términos, redactado por el embajador hispano, puede asomarse a ese momento y a esos hechos que aún hoy sublevan, puesto que Lane Wilson procedía por sí y no, de ninguna manera, por dictado del pueblo de nuestro vecino país del norte.

Ha de decir el señor Cologan:

“Encontré en la embajada a los ministros de Alemania e Inglaterra, *Mr. Wilson* nervioso, pálido, y con gesto excitado me repitió por centésima vez (pues nunca lo ocultó) que Madero era un loco, un «fool», un «lunatic», que podía y debía ser legalmente declarado incapacitado para ejercer el cargo; esta situación de la capital es intolerable; «I will put order» (Yo voy a poner orden), que decía dando un golpe en la mesa; cuatro mil hombres vienen en camino y subirán aquí si fuera necesario; Madero está irremisiblemente perdido, y su caída es cuestión de horas, dependiendo ya únicamente de un acuerdo que se está negociando entre Huerta, que estaba en el Palacio Nacional al lado suyo como General en Jefe, y Félix Díaz; con Huerta me entiendo por el «go between» (correvedile) Cepeda (Enrique Cepeda, compadre de Victoriano), a quien ni de vista ni de oídas conocía yo (Gobernador más tarde del Distrito Federal, participó ebrio en una orgía, cometiendo un asesinato en la cárcel y «desapareció» en San Juan de Ulúa, quizá por testigo inoportuno y nocivo para cualquier causa), y para tratar con Félix Díaz va continuamente a la Ciudadela un doctor americano cuyo nombre no oí bien ni me ha importado averiguar; el general Blanquet llegó de Toluca con dos mil hombres y en él confía Madero, pero no se moverá y sólo está esperando el momento del golpe (fue en efecto su batallón predilecto, el 29, quien le dio «ayuda» perdiendo la vida un coronel y un teniente coronel en el tiroteo que hubo en la sala de Palacio en que acorralaron y detuvieron al Presidente Madero). Madero, continúa diciendo *Mr. Wilson*, cuenta ya solamente con la insignificante batería del general Angeles y está «doomed» (sentenciado); es llegado el momento de hacer saber que sólo la renuncia puede salvarlo, y propongo que sea el ministro de España quien por su cargo y «por cuestión de raza» se lo comunique. Poco o nada iba por tanto en el asunto a mis dos colegas, y al mirarme *Mr. Wilson* estuve unos momentos callado, pensándolo, y dije en voz baja: «Está bien»; es decir: Está interesado mi honor, puesto que tú, embajador norteamericano, invocas mi cargo y mis



vínculos, como pariente cercano escogido para decir al moribundo prepare su testamento, y además hay dolor en la misión, y sobre todo peligro cierto (tan cierto que todavía al cabo de año y medio trae por inimaginable que fuera), estás tan penetrado de la conspiración como jefe y urdidor que vienes a ser de ella, son tan irrefutables los hechos y tan sorprendentes las demostraciones respecto al siniestro plan de Huerta a la plena seguridad de Félix Díaz en la Ciudadela (explicándome entonces perfectamente su intransigencia conmigo), a la pérdida inevitable del Presidente Madero, que es cuestión también de «corazón» y un deber, no ya de amistad, sino de humanidad y caridad prevenirlo, salvarlo.

“Serenamente, pero consciente de lo solemne del momento, me presenté en Palacio el sábado a las nueve de la mañana, y a solas con el señor Madero, permaneciendo de pie, le dije: «Señor Presidente, el Embajador nos ha convocado esta madrugada a los ministros de Alemania, de Inglaterra y a mí, y nos ha expuesto la inmensa gravedad, interior e internacional, y nos ha afirmado no tiene usted otra solución que la renuncia, proponiéndome como ministro de España y por cuestión de raza, así dijo, fuese yo quien se lo manifestase a usted».

“Me esperaba, en verdad, a que el señor Madero me preguntase inmediatamente en qué se fundaba el Embajador para creer que él no tenía otra solución que la renuncia, y mi contestación también explicara con conocimiento de causa la realidad de la situación, y me había ofrecido para incitarlo en su nombre a venir al Palacio Nacional y para pedirle las explicaciones que el Presidente quisiera, forzando yo así el desenlace frente a frente y cara a cara con evidente ventaja, que yo, injerido ya en el asunto, había de perseguir a todo trance.

“Mucho lo he pensado, y lo pienso hoy que trazo estas líneas recordando aquellos luctuosos incidentes, tan vivos en mi memoria como si fuera ayer. No desconocía que el señor Madero jugaba una tremenda partida y corría un inminente riesgo cualquiera, pues no podía ser adivino, y al reflexionar tristemente en lo después ocurrido, he sentido siempre en mi fuero interno que mi misión fue buena, que yo habría podido salvar esa vida y quizá algo más, que hice bien en aceptar el encargo (aunque la prensa de los Estados Unidos interpretó a su modo que yo había sido instrumento de *Mr. Wilson*, esas son jactancias imperialistas), y que por el contrario, me cabría el remordimiento de haber tenido ocasión de evitar el trágico des-

enlace y de no haberlo intentado por encogimiento, por egoísmo o por falta de corazón.

“Pero estaba escrito, había de suceder dado el conjunto de factores, me decía una persona muy afecta al señor Madero y a la Revolución, a quien refería no ha mucho estos hechos, cautivando su atención. El señor Madero, acorralado en el Palacio Nacional, como dije antes, cazado como una fiera, reducido al pequeño círculo de sus ministros y de algunos pocos íntimos, palpando quizás un inmenso vacío, no podía menos, aunque muy animoso, al cabo de siete días de tremenda agitación, y me hizo una inesperada pregunta:

“—¿Qué opinaron ustedes los ministros?”

“—Mis colegas no se habían de oponer a lo que sólo a mí me concernía, según la forma que desde luego, dio el Embajador a su pregunta.

“—¿Y usted?”

“—Toda objeción mía habría sido completamente inútil, *Mr. Wilson* nos hizo afirmaciones terminantes y he venido a cumplir un penoso encargo. . .

“El señor Madero, que mucho antes había declarado a los periodistas que sólo saldría de Chapultepec en carro fúnebre, cuyo amor propio y dignidad venían de tiempo atrás excitados por esta causa (bien sabía yo por él mismo cuán firme era su propósito), y obedeciendo a un impulso de altivez, que no había de ser yo quien lo extrañara, me dijo con viveza: «Los extranjeros no tienen derecho a injerirse en la política mexicana». Y salió precipitadamente de la pieza, dejándome solo.

“Salí tras del Presidente y encontré en el vasto salón de espera a don Ernesto Madero. Con él hablaba cuando entró el Presidente, dirigiéndose al teléfono, y terminada su conversación se acercó a nosotros, me tendió la mano y empezamos a cambiar algunas frases. Bien sabido es que el señor Madero era tan ingenioso como bueno y empezaba yo también a querer reanudar la conversación sobre el encargo del Embajador cuando, ¡estaba escrito!, nos interrumpieron para anunciar al Presidente que habían llegado los Senadores. El anuncio pareció contrariarlo, se dispuso a alejarse y me apresuré a despedirme.”

Más que muchos testimonios, hemos preferido transcribir la propia versión del embajador español, don Bernardo de J. Cologan y Cologan.

El fuego de la artillería, de los fusiles y las ametralladoras



prosigue sin interrupciones; a los puestos de socorro siguen llegando heridos y son insuficientes para atenderlos.

Hay muchos cadáveres de civiles y soldados que quedan abandonados en las calles y en algunas ocasiones son quemados; huele a carne en descomposición, a humo, a estiércol; algunas ocasiones también se procede a quemar la basura que se acumula en las calles, pues ya se ha dicho que no hay servicios municipales, como tampoco funerarios en los cementerios.

El reloj de la glorieta de Bucareli es un esqueleto contorsionado, pues los proyectiles lo han derruido casi y han hecho blanco en los edificios cercanos, averiándolos seriamente, y a cada momento crece el número de víctimas; se ha dado el caso de que algunos soldados rasos e incluso oficiales deserten, pues no quieren ya seguir participando de esta matanza que desataran Bernardo Reyes, Manuel Mondragón y Félix Díaz.

Son ya numerosos los edificios que ostentan huellas de los combates en las calles de Aranda, Balderas, Victoria, San Diego, Calle Ancha, Liverpool, Berlín, Bucareli, Nuevo México, Humboldt, Independencia, Paseo de la Reforma, etc., etc., y las llamas han pintado de negro algunos muros que amenazan desmoronarse de un momento a otro, en tanto que en superficie ofrecen una faz llena de viruelas: los proyectiles siguen haciendo impacto.

El cañoneo, debe agregarse, se inicia a las tres de la mañana, y el fuego de las piezas felicitistas sigue siendo intencionalmente disperso, en el afán de aterrar a la población civil.

El general Manuel M. Velázquez, infidente que ha venido desde Jalapa, tiene el encargo de catequizar a los elementos armados que van llegando como refuerzo de las tropas leales, y así obtiene del capitán Agustín Figueras, jefe de la artillería del recién llegado 29º batallón al mando del general Aureliano Blanquet, el ofrecimiento de que por ningún motivo atacará la Ciudadela y sólo espera el momento oportuno para unirse a los traidores, claro, con toda la artillería.

La insidia, la traición sigue; pues, impulsando a quienes no han sabido respetar su investidura como militares, renegando no tan sólo de su obligación castrense en un régimen legalmente constituido, sino yendo incluso al entreguismo, en detrimento de la patria.

Puede decirse que el 15 de febrero no es día de intensa actividad bélica; pero sí lo es en materia de intrigas.

Este día, Lane Wilson está demasiado contento, según el testimonio del diplomático cubano Márquez Sterling, quien lo entrevista,

pues tiene la idea de fletar un tren rumbo a Veracruz, llevando a los extranjeros que deseen alejarse del peligro que representa por el momento estar en la ciudad de México. Además, muchos cubanos piden ayuda y coinciden en términos generales en la posibilidad de abandonar la metrópoli.

Al embajador norteamericano la idea le simpatiza. Tiene, según dice, varios banqueros que gustosos aceptarían una letra contra el gobierno cubano, para que Márquez Sterling pueda alquilar el citado tren.

Pero hay una objeción primordial, de parte del mismo Márquez Sterling: para realizar esto necesita autorización de su Gobierno, no quiere proceder en forma precipitada, sin el debido permiso; Wilson no es de su parecer; hay, dice, que llevar a cabo todo y luego, necesariamente ha de tenerse la aprobación del Gobierno; al menos, y según lo expresa implícitamente, ese ha sido su sistema, que también explica cómo procedió en parte, al surgir el problema en la ciudad de México con la sublevación.

Cuando Lane Wilson conoce la nota del licenciado Lascuráin, pidiéndole que intervenga, pues el Gobierno de México no admitiría el desembarco de tropas cubanas, considerando este acto como una violación a nuestro territorio, Lane Wilson ha de decir:

—Estos hombres, lo ve usted, son intratables. No existe en México un Gobierno obedecido por el pueblo. Entonces, ¿por qué oponerse a que la Legación de Cuba se proporcione las garantías que Madero no le da? Están al llegar los buques de guerra americanos y traen fuerzas suficientes para cualquier evento. Usted, ministro, debe, a mi juicio, mantener, en una nota enérgica, su derecho a desembarcar soldados para prevenir una catástrofe; en su abono están los principios más elementales del derecho internacional, ejemplos muy claros y precisos.

Pero Lane Wilson va más lejos, al añadir:

—El Presidente Madero está irremediablemente perdido y tal vez logremos los diplomáticos persuadirlo de su fatal destino. . .

Márquez Sterling es incrédulo; menciona la palabra diplomáticos y Lane Wilson tiene que ser orillado a precisar que no todos, pero sí algunos, como por ejemplo los embajadores de Alemania, Inglaterra y España; además, el encargado de Negocios de Francia está facultado por su gobierno para invocar su nombre.

El diplomático cubano pregunta entonces concretamente, ¿qué es lo que se ha resuelto?



Como un resorte, como si lo hubieran suspendido del techo, el embajador Lane Wilson se pone en pie y son estas sus palabras: —¡Oh!, si el Presidente fuese un hombre cuerdo estaría solucionada la crisis . . . pero ministro, no lo dude usted: ¡tratamos con un loco! ¡Y de un loco no puede esperarse nada cuerdo!

No hay en estas palabras del Embajador ninguna reticencia; está decidido a tomar determinaciones casi de responsabilidad individual; ya dijo que es partidario de actuar y luego consultar.

En realidad, como acota el propio diplomático cubano, “la revolución no estaba ya en la Ciudadela, sino en el espíritu de *Mr. Wilson*”.

Es verdad que ya Madero no se encuentra frente a frente de las tropas felicistas; ahora está frente a frente del representante norteamericano.

Márquez Sterling, convencido de la realidad, compenetrado del verdadero papel que desempeña en la tragedia de México el Embajador norteamericano, decano del cuerpo diplomático, se entrega después a las meditaciones; tiene en su poder la nota del licenciado Lascuráin, de hecho prohibiendo el desembarco de infantes cubanos, lo que se estimaría desde luego como una intervención, arrojando graves consecuencias y entonces dicta un mensaje de que representa una respuesta, indicando que la advertencia o la recomendación para que no desembarquen las fuerzas cubanas es suficiente con hacérsela a él, puesto que el citado desembarco ha de efectuarse siempre y cuando lo pida, previo acuerdo con el Gobierno mexicano. Por otra parte, todo dentro de los comedidos y untuosos términos diplomáticos, precisa que no se ha protegido en ningún momento desde el 9 de febrero, ni a la Legación ni a la colonia de Cuba en México.

Ya por lo que se ha visto, cabe anticiparse que todo está decidido y realmente la intervención de la embajada norteamericana traspone los límites de la tolerancia y la buena amistad.

Mientras tanto, el Presidente Madero se niega a recibir a los legisladores que han llegado a Palacio con una misión delineada por Lascuráin.

Los senadores encabezados por Guillermo Obregón y Gumerindo Enríquez, aduciendo la amenaza de la intervención norteamericana, si bien es cierto que no pueden hablar con el Presidente, lo hacen con el secretario de Hacienda, don Ernesto Madero, tío del Apóstol.

Don Ernesto informa que el Presidente ha salido con el ministro de la Guerra, con el fin de visitar personalmente algunas de las



posiciones militares de las fuerzas leales, privándose así del placer de saludarlos y hablar con ellos.

No sin dejar claramente asentado que no representa al Presidente, don Ernesto informa a los senadores que el Gobierno tiene suficientes fuerzas para dominar la situación y es sólo cuestión de horas la caída de la Ciudadela. Por otra parte, la situación en el país es tranquila, no ofrece problemas y en cuanto a la intervención americana le parece y así opina, que es algo exagerado, que no existe motivo para adoptar la versión como fundamentada y seria, aparte de que el Presidente ha enviado un mensaje a su colega William H. Taft y está en espera de la respuesta; ante él se ha hecho una representación que seguramente permitirá dejar las cosas en claro y desvanecer temores que por ahora carecen de base.

Claro que el senador Obregón, uno de los más enconados antimaderistas, de hecho al servicio de Huerta, insiste en la necesidad de la renuncia del Presidente, el vicepresidente y su gabinete, puesto que le parece que si es inminente la intervención americana y por lo tanto la soberanía nacional se encuentra en predicamento, en serio, muy serio peligro. Ellos, los senadores, dice, se mueven bajo un impulso patriótico, en forma primordial.

Después de esta visita, los legisladores hablan con un grupo de ciudadanos reunido en el exterior de Palacio; demandan apoyo para insistir ante Madero, obligándolo a renunciar, pues la intervención norteamericana se antoja poco menos que inminente.

Este día, 15 de febrero, el general Aureliano Blanquet, que se encuentra en la Tlaxpana, recibe órdenes de entrar en la ciudad de México y ocupar Palacio Nacional, previo conocimiento y aprobación del Presidente de la República, Francisco I. Madero.

El círculo se estrecha irremisible, inexorablemente.

La lucha continúa aunque un tanto atenuada.

Ni el Gobierno cede, ni los rebeldes se doblegan y las calamidades se acrecientan al teñirse de sangre el pavimento de las calles capitalinas; continúan desmoronándose los edificios, cayendo los postes del alumbrado, etc., y continúa todo sin ventaja aparente para ningún bando; en forma subterránea avanza el desenlace y lo que ocurre ostentosamente es apenas parte del plan general, perverso plan, pues ya se ha dicho que ni los leales consiguen ventajas apreciables, ni las baterías han demolido o causado graves daños al edificio de la Ciudadela, ni los objetivos que pudieran considerarse como militares son atacados por los felicistas, que a cambio insisten en sembrar el terror, como arma psicológica, para que la opinión

pública se pronuncie por la simpatía a la demanda que representa la renuncia del Presidente y sus colaboradores, con tal que cesen las hostilidades, poniendo término así a la pesadilla que macabramente lleva varios días y a cada instante asume caracteres espeluznantes, insoportables.

El hambre crece, y crece también la inquietud, arrojando el fuego, algunas familias, ya en el paroxismo de la desesperación, abandonan la zona o el perímetro de combates intensos y donde como es natural se produce el mayor número de bajas y los daños son más cuantiosos y constantes en los inmuebles. No siempre puede salir ilesa la familia.

Es verdad que la traición sigue caminando y todo avanza hacia el momento preciso en que el monstruo ha de quitarse la careta, consiguiendo lo que se ha propuesto, lo que viene persiguiendo implica una de las más negras traiciones que se hayan hecho nunca en México, involucrando a nuestro glorioso instituto armado.

Los cuerpos de rurales son los que más fielmente responden a Madero; los empleados públicos sin tener que hacer, salen a la hora de mayor peligro en busca de víveres para llevar a sus hogares, donde asecha la desesperanza; los zapatistas, que muchos consideraban como el mayor peligro, si bien es cierto que se acercan a la Fábrica de Pólvora en actitud amenazadora, como si estuvieran decididos a atacar a la ciudad de México, no pasan de allí.

Pero su cercanía genera múltiples versiones que se suman a los rumores, bajo el común denominador de la alarma. Ha cundido entre el pueblo vertiginosamente el hecho de que el día anterior fue incendiada la casa de los señores Madero en Liverpool y Berlín de la colonia Roma y que se impidió incluso que los bomberos entraran en acción, lo que configura un perfil que va en detrimento del Gobierno.

Se habla también, y eso le conviene sobremanera a los felicistas, para quienes nada significa la amenaza de una intervención, que verían con gusto, según lo ha dicho Félix Díaz, que hay la posibilidad de que desembarquen marinos americanos y cubanos y que bien pueden llegar de la costa a la ciudad de México e intervenir decididamente en favor de los infidentes.

Sigue entrando a toda hora y cuando mejor le place, sigue entrando a la Ciudadela el mayor Joaquín Mass, sobrino del general Huerta, y el compadre de éste, Enrique Cepeda, borrachín ampuloso, desleal, perverso y entreguista, que cultiva con gran ahínco y deleite la función de cualquier celestina, valga la expresión.



Son ellos los eslabones que unifican la actitud artera, perversa e incalificable de Victoriano Huerta y del general Félix Díaz, sobriño del tío.

Ya es un camino plagado de traiciones; no hay reticencias para saltar cualquier obstáculo ni rubor alguno para unirse al carro de Huerta, el dipsómano desleal no sólo a Madero, puesto que puede relegarse a segundo término, cuando está de por medio el interés supremo de la patria.

Muchas versiones descabelladas hacen mella en espíritus pusilánimes, en los viejos porfiristas que mantienen posiciones privilegiadas en el régimen de Madero y más que servir al pueblo y a Madero, como funcionarios públicos, sirven a los intereses todavía con honda raíz del dictador oaxaqueño.

Poco a poco maduran los objetivos y los medios que fabrican la trampa mortal que sutilmente, pero también diabólicamente, ha ido tejiendo el dipsómano.

En este cuadro de traición, según los clasifica el licenciado Adrián Aguirre Benavides, figuran, como es natural, en forma destacada, los periódicos *El Imparcial*, *El Diario*, *El Herald*, *El País*, el *Mexican Herald*, *El Mañana* y el *Multicolor*, los ricos, los hacendados y la aristocracia, la familia del dictador Porfirio Díaz, los intelectuales, el ejército vendido y humillado, los revolucionarios, seducidos por la prensa reaccionaria y sus asociados orozquistas, los católicos: Elguero y el padre Cuevas, porque el sacerdote no olvidaba sus vínculos con la aristocracia; los pseudoindependientes; el cuadrilátero (José María Lozano, Nemesio García Naranjo, Francisco M. Olaguibel y Querido Moheno) y por encima de todos, como elemento demoleedor, el embajador americano Henry Lane Wilson".

Algunos españoles, "que no tenían ninguna conexión con México, individuos sin cultura, se ensañaron en denigrar al Presidente, a miembros muy cercanos de su familia, a sus secretarios de Estado; los zaherían, los ridiculizaban, los injuriaban".

Con este cuadro perverso, repetimos, no puede sino esperarse lo que vino después.

Victoriano Huerta preparaba su plan con metódica, ladina perversidad, por eso era importante aterrorizar a la ciudad, para que pidiera a gritos la paz; por eso propicia la matanza de los que considera incondicionales e inquebrantablemente leales a Madero: los cuerpos de rurales; por eso le interesa que mueran pacíficos vecinos, muchos pacíficos vecinos, y Díaz es buen instrumento con-

tra los curiosos e infelices peatones; por eso nunca son demoleedores los disparos de la artillería contra la Ciudadela; por eso jamás puede llevarse a cabo en forma completa su sitio, permitiendo que se abastezca la fortaleza en todo tiempo de cuantos víveres requiere y debe consignarse el principal abastecedor: Enrique Cepeda; por eso es explicable el hecho de que la artillería felicista dispare sin ton ni son, ocasionando severos daños y víctimas entre los civiles; esto desea Victoriano Huerta y por eso son explicables las entrevistas del mismo Cepeda y el mayor Joaquín Mass, eslabones, ya se dijo, que dan cima a los preparativos para que se consume, como ocurrirá, el más nefando de los crímenes.

Es así como se entiende por qué Victoriano Huerta pide a los defensores de la Ciudadela que acepten la condición: que sea él quien asuma la presidencia interinamente, pues de otra manera se iniciará el ataque a la Ciudadela "en serio".

Así se explica también que Victoriano Huerta maneje a su antojo a personajes funestos en la historia de México: dos senadores: Guillermo Obregón y Francisco León de la Barra, del que el mismo Huerta ha de decir "este hombre es malo. Yo lo consideré así y quise utilizarlo; pues, señores, los servicios de los malos son mejores que los de los buenos...".

Esa tarde, el embajador norteamericano Henry Lane Wilson acompañado del ministro alemán Von Hintze se presentan intempestivamente en el Palacio Nacional, pues tienen el propósito de entrevistar al general Victoriano Huerta, comandante militar de la plaza y hombre que tiene bajo su responsabilidad llevar a cabo todas las operaciones militares contra los sublevados.

Desean, dice Lane Wilson, intervenir para un armisticio, que desemboque en medidas de carácter humanitario; les duele, afirman, que los muertos estén insepultos porque representan además el peligro de una epidemia; les angustia que el hambre haga presa en las clases desvalidas; les atormenta el hecho de que los puestos de socorro sean insuficientes para atender a los heridos, que lo mismo visten uniforme militar y se encuentran combatiendo, que pacíficos e inofensivos civiles. Tiene el embajador Lane Wilson algunos tropiezos, porque ha de decir después, en un informe al Departamento de Estado en Washington, que al llegar a Palacio son conducidos ante el Presidente, a quien no habían podido ver y después de muchos ruegos se les permitió hablar con el general Huerta y únicamente en presencia del licenciado Lascuráin, secretario de Relacio-

nes Exteriores, pues "había un marcado interés en impedirnos hablar a solas con el general".

Madero, a su vez, les muestra el telegrama que ha enviado al Presidente Taft, que posteriormente Lane Wilson calificara de "irregular, falso y mentiroso".

El Presidente busca entonces cambiar la actitud de Lane Wilson, recurriendo a explicaciones lógicas y consideraciones apropiadas, al mismo tiempo manifiesta que está totalmente de acuerdo con la celebración de un armisticio por veinticuatro horas, que deben contarse desde las dos de la mañana del día siguiente, domingo 16, a efecto de que la población pueda abastecerse de víveres, enterrar a sus muertos, curar a sus heridos y, en suma, salir a la calle sin el temor de verse sorprendidos en mitad de un tiroteo con resultados funestos.

Sin embargo, a pesar de su denodado empeño que efectúa con toda medida, con singular tacto, lo que pone de relieve también la sagacidad diplomática de Madero, no logra convencer a Lane Wilson de que sus informes respecto a la situación del país son inexactos.

Posteriormente en esa misma fecha y por conducto del licenciado Lascuráin Madero ofrece al diplomático una residencia en Tacubaya para que la embajada quede a salvo, ni sufra daños y menos que sus moradores corran peligro.

Pero Lane Wilson declina la oferta, al expresar:

—El cambio de residencia de la embajada causaría muchas molestias a toda la colonia norteamericana. No se puede aconsejar a los norteamericanos ir a un lugar seguro, porque no hay ninguno.

No había duda; Lane Wilson era cultor de la obstinación; él por supuesto bien conocía su camino.

Más tarde el embajador Márquez Sterling sabe, por conducto de Lane Wilson, que ya se aproxima el fin del conflicto que tiene aterrada a la ciudad de México.

El secretario de Lane Wilson le confía que aunque no conoce detalles, sabe que Madero está perdido y que se han entrevistado allí en la embajada los representantes de ambos bandos para concertar un armisticio.

Márquez Sterling lo ha sabido ya porque también se lo participa el secretario de Relaciones Exteriores, licenciado Pedro Lascuráin. Sin embargo, le precisa que no se trata de un armisticio, según el punto de vista del Gobierno, porque esto equivaldría a reconocer a Félix Díaz como beligerante; es, propiamente una suspensión de hostilidades, nada más.



Esa noche, ante el rumor insistente de que la Legación del Japón será atacada por tropas felicistas, con todo sigilo, y sin embargo dentro de un marco de grave peligro, la familia del Presidente se traslada a Chapultepec, donde sin duda hay mayores posibilidades de defensa, en caso de que pretenda efectuarse un atentado en su contra.

La Decena Trágica continúa, bajo sombríos augurios, estrujando a la ciudad de México.

También en las tenebrosidades de la noche, se consolida paso a paso la perversa y criminal trampa de Victoriano Huerta.



LA DECENA TRAGICA

Tomo II

JOSE ANGEL AGUILAR

LA DECENA TRAGICA

Tomo II



MEXICO - 1982



INDICE

<u>CAP.</u>		<u>CAP.</u>
XIII.	Domingo 16 de Febrero	191
XIV.	Lunes 17 de Febrero	203
XV.	Martes 18 de Febrero	217
XVI.	“Es Usted mi Prisionero”	229
XVII.	El Pacto de la Embajada	243
XVIII.	Día 19: Horripilante Crimen	257
XIX.	Huerta, Presidente	269
XX.	Días 20 y 21, Antesala Mortal	283
XXI.	Febrero 22: Esa Tarde	297
XXII.	Febrero 22: Esa Terrible Noche	307
XXIII.	Lo que Narra Rodolfo Reyes	317
XXIV.	Dos Documentos	333
XXV.	Investigaciones sobre el Crimen	341
XXVI.	Tres Testigos Presenciales	351
	Bibliografía	365



CAPÍTULO XIII

DOMINGO 16 DE FEBRERO

Se cumplen hoy ocho días de la vigencia de una pesadilla, en que la traición de Bernardo Reyes, Félix Díaz, Manuel Mondragón y Gregorio Ruiz sumió a la metrópoli.

Pero este domingo es distinto al anterior.

No hay cabalgatas en las calles, no hay rodar de piezas de artillería sobre el empedrado del arroyo, ni se oyen golpear los sables en las monturas, ni hay brillo en las espadas, no hay toques de clarines, ni vítores; ningún movimiento que vaya a convertirse de pronto en acción bélica; no.

Este es un domingo risueño.

Hoy parece que no hay presagio de muerte.

La gente aturdida que ha vivido larga amargura se echa a la calle en busca principalmente de alimentos, víveres para la familia que ha experimentado dolorosas privaciones. Si es posible, adquirirá provisiones, puesto que los volantes que se repartieron profusamente dando a conocer la suspensión de hostilidades indican que este lapso abarca unas cuantas horas, tal vez veinticuatro.

Es cierto que los combatientes mantendrán las ventajas adquiridas y no deben avanzar un centímetro de sus posiciones si se hace honor al compromiso, es una de las condiciones del arreglo.

Los vecinos podrán aprovisionarse en cuanto les sea posible, de tal modo que los almacenes, los mercados son invadidos por una multitud que se antoja famélica, multitud frenética que pronto agota la mercancía, aun cuando los precios, claro, alcancen niveles desorbitados.

Los comerciantes no tienen ni desean la compasión y la oportunidad se ofrece estupenda; ahora es cuando el negocio ha de rendir las más fabulosas ganancias. ¿El pueblo? Ellos también son parte del



pueblo, y los comerciantes extranjeros, a esos, ¿qué les importa el sufrimiento y privaciones de los mexicanos?

Otra vez la eterna curiosidad del hombre lo lleva a cometer imprudencias, determinando así que coches tirados por caballos y automóviles, los menos, como si fueran en excursión dominical, se vean repletos de curiosos, curiosos que quieren recorrer aquellos escenarios donde la lucha fue más encarnizada y creció el número de bajas.

Los manchones de sangre seca, manchones que deja la grasa de un cuerpo al arder al aire libre, en plena vía pública, horroriza a los timoratos y no falta, por supuesto, algún espontáneo que dice, jura y perjura haber visto cómo ardían los muertos bañados de petróleo o gasolina, pues muchos cadáveres han sido llevados a los llanos de Balbuena para su incineración: "De noche las columnas de humo se elevan al cielo pidiendo algo que no hay en la Tierra para sus hijos: piedad, y allí los muertos se abrazaban y se reconciliaban, se perdonaban, se besaban y concluían por mezclar sus cenizas y confundir sus aspiraciones en aquel sitio infernal".

Los curiosos fruncen el ceño; tienen la sensación de que aún hay en el espacio emanaciones nauseabundas; algo horrible que se vuelve irrespirable; alguno, inquieto, sufre náuseas y no se contiene.

Se desmenuzan los comentarios con el pintoresco léxico del pueblo, tan intuitivo como certero, tan curioso como arriesgado.

Mientras levanta el sol, poco a poco, aumenta el número de curiosos en la calle.

No faltan tampoco los comentarios que entrañan la mención del compadre, del amigo, del hermano que murió en el Zócalo cuando la gran balacera, al perder la vida el general Bernardo Reyes, queda en una de tantas escaramuzas.

El pueblo sencillo, pero curioso siempre, que no pierde momento para hacer burla, incluso de su propia desgracia y lamentar los hechos que han determinado que la ciudad entera se vista de luto.

Si bien es cierto que hay muchas caras risueñas y alegres, porque resulta muy agradable sentirse casi a salvo de las balas y sin escuchar las detonaciones constantes, pero sobre todo el rugido de los cañones y el tableteo de las ametralladoras, también lo es que son muchos los que dejan asomar una mueca y en vez de carcajada emiten sordo gruñido.

Hay cables eléctricos rotos, faroles despedazados, muros cacarizos por los impactos frecuentes; perros famélicos que arrastran, huyendo, pedazos de carne, algún hueso de un cadáver que fue muti-

lado precisamente bajo el acoso del hambre de los canes o por los efectos de mortífera granada.

Son muchos los que se preguntan cuál es la suerte de sus parientes. Desde el domingo anterior no han podido comunicarse con ellos.

Es verdad, se dice, que los muertos son numerosos y muchos los heridos que han resultado a lo largo de los diversos choques, porque las balas se han disparado profusamente y sin ninguna consideración. También es verdad que han ocurrido muchos actos de heroísmo, puesto que barridos por el fuego de las ametralladoras columnas enteras, y sin embargo, los hombres combaten aún.

¿Qué es lo raro que se aprecia en la ciudad bajo una tregua francamente inesperada?

Nadie puede explicarse, pero lo cierto es que no hay una batalla formal ni se ha prodigado la técnica que los estrategas acostumbran para acabar con el enemigo.

Son frecuentes los casos en que un tropel de gente se pega todavía precautoriamente a los muros, siguiendo la banqueta y llevan a cuestras colchones, tinas, ropa, cobijas y algún metate, una silla y hasta un cuadro familiar; los chiquillos cargan algo en el afán explicable de alejarse de una zona de peligro.

Los grupos enarbolan banderas blancas; allá va un carromato con tres ataúdes rumbo al panteón, y sólo el dueño del vehículo, con un enorme lienzo blanco, sigue su huella.

Pero se preguntan aún ¿por qué se ha bombardeado a zonas apartadas por completo de lo que pudiera considerarse como campo de batalla?

¿Por qué se ha vomitado fuego sobre zonas distantes donde sólo viven pacíficos vecinos que nada tienen que ver ni con la Ciudadela ni con Palacio Nacional?

Como la Cruz Roja viola su alta misión humanitaria, que no debería alterar nunca y sirve con sus automóviles a los infidentes de la Ciudadela, mediante Decreto Presidencial se retira la franquicia universal de que siempre disfrutara.

¿Cómo es posible que haya podido ser quemada la casa del padre del presidente Madero, en una zona dominada por las tropas llamadas leales?, se pregunta la gente, intrigada.

Huerta ha dicho que el incendio se produjo por una granada explosiva que hizo accidental blanco.

Pero nadie le cree al soldadón.

Aumentan las sonrisas socarronas; suceden ya muchas cosas raras, inexplicables, que agigantan la sospecha, del mismo modo que



antes del domingo 9 muchos atisban sin ser políticos, sin ser militares, que se gesta la tormenta del cuartelazo, porque había estado fermentando en silencio la traición.

La tregua, ya se dijo, alegra muchas caras, pero entristece otras; también afloran los comentarios en que la figura de Huerta queda muy maltrecha.

El pueblo no se equivoca; lo conoce mejor de lo que se piensa.

El diario *El Imparcial* publica un suplemento; muchos lo hojean y sonriendo sentenciosamente afirman que aquello es sintomático: "Han de haberlo hecho en la Ciudadela."

Al decir que lo han hecho se refieren a que fue redactado allí.

Pero el ministro Lascuráin dice rotunda, terminantemente:

—Mañana el general Blanquet romperá los cerrojos de la Ciudadela.

El pobre de Lascuráin no se da cuenta de que su optimismo va a estrellarse con la más amarga y dolorosa de las verdades, porque Huerta, ya se ha dicho, no tiene momento de reposo y se trata de un mañana que no viene, que no llega, ni llegará jamás. Aprovechando esa tregua, el viejo porfirista ex Presidente de la República interino, senador y mediador fracasado, Francisco León de la Barra, sigue rindiendo culto al dictador expatriado, sin la conciencia tranquila, porque también juega a la traición, va a refugiarse a la legación inglesa con el señor Strong.

Esto basta y sobra para señalar que él mismo se siente responsable de hechos que se apartan de la rectitud.

El externa que tiene miedo de que haya una conjura para matarlo, y que la "porra" de Solón Argüello y Mariano Duque lo busca con ahínco, con sed de sangre.

Pretende ser muy patriota, pero es mejor refugiarse en la legación británica, salvar la vida, pero no del terrible juicio histórico de los mexicanos.

En una turbonada de rumores, se menciona la posibilidad de que la legación de Cuba, ubicada en Turín 50, sea ocupada por fuerzas maderistas, y Márquez Sterling se dirige al comandante militar de la plaza inquiriendo sobre el particular. Huerta, también por escrito, se apresura a desmentir la especie y ofrece seguridades de que la versión es descabellada, absurda.

Intempestivamente, a las dos de la tarde, se reanuda el fuego.

La suspensión de hostilidades ha concluido antes de lo pactado.

"A las dos de la tarde, en forma sorpresiva y por enésima vez traicionera, los felicistas se lanzaron sobre las posiciones de los leales,

abriendo un nutrido fuego sobre ellos, y ante aquella actitud no queda más remedio que contestar el fuego con el fuego, a efecto de evitar mayores pérdidas o el peligro de ser desalojados de sus posiciones."

Otra vez la curiosidad de los civiles precipita las víctimas, y otra vez gente que en toda su vida no toca nunca un rifle, cae acribillada por los proyectiles de las ametralladoras, por los balines de las granadas que hienden el aire en todas direcciones.

Quienes se asoman imprudentemente o se han acercado a ver cómo son las improvisadas trincheras que ocupan fuerzas felicistas en sus avanzadas pagan con su vida esa imprudencia.

Rebota de uno a otro lado la culpabilidad: son los leales los que faltan a lo pactado; son los felicistas los que violan el compromiso; habla en favor de los infidentes Mr. Lane Wilson; habla en favor de los maderistas el licenciado Federico González Garza, gobernador del Distrito Federal en aquel entonces, quien expresa:

"Es falso de toda falsedad que el señor Madero mandara romper el armisticio que se había pactado con los rebeldes de la Ciudadela. Recuerdo con toda precisión la sorpresa y profunda contrariedad que él experimentó cuando inesperadamente se comenzaron a escuchar de nuevo los disparos de la artillería y el fatídico traqueteo de las ametralladoras. Con toda ansiedad preguntaba él qué había ocurrido, e inmediatamente comisionó a uno de sus ayudantes a fin de que se ordenara cesar el fuego. ¿Qué había ocurrido? Pronto se aclaró que los pretorianos habíanse aprovechado de aquella tregua para hacer avanzar y colocar uno de sus cañones a donde no hubiera podido llegar en lucha franca, lo que al fin fue impedido de la única manera que podía impedirseles con todo derecho, a cañonazos. Este incidente fue la causa de que se generalizara el fuego nuevamente."

Lane Wilson, por su parte, telegrafía, según veremos más adelante, culpando a los leales.

Los tiradores emboscados en las colonias Juárez y Roma siguen haciendo de las suyas y hacen caer herido al comandante de rurales Gabriel Hernández.

Todo el horror de la guerra vuelve de nuevo a enseñorearse sobre la ciudad que retoza de alegría y empieza a pensar que ya es posible la tranquilidad y la paz y no se imagina siquiera que subterráneamente avanza la traición y va disminuyendo la oportunidad de salvación de Madero.

El alma negra de Victoriano Huerta, alentado por un embajador, se fortalece y prosigue en sus terribles propósitos; es más, ese



embajador, a las 11 de la mañana, envía un telegrama al Departamento de Estado avisando: "Se dice que los zapatistas tomaron Cuernavaca. Creel estuvo a verme y me dijo que los federales de Chiuhuahua se han volteado y ha recibido telegrama de que Nuevo Laredo se ha declarado por Díaz y que hay movimiento peligroso en Monterrey. No he recibido telegramas, no obstante que la gente me avisó habían llegado allí. El gobierno ha suprimido el *Mexican Herald*, privando así a la comunidad del único periódico que existía".

También dice: "El armisticio que pude arreglar anoche está en vigor hoy y hay gran actividad para sacar a los extranjeros de la zona peligrosa y estoy arreglando el envío de numerosas mujeres y de niños para los Estados Unidos. Estoy viendo que el armisticio se prolongue hasta mañana. Ya Díaz está conforme".

A las 8 de la noche el mismo embajador ha de telegrafiar: "A mediodía, Díaz me confirmó que los federales estaban violando el armisticio que se pactó por mi intervención, pues están tomando nuevas posiciones, estableciendo cañones en varios edificios y colocando 70 libras de dinamita a los acueductos que dan a la Ciudadela. Envié espías americanos para que vieran si eran ciertos esos cargos y me informaron que son rigurosamente ciertos. Pedí a los representantes del gobierno que estaban en la embajada que el armisticio se prolongue hasta mañana y me ofrecieron que regresarían a las 7 de la noche, reuniéndose con los designados por Díaz".

La insidia también avanza.

Por otra parte, Huerta le ha indicado que desea conferenciar con él y seguramente eso iba a ocurrir durante el día, y "espero ver los resultados de esta entrevista".

Pero a media noche le envía un mensaje disculpándose, pues le ha sido imposible asistir a la cita, pero "esperaba tomar esa noche medidas para terminar la situación".

En la tarde de ese día se produce para Huerta un incidente penoso, cuanto molesto y desagradable.

El oficial Rubén Morales, ayudante del Presidente de la República, tiene los ojos bien abiertos y puede saber, constándole además, que dieciocho carros cargados con provisiones entran libremente a la Ciudadela con la intervención de *Cepedilla*, esto es, el torvo correveidile de Huerta, o sea su compadre Enrique Cepeda, quien es capaz de todo, pues carece de freno moral y por tanto prescinde de los escrúpulos.

De esta manera, quienes se encuentran en el interior de la Ciudadela tendrán siempre alimentos.

Madero se azora; creía que en realidad estaba tendido un círculo en torno a la recia construcción y por tanto, de hecho, quedaba incomunicada; pero ahora puede saber que los felicistas entran y salen a su antojo y son abastecidos sin ninguna dificultad, lo que pone en tela de juicio muchas informaciones.

Madero reclama la presencia de Victoriano Huerta y le hace saber que tiene informes en el sentido de que penetraron a la Ciudadela dieciocho carros con provisiones.

Con suavidad, aunque incisivamente, Madero pide una explicación y el dipsómano titubea, pero sólo de manera fugaz, y aparenta sorprenderse; se le antoja imposible y considera que puede haber falsedad en las informaciones, pues las tropas leales deben mantener una vigilancia estricta en torno a la fortaleza, y aunque afirma que no es posible, manifiesta que va a realizar severa revisión.

Cuando se encuentra frente a frente con quien ha recabado la información vacila y admite que existe desgraciadamente alguna deslealtad que se corregirá de inmediato, pero señala que si se extrema la privación de abastecimiento, los rebeldes, carentes de provisiones, se regarían por la ciudad y sería peligroso que propagaran la sublevación, incluso, añade: "que si estuviera autorizado mandaría a los felicistas mujeres y licores para que permanecieran contentos y que así, el día que la fortaleza se entregara, no andaría ningún felicista libre en la ciudad".

Huerta, escurridizo, hábil y meloso, se va por otros caminos; su propuesta no es convincente; además, reafirma: está comprometido a tomar la Ciudadela, y en el fondo reitera que es sólo cuestión de horas y aventura una certeza: "todo se realizará el día de mañana".

Así, vuelve a hablarse de un "mañana" que no ha de llegar nunca.

Pero el oficial Rubén Morales sugiere entonces que se lleve a cabo un ataque nocturno, idea que parece interesar tanto al presidente Madero como al vicepresidente Pino Suárez.

En rigor no es mala la idea. Hasta entonces todos los ataques habían sido diurnos, con resultados infructuosos y trágicos, como lo demostró la carnicería con el cuerpo de rurales en las calles de Baldaras, frente a la avanzada del edificio de la YMCA.

Los ojos de Huerta llamean detrás de los espejuelos; violentamente protesta: ¿acaso no se tiene confianza de su habilidad, de su capacidad militar bien probada? Además, fue designado jefe de las operaciones y...



Se propone algo que él no ha aprobado ni mucho menos; en sus planes no figura ataque nocturno alguno, y si fuera necesario o aconsejable lo realizaría sin vacilaciones; no es congruente que se haga a un lado su autoridad.

Entonces se yergue arrogante, y poniendo las manos en los hombros de Madero dice:

—Usted está en los brazos del general Victoriano Huerta.

En realidad el dipsómano está justamente diciendo la verdad; él tiene motivos personales e íntimos para hacer apreciaciones de ese tipo; quizá el Presidente no haya desconfiado hasta ese momento, y en ese caso también se explica que sumisamente se destierre la idea de un ataque nocturno propuesto por el oficial Rubén Morales.

Madero se ve desarmado, y su bondad lo empuja a aceptar nuevamente la voluntad y la determinación de Huerta, que indefectiblemente camina hacia la consecución de sus planes, porque se ha insistido y se insistirá en que no hay nada que detenga sus propósitos.

El coronel Guillermo Rubio Navarrete, comandante general de Artillería, recibe una orden terminante del general José Delgado: “que mañana al despuntar el alba rompa usted el fuego de la artillería sobre la Ciudadela, procurando hacerle el mayor daño posible y sosteniéndose para que la infantería pueda acercarse lo más posible para dominar las posiciones del enemigo”.

Rubio Navarrete ha tenido varias pláticas con el comandante militar de la plaza y sabe bien lo que ha de hacer; no por algo después de cierta entrevista nocturna con Huerta, cuando había anunciado que podría tomar la Ciudadela en veinticuatro horas, se retractó al siguiente día, señalando que la fortaleza era poco menos que inexpugnable. Y decide dar su punto de vista sobre el particular, pues en su concepto no puede tener éxito y se niega al cañoneo encomendado, precisando que no hay municiones suficientes ni apropiadas, ni se tienen comunicaciones telefónicas con puestos de observación para conocer los efectos de los disparos, aparte de que no todas las piezas pueden dirigir su fuego a ese objetivo con precisión, como se desea, pues no se ha terminado de tender una vía telefónica necesaria para la corrección de tiros.

Independientemente de que tenga razón desde el punto de vista técnico, lo cierto es que Rubio Navarrete obedece a pie juntillas las instrucciones superiores que ha recibido directamente de Huerta, y en realidad éste no se ha decidido ni se decidirá a atacar la Ciudadela “en serio”, ya que no hay necesidad de ello, puesto que poco

a poco se consolida el entendimiento entre Huerta, Díaz y Mondragón, éste relegado casi siempre a segundo término.

El asunto es ya tan sólo esperar unas horas, unas cuantas horas nada más.

Tiene su plan perfectamente trazado, y van encajando los engranes en su justo punto; no ha de haber obstáculo para realizar cuanto se ha fijado y tan está Rubio Navarrete en el papel que se le entrega, que al día siguiente le conceden la razón.

Huerta es diabólico en extremo.

Ya en verdad, y Huerta está firmemente convencido, son pocos los problemas que han de vencerse para llegar al momento preciso, de acuerdo con el aliento, decidido aliento, del embajador Lane Wilson, verdadero cerebro de la conjura, de modo que estas cosas que ocurren son una máscara más que oculta la verdadera intención del hombre que incluso ha logrado que el ministro de la Guerra, carente de voluntad, supedite su acción a un subalterno, como es él. Angel García Peña deja que las cosas caminen fatalmente sin que se atreva a interferirse, sin objeciones.

Frente a la torva conducta de Victoriano Huerta, despiadado, calculador, frío y cruel, puede llegarse a pensar sobre lo que hubiera ocurrido si en cumplimiento realmente de su comisión como comandante militar de la plaza hubiera podido tomar la Ciudadela, fusilando incluso a Díaz y a Mondragón, ¿qué habría pasado? ¿Se conformaría con liquidar a sangre y fuego el movimiento de los infidentes? En esas condiciones, ¿le habría perdonado la vida al Presidente y al Vicepresidente al encumbrarse mediante la acción militar? ¿Habría terminado todo con la toma de la Ciudadela?

Para la sed de sangre, para la crueldad, para la desbordada, insatisfecha ambición de este monstruo del crimen, la obtención del poder absoluto, dominando la sublevación hubiera vuelto sobre las autoridades legalmente constituidas y quizá no hubiera vacilado en asesinarlas, como ocurrió más tarde.

Ya preparada de tal manera su trampa, que desde un principio supo estructurar sin equivocaciones, había establecido su meta y en el pináculo del triunfo, como la preparación de éste, Victoriano Huerta no era hombre que se impresionara, ni con el principio de lealtad, ni con el anhelo de hacer honor a su uniforme de soldado.

Victoriano Huerta, más que los otros ilusos, supo bien siempre a dónde iba a llegar, utilizándolos como escalón, aparte de una verdadera alfombra de cadáveres.

Así transcurre el domingo 16 de febrero.



Las pocas horas que los capitalinos viven sin escuchar la macabra sinfonía de los disparos, de la que hicieran derroche sobre todo los felicistas, apoderados del arsenal de la Ciudadela, aunque también disponían ahora de mayor cantidad de municiones los leales, gracias a envíos hechos de plazas del interior del país.

En semejantes condiciones truenan otra vez los fusiles; detonan una y otra vez los cañones, y ahora, después de un paréntesis de calma, los capitalinos sienten que es mucho más estrujante el desarrollo de los combates.

Los comentarios, al reanudarse la lucha y en cuanta oportunidad se podía cambiar impresiones, volvíanse al tema de establecer que algo raro estaba pasando y que a ello, por cierto, no era ajeno Victoriano Huerta, por entonces jefe de las operaciones militares de las fuerzas leales en la azorada ciudad de México.

Con certera intuición, el pueblo, deseoso de la paz, fija ya una responsabilidad que ha de resultar histórica, dolorosamente histórica.

Desgraciadamente Madero está poco menos que solo, y además también indefenso.

Envuelto sutilmente en la tela de araña que ha ido tejiendo Huerta, pocas esperanzas hay de salvación, y así va irremisiblemente hacia lo inevitable.

Cuando se ha mencionado la traición de Victoriano Huerta y de que es ostensible su preparación, teniendo como nervio motor emboscado al propio Huerta, uno se pregunta: ¿por qué Madero no llega nunca a despojarlo del mando?

Los propios personajes importantes cerca del Presidente en aquellos aciagos días contestan en esta forma, que nos limitamos a transcribir:

“Porque el señor Madero, hombre de una confianza excesiva en sí mismo, no por ser un presuntuoso, sino por ser un inspirado, creía poder conjurar todas las tormentas que sobre él se desencadenasen. En vano era que a cada instante le llamáramos la atención y le señaláramos el peligro; lo característico de su persona era recrearse siempre en considerar la parte buena de las cosas y no querer aceptar este hecho en todas sus consecuencias: que el hombre es la expresión de la más formidable antítesis que pueda ofrecernos la naturaleza, puesto que reúne en sí, en el orden moral, las más grandes excelsitudes y sublimidades, a la vez que abominaciones y deformidades más monstruosas que puedan existir en la creación.”

Esto es tan cierto que vale recordar que el presidente Madero expresó a los diputados del Grupo Renovador, cuando le pidieron

la destitución del Procurador de Justicia, que todo era producto de las exageraciones; que no había por qué alarmarse. Debe recordarse también que don Gustavo Madero, al darle cuenta de una conversación sostenida en la Comandancia Militar entre Huerta y su jefe de Estado Mayor, al pedirle que lo cambiara, el Presidente volvió a citar que se trataba de exageraciones.

Su innegable bondad habría de hacerlo que se entregara ciega y funestamente en manos del más desalmado de los criminales, al cederle el mando cuando iba rumbo al Zócalo, desde Chapultepec, el mismo día que se iniciara el cuartelazo; Madero, sin saberlo, confiaba en sus manos su destino y el destino de la patria.

Así pasa este domingo 16 de febrero de 1913; así es el octavo día de la estrujante jornada que aún hoy es motivo para que los mexicanos nos sintamos conmovidos y, más que conmovidos, avergonzados de que ocurrieran los trágicos hechos, cuando era deseable que los errores, las fallas, se corrigieran, pero sin llegar nunca al sendero de la violencia y, por ende, al crimen, al magnicidio.

Así se consume este otro día en abierta contraposición, por lo menos hasta las dos de la tarde, del 9 de febrero, cuando el estruendo del comienzo de la lucha provoca la primera zozobra de una ciudad hasta entonces y que después de mucho tiempo vivía en paz.

Es este un domingo que no tiene la crueldad del anterior, pero va acercándose al final para constituir los diez días de terror que sacudieron a México; diez días que nadie puede olvidar y que han merecido en todos los tiempos unánime reprobación.

Reanudado el tiroteo, éste sigue casi durante toda la noche, y las luminarias de la quema de cadáveres y los vivaques en las calles ofrecen de nuevo una danza fantasmagórica dentro de un cuadro lleno de horror, desbordando la amargura y la desesperanza.



CAPÍTULO XIV

LUNES 17 DE FEBRERO

Si no hubiera transcurrido ya una semana, se pensaría que todo perfilaba el inicio y que la furia bélica apenas marcaba el comienzo de una etapa tremendamente dolorosa para el país.

Las luces de Palacio Nacional no se habían apagado.

La intranquilidad de los hombres en el poder era manifiesta.

También asomaba la alarma y la zozobra de los civiles, que ya habían soportado duras pruebas mientras se desarrollaba la lucha.

Se explica, o mejor, se justifica, que en la Comandancia Militar de la Plaza hubiera movimiento; las operaciones estaban a cargo de los militares, y éstos, en los actuales momentos, no podían descansar.

A las cinco de la mañana, cuando todavía las tinieblas arropaban a la ciudad de México, el general Victoriano Huerta, que ciertamente no había dormido, porque tenía mayor inquietud que los demás, como que sus ambiciones estaban demasiado despiertas.

Uno de sus ayudantes recibe órdenes.

—Dígale al general Blanquet que lo necesito urgentemente aquí.

El ayudante obedece sumisamente; él sabe que las órdenes del superior deben cumplirse, más las de Victoriano Huerta.

Se cuadra y hace el saludo militar antes de abandonar el recinto. Pero Huerta añade:

—Que le faciliten un automóvil y váyase luego.

Allá por el Peñón de los Baños una luz sonrosada comienza a inundar la ciudad de México.

Blanquet está en Popotla en espera de órdenes. Es un hombre que ha hecho de la crueldad un culto, que sabe extremar las medidas drásticas y en cierto modo su espíritu, que tampoco tiene escrúpulos, encaja perfectamente con el del Comandante Militar de la Plaza, que es Victoriano Huerta, el torvo Victoriano Huerta.



—Dígale a mi general que salgo en estos momentos para allá.

Cuando va a salir rumbo a Palacio Nacional, en un automóvil de la Presidencia de la República llega violentamente el capitán Federico Montes, ayudante del Jefe del Ejecutivo.

También tiene órdenes que cumplir.

Hace el saludo y se queda de frente, cara a cara con el general Aureliano Blanquet, jefe del 29º Batallón, que estaba en Toluca; esta corporación, en la cual militan algunos de los que iniciaron la revolución maderista, es un cuerpo por el que Madero tenía gran simpatía.

El capitán Montes dice:

—Mi general, el señor Presidente le necesita a usted en Palacio, y le estimará que se presente cuanto antes.

Blanquet asume el papel de lo que es: un soldadote; se yergue con extraña soberbia, se frota el bigote con la mano derecha y responde:

—Tengo también un llamado de mi general Huerta, que tal vez sea para un asunto urgente del servicio. Iré primero a la Comandancia.

El capitán Montes, visiblemente contrariado, comprende, aunque muy aventajadamente, que aquel general está emponzoñado. No quiere discutir, ni tampoco el general Blanquet lo consentiría. A su juicio, y siendo el jefe nato del Ejército el Presidente de la República, esa actitud es inconsecuente en un militar; el llamado que debe atenderse primero es el de Madero, de tal manera que se cuadra y torna a saludar militarmente, para abandonar luego el cuarto donde se halla el general Blanquet.

Montes presume, y con razón, que hay ya un franco camino de desobediencia, que los rumores que se han propalado en todas las formas y por toda la ciudad, a los que no es ajeno, sino personaje principal el general Huerta, van confirmándose lenta, pero irremisiblemente.

Ahora las cosas tienen una dimensión mayor; la conjura, piensa, y no se atreve a decirlo en voz alta, tan siquiera para oírse a sí mismo; la conjura cobra perfil de singular importancia, de extraordinaria importancia.

Ha ido comprobando uno a uno los rumores que desde antes del 9 de febrero se han propagado en el seno mismo del ejército, y ha podido escuchar parte de lo que expresara don Gustavo Madero, quizá el más desconfiado y menos ciego de todos. El sí percibe que el general Aureliano Blanquet asume ya una actitud censurable y

de hecho ha planteado el desconocimiento de la máxima autoridad militar. Estas cosas y estas especulaciones mentales lo acompañan mientras regresa del cumplimiento de su misión.

Realmente es posible que una sombra de temor por el futuro del Presidente embargue a este hombre que sabe ser fiel y hace honor al uniforme militar que viste.

Los acontecimientos, independientemente de los que conoce el público, mientras se desarrollan los hechos y truenan cañones, fusiles y ametralladoras, han hecho escépticos a muchos allegados del presidente Madero, que sigue creyendo ciegamente en la bondad y en la rectitud de todos los hombres.

Para el capitán Montes la gravedad del problema crece por momentos, y es difícil que muchos comprendan lo que en realidad ocurre.

La esperanza de llegar a un pronto y feliz término en lo que respecta al conflicto se robustece cuando las fuerzas leales que hacen resaltar su bravura y acometen con encomiable denuedo, ocasionan severas pérdidas a los infidentes, desalojándose algunas posiciones en el Campo Florido y una buena parte de la Calle Ancha, hoy Luis Moya.

Además, los asaltos gobiernistas tienen éxitos halagüeños y logran apoderarse del edificio de la Asociación Cristiana de Jóvenes (YMCA), en las calles de Balderas y la avenida Morelos, edificio que como se recordará era el puesto avanzado desde donde las ametralladoras materialmente barrieron al cuerpo de rurales, cuando en forma criminal fuera lanzado a una carga abierta por las citadas calles de Balderas.

La captura del edificio implica, además, apoderarse de varias ametralladoras que fueron las que determinaron la macabra siega en el segundo día de la lucha en la trágica decena que vive la capital de la República.

Hay presunciones, pues, de que por fin pueda aventajarse decididamente sobre las fuerzas sublevadas que ahora comandan los generales Díaz y Mondragón, que siguen encastillados en el edificio de la Ciudadela.

Claro que eso presumen los civiles; claro que eso piensan aterrados y ahora desean la paz, sea como sea, y están ciertos, están en lo justo; todo camina hacia el cese de las hostilidades, sólo que ellos ignoran el precio, ignoran que va a ocurrir en una forma sorpresiva y por medios que de momento muchísimos no alcanzan a comprender.

El rugido de los cañones, el traqueteo de las ametralladoras y los disparos de la fusilería siguen poniendo marco de alarma en la población capitalina, cuya angustia se acentúa a medida que pasan las horas.

Todo mundo en el campo infidente trabaja sin descanso para llegar a la culminación de sus ambiciones; no descansan ni Enrique Cepeda ni Cecilio Ocón, y mucho menos han de descansar Victoriano Huerta y sus dos títeres, Félix Díaz y Manuel Mondragón.

Por otra parte, los dos militares saben que cuentan con poderoso respaldo y que la embajada norteamericana, por conducto de su representante, proporciona más que una ayuda material, el decidido apoyo moral, por más que ni Victoriano Huerta ni Henry Lane Wilson sepan lo que significa la moral.

Aureliano Blanquet va efectivamente primero a la Comandancia Militar de la Plaza y luego decide desayunar con Huerta.

En el fondo, aquellos dos hombres de carácter similar, de conducta parecida, de corazón carente de sentimientos, despojados del sentido de la lealtad y la rectitud, perversos y catadores de la crueldad como los que más, se entienden con demasiada facilidad; ya hemos dicho que el carácter de uno encaja en el del otro, y es posible que coincidan en su punto de vista respecto al futuro, porque no se requiere malicia para entender; cuando el desayuno concluye, Blanquet es más servil.

Perversamente, Victoriano Huerta ha hecho mérito del fusilamiento del general Gregorio Ruiz.

—Hice cuanto pude para detener ese infame fusilamiento, mi general.

La voz de Huerta se ha vuelto ronca; sus ojos, detrás de los negros cristales, se han vuelto otra vez como en ocasiones anteriores, fulgurantes, y claro que también, a pesar de que es muy temprano, ya ha gustado de algunos sorbos de cognac. Prácticamente su estado normal es ese, y no se concibe la imagen de Huerta separado de una botella del ambarino líquido.

Blanquet es tierra ya abonada donde cae fácilmente la semilla que deja caer el torvo Victoriano Huerta, quien miente, pues fue él quien dispuso la ejecución de Ruiz.

—Hice cuanto pude, mi general, y no logré evitarlo. El señor Presidente quería a toda costa el fusilamiento.

Huerta sabe perfectamente que está mintiendo, pero no es hombre que se detenga cuando persigue algo relacionado con su interés personal.



Es verdad que Blanquet lleva amistad con Ruiz; es verdad que deplora ese fusilamiento, y Huerta, que ha advertido que fácilmente acaba de emponzoñar al comandante del 29º Batallón, insiste, en un tono que denota amargura, supuesta amargura; lo demás es fácil: sabe mentir perfectamente.

—No pude impedirlo, mi general; no pude impedirlo; el señor Presidente dio órdenes terminantes y ni siquiera tiempo tuve de hacer alguna gestión; fue fusilado en el jardín del Palacio Nacional, y yo entonces no tenía el mando; era Lauro... usted lo sabe, mi general. Hubiera querido salvar al general Ruiz, pero no pude; no pude, mi general.

Blanquet recuerda en ese preciso instante cómo el Presidente, nueve meses antes de la Decena Trágica lo amonestó por su conducta; hay, pues, un motivo de resentimiento. Aquel día Madero expresó, en tono severo:

—Me han dicho que usted es muy sanguinario, y que en Matamoros, por diversión, se entretuvo en fusilar muchachos por su propia mano.

Blanquet tenía instrucciones, entonces, de batir a los contingentes zapatistas en el estado de Morelos.

El no es hombre que olvide las reconvenciones; más si procedían del Presidente de la República; por eso, no es tan sólo el comentario de Huerta, mendaz comentario relacionado con la muerte del general Ruiz; no es tan sólo eso, sino el recuerdo de la reprensión, que lo hace mostrarse decidido y abiertamente antimaderista.

Huerta sonríe, golpea con el puño la mesa.

—Mi general, tenemos en nuestras manos una situación muy grave, y debemos resolverla.

El general Aureliano Blanquet, con una mueca siniestra que quiere representar una sonrisa, ceremoniosamente se cuadra para llevarse la mano a la sien derecha y no hace el saludo militar que intentaba, pero responde:

—¡Lo que usted ordene, mi general!

En una forma tan sencilla se ha establecido ya, definitivamente, la consolidación de un puente que une a los dos militares.

Poco después, Blanquet sale para presentarse ante el Presidente de la República, pero antes escucha a Huerta, que le dice:

—Necesito que regrese pronto, mi general; tengo cosas importantes que comunicarle.

Se sella el compromiso. Volverán a hablar y volverán a poner el rumbo hacia el mismo objetivo; ninguno de los dos, ya se dijo, tiene



compromiso con su ética; son libres y están decididos a realizar las cosas, cueste lo que cueste.

Más tarde, los senadores Rafael Pimentel y Guillermo Obregón —éste, ya hemos señalado, un instrumento incondicional de Huerta— platican animadamente, y cuando Blanquet ha regresado a Popotla hablan con él para cumplir otra encomienda del soldadón de Colotlán.

Ya no hay caretas; ya no hay reticencias, y Blanquet, como se dice vulgarmente, tiene que dar color.

Los senadores sonrían; ellos saben que van ganando terreno en su propósito: la renuncia del presidente Madero y del vicepresidente Pino Suárez va a obtenerse más pronto de lo que esperaban, y por fin podrán apoderarse de las riendas gubernamentales y determinar el rumbo de su voluntad sin cortapisas, sin contratiempos; sus ambiciones andan retozando sin ataduras, sin freno.

El comentario general de la población civil, que soporta un día más de fuego, coincide en subrayar que quien dirige las operaciones militares es un inepto o de plano ya se viste con el atuendo de traidor. Lo más grave es que, al parecer, el presidente Madero no quiere entenderlo ni comprenderlo así.

Madero es optimista. La respuesta del presidente Taft aleja toda sombra de intervención del vecino país del norte. Además, piensa, Blanquet acaba de llegar y es significativo el hecho de que un grupo de soldados del 29º Batallón a su mando haya dado muerte a unos oficiales que pretendían sublevarlos.

Lo único que Madero ignora es la verdadera contextura de Aureliano Blanquet, capaz de renunciar a todo y capaz también de traicionar a todos. Pero estas cosas son las que muchas veces el presidente Madero no puede o no quiere ver. Quizá haya tenido asomos de la traición que ya está en marcha, pero es generoso, demasiado bueno, exageradamente confiado y deja, desgraciadamente, que las cosas transcurran.

Victoriano Huerta, más que el Secretario de la Guerra, convoca a una junta en la Comandancia Militar, reunión a la que asisten el secretario, general García Peña; el Comandante Militar de la Plaza, Huerta; el general de brigada José Delgado, segundo jefe de operaciones; el general brigadier jefe del Estado Mayor y otros personajes, sin que se haga público el motivo de la reunión.

En esa misma fecha, Lane Wilson, por escrito, hace saber claramente su posición. Escribe:

“Mi querido señor Strong. Recibí su carta relativa a que es deseable que el señor Lascuráin sea quien se encargue del Poder Ejecutivo en el caso de que éste falte. Estimo al señor Lascuráin en alto grado, pero me temo que no sea lo suficientemente enérgico para el puesto, pues mi experiencia en los últimos días me ha enseñado que es vacilante y fácilmente, cuando se excitan sus nervios, cae en depresión nerviosa.

“Han llegado a la embajada noticias de que Huerta es, de hecho, prisionero de sus oficiales en Palacio, y esa noticia, aunque no confirmada, explicaría por qué faltó ayer a la cita que él mismo me había dado. Según la noticia, los oficiales están en comunicación directa con Díaz y le dan aviso de cómo deben dirigir los fuegos para que tengan mayor efecto.

“Si puedo ser a usted útil en algo, tendré verdadero placer en poner mis servicios a su disposición. De usted sinceramente, Henry Lane Wilson.”

No es la única comunicación que el embajador firma ese día, porque a las trece horas envía este telegrama en que se refiere a la comunicación enviada por Madero al presidente Taft y que le es mostrada por aquél, según ya se dijo, señalando:

“Respecto al telegrama del Presidente, puedo decir que es irregular, falso y enredador, y que habiendo dicho esto él también, debo informar al Departamento en el mismo sentido. Mis colegas, que en unión mía enviaron una representación al Presidente pidiéndole renunciara, desean expresar su completa desaprobación al telegrama del Presidente en lo que se refiere a la naturaleza de nuestra gestión, que fue perfectamente entendida tanto por ellos como por el Presidente, que nuestra acción era amistosa y sin carácter oficial. Harán las mismas manifestaciones sus respectivos gobiernos. Apreciaré enormemente y espero que así se hará, que el Presidente, en su contestación al presidente de México, desaprobó francamente el velado ataque que se hace a esta embajada, la que está procurando hacer cuanto es posible por cumplir con su deber en esta situación excepcional; también espero que la nota de la embajada mexicana será refutada como falsa y enteramente irregular en el cambio de impresiones entre gobiernos. Aunque sólo los representantes de las grandes potencias han obrado de acuerdo conmigo en el caso, tengo la aprobación de todo el Cuerpo Diplomático.”

Simplemente como una observación en lo que respecta a este mensaje iracundo y mezquino de Lane Wilson, debe destacarse el hecho de que escribe con mayúscula la palabra Presidente cuando



se refiere al de los Estados Unidos de Norteamérica, y con minúscula cuando hace mención al mandatario de México. Esto puede dar idea de su mentalidad.

Por supuesto, Lane Wilson se ha arrogado espontáneamente, y sin ninguna base legal, la de portavoz del Cuerpo Diplomático.

La calculadora, fría y perversa intervención de Lane Wilson en la honda y deplorable tragedia de México, sabiendo perfectamente ya todo lo que puede o va a ocurrir, a las cuatro de la tarde de ese lunes, se manifiesta de nuevo al enviar otro mensaje a la capital de su país.

Esta vez expresa:

“El general Huerta acaba de enviarme nuevamente un mensaje anunciándome que puedo estar seguro de que va a tomar medidas que den por resultado la remoción de Madero, esto es, su caída del poder en un momento dado, y que el plan para ello ha sido perfectamente meditado, obedeciendo la dilación a que desea evitar violencias y efusión de sangre. No hice ninguna pregunta ni sugerí nada, pidiendo únicamente que no se matara a nadie si no era ajustándose a las prescripciones de la ley. No estoy capacitado para decir si esos planes se llevarán a efecto o no. Me limito a transmitir al gobierno lo que se me ha dicho y accedí a escucharlo con la íntima conexión que tiene con la situación que guardan nuestros nacionales en esta ciudad.”

Lane Wilson se ostenta aquí como un hipócrita, un mendaz hipócrita, porque lo sabe todo y osa decir que no hizo preguntas, que por lo demás saldrían sobrando; Huerta es un entreguista capaz de vender su alma.

Tres horas después cursa otro telegrama, y otra vez es el mismo destinatario, poniendo de relieve su complicidad.

En este telegrama, el embajador da cuenta del trabajo de las comisiones que ha organizado para ayudar a sus compatriotas; cuenta también que esa mañana fue colocada una batería en la manzana donde está la embajada, determinando el pánico; apunta textualmente:

“Escribí una nota correcta a Huerta pidiéndole cambiara la batería a otro lugar de la ciudad. Me contestó en una nota sumamente correcta, diciéndome que mi súplica había sido atendida.”

Indica también que se ha pedido un cese del fuego a las 3:30 para discutir la cuestión de un armisticio o una limitación definida de la zona de riesgo, pero precisa que muchos que están en la zona peligrosa se rehúsan a salir de sus domicilios.

Hay, además, otro telegrama que envía a las diez de la noche, demostración plena de su complicidad con los hechos y que revela estar al corriente aun de los menores detalles del atentado que va a cometerse contra el presidente Madero.

Debe señalarse que ya el gobierno de Madero ha pedido la remoción de Lane Wilson, por considerar que no se ajusta a lo establecido en materia diplomática, inmiscuyéndose en asuntos políticos que única y exclusivamente competen a los mexicanos; hay, pues, la posibilidad de que sea expulsado del país.

Es éste quizá uno de los factores que determina a Victoriano Huerta a obrar como lo hace más tarde.

Pero volvamos al telegrama de Lane Wilson a las diez de la noche del lunes 17.

Expresa:

“Los cañones de Blanquet están apuntando hacia el Castillo de Chapultepec, lo que indica que están en connivencia con Díaz. Los soldados de Blanquet han quedado encargados de la custodia de Palacio, lo que está de acuerdo con el mensaje enviado por el general Victoriano Huerta de que todos los soldados maderistas sean retirados y reemplazados por tropas de su personal de confianza. Espero que mañana habrá acontecimientos importantes.”

O es un genial pitoniso sin rival en el mundo; Lane Wilson tiene pleno conocimiento de lo que va a suceder.

Es obvio que Lane Wilson calla a su gobierno lo que estima prudente ocultar, que no conviene, pues de otro modo se descubriría de cuerpo entero su intervención en el caso.

Esa tarde las tropas del general Aureliano Blanquet, en efecto, quedan destacadas en el Palacio Nacional; Aureliano Blanquet sienta sus reales con la mayor comodidad y los elementos de clara filiación maderista son desplazados.

Lane Wilson lo sabe perfectamente, y tan lo sabe que ha de decir al embajador cubano Márquez Sterling que: “Mañana todo habrá terminado, señor ministro”.

Hoy, que la documentación puede mostrarnos la corroboración de los hechos, se afirma que la complicidad de Lane Wilson en la caída y asesinato de Madero es innegable. Estaba perfectamente al tanto de cuanto iba a ocurrir, a pesar de que años más tarde tuviera la osadía de declarar que: “Yo no supuse ni por un momento que un violento golpe de Estado ocurriría o que Madero se vería sometido a la presión de circunstancias aplastantes.”

En todo momento campea, sí, conviene precisarlo, que Lane Wilson procedía por su exclusiva y muy personal responsabilidad, sin que tuviera que ver ni su gobierno ni el pueblo de la nación vecina.

Mientras avanza la traición en torno a Madero, mientras madura el plan completo, uno de los que más diabólicamente se hayan urdido, pues se previenen hasta mínimos detalles, circunstancias fortuitas coadyuvaron para su cabal y precisa realización; cabe señalar que quien mayor desconfianza tiene respecto a la conducta de Victoriano Huerta es el hermano del presidente Madero, porque incluso llega a saber por medio del diputado Jesús Urueta, que vive en casa contigua a la de Enrique Cepeda, en las calles de Nápoles, que allí se han reunido Huerta y Díaz. Ya se sabe: Cepeda es el correveidile y compadre de Victoriano.

Por otra parte, Gustavo Garmendia, ayudante del Presidente de la República, ha sido informado por el capitán Enríquez sobre la conversación entre el Comandante Militar de la Plaza y su jefe de Estado Mayor, García Hidalgo; lo oye, sin quererlo, aprovechando que momentáneamente sustituye a un oficial en servicio.

Pero el Presidente continúa cerrando los oídos y los ojos a estas versiones que tienen mucha miga de realidad y ya son plena corroboración de lo que antes fueron simples rumores.

¿No es suficiente con lo que ya ha sucedido?

¿Acaso no sabían todos los capitalinos que estaba fraguándose un movimiento y que los cabecillas iban a ser Bernardo Reyes, Félix Díaz y Manuel Mondragón?

Madero señaló siempre que se trataba de exageraciones y los hechos pusieron en claro que no eran tal, sino la verdad absoluta.

¿Acaso no es suficiente todo eso?

Los datos que posee don Gustavo Madero son veraces e incluso han precipitado incidentes entre el propio general y él, mas ¿cómo convencer al Presidente, cuya obstinación duele en el alma?

Huerta, por su parte, en mil formas sabe escabullir el bulto; como ve a cada momento al Presidente, lo persuade, lo ciega y le dice incluso que con don Gustavo ha llevado y lleva buena amistad, “y aunque nada me dice en concreto, en apoyo de lo que voy a manifestar a usted, señor Presidente, me parece adivinar, me parece entrever en sus palabras y en su actitud que no me tiene mucha confianza”.

El Presidente, que es un hombre bueno, de excesiva confianza en sí mismo y en muchos de quienes lo rodean, explica que así es don Gustavo, que su carácter se presta para estas cosas y no debe



determinar ninguna preocupación, desde el momento mismo en que él no duda de su jefe de operaciones, “porque, además, él lo aprecia a usted”.

Para que Huerta recobre la confianza respecto al sentir del Presidente en lo que toca a él, le dice:

—No haga caso de nada, como tampoco yo lo hago. En situaciones como ésta nunca faltan cuentos más o menos audaces. ¡Figúrese que me decían que andaba usted en tratos con Félix Díaz!

Huerta se estremece y hace flamear sus ojos tras el oscuro cristal de sus lentes; ha sentido en carne viva la sospecha del Presidente y no tiene certeza de que realmente le crea. Protesta una vez más su lealtad; refiere que debe tenerse confianza en él y mentalmente, mientras esto sucede, Huerta comienza a indagar sobre quién pudo ser el hombre que ha dado datos precisos al mandatario o alguno de sus allegados, probablemente don Gustavo. Y deseándolo, en un repaso mental, eslabona sucesos y desemboca en una conclusión; no puede ser otro que el capitán Enríquez, con quien horas más tarde ha de tener una escena violenta y le llama incluso oficial indigno, aparte de que le indica que está arrestado y se abrirá una averiguación en su contra. Minutos después ha de producirse, allí mismo en las oficinas de la Comandancia Militar, el suicidio del capitán Vidal Enríquez.

Pero Huerta tiene indicios de que no debe abrigar mucha confianza respecto a su plan.

Los acontecimientos siguen su rumbo; la Decena Trágica cabecea hacia el fin.

Los días amargos, dolorosos, que ha vivido la ciudad de México se van acercando al ocaso, por más que aun el presidente Madero no advierta con claridad lo que sucede, lo que ya muchos perciben, a pesar de que ha tenido un incidente hace muchos meses con el general Blanquet, a pesar de un incidente con el general Huerta y que éste demandó que se le tuviera confianza.

Mas Huerta está ahora convencido que necesita adoptar medidas rápidas, inmediatas, si es que no quiere tropezar con el fracaso. Ahora mide la necesidad imperativa de proceder; no caben ya posiciones ni titubeos, aunque viéndolo bien, él no es de esa ralea y por lo tanto ignora lo que es eso.

Por otra parte, siente que Gustavo Madero es el más temible de los adversarios y es posible que el Secretario de la Guerra, general Angel García Peña, tenga también sospechas, aunque no se atreva a externarlas.

Además, la demanda del gobierno americano respecto a Lane Wilson puede trocarse en obstáculo en un momento dado, con la expulsión inmediata del norteamericano, lo que equivaldría a un derribamiento absoluto de sus planes. El sabe, conoce hasta la saciedad lo que Lane Wilson representa para su objetivo.

—¡Expulsión del país!

Estas palabras asumen en tales condiciones una proporción imponderable y al mismo tiempo temida, pues ha sido desleal su conducta, que empuja a violentar su proyecto y jugarse todo a una carta, de consecuencias imprevisibles, a pesar de las precauciones y la meticulosidad de la preparación.

Por este motivo, Huerta cavila largamente sobre su actitud y se decide, pues Lane Wilson ha estimulado una actividad subversiva y ahora las vacilaciones pueden tener resultados desastrosos, de tal manera que quema las últimas de sus resistencias y se dispone a soltar el freno de su ambición, largamente acariciada, y si algún obstáculo conturbaba su espíritu, ha de deshacerse de él después de aquella plática con el Presidente, de la que Huerta extrae también una sospecha.

A pesar de que el Presidente reitera su confianza y le ha pedido se desatienda de la actitud de don Gustavo, Huerta, aparte de desoír versiones carentes de fundamento, en el fondo sabe que ya no pueden detenerse las cosas por más tiempo y debe adoptar resoluciones fulminantes.

Es inspeccionada ese día la fuerza de Blanquet en la Tlaxpana; ha estudiado, analizado y logrado que se acuerde la concentración del fuego sobre la Ciudadela; en suma, tiene todo listo para la consecución de su plan.

Ese mismo lunes, desde el "cuartel general revolucionario", es decir, la Ciudadela, el infidente Félix Díaz hace circular un volante en el que indica que tiene conocimiento "que han circulado anónimos de procedencia maderista en que se dice que yo prefiero la intervención extranjera antes que se salve el gobierno maderista".

Protesta su patriotismo y cualidades de abolengo, pero lo cierto es que está en abierta connivencia con el embajador Lane Wilson, y como para que no se olvide que otro general se encuentra en la Ciudadela, Manuel Mondragón firma un manifiesto dirigido al país en el que truena contra Madero y su gobierno. Dice que "hoy a las tres de la madrugada se incorporó un numeroso grupo del bizarro 29^o Batallón a las fuerzas revolucionarias que tienen su cuartel general en la Ciudadela, encabezado por su experta y fogueada oficialidad".



Mondragón siente que se menoscaba su personalidad, que Félix Díaz crece desmesuradamente y le hace sombra, y aun cuando hay un entendimiento real, no deja de establecerse mediante las firmas separadas, el deseo vanidoso de que no se le olvide.

Puede ser que en el fondo los dos jefes tengan alguna discrepancia que no se atreven a externar, ni es conveniente que se divulgue, pero la firma de los volantes por Félix y la firma del manifiesto por Manuel, cuando deberían mancarnarse sus nombres en cuanta publicación surja, hacen abrigar la sospecha de que recónditamente la ambición es factor importante en el cuartel de la Ciudadela, más aún porque las entrevistas, las intervenciones para llegar a un entendimiento se han realizado siempre con el general Díaz.

En una o en otra forma, el hecho es que el lunes 17 de febrero los acontecimientos llegan al umbral, penoso umbral, de una de las fechas más ignominiosas de la historia de México.

Huerta, Díaz y Mondragón, con Aureliano Blanquet, alentados, si no es que jefaturados por Henry Lane Wilson, establecen también una página negra que no puede ni podrá ser borrada a lo largo de la vida de nuestro país.

Cabe aquí encajar lo que Diego Arenas Guzmán relata en su libro *Radiografía del Cuartelazo*:

"Henry Lane Wilson se lo dijo a don Alfredo Robles Domínguez el día 17 de febrero de aquel fatídico año de 1913, y Robles Domínguez me lo contó apenas pasada la entrevista:

"—Nuestros gobiernos están resueltos a favorecer el establecimiento de una dictadura militar en México, porque sólo ese es un gobierno fuerte, afirma el embajador.

"El ministro de España, Cologan y Cologan:

"—Yo no tengo instrucciones al respecto.

"Reiteración de Lane Wilson:

"—Pues yo sí, y estoy procurando un entendimiento entre Félix Díaz y Huerta por conducto de De la Barra. Es preciso eliminar a Madero.

"Réplica de Robles Domínguez:

"—La fuerza de un gobierno, señor embajador, no depende del nombre que tenga, sino de la confianza que pueda inspirar al pueblo y de su acierto en la implantación de reformas que el pueblo mismo está esperando."

Faltaban solamente unas horas para que se consumara en toda su plenitud el tenebroso proyecto que fue madurando, con ejemplar minuciosidad, con refinada perversidad y con extraordinaria cautela

uno de los hombres más nefastos y sanguinarios que hayan vestido el uniforme militar: Victoriano Huerta.

Faltaban tan sólo unas horas para que se realizara el abominable crimen; el crimen que habían estado afanosamente buscando personajes tan torvos como Cecilio Ocón y Rodolfo Reyes, los civiles y otros que financiaron, también con cercenación de todos los escrúpulos, la conjura, cuya parte culminante estaba por asomar.

Iba ya acercándose el final de la Decena Trágica; era ya el noveno día.

Los cañones, los fusiles, las ametralladoras, seguían activos, pero más importantes que los combates en plena calle, más importantes que el bombardeo contra la Ciudadela y contra la población y las zonas que nada tenían que ver en la lucha; más importante que todo eso era la conjura, cuyo nervio motor, ya se dijo, era un dipsómano de oscuros lentes, sin reticencias, que iba a precipitar las cosas, porque estaba cierto y seguro que las sospechas acerca de su conducta adquirirían ya caracteres graves y el fracaso, de no proceder con celeridad, tendría que hundirlo definitivamente, desterrando así sus ambiciones, sus anhelos y sepultando para siempre su ambición que acariciara a lo largo de tanto tiempo, en silencio, pero siempre en asechanza constante: la Presidencia de la República.

Huerta, pues, estaba pisando el dintel de la decisión última y adoptó de pronto una urgencia que, sin embargo, encajó por completo dentro del plan que había ido tejiendo y desenvolviendo poco a poco.



CAPÍTULO XV

MARTES 18 DE FEBRERO

Durante buena parte de la noche del lunes 17 de febrero, dos hombres han estado tomando allí en las oficinas de la Comandancia Militar de la Plaza: uno hábil y calculadoramente, otro sin freno.

Sus nombres son: Jesús Urueta, abogado y diputado al Congreso de la Unión, además estupendo orador, y el otro: Victoriano Huerta, militar, desalmado militar.

No es una novedad, porque con alguna frecuencia gustan de charlar largamente y por supuesto, al calor del vino. Huerta quizá ronde ya por la dipsomanía.

Urueta ha llegado a Palacio Nacional con don Gustavo Madero, quien pretexto tener que arreglar algunos asuntos, y su encomienda es incitarlo a beber, lo que no cuesta, ciertamente, ningún trabajo.

Las libaciones son abundantes, tan abundantes que Huerta, capaz de resistir de pie después de ingerir dos botellas de cognac, se siente ebrio cuando aparece don Gustavo Madero, ya muy cerca de las dos de la mañana del martes 18, pero ahora llevando en la mano una pistola, y sin vacilaciones, enérgicamente, se planta frente al general Huerta, el torvo comandante.

—Sé perfectamente todos sus turbios manejos.

El militar, hombre cruel trastornado por el alcohol; Huerta hombre apasionado, desleal y matón, advierte que el gesto de don Gustavo Madero es positivamente resuelto y no ha usado eufemismos ni ha titubeado al increparlo; además, esgrime una pistola y al parecer está decidido a disparar... Huerta retrocede hasta un rincón sin hacer ningún ademán de protesta o resistencia, aunque melosamente reitera su gran fidelidad.

—Ya le he dicho al señor Presidente que soy leal y se lo voy a demostrar... usted se equivoca don Gustavo, se equivoca.

Pero don Gustavo Madero no atiende razón alguna; son demasiadas las versiones coincidentes señalando la traición de Victoriano Huerta, a quien desarma para encerrarlo en su propio despacho, dejándolo custodiado por don Adolfo Bassó, intendente de Palacio y el propio diputado Urueta.

—Voy a informar al señor Presidente.

Dice y se ausenta. Después ante su hermano expresa:

—Te lo he dicho Pancho, Huerta no es leal y lo tengo detenido.

El Presidente se sorprende en parte; no es la primera vez que su hermano tiene animadversión y sospechas sobre la conducta del Comandante Militar que ha substituído al general Lauro Villar, ahora herido. Además lo dicho por su ayudante Gustavo Garmendia respecto a la conversación de Huerta con García Hidalgo, que sorprendió el joven capitán primero Vidal Enríquez. . . no; no es posible, piensa.

—¿Lo tienes detenido?

—En su propio despacho.

Madero entiende lo que representa la detención de Victoriano Huerta. Quizá por un momento esté completamente de acuerdo con la violenta medida de su hermano Gustavo, pero después se resiste a creer la conducta de aquel hombre al frente de las tropas, tal vez tampoco llegue a abrigar la sospecha de que en un momento dado se convierta en el peor de los enemigos.

Por eso dispone que el Comandante Militar comparezca ante él.

—Quiero hablarle.

Dice, y minutos después Huerta está cara a cara con el mandatario.

Ni un músculo de la cara de Huerta se altera; su mirada que podía haber delatado su verdadera intención, su miedo o su ironía, aparece con la pantalla de los negros lentes; esta vez no hay ventana para hurgar en el alma de este hombre perverso y cruel.

—Fui informado del incidente con usted general, ¿qué dice usted?

La voz de Huerta, aguardentosa, es sin embargo, pausada.

—Señor Presidente, no una, sino mil veces le he protestado a usted mi lealtad. Lo he probado en cuanto me ha sido posible.

Tampoco hay músculo facial de Madero que se altere.

—Señor general, señalan que usted está en estrecha relación con el ingeniero Enrique Cepeda. . .

Si hubiera sido posible medir la inquietud en los ojos de Victoriano Huerta, se comprendería la verdad; pero los malditos lentes



oscuros eran mampara del sentimiento, no permitía atisbar su verdadero estado anímico.

—Señor Presidente: seré franco, aunque no quiero por ello faltarle al respeto. Soy soldado y comprendo mi obligación ante la más alta autoridad del país; pero es un asunto grave. . . en este caso la relación que existe entre el ingeniero Enrique Cepeda y yo tiene un solo motivo, señor Presidente; y perdóneme que tenga que decirle: son cuestiones de faldas. Ya le he dicho cuál es mi modo de pensar y cómo le he reiterado mi lealtad. Pueda ser que mi entrañable amigo don Gustavo se haya equivocado esta vez, pero yo quiero señalar, señor Presidente, que en el caso concreto de la Ciudadela he aplazado el asalto final porque no quiero exponerle a ningún fracaso. Usted conoce cómo acostumbro, señor Presidente, llevar a cabo mi labor y si usted me lo permite y ya que las circunstancias así lo exigen, atacaré a las tres de la tarde y a las cinco yo le ofrezco a usted que estarán colgados en las puertas principales de Palacio los generales Díaz y Mondragón y los que le siguen. Estos “ciudadelos”, señor Presidente, no deben ser ya motivo de preocupación para usted.

Madero parece aceptar la disculpa y lo dice, porque él es así:

—Señor general, no es que yo desconfíe de su lealtad; es que se ha precipitado una serie de hechos que tal vez nos hayan engañado; otras veces le he dicho a usted que mi hermano Gustavo es así, pero también le he dicho que lo estima mucho. Me parece que un plazo de veinticuatro horas será suficiente para que pueda reafirmar con hechos esa lealtad que hasta ahora ha mantenido usted hacia mí. Mi hermano le devolverá sus armas, señor general, y espero que esta vez, como usted dice, los “ciudadelos”, dejen de ser lo que son.

Después el Presidente reprende a su hermano Gustavo; él tiene sus razones para querer servirse de Huerta por el momento; también recónditamente abriga ya la sospecha de que no hay mucha limpieza en su conducta.

Huerta abraza a don Gustavo Madero; parece que no ha pasado nada.

—Se lo digo a usted don Gustavo; “no quería exponer al señor Presidente a las contingencias de una derrota”.

Al parecer, el incidente queda en el olvido.

Pero Victoriano Huerta no olvida.

Cuando el soldadón abandona el despacho presidencial lleva ya hirviendo en su pecho la torva resolución; ha comprendido que el enemigo número uno es el hermano del Presidente e incluso el propio jefe de la nación debe sin duda abrigar una sospecha cuya dimen-



sión no se atreve a calcular, pero hondas arrugas le surcan la cara y se reacomoda los lentes, signo evidente de su preocupación, según su costumbre. Ahora, ya él mismo admite que no puede haber aplazamientos, es necesario jugarse una carta respecto el futuro y de ella depende su propia vida; es una encrucijada con única, solitaria salida: tomar el camino que ha calculado e incluso anunciara el embajador norteamericano. Por eso Victoriano Huerta, cuando abandona el despacho es otro hombre, otro hombre que no tiene vacilaciones ni admite el retroceso de propósito; no tardará en amanecer y la llegada de un grupo de senadores, porque lo ha pedido, hablará con él.

Consignamos este hecho con las reservas del caso, pues se antoja difícil que un militar como Huerta pudiera ser desarmado. Figura el hecho, de todos modos, en la bibliografía que se ofrece al final.

Los senadores se reunieron en la casa del legislador Sebastián Camacho y así es; casi puede decirse que asoma el sol cuando nueve personajes llegan a la Comandancia, arrogándose la falsa representación de sus colegas; quieren hablar, dicen, con el general Huerta y éste, que les espera, por supuesto, los recibe con los brazos abiertos.

Es el senador Guillermo Obregón, quizá la marioneta número uno de Huerta, el instrumento aún maleable entre ellos, quien rompe el fuego:

Están alarmados; quieren —dicen— que se tomen medidas definitivas en pos de la renuncia del presidente Madero, del vicepresidente Pino Suárez y del gabinete.

La amenaza de una intervención ha motivado —recalcan— que el Senado tenga que adoptar un camino resolutivo.

Por patriotismo —argumentan—, se imponen decisiones rápidas y efectivas, determinaciones que conduzcan a conjurar el peligro que representa la injerencia de los asuntos internos de México, de otro país, cualquiera que éste sea, pero sobre todo del vecino norteamericano, que además ya ha amenazado francamente con ello.

Están empeñados en presentar un cuadro de inminente peligro, un cuadro tético que puede desembocar en una crisis internacional; por eso, reiteran, es necesaria la adopción de medidas enérgicas y además urgentes.

Huerta ladinamente, como que lo ha preparado todo, extrae entonces de su escritorio un documento firmado por varios generales y constituye un instrumento para sus fines; también está, claro, el acta que se redactara la víspera, donde se señala que es casi imposible por ahora tomar por asalto la Ciudadela, según el estudio reali-

zado con los puntos de vista presentados por el Comandante General de la Artillería, coronel Guillermo Rubio Navarrete, respecto al cañoneo de la fortaleza.

Además, como sigue cabalgándose tras de lo que tanto anhela y ha venido preparando, pretexto carecer de lo indispensable para aplacar la rebelión.

—Señores, si carezco de elementos militares suficientes, difícilmente puede emprenderse la ofensiva que nos permitirá apoderarnos de los “ciudadelos”.

Huerta da así carpetazo a su promesa hecha horas antes ante el presidente Francisco I. Madero; así se desvanece su ofrecimiento de atacar a las tres de la tarde, para tener dos horas después “colgados de las puertas de Palacio a los generales Díaz y Mondragón”.

Los senadores acuerdan entonces llamar al Secretario de la Guerra. Pero García Peña con toda su bonhomía contesta, no sin cierta ampulosidad:

—Si Huerta tiene que comunicarme algo, es él quien debe venir a mí. Yo soy el Secretario de la Guerra. . .

Quizá, o mejor dicho, le asiste la razón, pero la hora no era para pensar en susceptibilidades; pero la condición humana es así,

Pero el pretoriano, que recibe el mensaje, sabe revirarlo con un añadido: no es él quien pide su comparecencia, sino un grupo de senadores y el presidente de la Suprema Corte de Justicia de la Nación, licenciado Francisco Carbajal, el mismo que representara, con otros dos personajes a don Porfirio Díaz en la pacificación de Ciudad Juárez, meses antes.

Está presente en la junta otro general, tan torvo como su superior: el jefe del 29^o Batallón, Aureliano Blanquet.¹

El senador Obregón le ha dicho a Carbajal:

—Señor, a fin de evitar la intervención extranjera e impedir mayores males, le exhortamos a que tome la actitud que le corresponde como jefe del ejército, y convenza al señor Madero de que su renuncia es necesaria o lo obligue, si fuere preciso, ya que eso es lo único que puede salvar a la patria.

Pero el licenciado Carbajal, pese a su filiación netamente porfirista, esta vez se indigna y protesta, por habersele llamado para una actividad que choca abiertamente con su elevada investidura.

Visiblemente irritado, con graves inflexiones de voz fustiga a los senadores como corruptores del ejército y la tormenta amenaza

¹ En los escalafones del ejército federal, Blanquet está registrado como Aurelio Blanquet; optamos por escribir el nombre con que históricamente se le conoce.

desatarse desbordada, echando a perder de paso todo cuanto se ha realizado de acuerdo con el general Victoriano Huerta; por eso, uno de los legisladores, atenúa las cosas.

—Señores, no caben las excitaciones; hemos venido aquí con el propósito de entrevistar al señor Presidente y hablar con él; le queremos suplicar al señor ministro que sea el buen conducto para gestionar esa entrevista; debemos hablar con el señor Presidente, para poner en claro algunas cosas.

Carbajal se serena, acepta ser intermediario para gestionar la entrevista; en verdad, si los senadores hablan con él quizá tengan la respuesta que buscan y abandona el despacho para ver a Madero, propiciando la multitudada entrevista.

Huerta, por su parte, también abandona la sala donde se encuentran los senadores y va a saludar de nuevo a Madero, quien al verle le dice:

—Acabo de saber que unos senadores, enemigos míos, lo invitan a que impongan mi renuncia.

—Sí, señor Presidente, pero no les haga usted caso, por que son unos . . . bandidos . . . las tropas acaban de ocupar el edificio de la Asociación de Jóvenes Cristianos, que es la llave del asalto a la Ciudadela.

Huerta sonríe enigmáticamente y sus ojos fulguran como otras ocasiones, detrás de los oscuros lentes, mampara de perversidad.

Todo enfila hacia sus propósitos y su alma renegrida sabe bien lo que se avecina, porque lo ha ido preparando meticulosa, perversamente.

Veinte minutos después, los nueve senadores entran al despacho presidencial. Físicamente no son los mismos, ahora el rostro se ha afilado, a pesar de su resolución, de su connivencia; sienten que la presencia de Madero despierta un respeto inesperado, que no es lo mismo vociferar a sus espaldas que hacerlo de frente, no es fácil sostener la mirada ni conmoverse ante la gran serenidad del hombre; por eso se sienten cohibidos y algunos hubieran querido encontrarse en cualquier parte, menos allí; pero ya es tarde y no cabe la media vuelta, aparte de que todo es secuencia del plan que se ha trazado Huerta.

—Estoy a sus órdenes señores, ¿qué asunto los trae por aquí?

Madero no altera el timbre de su voz; no hay ni en su actitud ni en sus palabras asomo de sorpresa; es como si los hubiera estado esperando.



Otra vez el senador Obregón, el instrumento mejor de Huerta habla, sólo que ahora es su oratoria confusa, ininteligible, llena de evasivas e inconsistente, sin concretar nada en absoluto.

Traga saliva cuando titubea en su exposición deshilvanada y si Madero es hombre sereno, que sabe esperar ésta y muchas otras cosas, el ministro de Justicia Vázquez Tagle rompe la paciencia y lo conmina con tan sólo tres palabras que son decisivas:

—;Hable usted claro!

Obregón palidece, su bigote enhiesto a fuerza de cosméticos, tiembla brevemente; después invoca la palabra patriotismo, el patriotismo de Madero y le pide que para conjurar a su juicio todos los peligros, pero sobre todo el de la intervención extranjera, debe firmar su renuncia.

Todos esperan que Madero se pronuncie violentamente fuera de sí y se quedan atónitos cuando modula su voz y vuelve pausadas sus expresiones. Mueve la cabeza de un lado a otro y deja caer estas palabras que han de ser como un latigazo sobre los senadores.

—Jamás renunciaré. El pueblo me ha elegido y moriré, de ser preciso, en el cumplimiento de mi deber, que está aquí.

Se vuelve rápidamente y de una carpeta extrae un telegrama que procede del presidente de los Estados Unidos de Norteamérica, Mr. Taft.

Lee y luego comenta:

—Esto es lo que dice el presidente Taft; de manera que calmo sus inquietudes y queda preciso que no hay amenaza ninguna de intervención; por otra parte ya advierten ustedes lo que se dice sobre las versiones inexactas de un embajador.

Hay una pausa que vuelve mucho más inquietos a los senadores.

Han comprendido que su gestión se encara al fracaso y puede asegurarse que no pueden obtener la renuncia que quieren y que Huerta está esperando.

La pausa consume a los senadores; después dice Madero con esa extraña parsimonia que pone de relieve su indiscutible serenidad ante los graves problemas y ante las dificultades que surgen en un momento dado.

—No me llama la atención que ustedes vengan a exigirme la renuncia, porque, senadores nombrados por el general Díaz (Porfirio) y no electos por el pueblo, me consideran enemigo y verían con gusto mi caída.

Los senadores Enríquez y Castellot aseguran al Presidente que su actitud no debe considerarse hostil hacia él o su administración, sino que más bien han ido a expresar una honrada opinión patriótica.

Es más, el Presidente les pide a los dos senadores que platicuen con el general Victoriano Huerta para que le expongan que no existe ningún peligro extranjero. Y lo manda llamar.

—Mi general —le dice—, explíqueles sus planes de la tarde a los señores senadores.”

Cuando se habla de las tres de la tarde; cuando ha detallado lo que se piensa para dentro de unas horas, Madero ha de decirlo a su vez:

—Ahora, ¿ven ustedes? El general Huerta tiene sus planes y confía en los buenos resultados. No hay razón para alarmarse señores.

Así puede aventurarse que los senadores abandonan el despacho presidencial, con perdón de los canes, igual que los perros, con la cola entre las piernas.

Madero piensa en la posibilidad de utilizar tanto a los senadores como el propio Huerta, para el sostenimiento del régimen.

Parece ser que este día, las horas se desgranán con asombrosa facilidad, con vertiginosa rapidez; que el vértigo se apodera del tiempo, precipitándolo hacia el abismo.

Huerta principalmente sabe que incluso el ofrecimiento que le hiciera el Secretario de Hacienda, cuando hizo saber que atacaría a las tres de la tarde, el ofrecimiento de un obsequio de cincuenta mil pesos no es sino algo más, de los propósitos maderistas, ya en el tobogán, y por eso replica:

—Prefiero un “contratito” que valga esa cantidad, porque quiero ganármelo con mi trabajo.

Es que ya se realiza cada uno de los puntos del diabólico plan trazado.

A las 8 de la mañana —¡Muy temprano para ir un ministro a la casa del canciller!— el ministro de Cuba, doctor Manuel Márquez Sterling acude a la casa del Secretario de Relaciones Exteriores, licenciado Pedro Lascuráin. Busca la libertad de un amigo, que ha sido aprehendido.

Las fuerzas rurales han efectuado una redada por la noche y han detenido a ese amigo, porque se creía que en su casa estaba oculto Alberto García Granados, que por supuesto está inodado en el cuar-



telazo. Es el mismo que un día dijera, a guisa de chiste: “La bala que mate a Madero salvará a México” y lo dice, en broma, pero sus adictos lo repiten tanto que los maderistas han de irritarse, fomentando dura odiosidad.

Tiene que hablarse con el canciller de la situación; Márquez Sterling es el que pregunta y el que explica es Lascuráin; no hay nada que temer de posible intervención extranjera, después del telegrama que ha enviado el presidente Taft, tácitamente desautorizando al embajador Lane Wilson.

Para ese entonces y aunque Lascuráin no lo diga, se ha pedido ya el retiro del diplomático y el gobierno puede, si fuese necesario antes, dictar su expulsión del país, pues no ha sabido responder a su verdadera misión como representante diplomático de un pueblo amigo, de un país que no desea y tácitamente desautoriza a su representante, inmiscuirse en asuntos que sólo competen a México y a los mexicanos y en cuanto al panorama interno, cabe subrayar que los militares han garantizado que esa misma tarde tomarán la Ciudadela y se muestra optimista y confiado respecto al futuro.

Sobra decir que ni remotamente tiene idea de que está fraguándose en sus fases finales la más diabólica de las acciones. Se interrumpe la conversación entre los dos diplomáticos con la llegada del almirante Von Hintz y en el automóvil de éste amparado con la bandera alemana, parten rumbo a Palacio Nacional el propio diplomático del Kaiser y el canciller mexicano, que lleva el propósito de tratar con el Presidente el problema planteado por Márquez Sterling, respecto a la prisión de su amigo.

Ya hemos dicho que las horas se desgranán con una celeridad espantosa, que se camina sobre un sendero lleno de ascuas y quien mejor sabe lo que ha de ocurrir es el torvo héroe de Bachimba, Victoriano Huerta, el de los lentes oscuros, el que ha cambiado a los leales combatientes maderistas “Carabineros de Coahuila” para substituirlos por tropas del 29º Batallón, al mando de otro asesino desalmado: Aureliano Blanquet.

Los artilleros de la Ciudadela, mientras tanto, inician feroz bombardeo sobre el Palacio Nacional, estallando alrededor de unas cuarenta granadas en las inmediaciones de la residencia del Ejecutivo; pero Huerta también sabe lo suyo y sus cañones, quizá por primera vez y con mayor eficacia esparcen los mortíferos balines sobre la azotea de la Ciudadela, sembrando el espanto y determinando que el general Félix Díaz comprenda que Huerta está en posibili-

dad de arrasar el reducto sin miramientos; de aquí que sus hombres, los "ciudadelos" se alarmen, palidezcan y sientan ahora sí el rigor de la batalla. Ellos no lo entienden, pero Félix Díaz sí: sabe que ese bombardeo es producto de una advertencia y Huerta lo dice después: "Tuve en varias ocasiones que cañonear la Ciudadela, pues se les olvidaba a los que estaban dentro que yo era el alma y que su salvación estaba en mis manos"; quería hacer sentir su poderío y demostrar, con hechos, lo que era capaz.

No se podía jugar a esas alturas a los engaños y el compromiso era tácito; el compromiso: que Huerta asumiera interinamente la Presidencia de la República; por eso a las doce del día el fuego que hacen los "ciudadelos" se debilita notoriamente hasta cesar casi por completo; ahora lo que va a seguir ya no podrán decirlo las bocas de los cañones, ni el tableteo de las ametralladoras, ni el enjambre de balas que surcaba el espacio, procedentes de los fusiles; Huerta sabía perfectamente cuál era el siguiente de los pasos y no vacila en darlo.

Todos los militares y civiles que han participado en el cuartelazo comprenden que las horas decisivas se acercan a marchas forzadas y que la solución, como resultado de asqueroso contubernio va a poner fin al conflicto por el momento, aunque después quizá las fuerzas de la violencia asuman niveles de vértigo incontenible.

Alrededor de la una y media de la tarde, don Gustavo Madero y el general Huerta deciden asistir a la comida en el restaurante Gambrinus y, antes de partir, Madero hace extensiva la invitación al general Blanquet; éste escucha cuando Huerta interviene, diciendo:

—No, señor Madero, el general Blanquet no puede concurrir a la comida porque es indispensable que se quede aquí un jefe y así o va él o voy yo. Lo mejor será que otro día invite usted al general Blanquet.

Asiente don Gustavo y con las demás personas que han de ir a la comida se aleja para abordar los vehículos que están esperando para transportarlos.

Huerta, por su parte, con el pretexto de liquidar algún asunto pendiente, se queda intencionalmente en la oficina. Llama a Blanquet y a solas le dice:

—Ya mandé llamar al general Angeles; inmediatamente que llegue lo reduce usted a prisión.

Blanquet de momento no entiende el sentido de esa orden o mejor dicho no entiende cabalmente; quiere quizá pedir alguna explicación o algún complemento y sin embargo, mordiéndose los labios, dice después:



—Está bien, mi general.

Debe señalarse que desde las primeras horas de la mañana se encuentra allí el ingeniero Enrique Cepeda, deambulando por los corredores próximos a la Comandancia Militar, aparentemente sin objeto, pues le ha dicho a Blanquet que va a esperar a Huerta, con quien tiene que tratar algún asunto. Pero Blanquet comprende que está allí alguien que dará cuenta de cuanto hace, conforme a las órdenes que recibe.

Ajustándose los lentes sobre la nariz con gran nerviosismo, como siempre lo hace en momentos de gran preocupación, Huerta añade:

—Una vez cumplida esta orden, manda usted una fuerza para que intime rendición al presidente Madero y a todo su gabinete, poniéndolos finalmente presos en tanto se obtenga su renuncia de aquél; esto se hace de acuerdo con la Cámara y el Cuerpo Diplomático. Todo está convenido y arreglado.

Huerta no espera ya ninguna respuesta del general Blanquet; no la desea, no quiere entrar en detalles; por otra parte, sabe que como militar puede disponer y no admitir que sus órdenes sean discutidas.

El estupor del jefe del 29º Batallón, Aureliano Blanquet, es momentáneo; se queda estático, indeciso y desconcertado, con todo y que haya tenido algunos detalles sobre la conjura; pocas veces quizá, o mejor dicho nunca, ha tenido una responsabilidad semejante; nunca ha tenido una encomienda de tal trascendencia, de tal manera que simplemente se concreta a saludar como corresponde a un inferior, mientras Huerta se aleja con pasos presurosos, para subir a uno de los automóviles militares que debe conducirlo al Gambrinus, donde se efectuará la comida a que lo invitara Madero.

Mas ya están tendidas todas las redes: ya Huerta no va a esperar que acontecimientos sorpresivos echen a rodar sus planes y se interfieran en su objetivo; ha sabido renunciar a tiempo a todos los escrúpulos; ya va culminando la carrera desenfrenada, diabólicamente perversa, hacia lo que tanto ha temido, como ha esperado.

Ya para entonces, decimos, ha menguado el fragor del combate; ya para entonces se han silenciado casi por completo las piezas de artillería y faltan algunas horas para que comience o para que se acerque la supuesta hora de la Ciudadela. En honor a la verdad, no tiene el menor propósito de cumplir; su finalidad está muy alejada de eso; si ordenó que los cañones leales fustigaran con la metralla la Ciudadela, fue para que Félix Díaz y Manuel Mondragón comprendieran que Huerta tenía el poder en sus manos, que los tenía

atados y no había posibilidad de que pudieran, como vulgarmente se dice: “subírsele a las barbas”, llevará a cabo todo lo que ha previsto y sin duda, si no hay contratiempo podrá salir airoso en un plazo que él mismo no sabe a qué horas ha de expirar. Sin embargo, hasta ahora, hasta esos momentos en que sale rumbo al restaurante Gambrinus, se ha efectuado todo cuanto tenía en proyecto; lo demás hay que dejarlo para que dentro de un tiempo corto se lleve a cabo.

Debe indicarse que la comida en el restaurante Gambrinus tiene por finalidad celebrar el ascenso a general del coronel Francisco Romero.

Don Gustavo Madero no sabe que ha visto por última vez a su hermano el Presidente y no sabe tampoco que está citado con la muerte y va a empezar a vivir estrujante, horripilante pesadilla.



CAPÍTULO XVI

“ES USTED MI PRISIONERO”

Una y media de la tarde del mismo histórico 18 de febrero.

El presidente Madero ha obtenido una victoria rotunda y moral sobre un grupo de senadores desleales esa mañana, y para conocer mejor, para tener completa visión de lo acontecido en estos momentos del mediodía, cabe consignar el relato que hace el licenciado Federico González Garza, gobernador del Distrito Federal en aquel entonces y que vivió los dramáticos instantes que después consigna en la historia como testigo ocular.

Dice González Garza:

“En esos momentos se hallaba en un saloncito contiguo al gran salón de acuerdos de la Presidencia, acompañado de sus ministros Pino Suárez, Lascuráin, Hernández, Vázquez Tagle, Bonilla y Ernesto Madero. Estaban ausentes los ministros De la Peña y Gurza. Se hallaban también uno o dos de sus ayudantes de su Estado Mayor y yo. Se trataba sobre la necesidad de aumentar la cantidad que se había destinado para proporcionar alimentos a la clase pobre mientras durase la lucha en la capital, cuando intempestivamente entró a la pequeña estancia el coronel Jiménez Riveroll, haciéndose acompañar en seguida por el señor Presidente a un pasillo, donde le comunicó como cosa urgentísima y de parte de Huerta que se acababa de recibir la noticia de que el general Rivera se acercaba a la capital procedente de Oaxaca, que venía rebelado y dispuesto a unirse a los alzados de la Ciudadela, y que para colocar al Presidente en un lugar enteramente seguro y fuera de todo peligro era necesario que en seguida lo acompañara para que fuera protegido debidamente. Simultáneamente a esta escena, observé que detrás del coronel Riveroll comenzaba a penetrar al salón de acuerdos un pelo-

tón compuesto poco más o menos de veinticinco soldados rasos bien armados.”

Márquez Sterling, por su parte, consigna que el coronel Teodoro Jiménez Riveroll informó efectivamente que el general Manuel Rivera venía con todo su ejército en plan rebelde, y añade:

“El señor Madero se sorprendió con la noticia y pidió detalles, pues no podía creer que el general Rivera, a quien acababa de ascender, cometiera una deslealtad.”

Otro autor, Ramón Prida, agrega, en labios de Riveroll:

—Es preciso que usted salga de aquí, peligra su vida.

Volvemos al relato de González Garza, testigo ocular de los hechos:

“Como un relámpago cruzó por mi mente la idea de que en esos momentos comenzaba a desarrollarse una escena de traición y sangre y lancé este grito: «¡Señores, están penetrando soldados y vienen a aprehender al señor Madero!» Todos se levantaron instantáneamente a la vez que el señor Madero regresaba viniendo a un lado Riveroll, quien daba muestras de mayor afán para convencer al Primer Magistrado de que debía acompañarlo, llegando hasta ponerle una mano sobre las espaldas como empujándolo.

“Penetra el señor Madero al umbral del salón de acuerdos con paso acelerado, seguido de Riveroll, Marcos Hernández, hermano del ministro Rafael Hernández; de varios ayudantes de su Estado Mayor y de algunos de los que estábamos en el saloncito; se encuentra frente a frente de aquel pelotón de soldados que ya empezaba a evacuar el salón obedeciendo órdenes enérgicas de un fiel ayudante y comprendiendo que Huerta le ha tendido una celada se detiene y le dice, todavía sonriendo, a Riveroll, que no lo acompañaría, y que diga a Huerta que pase a su presencia para que le imponga de los acontecimientos.”

Por su parte, tanto Márquez Sterling como Prida reconstruyen el diálogo casi similar:

“Uno de los ayudantes de Madero dice:

—¿A dónde va esa fuerza? Que salga de aquí.

“A su vez, Jiménez Riveroll, fuera de sí, iracundo, al notar que la tropa ya se retira, ordena:

—¡Soldados! ¡Alto, media vuelta a la derecha, levanten armas, apunten, fuego...!

“Pero Teodoro Jiménez Riveroll, el traidor, no puede terminar la palabra.



“El capitán Gustavo Garmendia, ayudante del presidente Madero, por su parte y vertiginosamente, con la pistola en la mano, grita:

—¡Al Presidente nadie lo toca!

“Entonces ha de producirse una escena de vértigo.

“El arma que sostiene Garmendia escupe una bala y apaga una vida cuando pega en la cabeza de Teodoro Jiménez Riveroll. Al advertir aquello, el mayor Rafael Izquierdo trata a su vez de disparar su arma contra Madero, pero la rapidez del capitán Federico Montes, ayudante también, resulta más hábil, y el otro traidor cae exánime, de un tiro.”

Cabe añadir que Rafael Izquierdo era originario de Coatepec Harinas y dueño de la hacienda de San José. Figuró como ingeniero dentro de una comisión internacional que realizó el trazo de límites entre los Estados Unidos y México y fue inseparable del también ingeniero Porfirio Díaz, hijo del dictador.

Se produce una descarga cerrada contra Madero; el ingeniero Marcos Hernández, ayudante y hermano del Secretario de Fomento, se arroja a cubrir con su cuerpo al Presidente, y al disiparse la humareda estaban tirados muertos tres hombres, dos de ellos traidores.

Madero, con los brazos en cruz, se dirige a los soldados; avanzando con pasmosa, increíble serenidad.

—Calma, muchachos; no tiren —fueron sus palabras, avanzando hacia los hombres armados, que no se deciden ya a disparar.

La sangre ha comenzado a correr; la criminal conducta de Huerta y de Blanquet ya está manifiesta; son la furia y la locura plenamente desbocadas.

“Madero —dice Márquez Sterling— no perdió tiempo; se asomó a uno de los balcones y arengó a las tropas rurales que rodeaban el Palacio Nacional, participándoles la asechanza de que estaba siendo víctima.”

Como respuesta, entusiasta respuesta, los rurales que estaban prontos para su defensa, le expresaron y dijeron que solamente aguardaban sus órdenes.

Pero ya se había iniciado la desbandada de traidores al ver caer a sus jefes, desistiendo de sus propósitos; los ministros habían abandonado el lugar donde se encontraban, bajando al primer patio por la escalera de honor para dirigirse a la Comandancia Militar, sin saber aún que Huerta estaba complicado en los hechos y que en realidad era el cerebro de todo.

Dice González Garza:

“Yo bajé por la misma escalera, y acompañado por el Vicepresidente nos dirigimos con rapidez hasta la puerta central de Palacio en busca del general Blanquet, de cuya fidelidad, hasta esos momentos, nadie dudaba, para pedirle el auxilio necesario para la defensa del señor Presidente.

“Al llegar a su presencia, y con la sorpresa que es fácil imaginar, ordenó nuestro arresto inmediato, desarmándonos y recluyéndonos en el garitón de la derecha de la puerta central mencionada, poniéndonos incomunicados entre sí, con centinelas de vista, quienes recibieron órdenes estrictas.”

La traición continuó su marcha y los hechos, por desgracia, otorgan la razón a quienes antes tuvieron el atisbo de esta conjura sin nombre.

En la trifulca en que pierden la vida el ingeniero Marcos Hernández, Riveroll e Izquierdo resulta también herido de un balazo en una mano Enrique Cepeda, el mismo que ha guiado a las tropas mandadas por Jiménez Riveroll.

Cepeda —ha de revelarlo más tarde el general Huerta— recibe un balazo, sí, “pero en cambio él mató a don Marcos Hernández, un hermano del ministro de Fomento, don Rafael Hernández, a quien yo siempre guardé todo género de consideraciones”.

Después de aprehender a Pino Suárez y a González Garza, el sanguinario Blanquet se dirige rápidamente hacia el elevador, pues comprende que hay alarma y el Presidente tratará de escapar, que no de otro modo se explica la presencia de los detenidos, que confina a uno de los garitones.

En efecto, el Presidente, tomando el elevador, desciende, y al salir se encuentra con soldados del 29º Batallón formados gallardamente. Y los arenga, expresando:

—Soldados: se quiere aprehender al Presidente de la República; pero ustedes sabrán defenderme, pues si estoy aquí es por la voluntad del pueblo mexicano.

Del fondo del patio surge, pistola en mano, Aureliano Blanquet, que no viene solo; le siguen dos hileras de soldados que llevan el arma embrazada, y los oficiales que mandan la tropa con la pistola en la mano, el gesto fiero y la resolución abierta.

Todo sucede en un vértigo de segundos, segundos que son demasiado patéticos.

El Presidente se detiene, sorprendido; también vertiginosamente mide toda la verdad del momento y presume desde luego que Victoriano Huerta ha preparado mejor de lo que se cree su diabólica tram-



pa; no hay ninguna, pero ninguna duda de su conducta; la actitud de Blanquet es reveladora, sirve sin rubores a la traición.

Aparte de cumplir Blanquet con una orden, lo hace casi, podría decirse, con deleite y satisfacción de carácter personal en la que nada tienen que ver ni el deber, ni el uniforme militar; levanta, pues, su pistola a la altura del pecho del Presidente cuando están a una distancia corta, y con voz alterada dice:

—Señor Madero, es usted mi prisionero.

El Presidente, con ademán de indignación profunda, contesta:

—¡Es usted un traidor!

Pero Blanquet, haciendo una señal con la mano izquierda, dispone que se rodee al Presidente, haciendo entrar en acción a la tropa, y los oficiales del 29º Batallón se apoderan bruscamente del mandatario, que reitera:

—¡Es usted un traidor!

Ha de oír, también enérgicamente en la voz de Madero, otra reiteración que debe ser como latigazo en plena cara; pero Blanquet hace tiempo que ha perdido la vergüenza, los escrúpulos, la dignidad, todo.

—¡Es usted un traidor, general Blanquet!

Madero comprende que no podrá resistir a la fuerza bruta, se deja conducir rumbo a la Comandancia Militar de la Plaza.

En apenas un relámpago puede convencerse de la verdad, de la felonía, del papel perverso que ha jugado Victoriano Huerta; ahora entiende y otorga toda la razón; ahora valora la desconfianza de su hermano Gustavo y se explica el por qué de frecuentes versiones y murmuraciones respecto al dipsómano, que estaba esperando el momento oportuno para arrojar de sí su embozo; ahora mide mejor la injerencia del embajador; no en vano esa misma madrugada su hermano Gustavo detuvo prácticamente a Victoriano Huerta, señalando que ya conocía su asqueroso contubernio.

Pero ahora Madero comprende que es demasiado tarde para librarse de la mortal telaraña que tejiera sutilmente Huerta, y ahora ha reforzado el reptil llamado Aureliano Blanquet.

En esos momentos Blanquet exclama:

—Ha matado usted a mi brazo derecho.

—¿Y quién es su brazo derecho?

No hay respuesta; Blanquet no menciona el nombre del teniente coronel Teodoro Jiménez Riveroll, y sólo se concreta a decir a la tropa que tiene a Madero:

—¡Llévenselo!

Madero alcanza a decir:

—¡Máteme usted de una vez!

Blanquet torna a sonreír; su mueca es grotesca, fiera y cargada de presagios; entreabre los labios y se antoja que cualquier observador puede contemplar las fauces de una bestia que se prepara para el festín.

Todo se consuma en unos cuantos segundos.

Blanquet ha cumplido al pie de la letra las instrucciones de Victoriano Huerta, porque ha capturado al Presidente, al Vicepresidente, al licenciado Vázquez Tagle, al licenciado Rafael L. Hernández, a don Ernesto Madero y al general García Peña, concentrándolos a todos en la sala de guardia de la puerta principal de Palacio Nacional.

Puede escapar el ingeniero Manuel Bonilla.

Comienza a derrumbarse el régimen del presidente Madero.

También escapa de la aprehensión de los soldados de Blanquet el capitán Gustavo Garmendia, ayudante presidencial.

En relación con el intendente de Palacio Nacional, merece citarse este relato de uno de los familiares del general Félix Díaz:

“Es de advertir que en los momentos en que Blanquet se adelantó para intimarle a Madero se diera preso, aquél estuvo a punto de perder la vida a manos del intendente de Palacio, Adolfo Bassó, que parapetado detrás de uno de los pilares del patio, apuntaba su revólver a la cabeza de Blanquet; pero el capitán Alfredo Piñeyro desvió el arma en los momentos de disparar y salvó la vida de su jefe.”

Los acontecimientos ligados con la aprehensión de Madero se desenvuelven con singular rapidez y todo responde a las indicaciones del general Huerta.

Poco después el propio Blanquet se comunica telefónicamente al restaurante Gambrinus, pidiendo la comparecencia personal del general Huerta, que se encuentra comiendo allí. El desalmado se levanta de la mesa, junto a la que se encuentra, no sin mostrar en su rostro alguna preocupación, ¡y eso que su cara era tosca, tallada en piedra! A poco escucha la voz de Blanquet, que dice:

—Mi general, ya está todo listo y terminado.

Hay, sin embargo, en la voz del informante, un tono que hace pensar que su estado de ánimo se encuentra un tanto alterado, que aún no se ha repuesto de la emoción y la inquietud que representa tener que aprehender al Primer Magistrado de la Nación; quizá por la mente de este soldadón, tan bestial como Victoriano Huerta, cruce fugazmente el significado de su responsabilidad histórica.



Huerta pregunta: “¿todo ha salido bien?”

La voz de Blanquet precisa que sí, aunque al final dice: “Me mataron al teniente coronel Riveroll y al mayor Izquierdo”.

Se asombra Victoriano Huerta; ¿cómo es posible que se ofreciera resistencia, que se osara levantar la mano ante los aprehensores, puesto que todo estaba preparado?

Posteriormente, Blanquet informa que los ayudantes de Madero mataron a los dos jefes mencionados, y además en la refriega pereció un pariente de Madero —se refiere al ingeniero Marcos Hernández—; después dice, con la voz entrecortada:

—Yo personalmente tuve que efectuar la aprehensión de Madero y de algunos de sus ministros. Los tengo en la Prevención, a sus órdenes, mi general.

Huerta se ufana entonces; relampaguean sus ojos detrás de los oscuros cristales; sus facciones se alteran notoriamente y de pronto esboza una sonrisa de satisfacción y felicidad, que comparte con Blanquet y le anuncia “que ahora es la nuestra”; además, ya es general de División.

No se contiene y prorrumpe con un vitor que ahoga un poco:

—¡Viva la República!

¡Y está decidido a asesinarla!

Blanquet indaga si el general Huerta irá luego a Palacio; en su pregunta está implícito cierto temor, cierto recelo que no se atreve a pregonar.

—No tardaré mucho, “nada más despido a mi huésped”. Mándeme bien escoltado a Bassó.

Huerta cuelga el auricular del teléfono y regresa a donde estaba comiendo; ahora su sonrisa es irónica, criminal y se abre de oreja a oreja; toda su inquietud, el sobresalto, la incertidumbre que rodeara los acontecimientos de los últimos momentos se ha disipado por completo; Victoriano Huerta puede considerarse desde ahora, aunque no lo diga, como la autoridad máxima del país; es la culminación de uno de los planes más diabólicos que se hayan preparado; por eso en realidad no puede disimular su regocijo, en tanto la charla y comentarios ruedan por encima de la mesa donde se encuentra Gustavo Madero.

Claro que los comensales se han dado cuenta que un mesero, en voz baja, requiere la presencia de Huerta por un llamado telefónico, y ahora, cuando regresa y se dispone a tomar asiento, no puede ni quiere tampoco disimular su satisfacción.

Pocas veces en la vida de un hombre, como la de este descastado, puede tener un regocijo tan enorme, porque ello representa la obtención absoluta de cuanto ha previsto, cuanto ha planeado, cuanto anhela.

Huerta está rebotando de contento; lo sucedido es la culminación de su propósito. Se acerca a don Gustavo y le dice:

—Don Gustavo, me llaman para un encargo peligroso. Como no traigo pistola, le ruego encarecidamente que me facilite la suya.

Después, don Gustavo expresa, ingenuamente: “Aquí está”.

Confiadamente, el hermano del Presidente se deshace de su arma, que toma sin remilgos Victoriano Huerta; ya ha obtenido lo que quiere y está seguro de que a la hora de la aprehensión no habrá posibilidad de resistencia, porque ya se sabe lo que sucedió con el traidor Teodoro Jiménez Riveroll y su compañero Rafael Izquierdo.

Huerta abandona el salón, cruzándose a la salida con dos oficiales, los capitanes Luis Fuentes y Federico Revilla Brockman, a quienes siguen una veintena de guardabosques de Chapultepec.

Gustavo Madero saborea en esos momentos el café y conversa con los militares que están cerca, sin advertir que los guardabosques lo rodean, a tiempo que Fuentes, pistola en mano, que levanta casi hasta la altura de su cara, le dice:

—Está usted preso.

—¿De orden de quién?

—De mi general Huerta.

Así es como se precipita otro trágico episodio en la historia de esta nefanda traición.

Gustavo Madero, el hombre más combatido del régimen maderista, que alguna vez dijo al secretario particular del Presidente, licenciado Juan Sánchez Azcona: “Si el régimen llega a verse en peligro, por las complacencias de Francisco, no será él, sino yo, a quien más odien los enemigos y el primer sacrificado seré yo”, se sorprende.

Lo que entonces fue simple comentario de don Gustavo Madero tiene ahora una dimensión excepcional.

La traición que atisbara, que él había señalado a su hermano, tiene ya el principio, o mejor dicho, su culminación, pese a que en ese instante ignora lo ocurrido en el Palacio Nacional. Huerta era un desalmado incapaz de cultivar la lealtad, la seriedad.

La detención de Gustavo Madero provoca en aquella comida que tiene como escenario el Gambrinus una gran confusión, una expectación general, y sin embargo nadie lo impide y es llevado por lo



pronto al guardarropa del restaurante, disponiendo fuerte vigilancia.

Huerta aún tiene otras muchas cosas que hacer.

En efecto, poco después dicta a uno de sus ayudantes una proclama dirigida a la opinión pública; explica que en vista de las circunstancias por las que atraviesa el país, y muy particularmente en los últimos días la capital de la República, debido a la obra del deficiente gobierno de Madero, bien pudieron clasificar la situación como anarquía, “he asumido el Poder Ejecutivo, y en espera de que las Cámaras de la Unión se reúnan, desde luego, para determinar sobre esta política actual, tengo detenidos en el Palacio Nacional al señor presidente Madero y su gabinete, para que, una vez resuelto ese punto, y tratando de conciliar los ánimos en los presentes momentos históricos, trabajemos todos en favor de la paz, que para la nación entera es un asunto de vida o muerte”.

Huerta, por primera vez, como antefirma, ordena que se escriban estas palabras: “El General Comandante Militar, Encargado del Poder Ejecutivo”.

A las 4:40 de la tarde de ese mismo día se inició en la Cámara de Diputados la sesión extraordinaria resultado de la convocatoria hecha en la prensa capitalina esa misma mañana, firmando los legisladores Armando Z. Ostos, Gonzalo Herrera, Manuel F. de la Hoz, Salvador Moreno Arriaga, Francisco de G. Arce, Manuel Villaseñor, Manuel Malo y Juvera, Moisés García, Querido Moheno, Albino Acereto, José Mariano Pontón, Luis Jasso, Eduardo Tamariz, Juan Galindo y Pimentel, Prisciliano Maldonado, Luis G. Chaparro, Demetrio López, Angel Rivero Caloca, Antonio Domínguez y Villarreal, Gonzalo Ruiz, José R. Aspe, Tomás Branif y Francisco Escudero.

Aunque la asamblea debería efectuarse a las 9 de la mañana, por falta de quórum se pospuso para la tarde.

Es entonces cuando, a petición del diputado Pablo Salinas y Delgado, se da a conocer a la Cámara una comunicación del general Victoriano Huerta, que expresa:

“Comandancia Militar de México. México, febrero 18 de 1913.

Ciudadano presidente de la Cámara de Diputados:

“En vista de las difícilísimas circunstancias por que atraviesa el país, y muy particularmente la capital de la República, entregada, como de hecho está, a una guerra intestina, debido a circunstancias múltiples que esa Cámara se servirá analizar, he asumido el Poder Ejecutivo con el objeto de tratar de cimentar la paz, y tengo detenidos en el Palacio Nacional al señor Francisco I. Madero y su gabinete.

“Espero del patriotismo de usted que se sirva convocar a la Cámara de Diputados para tratar tan interesante estado de cosas, por lo que le ruego a usted muy atentamente proceda con la actividad que se requiere en bien de la patria, para lo que cualquier sacrificio es corto. Protesto a usted las seguridades de mi atenta consideración y respeto. El General de División Encargado del Poder Ejecutivo, V. Huerta.”

Ya está, pues, en el pináculo de su ambición; ya está en camino de tener lo que ha señalado; nadie podrá detenerlo ni interferir la acción; ahora comienza a desarrollarse una vida nueva para un hombre que se ha despojado, como en el clásico cuento infantil, de su piel de oveja y se muestra ostentosamente tal cual es.

Huerta también redacta una nota para el embajador de los Estados Unidos de Norteamérica, Henry Lane Wilson, estableciendo que tiene prisionero a Madero.

La nota en cuestión dice, textualmente, lo que sigue:

“A S.E. el Embajador Americano. Presente. El Presidente de la República y sus ministros se encuentran actualmente en mi poder en el Palacio Nacional, en calidad de prisioneros. Confío en que V.E. interpretará este acto como la mayor manifestación de patriotismo de un hombre que no tiene más ambiciones que servir a su país. Ruego a V.E. que se sirva aceptar este acto como uno que no tiene más objeto que el de establecer la paz en la República y asegurar los intereses de sus hijos y los de los extranjeros que nos han traído tantos beneficios.

“Presento a V.E. mis saludos, y con el más grande respeto le ruego que se sirva hacer llegar el contenido de esta nota a la atención de Su Excelencia el presidente Taft. También ruego a usted que transmita esta información a las varias misiones diplomáticas de la ciudad. Si Su Excelencia quiere hacerme el honor de enviar esta información a los rebeldes de la Ciudadela, vería yo en este acto un motivo más de gratitud de parte del pueblo de esta República, y de la mía propia, hacia usted y el siempre glorioso pueblo de los Estados Unidos. Con todo respeto, soy de V.E. obediente servidor. Victoriano General en Jefe de Operaciones y Comandante Militar de la Ciudad de México. México, febrero 18 de 1913.”

Así también, Huerta deja en claro el nexo innegable que existe entre la embajada y su plan, y demuestra también su asqueroso entreguismo que lo cataloga ya no sólo como gran magnicida, sino además como traidor a la patria.

Ya hemos dicho que las horas se desgranaban vertiginosamente.



A las cinco de la tarde, Huerta ordena que los ministros que acompañan a Madero sean puestos en libertad, lo que ocurre hasta las diez de la noche; ordena también que el Presidente sea trasladado a la intendencia de Palacio.

Aproximadamente a esa hora se presenta ante los ministros, y luego de observarlos sin decir una sola palabra ha de marcharse, mientras exclama, con una voz plenamente impregnada de alcohol: —¡Viva la República!

Los ministros son sacados del recinto que primeramente se les asignara como prisión y son llevados al lado del presidente Madero, llegando también presos Gustavo Madero y el general José Delgado.

Apenas comienzan a cambiar impresiones y señalar la gravedad de la situación cuando llegan varios soldados con la orden de trasladar a otros lugares a don Gustavo Madero y a los generales Felipe Angeles y José Delgado, quedándose únicamente el presidente Madero, el vicepresidente Pino Suárez y el gobernador del Distrito Federal, González Garza.

Al anochecer, el general Huerta abandona rápidamente el Palacio Nacional para dirigirse a la estación de San Lázaro, suscitándose otro episodio, pues quiere hablar con el general Manuel Rivera, quien procedente de Oaxaca trae fuerzas leales maderistas; era muy adicto al Presidente.

Huerta tiene maduro su plan; toma a Rivera de un brazo y lo invita a tomar una copa.

Rivera se rehúsa, diciendo que tiene forzosa necesidad de atender el desembarco de sus soldados que vienen a sumarse a las filas leales que defienden al presidente Francisco I. Madero, pero Huerta en cierta forma autoritaria, aunque sutilmente, lo conduce a una cantina, “y allí nos dieron una pésima copa de mezcal”.

Lo invita después a que lo acompañe en su automóvil y llegan a la Comandancia Militar, y quitándose la careta ante él, sólo pronuncia estas palabras:

—Hermano, eres mi prisionero. Soy el Comandante Militar.

Victoriano Huerta conjura, así, cualesquier movimiento del general Rivera, ya se ha dicho, hombre adicto al presidente Madero; de tal manera que no hay ni siquiera este peligro; ha podido detener justamente en el momento preciso la posibilidad de que surjan dificultades con un hombre que le tiene cariño y respeto a quien ya en esos momentos es un prisionero del pretoriano.

En un torrente de sucesos, aún han de merecer vital atención hechos dolorosos que avergüenzan aún a los hombres que estuvieron

cerca de los protagonistas, sobre todo de los criminales responsables del cuartelazo.

En la embajada norteamericana, el titular, Henry Lane Wilson, se muestra extremadamente nervioso, inquieto; los ojos azules denotan su preocupación y con frecuencia acude al aparato telefónico, pues desea tener una noticia sobre lo que está ocurriendo; no ha de ser novedad lo que le digan, porque está al tanto de todo, mucho antes que sucedan las cosas, particularmente en relación con la conjura de Huerta contra Madero.

Sin embargo, nerviosamente espera las informaciones.

Son momentos que realmente agobian al diplomático; su interés nace no única y exclusivamente por su carácter de representante de un país acreditado ante el nuestro; su inquietud tiene otro origen, más íntimo y desde luego personal: es él nada menos que el principal instigador para que Huerta tome el camino de los criminales, y poco antes de las dos de la tarde, intempestivamente, se presenta en la embajada un hombre visiblemente agobiado por el dolor, por los nervios y un mucho por el regocijo: es el ingeniero Enrique Cepeda, compadre de Victoriano Huerta.

Así es como se describe a Cepeda: "un ebrio y con tipo patibulario en todos sentidos"; el mismo Nemesio García Naranjo, recalci-trante huertista, dice de él: "un sujeto estrafalario, un tipo de Dostoyevski", espléndido y despilfarrado; cada vez que corría una parranda, tomaba la precaución de llevar consigo una caja de champaña Pommery, pues los vinos espumosos que se vendían en las casas de placer (Veuve, Clicquot, Mumm y Ayala), no eran de su agrado.

Cepeda, al decir de Juan F. Urquidí, "llega a la embajada con la cara cubierta de una mortal palidez y la sangre chorreando en forma abundante de una herida que tiene en una mano".

Casi para desmayarse, ya se dijo, intensamente pálido y desangrándose, para darle un aspecto patético e impresionante, se acerca violentamente a Lane Wilson y con voz trémula, ahogada casi, tanto por la agitación como por causa del dolor y los efectos que ha determinado la pérdida de sangre, en inglés, para que lo escuchen todos quienes se encuentran con el embajador, dice:

—He got him! He got him!

Sin duda por el gran esfuerzo y por la pérdida de sangre, que continúa manándole de la mano herida, Cepeda se desploma sin sentido en una silla y cuando vuelve en sí, aún intensamente demacrado y con ostensibles estragos físicos, le dice al embajador:



—He cumplido mi promesa; le dije a usted que una vez sucedida la cosa, usted sería el primero en saberlo, y aquí estoy.

En punto de las dos de la tarde, el embajador envía a Washington el telegrama que sigue:

"México, febrero 13, 1913. 2 p.m. Mi mensajero confidencial —Enrique Cepeda— con Huerta acaba de llegar de Palacio herido, pero no seriamente, y me informa que Madero ha sido preso por Blanquet, aparentemente con la aprobación de Huerta. Me dijo que el Presidente se resistió y cierto número de oficiales fueron muertos en la sala. Después, él tomó un pelotón de soldados y capturó a Gustavo Madero en el restaurante Gambrinus."

Lane Wilson no puede menos que ufanarse de su triunfo.

Ha preparado con toda meticulosidad el albazo y se siente satisfecho como nadie.

Han culminado en forma exitosa su maquinación. Los diplomáticos, convocados por su decano, casi al mismo tiempo que se lleva a cabo la aprehensión de Madero y Pino Suárez, juntamente con la mayoría de los integrantes del gabinete, se reúnen para cambiar impresiones sobre los momentos que viven frente al cambio operado en las esferas gubernamentales de México; Lane Wilson es quien tiene mayor razón para admitir ese cambio, porque para algo es el asesor de Huerta.

Los diplomáticos escuchan al embajador norteamericano.

—Queridos ministros, ya todo está arreglado.

Cuando escucha que uno de los embajadores pregunta sobre la suerte que pueda correr Madero, Lane Wilson exclama:

—¡Oh! Al señor Madero lo llevarán a un manicomio, que es donde siempre debieron tenerlo...

Mas abandonemos la embajada para asomarnos a las calles de México.



CAPÍTULO XVII

EL PACTO DE LA EMBAJADA

Alrededor de las cinco de la tarde, las campanas de los templos de la ciudad de México se vuelven locas en las torres cuando son echadas a vuelo.

La única resistencia, el único sector en poder de los sublevados, la Ciudadela, ha enmudecido o ha hecho enmudecer sus bocas de fuego, mejor dicho; la orden es perentoria; deben silenciarse las armas, y si al darse las órdenes no hay explicaciones, pronto los rumores se multiplican, al gusto de cada quien; unos apegados a la verdad; otros exagerados, y muchos, por supuesto, distorsionados por completo. Claro que no faltan versiones del todo absurdas.

En algún lugar que no puede precisarse —¿a quién habrá de interesarle un dato preciso al respecto en aquel entonces?—, un clarín de órdenes de las tropas leales ordena “cese el fuego”, y la capital, de pronto, del mismo modo que al pasar de la obscuridad a la luz, del mismo modo que se azora en pleno Zócalo, se estremece ante el silencio, ante esa calma densa que en ocasiones suele ser presagio doloroso.

Ahora hay también estruendo; pero son las campanas, vueltas locas.

Entonces el pueblo sale atropelladamente a la calle, aunque todavía con un dejo de recelo, porque recuerda la pasada suspensión de hostilidades y es explicable que tenga temor de que inesperadamente se reinicie el tableteo de las ametralladoras, renazca el cañoneo y se suelte otra vez el enjambre de las balas de fusil.

Al fin la realidad se impone y los curiosos, ya sin sobresalto, enfilan hacia la zona donde puede constatarse que se ha combatido, que se ha destruido y se ha matado.



Ha concluido la tremenda Decena Trágica.

La gran multitud ignora por el momento cómo pudo ocurrir esto, la paz de nuevo; cómo y por qué medios se ha llegado a un arreglo, e ignora con precisión, aunque lo presume, la monstruosa participación de Victoriano Huerta, que desempeña el papel cumbre de su vida; Díaz y Mondragón, en realidad, son relegados a segundo término, porque han sido pobre instrumento en manos de Huerta, aunque no lo hubieran querido.

A las seis de la tarde, Victoriano Huerta va a visitar al presidente Madero a la intendencia, donde se encuentra prisionero, y tiene el propósito de dirigirle un discurso, cuando menos para apaciguar un poco su conciencia, si cabe esto en semejante cerebro con clara clasificación criminal. Pero sus palabras de "Señor Presidente" determinan que Madero se vea precisado a preguntar si todavía lo es.

Huerta se siente desarmado de toda su fiereza, todo su instinto bestial se desvanece ante la hombría, la severidad y dignidad del presidente Madero.

Victoriano Huerta no prosigue y abandona la estancia, aunque no sin lanzar un vítor que se vuelve obsesión en su mente: "¡Viva la República!"

Es la primera vez que Huerta oye de labios de Madero la palabra "traidor", y no volverá a escucharla, como no sea en el remordimiento, si acaso llega a tenerlo.

Ve que en uno de los torreones del Palacio Nacional, entre dos centinelas, está el general Felipe Angeles, el artillero de la Revolución, que le merece algún respeto; sin embargo, ordena que sea confinado también a la intendencia, aunque sin tener comunicación con Madero y Pino Suárez.

Su próxima reunión en la embajada norteamericana es lo que ahora le preocupa, aunque tenga aún que atender algunas cosas, que siendo en apariencia simples, son muy importantes, puesto que han de ligarse con su destino.

La gente en las calles celebra la suspensión de los combates; ahora podrá irse a trabajar, a buscar sustento; habrá ahora víveres, servicios públicos, todo, todo aquello de que se había privado a la urbe, sobre todo paz.

Ahora la multitud congestiona las calles; quieren examinar, conocer el escenario de los más sangrientos choques, porque aún hay sangre seca en las calles.

Allá, hacia el sur del Zócalo, de pronto revienta un surtidor de llamas; una chusma ha incendiado el edificio del periódico *Nueva Era*, del mismo modo que antes quemara la casa, en las calles de Berlín, propiedad de los padres de Madero. *Nueva Era* era el más importante periódico maderista.

Las turbas irredentas, que no tenían freno ni escrúpulo alguno para realizar hechos vandálicos, y lo mismo era de una parte que de la otra; en igualdad de condiciones, las turbas no reconocían limitaciones, ni se conmovían ante nada.

La ciudad entera se entrega a la celebración de la paz.

A las cinco de la tarde, en la Ciudadela, se suspenden las hostilidades y hay varios senadores que en manos de Huerta fueron eficaces títeres, y prueba de que todo estaba de antemano preparado lo constituye el hecho de que el general Félix Díaz tenía listo un rol de personas para que formaran parte del gobierno interino, llegándose incluso a cambiar al pretendido titular de la Secretaría de Hacienda para sustituirlo por el licenciado Toribio Esquivel Obregón, de acuerdo con la sugestión del licenciado Rodolfo Reyes, hijo del general que mordió el polvo ante las puertas mismas de Palacio en la mañana del 9 de febrero, frente a las tropas leales al mando del general Lauro Villar, defendiendo el asiento presidencial.

A las 7 de la noche de ese turbulento, ensangrentado cuanto trágico 18 de febrero, el general Félix Díaz invita al licenciado Rodolfo Reyes y a Fidencio Hernández, diputado, para que vaya a la embajada norteamericana a sellar un compromiso. Allí esperan al general Victoriano Huerta el comandante Joaquín Mass, su sobrino y el crapuloso ingeniero Enrique Cepeda, su compadre. Todo es entre familia.

He aquí lo que Rodolfo Reyes dice sobre el particular; de su testimonio arrancamos estas líneas:

"Huerta nos saludó y dijo más o menos: «Señores: por una necesidad nacional, y para evitar sacrificios, de acuerdo con el Senado, he aprehendido a los señores Presidente y Vicepresidente, y ahora quiero hablar con usted (dirigiéndose a Félix Díaz), en el concepto de que para mí nada quiero». El general Díaz contestó: «Ni yo tampoco». En este momento, Cepeda se retiró hasta el pasillo al que daba la puerta del salón, en el cual pasillo estaba el embajador, y vehementemente me argumentó sobre la necesidad de nombrar a Huerta presidente interino, a lo que asintió el citado embajador con signos mudos. Me despedí de tan inconveniente situación, y terciando en el diálogo ya entablado entre Huerta y Díaz, dije que lo me-

por era designar una persona extraña a la lucha, como presidente interino. «¿Quién?», dijo el primero, y yo contesté: «El señor García Granados». «Está muy bien», dijo el señor Díaz, y Huerta replicó: «Dénme veinticuatro horas para pensarlo, porque yo tengo muy serios compromisos», e hizo ademán como de levantarse, dando por terminada la conferencia. Cepeda volvió a mí para decirme: «Si no aceptan al general, esto sigue». Yo, entonces, dije: «Si queremos alguien aún más apartado de todo color político y lleno de los respetos nacionales y extranjeros, allí está el señor licenciado don Luis Méndez». Félix Díaz, dirigiéndose a Huerta, dijo: «Yo no doy plazo alguno; debemos aquí terminar; no debe seguir el sacrificio del ejército y de la sociedad una vez caído Madero». Entonces, Huerta llamó a Félix y ambos nos suplicaron que los dejáramos solos.

“Pasó una media hora; nos llamaron y nos entregaron los puntos de acuerdo conocidos que yo redacté a máquina y leí ante varios diplomáticos presentes, menos en lo relativo al gabinete impuesto a Huerta.”

La reunión en la embajada debe haberse iniciado alrededor de las nueve de la noche.

A las diez, Márquez Sterling vuelve a la embajada, de la cual se había ausentado por un tiempo; ahora un portero ebrio lo conduce a un corredor, donde algunos ministros conversan.

Allá aparece en el fondo del corredor Rodolfo Reyes y se acerca a estrecharle la mano, porque son amigos, y señalando una puerta cerrada al extremo del corredor, le informa:

—Allí estamos.

Se dirige hasta ese lugar, “como los actores sobre las murallas de trapo del escenario”.

En esos momentos el embajador invita a pasar, después que afirmara que Madero debería ir a un manicomio.

Aparece también el senador Guillermo Obregón y muchos personajes surgidos quién sabe de dónde y con qué funciones, y allá en el ángulo de la pequeña sala donde tuvo lugar la conferencia, de pie está Félix Díaz, quien es presentado a cada uno de los diplomáticos; Márquez Sterling no lo conocía.

Lane Wilson va diciendo los nombres de cada uno de los embajadores que penetran a la sala, y Díaz ofrecía su mano con frialdad y su mirada triste, dice Márquez Sterling, aunque hiciera por levantarla se le veía sobre la alfombra; su estado de ánimo representaba



su ansiedad íntima, su desconfianza, su incertidumbre y su presentimiento. Huerta, por su parte, en traje de campaña, se antoja recio, fuerte y, sobre todo, seguro de sí mismo y de su poder, estrecha la mano de cada uno de los embajadores con decisión y tras sus antiparras oscuras lanza miradas flamígeras, determinantes; ya está en la cúspide soñada y de ninguna manera puede nadie interferirse, y quien lo haga...

Márquez Sterling escucha entonces cómo Rodolfo Reyes comienza a leer el acta de lo que se ha convenido en ese saloncito de acuerdos del embajador.

(La embajada, entonces, estaba en la esquina de la avenida Hidalgo y Rosales, frente al jardín de San Fernando.)

Al llegar al capítulo que corresponde a la designación del nuevo gabinete, Reyes dice lacónicamente: “Reservado”, y lo pasa por alto. Pero el clima diplomático, sobre todo en el propio recinto de la embajada norteamericana, se presta para especulaciones y comentarios irónicos, como el de un embajador, que al oír la palabra “reservado”, dice al oído de unos de sus compañeros:

“Reservado... y lo sabíamos nosotros antes que él.”

Concluida la lectura del acta, los protagonistas desfilan; Victoriano Huerta es quien abre la marcha con gran soltura, como se dice: “pisando recio”, y se despide uno a uno de los presentes.

Al llegar a Félix Díaz, el Comandante Militar se detiene; por fortuna sus lentes oscuros ocultan la verdadera intención de su mirada.

Ambos, dice el acucioso observador cubano Márquez Sterling, se miran con gran fijeza. Hubieran podido devorarse en un santiamén, pero no hay manifestaciones hostiles ni asomo de reticencia; los dos son comediantes. Y se abrazan.

Todos, menos los ministros, aplauden.

El embajador, sonriente, ha de exclamar en esos momentos:

—Muy bien, muy bien.

Es la hora de cumplidos, de disculpas disimuladas, por lo que algunos de los asistentes consideran como un triunfo lo ocurrido.

El diputado Fidencio Hernández, felicista, da excusas a algunos embajadores por los daños causados en los combates afectando sus intereses.

Mientras tanto, Félix Díaz ha desaparecido por el vestíbulo, ya que Mr. Lane Wilson lo pastorea para que beba champaña por el éxito del cuartelazo.



Cuando los embajadores abandonan el recinto norteamericano, Lane Wilson, ahora con una sonrisa más amplia, dice, demasiado eufórico:

—¡Viva Félix Díaz, el ídolo de los extranjeros!

Es el mismo Lane Wilson que previamente, en la junta de diplomáticos, había de responder, cuando le preguntaron si ya se había avisado a Félix Díaz de la aprehensión de Madero, de acuerdo con la súplica hecha por Victoriano Huerta:

—Mucho antes de que Huerta me lo pidiese.

Pero también ha de expresar algo que pone en claro su innegable participación en el cuartelazo; al comentar la detención de Madero, expresa sin ningún rubor:

—Esta es la salvación de México. En adelante habrá paz, progreso y riqueza. La prisión de Madero lo sabía ya desde hace tres días; debió ocurrir hoy de madrugada.

Y ¿cuál es el texto del Pacto de la Embajada, que los felicistas llamaron el Pacto de la Ciudadela?

El Pacto de la Embajada expresa textualmente:

“En la ciudad de México, a las nueve y media de la noche del día 18 de febrero de 1913, reunidos los señores generales Félix Díaz y Victoriano Huerta, asistidos, el primero por los licenciados Fidencia Hernández y Rodolfo Reyes, y el segundo por los señores teniente coronel Joaquín Mass y el ingeniero Enrique Cepeda, expuso el señor general Huerta que en virtud de ser insostenible la situación por parte del gobierno del señor Madero, para evitar más derramamiento de sangre, y por sentimientos de fraternidad nacional, ha hecho prisionero a dicho señor, a su gabinete y algunas otras personas; que desea expresar al señor general Díaz sus buenos deseos para que los elementos por él representados fraternicen y todos unidos salven la angustiosa situación actual. El señor general Díaz expresó que su movimiento no ha tenido más objeto que lograr el bien nacional y que en tal virtud está dispuesto a cualquier sacrificio que redunde en beneficio de la patria. Después de las discusiones del caso, entre todos los presentes arriba señalados se convino en lo siguiente:

“Primero: Desde este momento se da por inexistente y desconocido el Poder Ejecutivo que funcionaba, comprometiéndose los elementos representados por los generales Díaz y Huerta a impedir por todos los medios cualquier intento para el restablecimiento de dicho Poder.

“Segundo: A la mayor brevedad se procurará solucionar en los mejores términos legales posibles la situación existente y los señores generales Díaz y Huerta pondrán todos sus empeños a efecto de que el segundo asuma antes de setenta y dos horas la Presidencia Provisional de la República, con el siguiente gabinete: Relaciones, licenciado Francisco L. de la Barra; Hacienda, licenciado Toribio Esquivel Obregón; Guerra, general Manuel Mondragón; Fomento, Ing. Alberto Robles Gil; Gobernación, ingeniero Alberto García Granados; Justicia, licenciado Rodolfo Reyes; Instrucción Pública, Jorge Vera Estañol; Comunicaciones, Ing. David de la Fuente. Será creado un nuevo ministerio que se encargará de resolver la cuestión agraria y ramos conexos, denominándose de Agricultura, y encargándose de la cartera respectiva el licenciado Manuel Garza Aldape. Las modificaciones que por cualquier causa se acuerde en este proyecto de gabinete deberán resolverse en la misma forma en que se ha resuelto éste.

“Tercero: Entre tanto se soluciona y resuelve la situación legal, quedan encargados de todos los elementos y autoridades de todo género, cuyo ejercicio sea requerido para dar garantías, los señores Huerta y Díaz.

“Cuarto: El señor general Félix Díaz declina el ofrecimiento de formar parte del Gabinete Provisional en caso de que asuma la Presidencia provisional el señor general Huerta, para quedar en libertad de emprender sus trabajos en el sentido de sus compromisos con su partido en la próxima elección, propósito que desea expresar claramente y del que quedan bien entendidos los firmantes.

“Quinto: Inmediatamente se hará la notificación oficial a los representantes extranjeros, limitándola a expresarles que ha cesado el Poder Ejecutivo, que se provee a su situación legal, que entre tanto quedan con todas las garantías procedentes a sus respectivos nacionales.

“Sexto: Desde luego se invitará a todos los revolucionarios a cesar en sus movimientos hostiles, procurando los arreglos respectivos. El general Victoriano Huerta. El general Félix Díaz.”

Es en realidad la consumación del monstruoso complot, que urdieron los autores del cuartelazo.

El embajador pudo creer que el triunfo era tan sólo de Félix Díaz, pero realmente el triunfo corresponde al general Victoriano Huerta, que en esta forma corona con éxito todos sus proyectos que rubrican su perversidad.

El Pacto de la Embajada representa también, aunque sea temporalmente, un triunfo personal de Lane Wilson.

Ya para entonces los hilos telegráficos han vibrado llevando a los gobernadores de los estados del país un mensaje que dice:

“Por disposición del Senado, he asumido el Poder Ejecutivo, hallándose presos el Presidente de la República y su Gabinete. V. Huerta.”

Claro que el asesino Huerta miente, porque el Senado no ha tomado determinación alguna, aunque sí nueve incondicionales, encabezados por Guillermo Obregón, se arrojan facultades y representación que nadie les otorga y de ninguna manera poseen.

Los hechos que siguen en ese trágico 18 de febrero parece que son producto de un vértigo; las horas se desgranán exagerada, rápidamente, en una asechanza continua, en la que no hay evasivas en la cita histórica que cada hombre tiene como consecuencia de algo inesperado, que tiene un comienzo amargo y doloroso el 9 de febrero.

La patria está angustiada.

Cabe añadir que mientras la ciudad celebra el cese de hostilidades con abundantes libaciones, cosa que por lo demás hace todos los días, el embajador Lane Wilson celebra su gran éxito, guarda como secreto tres acuerdos que no figuran en el Pacto de la Embajada; son ellos: la libertad de los ministros de Madero, libertad de prensa y acción conjunta por parte de Huerta y Díaz para preservar el orden de la ciudad.

Claro que no hay acuerdo alguno en lo que respecta a la vida de Madero y Pino Suárez, reafirmando en esta forma, una vez más, la ferocidad y el odio de Lane Wilson hacia el Presidente de la República; él pudo, entonces, salvarlo, y no lo hizo.

Por supuesto que estos acuerdos no escritos y los otros sí consignados en un documento se toman cuando aún no se tiene la renuncia de Madero y aún vive.

Esa noche, a las diez, el general Victoriano Huerta ordena personalmente el traslado de Gustavo Madero y del intendente general de Palacio Nacional, Adolfo Bassó, para que sean conducidos a la Ciudadela.

Tienen encargo de llevarlos el teniente coronel Joaquín Mass y los capitanes Luis Fuentes, José Posada Ortiz, Agustín Figueras y Federico Revilla Brockman.



Las instrucciones consisten en entregar los prisioneros a los jefes de la fortaleza, que no son otros que Félix Díaz y Manuel Mondragón.

En uno de los autos que siguen al que ocupan los prisioneros viajan varios jóvenes aristócratas, entre quienes se encuentran: Gustavo Sáenz de Sicilia, “el Gallo Sicilia”, Pliego Villalba, Creel y otros; brincaban al estribo y se colgaban regocijados, como si fueran a los toros. En una esquina de las entonces calles de San Francisco, un grupo compuesto por Luis y Bernabé de la Barra y otras personas, todas radiantes de gozo, hablaban de exigir la entrega de Madero y de Pino Suárez, como les habían entregado a don Gustavo y a Bassó, el intendente de Palacio Nacional, acusado de haber matado al general Bernardo Reyes.

Los presos son, pues, llevados a la Ciudadela, como se dice antes, y esa madrugada ha de tener lugar un crimen horrendo, y antes de ocuparnos de ese asesinato que estrujara incluso a los más avezados criminales, algunos de ellos convertidos en soldados rebeldes, después de escapar de Belén, damos curso a otras informaciones.

El mismo Victoriano Huerta ha de confesar más tarde:

“Yo era amigo de don Gustavo Madero. Con él cené como un camarada y bebí en muchas ocasiones champagne y cognac, y siempre le protesté mi más sincera amistad.

“Sabía muy bien que aquel hombre era el que podía decidir mi suerte, pues era más inteligente que don Francisco y el único verdaderamente revolucionario entre toda la familia Madero. Era activo y trabajaba a favor de su hermano con un grupo que se había atraído el odio de todos los grupos que no estaban con el maderismo, es decir, de toda la República. A este grupo lo había bautizado el periodista Sánchez Santos, en un artículo que se leyó en toda la nación, con el mote de «La Porra». La institución se dedicaba a hacer manifestaciones tumultuosas, sin orden alguno, befriendo a la gente de prestigio. Yo había sido una de las víctimas de «La Porra».

“Por esto odiaba yo a don Gustavo. Temía que en cualquier momento lograra obtener todo el favor del señor Presidente de la República, y en tal caso hubiera hecho cualquiera de estas dos cosas: ordenar mi fusilamiento inmediatamente o encerrarme en Santiago.

“Ya en la madrugada del día en que hice el ofrecimiento, don Gustavo fue llevado a la Ciudadela, donde inmediatamente lo ejecutaron.

“La muerte de don Gustavo se debió, pues, muy principalmente a la solicitud que me hicieron los hombres de la Ciudadela para que

lo entregara. Lo ofrecí a mi discípulo (Félix Díaz) y le ofrecí también las cabezas de los señores Francisco Madero y Pino Suárez, pero éstas yo me las reservaba para más tarde.

“A Bassó, que también era amigo mío, lo había entregado a solicitud de los de la Ciudadela, que lo señalaban como autor de la muerte del general Reyes. Era Bassó un hombre excelente. Yo no lo hubiera fusilado si los odios de los pronunciados no reclamaran más víctimas. Lo entregué... porque necesitaba entregarlo. Era inocente.”

Conviene precisar que ese día, allá en Saltillo, un hombre de larga barba blanca, el gobernador Venustiano Carranza, reunió en su casa a un grupo de diputados locales y de colaboradores, dándoles a conocer con voz pausada y grave, pero que producía en su cara un agrio gesto de disgusto, el telegrama de Victoriano Huerta.

—Creo, señores, que lo que debemos hacer es desconocer al usurpador.

Acto seguido, Carranza invita a los señores diputados para que pasen al salón de sesiones y puedan deliberar con amplitud, con gran serenidad y, sobre todo, pensando siempre en el beneficio del país. El, a su vez, se dispone a redactar una comunicación dirigida a la legislatura coahuilense, a efecto de que determine “sobre la actitud que debe asumir el gobierno del estado en el presente trance”.

Es ésta la primera manifestación de inconformidad que ha de marcar más tarde la ruta obligada que tiene que seguir el país entero en aras del derecho legítimo que le asiste dentro de un marco de libertad y democracia, que en ningún momento deben ser suprimidos.

Carranza va a convertirse pronto en un guía, en el guía que reclama un país que siente sobre sí el peso de una bota militar, que ha de ver, ya lo ha visto, cómo se entroniza un déspota y un asesino en el sitial más alto de la República.

No lo sabe aún, y faltan unas horas para que se consume, pero Madero y Pino Suárez van a ser víctimas de un nefando asesinato que acabará por perfilar nítidamente la silueta de los desalmados, que han pretendido repartirse el botín con natural ambición personal.

Hacia las once de la noche cesa la increíble romería en la Ciudadela, a la que han concurrido centenares de damas, sobre todo de las que ellas mismas llaman la alta sociedad, las mismas que adularan a Maximiliano y Carlota, primero, y luego a don Porfirio; las que llenaron los deslumbrantes salones en los saraos y las fiestas de las que el pueblo sólo sabía por referencias; se les obsequia con co-



pas de champán, ya que el supuesto triunfo de los felicistas amerita todo género de celebraciones, de regocijo. Es más, muchas de esas encopetadas mujeres reciben como regalo cascos de granadas que utilizaron los artilleros de Díaz y Mondragón. Algunos de esos despojos estarán por allí en alguna mansión, adornados con listones y como un recuerdo de aquellas jornadas trágicas que integraron la decena mencionada y que expira precisamente ese día.

Han sido realmente diez días de estrujante pesadilla, y la decena trágica pasa a la historia marcando el principio de una ablución de sangre que precipita el torvo y cruel Victoriano Huerta y es seguro que los romeros que concurrieron a la Ciudadela no hayan advertido cómo se trata a Gustavo Madero, primero, y después al intendente del Palacio Nacional, Adolfo Bassó, pues fueron confinados separadamente.

Un alumno de la Escuela Militar de Aspirantes, aún horrorizado testigo de los hechos, contó que entrada la noche se detuvieron ante la puerta de la Ciudadela dos automóviles que llegaron conduciendo a los señores Gustavo A. Madero y el intendente Bassó, fuertemente custodiados por numerosos oficiales. Se les hizo descender de los automóviles y a empellones y sin ninguna sombra de decencia, más bien haciendo despliegue de brutalidad, se les introdujo a la fatídica fortaleza a través de un oscuro pasillo que mal alumbraba una lámpara de petróleo, pues desde el principio de los combates la ciudad había quedado a oscuras.

“En medio de palabras injuriosas, a empellones y tratos peores que si se tratara de los criminales más odiosos, se les llevó hasta la oficina en que despachaban los generales Félix Díaz y Manuel Mondragón.”

Con Díaz y con Mondragón estaban los inseparables Rodolfo Reyes y Cecilio Ocón, entre otros.

Es entonces cuando llega hasta ese reducido grupo un informe:

—Allí traen a Gustavo Madero y a Bassó.

Andando el tiempo, uno de los que llevan a Gustavo Madero a la Ciudadela, siete años después del horrendo crimen, el capitán Luis Fuentes, ha de narrar cómo ocurrieron algunos hechos relacionados con el mártir.

En efecto, desde La Habana, el 28 de octubre de 1920, Fuentes escribe al sobrino de Huerta, Joaquín Mass, reseñando lo acontecido en la noche del 18 de febrero de 1913.

Explica que a eso de las once de la noche se presentó en el restaurante Gambrinus el entonces capitán Agustín Figueras, quien le

entregó una orden del general Aureliano Blanquet, disponiendo que entregara a los presos políticos, es decir, que llevaran a Palacio Nacional a Gustavo Madero, así como al general Yarza, al general Delgado y a un ayudante de éste, mismos que fueron aprehendidos en el citado restaurante.

Gustavo Madero fue entregado a la guardia de honor y los demás presos a la comandancia militar.

Media hora después, aproximadamente, Fuentes fue llamado por el capitán Figueras para indicarle que los dos y otros oficiales llevaran a Gustavo Madero a la Ciudadela.

Los prisioneros fueron conducidos en dos automóviles, y al llegar a las calles de Bucareli y General Prim bajaron a tierra y guiados por el oficial felicista que mandaba el puesto avanzado que había en aquella esquina llevaron a la Ciudadela al prisionero, hasta llegar con el general Mondragón y con Félix Díaz, que se encontraba en un catre de campaña, víctima, al parecer, de una leve intoxicación.

En cuanto entraron al salón, refiere Fuentes, Gustavo Madero se adelantó a Figueras y a Fuentes, tendiéndole la mano al general Mondragón, quien lo saludó, pero rehusándose a darle la suya, y sólo se concretó a decirle: "Buenas noches, don Gustavo".

En seguida, Mondragón se acercó a la cama del general Díaz, participándole que allí estaba don Gustavo Madero.

Díaz se incorporó en el catre y en contestación dice al general Mondragón: "¡Fusílenlo!", por lo que este último señor —Mondragón— inmediatamente se volvió a Figueras y a mí: "Siganlo conduciendo, yo les enseñaré el camino". Efectivamente, salimos de aquel salón con don Gustavo entre ambos y el general Mondragón detrás de nosotros, junto con dos o tres personas que se le incorporaron al salir del salón, las cuales personas no pude conocer.

La fatídica presencia de Cecilio Ocón ha de ser determinante para la suerte de Gustavo Madero, porque Ocón, presidiendo un "tribunal", dispone o condena a muerte al prisionero, al igual que a Bassó.

Las sombras de la noche, ya para entrar la madrugada, siguen siendo espesas; ni siquiera las estrellas se asoman tímidamente a presenciar la horripilante tragedia.

* * *

Después de firmado el Pacto de la Embajada, Lane Wilson, a la medianoche, firma este telegrama rumbo a su país: "Alarmado por



la situación que pueda sobrevenir con la caída del presidente Madero, invité al general Huerta y al general Díaz para que vinieran a la embajada con objeto de considerar la cuestión de preservar el orden en la ciudad. Cuando llegaron vi que había muchas cosas que discutir y resolver, y después de enormes dificultades conseguí que se pusieran de acuerdo y llegaran a una inteligencia para trabajar en conjunto los dos, de manera que Huerta sea el presidente provisional y Díaz nombre el gabinete y en seguida le dará todo su apoyo para que sea electo presidente permanente. Después de arreglados estos puntos, los dos salieron de la embajada para cuidar no se altere el orden, en lo que convinieron en interés de la paz pública. Espero no habrá nuevas dificultades ni trastornos en la ciudad y felicito el Departamento por el feliz resultado de los acontecimientos, los que han sido resultado directo o indirecto de sus instrucciones".

No puede haber mayor descaro.

Así es como termina en la ciudad de México la llamada Decena Trágica.

Todavía han de ocurrir hechos sangrientos y políticos que estremsen al pueblo.

Era la prolongación de los diez sangrientos días que se iniciaron con el cuartelazo del 9 de febrero de 1913 en la capital, que no piensa nunca, al escuchar los primeros disparos, que estuviera en el umbral de una época dolorosa, tan triste, como la que precipitaron los generales Bernardo Reyes, Félix Díaz y Manuel Mondragón; luego, el padre de los tres: Victoriano Huerta.



CAPÍTULO XVIII

DÍA 19: HORRIPILANTE CRIMEN

Uno de los asesinatos más horrendos ocurridos durante los aciagos días que han pasado a la historia agrupados en la Decena Trágica y en las fechas que siguieron, se comete en la persona de don Gustavo Madero, hermano del Presidente.

Capturado por el capitán Luis Fuentes, que manda una fuerza de guardabosques de Chapultepec, y más tarde tiene la encomienda de llevarlo al Palacio Nacional y de allí a la Ciudadela, es encerrado juntamente con el general Yarza, el general Delgado y uno de sus ayudantes —puede huir el general Romero— en uno de los guardarropas fuertemente atado y vigilancia reforzada, considerándose desde luego como preso político y, por lo tanto, más peligroso.

Hemos narrado ya cómo el propio Huerta, mediante un ardid, desarma a don Gustavo, pidiéndole su pistola por haber olvidado la suya.

Más tarde es conducido al Palacio Nacional y luego, por fin, como se dice antes, a la Ciudadela, en los términos que ya se han mencionado y que han de ser el comienzo de esta tragedia sin nombre, en la que queda de relieve la ferocidad de los generales Díaz y Mondragón.

El crimen se ha consignado en diversas formas y ofrece ángulos y aristas positivamente estrujantes.

Juega papel principal en el asesinato la siniestra figura de Cecilio Ocón, cuya saña rebasa todos los límites concebibles.

Se ha señalado, y el mismo Juan Sánchez Azcona, secretario de Madero, ha de relatar, según se indica, cómo Gustavo Madero supo desde un principio que él sería el pararrayos que recogería inicialmente el odio de los enemigos del régimen y también admitió, a



modo de comentario, que el primer sacrificado sería él, a la hora en que se emprendiera la ofensiva violenta contra su hermano, como efectivamente ocurrió.

Mas ofrezcamos algo de lo que se ha escrito sobre el crimen.

Aquí está, por ejemplo, la versión de Alfonso Taracena en su libro *Madero*.

Su reproducción establece toda la negra gama del odio que ha de cebarse sin ninguna consideración en el infortunado Gustavo Madero en la Ciudadela.

Dice la referencia:

“A empellones, entre gritos soeces, colmado de injurias y de golpes, entre un coro diabólico de burlas y blasfemias, bajó la primera víctima al lugar de su final tormento. Se le condujo por Joaquín Mass y Luis Fuentes a presencia de Mondragón, y este militoche, ávido de matanza, lo arrojó a los verdugos, diciendo: «Tengan a éste y mátenlo como él mató al general Ruiz».

“Noventa o cien canallas se abalanzaron sobre el indefenso prisionero; redoblaron los golpes, aumentaron las injurias y a punta-piés, a bofetadas y a palos lo llevaron al patio, donde está la estatua del general Morelos, el héroe de la independencia, que debe haberse sentido avergonzado de que aquellos hombres le debieron a él el nombre de mexicanos que estaban pisoteando.

“Al llegar a las puertas del patio, don Gustavo comprendió que su fin iba a ser horrible, más horrible de lo que se había supuesto hasta entonces. Chorreando sangre, con el rostro descompuesto por los golpes, con los cabellos en desorden y las ropas destrozadas, intentó resistir, él solo e inerme, a aquella turba ebria y armada. Se aferró con ambas manos al marco de la puerta y ofreció dinero, suplicó a sus feroces victimarios que no lo mataran; recordó en esos crueles momentos a su esposa y a sus tiernos hijos; a sus padres atribulados, a su hermano, candidato al cadalso, cuando el día anterior era aún poderoso.

“Los «ciudadelos» rieron bellacamente, y a cada frase le llamaban cobarde. Uno, más osado, dio el ejemplo: con el marrazo de su rifle le saltó el único ojo que tenía. Ciego, don Gustavo lanzó un doloroso grito de terror y desesperación. Se encogió con violencia de resorte, y luego quedó mudo.

“Espantoso martirio de un hombre que no había hecho mal a nadie y que, en cambio, a más de alguno de los que lo torturaban le había hecho favores y le había salvado la vida.

“Cubrió su rostro con las manos y se volvió hacia la pared, como un niño que va a llorar. Pero ya no articuló sonido, ni pudo quejarse. El dolor debe haber sido horriblemente intenso.”

Es éste un crispante relato que obedece a la versión de Juan B. Izábal, quien advierte cómo una mesnada de barbajanes increpa en todas las formas a don Gustavo Madero, en tanto profieren, entre risotadas burlescas e hirientes, gritos de: “¡Cobarde!”, “¡ojo parado!”, “¡cobarde!”, “¡llorón!”, y ayunos de piedad, de sentido humano, como bestias desenfrenadas, para las que no hay ni puede haber sujeción de ninguna especie y que obran sólo al impulso de instintos criminales se entregan a torturar al infeliz prisionero, al que ven correr errático, enloquecido, tambaleante, con las manos en la cara, convertido en un desgraciado guiñapo humano; lo golpean con las culatas de los rifles o con un garrote; le pinchan el cuerpo con las puntas de sus marrazos, de sus espadas, de sus puñales y navajas; lo abofetean, lo escupen y arrojan hacia el patio, y la infeliz víctima del dolor insoportable, sin fuerza, plenamente convencido de que no encontrará misericordia nunca, corre, ya se dice, enloquecido. Y las bestias sueltas ya cuando ha enmudecido aquel hombre torturado, seguían empujándolo, seguían acosándolo, llenándolo de improperios, de blasfemias, de insultos; bestias en manada que no hallarán nunca un redil, bestias contagiadas de la ferocidad de un Cecilio Ocón, el mismo Cecilio Ocón “que meses antes nos asediara por semanas y semanas, a Gustavo y a mí, para proponernos, entre protestas de adhesión y de amistad, fabulosos negocios que siempre fueron rechazados...”, según ha de decir el licenciado Sánchez Azcona.

En esta mesnada, que integran alrededor de ochenta o noventa desalmados, figuran jovencitos de diecisiete o dieciocho años, alumnos de la Escuela Militar de Aspirantes; los mismos que salieron de su cuartel teniendo como objetivo principal la toma de Palacio Nacional, y algunos de los cuales fueron reducidos por la entereza, la bravura y la hombría del leal general Lauro Villar, que desgraciadamente resulta herido en la primera refriega para, sin querer, darle rumbo a la historia trágica de aquellos días en nuestro país.

Toda la ferocidad de que es capaz una turba, que ya se dijo, acata sólo sus instintos bestiales y criminales, se hacía violentamente bajo las sombras de la noche, también horrorizada, porque hasta las estrellas esconden los ojos en la gran comba.

Mondragón, complacido, contemplaba el cuadro sin atreverse a tomar parte en él. Un canalla disparó su rifle en la cara de don



Gustavo. El ciego, dando traspiés, pudo aún caminar un corto trecho sobre el patio, sucio de sangre y de lodo, de paja y de estiércol. Por fin, tropezó contra el pedestal de la estatua de Morelos, y desangrado, agotado, cayó pesadamente al pie del monumento. Todavía los «ciudadelos», borrachos y furiosos, injuriándolo, le hicieron algunos disparos.”

Es entonces cuando Juan B. Izábal acerca una linterna al rostro de Madero. “A su vacilante luz pude advertir que está muerto”, y sin que pueda impedirlo, uno de los asesinos torna a disparar su arma sobre el cadáver, diciendo que era el tiro de gracia.

El crispante relato no termina allí, sino que señala lo que sigue luego y que también horroriza, porque no hay ser humano que colmulgue con esta desalmada actitud de una turba azuzada por hombres para quienes no existía la palabra compasión.

Por eso se añade:

“No terminó allí todo. Un nuevo crimen, más horrible que el primero, vino a grabar la conciencia —si es que semejantes monstruos pueden haberla tenido— de los «ciudadelos»: saquearon el cadáver, quitándole una cartera y un alfiler de corbata. Después lo desnudaron. Luego lo mutilaron, arrancándole algunos órganos nobles, cubriendo con tierra y estiércol las heridas. Un bárbaro —que me han asegurado fue Cecilio Ocón—, echándole fuera el ojo de esmalte que tenía, relleno la cuenca con inmundicia que recogió por allí cerca, y remojándolo todo con el aceite de la lámpara de Izábal, le prendió fuego.

“El cadáver quedó allí, abandonado, hasta el amanecer, en que lo depositaron en un agujero que hicieron en el mismo patio.”

La turba, impulsada por una ferocidad estrujante, que estremece y conmueve las fibras más recónditas de los hombres ayunos de misericordia, continúa gritando: “¡Murió como un cobarde!”, y sedienta de sangre, aún no satisfecho su instinto, en una exigencia descomunal de ferocidad, la turba vuelve a gritar: “¡Que nos den a Bassó!”, y un añadido, de tan sólo cinco palabras, fustiga a un hombre que acaba de expirar: “¡Este murió como un cobarde!”

No es éste el único relato que existe del feroz asesinato de Gustavo Madero.

El general Francisco L. Urquiza, que recopilara importantes e interesantes datos sobre el cuartelazo de 1913 y el asesinato de personajes de esa época, cuenta que Madero fue llevado a rastras hacia el exterior de la oficina mal alumbrada donde se encontraban los dos traidores: Díaz y Mondragón.

El terror, dice, estaba bien claro en su rostro, y después añade: “Por la puerta principal sale el grupo de felicistas que, delirantes de odio y sed de sangre, llevan a empujones y a golpes a don Gustavo Madero, obligándolo a llegar hasta el pedestal de la estatua de Morelos.

“Un oficial, con una linterna en la mano, alumbra el rostro des-pavorido de don Gustavo, en el que el ojo artificial, inmóvil y quieto, hace extraño contraste con la expresión de terror que exhibe el otro, el bueno, bajo un montón de estiércol.

“Otro oficial, con un marrazo, clava el ojo sano de don Gustavo, que al ser brutalmente herido, lanza un alarido de intenso dolor.

“La gente, o los que están allí reunidos ejecutando aquella incalificable iniquidad, lanza al aire enardecidos gritos de entusiasmo, en sádico placer ante el dolor de aquel hombre indefenso.

“Del rostro ensangrentado de aquel hombre, enloquecido por el dolor, caen a raudales sangre y lágrimas, mientras que sus manos, laceradas y doloridas, buscan en la noche de sus ojos su cara para tratar de cubrirla, y balbuceante, en ese supremo recordar que solemos tener los hombres, piensa en su madre, y transido de dolor la llama:

“—¡Mamá! ¡Mamá!

“La canalla anónima, en la que lo mismo van oficiales del felicismo, politicastro, de simples curiosos, enardecida por el espectáculo, zarandea al señor Madero, mientras le grita, salvaje:

“—¡Chillón! ¡Ojo parado! ¡Cobarde!

“Don Gustavo, materialmente enloquecido por el dolor y la desesperación de no poder ver, ni defenderse, trata, trastabillante, de huir sin saber cómo ni por dónde. La turba lo persigue y acoquina con toda suerte de brutalidades, pateándolo, golpeándolo y disparando sus armas sobre él.

“¡Una carnicería!

“Cae, hecho jirones, el cuerpo de don Gustavo Madero, y aun así es acribillado a tiros por sus asesinos.

“Uno se llega hasta él y le da varias puñaladas con su marrazo.

“El cadáver de aquel hombre, víctima del ambiente formado por los criminales y traidores engreídos con su éxito transitorio fue llevado dentro del cuartel de la guardia presidencial y sepultado bajo un montón de estiércol.”

A su vez, el acucioso Márquez Sterling, al referirse al asesinato mencionado, cita el hecho de que Cecilio Ocón se erige en juez para



interrogar a Madero, que ha de rechazar todas las imputaciones que le hacen sus enemigos, incluso invoca sus fueros de diputado.

Sólo que Cecilio Ocón es verdaderamente un cobarde y un criminal irredento, porque después de condenar a muerte al prisionero, al igual que a Bassó, abofetea brutalmente a don Gustavo y carcajeándose, con siniestra jactancia, dice:

—¡Así respetamos nosotros tu fuero! . . .

Añade que interviene Félix Díaz y “fueron llevados los presos a otro departamento de la Ciudadela”.

La gran jauría, que no tiene freno de ninguna especie, que ha roto las ligaduras que aún le contuvieran por caminos de crueldad, y “envalentonada, los persiguió en comparsa frenética y rugiente. Unos befan a Gustavo, otros descargan sobre el indefenso político sus puños de acero y lo exasperan y lo provocan. Gustavo intenta castigar a quien más lo humilla. Y un desertor del 29º Batallón, Fidel Melgarejo, nombre que hizo célebre el déspota de Bolivia, pincha con la espada el único ojo hábil de Gustavo, produciéndole en el acto la ceguera. La soldadesca prorrumpió en salvaje risotada. El infame espectáculo resultábale divertido. Gustavo, con el rostro bañado en sangre, anda a tientas y tropieza y vacila, y el feroz auditorio le acompaña a carcajadas. Ocón dispone entonces el cuadro que ha de fusilarlo. Gustavo, concentrando todas sus energías, aparta al victimario que pretende escarnecerlo. Ocón, rabioso, lo sujeta por la solapa de la levita; pero es más fuerte su adversario, y pone fin al pugilato la pistola. Más de veinte bocas de fusil descargaron sobre el mártir agonizante que, en tierra, sacudía el postrer suspiro”.

Ha de decir el testigo presencial, oficial federal Jesús González: “Sentí, al contemplar aquel cuadro, una muy honda decepción y una muy justificada vergüenza”.

Bajo la firma del también traidor Luis Fuentes, en 1920, siete años después de la tragedia, como protagonista, pues como se dijo, tuvo a su cargo aprehender a don Gustavo Madero aquel fatídico 18 de febrero, dice en su parte relativa, y concretamente en relación con el asesinato, sin entrar en mayores detalles, como es natural, porque el agobio íntimo no ha de dejarlo decir por completo la verdad:

“Inmediatamente se acercó a don Gustavo un individuo vestido de paisano, apuntándole con una pistola que llevaba en la mano; trató de hacerle fuego, pero en la primera intención el arma no disparó. Solamente se produjo el ruido del gatillo; entonces, don Gustavo echó a correr sumamente espantado, dando ayes, y el individuo

detrás de él haciendo fuego con la pistola, hasta el tercer o cuarto disparo, en que don Gustavo cayó a tierra.

“Ya en el suelo, otro individuo, armado de carabina, le hizo a quemarropa otro disparo, los cuales suspendió cuando el general Mondragón exclamó en alta voz: «¡Basta ya!»

“Entonces, el mismo individuo que hizo los disparos procedió a registrar el cadáver de don Gustavo, entregando en propia mano al general Mondragón algunas prendas de don Gustavo que llevaba en los bolsillos.”

Como se advierte, el relato que hace Fuentes de los hechos no se acerca ni remotamente a la realidad, omitiendo por supuesto la gran tortura de que se hizo víctima a don Gustavo Madero; se habla simplemente de lo que podía llamarse una ejecución violenta, pero sin describir la orgía de sangre, y eso se explica porque, repetimos, Fuentes no tenía la conciencia tranquila, y Mondragón, respecto al relato, trata de desvirtuar los cargos, porque tanto él como Díaz eran responsables directos de lo acontecido.

A su vez, Ramón Prida se refiere así al horrendo crimen:

Gustavo Madero fue llevado a la Ciudadela, y “el ayudante Revilla (Federico Revilla Brockman) mandó decir al general Díaz que el general Huerta le había ordenado le entregara personalmente al prisionero. «Que se le entregue a Mondragón», dijo, y se retiró para su cuarto. El general Mondragón, al recibir al prisionero, dijo al oficial Zurita (Benjamín Zurita), de la Escuela de Aspirantes, que con los señores Revilla, Paulino Ortega, José Maqueo e Izábal (Juan B. Izábal), que estaban con él: «Tengan a éste y háganle lo que ellos le hicieron al general Ruiz», y se retiró en seguida.”

Después añade el patético cuadro, que coincide en su mayor parte con los otros relatos que existen al respecto, pues Zurita y Ortega tomaron de los brazos al prisionero, y aunque éste quería hablar con Díaz o con Mondragón, no se lo permitieron, y a empellones lo sacaron a la plazuela principal, donde está la estatua del generalísimo Morelos, pero al llegar a la puerta Madero sabía y comprendía lo que iba a suceder. Trata, entonces, mediante su palabra, de conmover, de convencer, implorando a sus verdugos, pero sin resultado, “habiendo logrado desprenderse del brazo de Zurita, asido al marco de la puerta para poder resistir mejor a los que pretendían arrastrarlo, habló a aquellos hombres de sus hijos, de que él nada significaba, que jamás había tenido poder efectivo . . .”; pero todo, desgraciadamente, fue inútil. El destino de Gustavo Madero estaba sellado desde el principio, desde que fue enviado por Huerta a la



Ciudadela, obviamente según acuerdo entre los traidores; las fieras de la Ciudadela estaban sedientas; el rebaño que comandaban Díaz y Mondragón a toda costa quería saciar su odio en algún hombre del régimen, al que más temieron.

A Madero ya no lo dejaron hablar, y “un aspirante le disparó la pistola, hiriéndolo en el maxilar”. Por un claro instinto de conservación se lleva el brazo izquierdo a la cara y corre en su afán de encontrar una salida, pero ha de tropezarse con un tren que le cierra el paso y se reclina en uno de los furgones que hay en la plazoleta.

“El dolor que le produce la herida debe ser muy fuerte, dada la expresión de su semblante; pero no dijo una palabra; allí lo alcanzaron los hombres que salieron de la Ciudadela en su persecución, y al verlo dispararon sus armas, acribillándolo a balazos; su cadáver tenía treinta y siete heridas cuando lo vieron caer y cuando se cercioraron de que estaba bien muerto se arrojaron sobre su cuerpo y lo despojaron de lo que llevaba: sesenta y tres pesos, tres cartas de su esposa fechadas en Monterrey y un libro de apuntes que terminaba con estas frases: «Todo está perdido. Los soldados no quieren pelear...».”

Oportuno nos parece transcribir este fragmento del capítulo XIII del libro de don Diego Arenas Guzmán *Radiografía del cuartelazo. 1912-1913*, editado por el Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana. En su página 166 dice don Diego lo que sigue:

“De todas las versiones sobre el crimen, contradictorias naturalmente, escojo la más piadosa para don Félix Díaz. El mismo lo confió a Rodolfo Reyes, hijo, el año de 1940 y éste la incluyó en la contextura de interesante narración que publicó *Revista de Revistas* de esta capital el 27 de enero de 1963.

“Interrogado el general Díaz respecto a sus declaraciones que había hecho un año antes al periódico *El Dictamen*, de Veracruz, dijo a Reyes:

“«Mire, Rodolfo; hay cosas que se esconden hasta que deben esconderse. Yo escribí eso en *El Dictamen* porque tenía que escribir. Si usted empeña conmigo la palabra de honor de no publicar una sola palabra de esto hasta dentro de veinte años, que por ley de vida todos los protagonistas de la tragedia aquella hayan muerto, yo le relato la verdad.»

“Claro que prometí. Félix, entonces, miró hacia el techo, como queriendo evocar la noche trágica, y me dijo:

“«Serían las doce y media y yo me iba a acostar. Llegó Joaquín Mass y me soltó lo siguiente: ‘Acabamos de traer a Gustavo’. Luis lo soltó y llamó a los muchachos para decirles a quién traía, allí, frente a la estatua lo están pinchando. Hay como treinta o cuarenta de sus hombres, mi general, que participan en el ‘jueguito’.

“«Miré a Mondragón y al instante nuestras miradas se entendieron: una jugarreta más de Huerta, que quería que la muerte de Gustavo se nos achacara.

“«No voy a decir que yo quería a Gustavo. Lo odiaba, y con toda franqueza no me arrepiento de haberlo odiado. Pero comprendí que era una equivocación matarlo así. Mondragón de uniforme y yo en pijama, salimos rumbo a la estatua de Morelos. Demasiado tarde; un tipo llamado Melgarejo, desertor del 29º Batallón la noche anterior, tenía su ojo en una mano y con la otra le clavaba su bayoneta en el abdomen. Diez o doce soldados lo picoteaban en el suelo, mientras que Gustavo gritaba: ‘¡Madre, madre!’

“«Un aspirante —perdonen que no diga su nombre— le pegó un tiro en la nuca y me miró y me dijo: ‘Más vale... sufría mucho’.

“«Yo pudiera decirle a usted que castigué a los culpables y que los sometí a consejo de guerra. Pero no es cierto. No les hice nada porque no era el momento de hacerlo y después los acontecimientos hicieron inútil que yo interviniera.»

“Pregunté entonces a Félix: ¿Y Bassó?

“El sobrino de don Porfirio me replicó: «A ése ya ordené que lo fusilaran por traidor. Estaba comprometido con nosotros y cuando las vio duras se hizo más papista que el Papa. Lo fusilamos correctamente. Estábamos en una rebeldía, no era cosa de andar con miramientos.»

Después añade don Diego:

“A Manuel Oviedo también lo fusilaron «correctamente», sin que hubiera más base para aplicarle tan «correcta pena» que la de tener enemistad con un hijo del general Manuel Mondragón, según admite el mismo Rodolfo Reyes en el relato fragmentariamente reproducido.”

Es natural y explicable que haya discrepancias en las versiones sobre el asesinato de don Gustavo Madero; los avergonzados y salvajes asesinos, bestias —ya se dijo— sin redención, no hubieran querido que nadie tocara nada ligado con el crimen; algunos de ellos quizá supervivientes han de sentirse agobiados por el remordimiento, porque los hechos dolorosos, infamantes, han de perseguirlos como una pesadilla de la que no es posible librarse.

Los calificativos más gruesos, las consideraciones más severas y los juicios más implacables resultan incoloros y pobres frente a la dimensión del crimen, el más negro de los crímenes, por sus características, por el salvajismo que conduce incluso a la mutilación o profanación de un cadáver; el más negro de los crímenes de Victoriano Huerta, de Díaz y Mondragón, es sin duda el de Gustavo Madero, muerto en la madrugada del 19 de febrero.

Es natural que el general Mondragón pretenda o procure inútilmente evadir responsabilidad, que es tanta como la de su mancuerna Félix Díaz.

Gustavo Madero, que desde antes avizorara la inmolación de que iba a ser víctima, vivió sus últimos momentos en la forma más desesperada y horrible que se pueda imaginar.

La barbarie, el salvajismo en un clima de violencia bajo los auspicios de quienes no vacilaron en traicionar a la patria, convirtiéndose en felones entreguistas, procede así por carecer de escrúpulos.

Aun con el transcurso de los años sigue siendo el asesinato de Gustavo Madero un baldón más que cargan sobre sus espaldas los mismos que incitaron a los jóvenes aspirantes a manchar para siempre su nombre y enlodar el uniforme militar que empezaban a usar.

Es así el comienzo de este trágico 19 de febrero el pórtico de una fecha dolorosamente histórica y amarga.

Gustavo Madero inicia, pues, el martirologio de esta nueva etapa en la vida de México.

A pesar de que pudieron intervenir y salvar la vida de don Gustavo Madero, porque se encontraban en la Ciudadela, los diputados Querido Moheno, Manuel Melo Juvera, Tomás Braniff y su hermano, se negaron a interponer su poderosa influencia política, dejando que se consumara el horrendo asesinato, convirtiéndose de hecho en cómplices. Los diputados recibieron indicaciones de entrevistarse con Victoriano Huerta con el fin de legalizar una situación irregular.

Huerta mantiene el criterio de que se procedió con un sentido patriótico, pero sentenciosamente, advierte, deseaba que el poder legislativo estuviera de acuerdo, porque si transcurre el siguiente día, el cuartel general estaba dispuesto a mantener la situación como hasta esos momentos.

Más tarde, en la misma Ciudadela, el intendente general de Palacio Nacional, Adolfo Bassó, con toda entereza se enfrenta al pelotón de fusilamiento.

El viejo marino ha de exclamar, cuando conoce la suerte que corre su compañero Gustavo Madero:



—No es el último patriota. ¡Aún quedan muchos valientes a nuestras espaldas que sabrán castigar estas infamias!

Cecilio Ocón, el torvo Cecilio Ocón, que hace el papel de siniestro maestro del crimen, en apariencia bajo los efectos del alcohol, se vuelve hacia el intendente, con la mirada resuelta, resumiendo un odio que no puede disimular, cuando dice:

—¡Ahora éste!

No hay en el ánimo de Bassó ningún temor; se encamina hacia el lugar de la ejecución entre un piquete de soldados y tan sólo pide un momento para ver por última vez la Osa Mayor, que tantas veces le guiara en su vida de marino.

Localiza la estrella polar; la mira con cierto deleite y después, con serena voz, en la que no hay temblor alguno, lo que denota su extraordinaria entereza y al mismo tiempo su hombría, dice secamente:

—¡Estoy listo!

El piquete de soldados que tiene a su cargo cumplir con la terrible sentencia, en forma desordenada, cada quien por su lado, haciéndolo porque desgraciadamente tienen que cumplir con la orden, hace sonar los cerrojos de los rifles y el ruido se esparce por el patio de la Ciudadela con una extraña sonoridad; allá arriba, la recia figura del Generalísimo Morelos, espada en mano, se yergue soberbia, pero seguramente avergonzada de los malos mexicanos que han empujado al país por un sendero de sangre, sin más aspiraciones que su medro personal, olvidándose por completo del país.

En una fracción de segundo el silencio se hace absoluto.

Después se produce la descarga, y el segundo mártir, el intendente de Palacio Nacional, Adolfo Bassó, entrega su vida a la posteridad.

Todavía esa misma noche, en la noche de ese día, mejor dicho, se ha de efectuar otra ejecución: el que fuera jefe político de Tacubaya, Manuel M. Oviedo, autor entre otros gravísimos delitos de cumplir con la orden del gobierno del Distrito Federal, cateando la casa del general, del traidor Manuel Mondragón, es también asesinado en la misma Ciudadela. Félix Díaz califica el crimen como fusilamiento "correcto".

Cuando los chacales prueban la sangre ya no pueden volverse atrás. Y no se vuelven.



CAPÍTULO XIX

HUERTA, PRESIDENTE

La ciudad de México se despierta el día 19 con sobresalto, porque en distintas partes de la capital, durante la noche, estuvieron tronando los rifles; fueron fusilamientos de personas a quienes se consideraba recalcitrantes maderistas.

Es la hora oportuna en que centenares de pusilánimes cobran mezquinas cuentas o agravios y se cometen incalificables crímenes.

Pero ya la gente sabe que no hay combates y lo que pasa; esto sucede en todas partes, en todas las épocas: son mamparas de cobardes implacables.

A las ocho de la mañana, Victoriano Huerta comisiona al general Juvencio Robles para que se encargue de exigir las renunciaciones de Madero y Pino Suárez; siempre hay peones indignos.

La ambición y el anhelo del pretoriano, ese día, más que nunca, está empeñado en su arribo a la presidencia, no importa cuál pueda ser el camino; hace tiempo que no tiene rubores, ni escrúpulos.

Según las propias declaraciones de Robles, esto es lo que ocurre. Dice el militar:

—Señor Madero, usted es un vencido. Usted ha perdido hasta el último de sus amigos. La capital y toda la República son nuestras, y vengo comisionado para pedirle que firme aquí su renuncia.

“Con mucha dignidad, Madero contestó:

—Soy el Presidente Constitucional de los Estados Unidos Mexicanos, y usted está cometiendo un atropello a la alta investidura que debo al pueblo de México.

—Señor Madero, el Presidente de la República es el general Victoriano Huerta, quien me ha comisionado para ofrecerle todo género de garantías si usted firma aquí.

“Y, al efecto, Robles quiso poner en manos de Madero una pluma. El Presidente la rechazó con altivez.”

(José C. Valadés, *De la Decena Trágica a la muerte de Madero. Excelsior*, 17 de febrero de 1963.)

Robles también, que por algo ha recibido una orden militar, no anda con rodeos cuando añade:

—Ahora bien, vengo a participar a ustedes que, o renuncian a sus respectivas magistraturas, en cuyo caso tendrán la garantía de la vida, o de lo contrario quedarán expuestos a todas las consecuencias.

Madero, hombre de buena fe, sigue siendo optimista, aun en las situaciones más apremiantes, y estima que Huerta le hace esa proposición por el momento estando cautivo y no considera necesario privarlo de la vida, “y bajo esa consideración se resolvía a investigar en qué condiciones, además de la renuncia, se le dejaría en libertad, y al efecto manifestó al comisionado que como el asunto de que se trata era de suma gravedad, deseaba que intervinieran en su arreglo altas personalidades diplomáticas, para que así revistiese toda la solemnidad debida y para mejor garantía de su cumplimiento. Los diplomáticos que propuso fueron al principio los ministros de Japón y Chile”.

Cuando el general Robles se va, Madero platica con Pino Suárez, González Garza y el general Angeles; piensa que éstas son las condiciones para la renuncia:

1° Que se respete el orden constitucional en los estados; esto es, que permanezcan en sus puestos los actuales gobernadores.

2° Que no se moleste a los amigos de Madero por motivos políticos.

3° Madero, su hermano don Gustavo —ignoraba entonces que ya estaba muerto—, Pino Suárez y el general Angeles, con sus respectivas familias, deben ser conducidos esa misma noche del 19 en un tren especial que los lleve rumbo a Veracruz, donde se embarcarán hacia el extranjero.

4° Deben acompañarlos en su viaje los señores ministros del Japón y Chile (más tarde se cambia al primero por el ministro de Cuba), quienes recibirían la renuncia del Presidente y del Vicepresidente “a cambio de una carta en que Huerta debería aceptar estas proposiciones y ofreciera cumplirlas”.

Poco después llega el licenciado Pedro Lascuráin, Secretario de Relaciones Exteriores, a quien Madero informa de sus proposiciones, haciendo que se alegre por haber encontrado una fórmula decorosa



para resolver el conflicto y sale luego a dar los pasos iniciales que hagan realidad lo que se desea.

Pero al mediodía, cuando los presos se disponen a comer, llega Lascuráin de nuevo, acompañado del ministro de Chile, señor Hevia Riquelme, don Ernesto Madero y un cuñado de éste, que disimuladamente llaman a un rincón a González Garza para informarle que la noche anterior había sido asesinado don Gustavo Madero.

Sus caras ofrecen sombrío aspecto.

“El ministro Lascuráin manifestó piadosamente que todo está arreglado y Huerta acepta las proposiciones de Madero, incluyendo la libertad de don Gustavo Madero; que falta tan sólo redactar la renuncia, lo que hace en borrador el propio Madero mientras come, dejando el papel a un lado del platillo.”

Poco después hay objeciones de Pino Suárez; él desea expresar claramente cuáles son las causas de la renuncia y menciona la fuerza de las armas, pero los intermediarios, que sí conocen la gravedad de las amenazas con los dos funcionarios, insisten con gran tacto para que modere su posición, y así se concuerda en una frase: “Obligados por las circunstancias...”.

Se pasa en limpio el documento y una vez examinado y aprobado, los intermediarios salen violentamente para mostrarlo a Huerta, guardándose el original borrador el licenciado Lascuráin.

Se advierte que Lascuráin se muestra en extremo diligente; toda la presión se acumula sobre él; el enemigo no tiene consideraciones y ha sido claro en sus amenazas: si no hay renuncia vendrá la pena de muerte, que por lo demás no es simple palabrería, porque ya se sabe lo que ha ocurrido con Gustavo Madero, con Bassó; en realidad, Lascuráin es el verdadero intermediario entre Huerta y Madero; no es hombre enérgico y sí apocado, en extremo pusilánime.

Regresa, pues, con el documento para recabar la firma y dice que como prueba de la aceptación de Huerta trae consigo, y la muestra, la orden para que se ponga en libertad a González Garza y a los cuñados de Pino Suárez.

Lascuráin, tres años después, ante el juez de instrucción militar, dijo: “. . . que las renunciaciones de ambos funcionarios se redactaron en un solo documento a la una de la tarde del diecinueve de febrero de mil novecientos trece en la intendencia de Palacio en virtud del convencimiento que en ese día tuvieron los señores Madero y Pino Suárez de la inutilidad de resistirse a hacerlas, pues desde muy temprano, en la mañana de ese día, el general Huerta, por conducto del general Juvencio Robles, les había hecho saber que era necesario

proceder de esa manera; que en esa virtud, ambos funcionarios, inspirados en su patriotismo y para evitar ulteriores conflictos, firmaron la renuncia de su cargo; que en la tarde de ese día, lo mismo que en la mañana, el declarante estuvo haciendo gestiones con el general Huerta para obtener la libertad del Presidente y el Vicepresidente y su conducción a Veracruz para dirigirse a Cuba en el crucero de ese nombre que el ministro de esa república, señor Márquez Sterling, puso a disposición de aquéllos, y para obtener la libertad del general Angeles y según indicación del señor presidente Madero, de su hermano Gustavo, cuyo asesinato ignoraba, y la de los oficiales del Estado Mayor que estaban presos; que el general Huerta aseguró que dejaría arreglados todos los detalles relativos a la libertad de las personas mencionadas, a toda satisfacción, y desde luego puso en libertad al señor licenciado don Federico González Garza, que hasta entonces había desempeñado el cargo de gobernador del Distrito y al señor Cámara Vales, gobernador del estado de Yucatán, según cree, hermano político del señor Pino Suárez, y dio también el general Huerta diversas órdenes, de conformidad con los deseos expresados por el señor Madero para hacer creer que también lo pondría en libertad, como fue, por ejemplo, conducir al general Angeles al mismo departamento en que se encontraba el señor Madero, a fin de que dicho general fuese el jefe de la escolta que los acompañase a Veracruz en tren especial que se dispuso en la estación de Buenavista; que iguales seguridades dio el general Huerta al ministro de Chile, señor Hevia Bolaños, y Honguchi, del Japón, que acompañaron al declarante en alguna de esas gestiones. Pero nunca se hizo depender la presentación de las renuncias del hecho consistente en que los señores Madero y Pino Suárez se encontraran a bordo del crucero "Cuba"; que el cumplimiento de ese requisito en aquellos momentos hubiera sido verdaderamente inconcebible en vista de la trascendencia del golpe de Estado que había llevado a cabo el general Huerta, pues que importaba poner a los señores Madero y Pino Suárez fuera del alcance del mismo general Huerta y su actitud no sólo de protestar, sino de obrar en contra del atentado cometido y destruirlo en su origen; que lejos de que hubiese tal convenio, el señor Madero, en la tarde del mismo día diecinueve de febrero, cuando tuvo conocimiento de la actitud de la Cámara de Diputados, que por medio de una comisión se dirigió al general Huerta para que resolviera la situación, autorizó al declarante, en presencia del señor ingeniero Jaime Gurza, ministro que había sido de Comunicaciones, para que se presentara inmediatamente la renuncia; que así autorizado el que



habla, se despidió del señor Madero y se dirigió a la Cámara de Diputados acompañado de los miembros de la comisión antes expresada y ahí presentó la renuncia . . ."

Victoriano Huerta tenía un camino trazado y movilizó fuerzas armadas en torno a la Cámara de Diputados; estaba decidido a obligar a los legisladores a que por la fuerza, si era necesario, aceptaran las renuncias y declararan presidente provisional al ministro de Relaciones, licenciado Pedro Lascuráin. A su vez, éste debería renunciar de inmediato en definitiva, para que recayera, por ministerio de ley, la presidencia en la persona de Victoriano Huerta, haciendo la Cámara la declaración que corresponde en estos casos, con visos legales; claro que Huerta cuidaba que las fuerzas represivas se colocaran abierta y ostensiblemente; la fuerza de las armas tenía que ser decisiva. No costaba mucho trabajo, por la pusilanimidad del ministro Lascuráin, y presentó su renuncia sin sujetarse a lo que se ha convenido.

Todo transcurrió en apenas dos horas y media; de las seis a las ocho y media de la noche, sin que tuvieran de ello la menor sospecha Madero ni Pino Suárez, que seguían ignorando la muerte de Gustavo Madero; en su prisión se aprestaron a salir rumbo a la estación de los ferrocarriles, según lo estipulado, creyendo ingenuamente que no se presentaría ya ningún contratiempo.

Pero a última hora Lascuráin se fue a la Cámara sin obtener la carta de Huerta aceptando las proposiciones y comprometiéndose a cumplirlas; por eso Madero le urgió a su tío, don Ernesto, o a cualquier amigo disponible, que alcanzara a Lascuráin y le pidiera no renunciar al cargo de presidente interino, que le correspondía por ministerio de ley, y mucho menos que nombrara a Victoriano Huerta ministro de Gobernación.

Poco tiempo después, don Ernesto regresa cariacontecido, desconsolado.

—Ya no es posible hacer nada; todo está perdido; ya Huerta es Presidente de la República.

Es entonces cuando Madero comprende que ha caído, una vez más, en infame celada; que se le ha hecho víctima de una jugarreta y por primera vez quizá abriga el temor; teme por la vida de Pino Suárez y por la de él; ahora es cuando comienza a conocer bien a Victoriano Huerta; ¡qué razón tenía su hermano Gustavo! Y cuando piensa en él se le clava como un aguijón inexplicable presentimiento . . . ¡Gustavo!

Mide en toda su magnitud de lo que es capaz el felón, y por otra parte constata que Lascuráin no es hombre a quien pueda pedírsele que se conduzca con energía, con decisión; en cierto modo la verdad es que él también tiene responsabilidad, como otros ministros, de lo que sucede tanto al Presidente como al Vicepresidente de la República en esos momentos, y claro es que alrededor de las once de la noche la Cámara hace la declaratoria en favor de Huerta, que ha llegado por los más tortuosos, perversos y criminales caminos a la cúspide soñada. A Huerta no le preocupa cumplir con sus promesas respecto a Madero e incluso nombra inmediatamente su gabinete y con él decide su suerte.

Por desgracia, el apóstol no quiso nunca tomar en cuenta la verdadera amenaza que representaba Victoriano Huerta.

La gente, en las calles de la ciudad de México, con un certero tino para discernir la conducta de los hombres en el poder, apenas conocido el "fusilamiento" que alguna designación oficial hace del horrendo asesinato en la Ciudadela, asegura en los corrillos populares que "hoy mismo fusilarán al Presidente".

Por extrañas circunstancias el pueblo tasa la conducta de Huerta y en la comprensión del porqué hubo de prolongarse la Decena Trágica y cómo resultaban infructuosas las operaciones militares contra la Ciudadela.

El hombre de la calle, que no se asoma a los tenebrosos coloquios de la política, ni entiende de diplomacias, que pone los pies en el suelo todos los días y a toda hora, tiene que hacer augurios siniestros y los hace porque considera que Victoriano Huerta no es hombre que sepa perdonar. Si ha matado a don Gustavo Madero, lo mismo sin duda hará con don Francisco; no sabe que busca caminos disfrazados para legalizar lo ilegal, para tratar de enderezar entuertos imposibles de enderezar, pues se ha vulnerado la soberanía del pueblo; ha regresado por los tortuosos caminos que un día el mismo pueblo le entregara como bandera de reclamo al soñador Francisco I. Madero, abominando contra la reelección y la dictadura. Huerta anhela, quiere ser y será dictador.

Ese consenso de la calle determina al embajador Márquez Sterling a escribir una nota privada a Henry Lane Wilson, decano de los embajadores, que no jefe de ellos.

Le dice que existen rumores alarmantes respecto al peligro que corre la vida del señor Madero y omite el nombre de Pino Suárez, porque se ha propagado la noticia de que se encuentra prófugo; invoca un sentido de humanidad y le pide que sea el cuerpo diplo-



mático el que tome la honrosa iniciativa de solicitar medidas rápidas y eficaces que eviten el inútil sacrificio del señor Madero; al efecto, ofrece el crucero "Cuba", que se encuentra anclado en el puerto de Veracruz, para que Madero vaya a refugiarse a la isla del Caribe.

Después Márquez Sterling va a la legación japonesa, donde se encuentra refugiada la familia del Presidente; los padres de éste deciden escribir al cuerpo diplomático.

El padre de don Francisco I. Madero declara:

—Yo nunca tuve confianza en Victoriano Huerta.

Para esas horas ya esas consideraciones salen sobrando.

Sin embargo, escribe al cuerpo diplomático, pidiendo que el Presidente de la República, Francisco I. Madero, y el diputado Gustavo Madero, sean dejados en libertad y se proteja su vida con la intervención del citado cuerpo, pidiendo lo mismo para el vicepresidente, licenciado José María Pino Suárez y demás compañeros. Ignoran, por supuesto, el bárbaro asesinato en la Ciudadela.

Pero Mr. Lane Wilson no es hombre que se tiene el corazón, ni a quien le suponga nada la vida de los demás, sobre todo cuando es un resentido, porque desde un principio rechaza la solicitud: "Eso es imposible", dice, y en cambio sugiere que sean el representante de España Cologan y el propio diplomático cubano Márquez Sterling, quienes vayan a Palacio y se entrevisten con Victoriano Huerta, hablando a nombre de cada ministro, pero no a nombre del cuerpo diplomático.

En efecto, los dos ministros acuden a Palacio; van primero con Blanquet, ahora máxima autoridad militar, quien platica con el ministro de Chile.

Blanquet —narra Márquez Sterling— los acoge amablemente y Cologan señala el objeto de la misión, y Blanquet dice:

—¿Corre peligro la vida del señor Madero? ¡Qué absurdo! El Presidente en un principio se negó a renunciar y esto complicaba el caso; pero cedió al fin a la razón.

El ministro de Chile confirma las palabras de Blanquet y enumera las bases que han permitido la firma de la renuncia.

Pero Anselmo Hevia Riquelme, ministro chileno, dice que se ha firmado el documento y se ha entregado al Ministro de Relaciones Exteriores, licenciado Pedro Lascuráin, esperándose ahora la carta del general Huerta y de la que nada sabe o finge no saber el general Blanquet, que por cierto comenta:



—Me parece que el crucero “Cuba” es el más indicado. . . y si ustedes no piensan otra cosa, sería bueno que entrevistaran al señor general Huerta.

Pero Huerta está durmiendo; las largas horas de insomnio que le sirvieron para estructurar su sórdida, criminal maquinación, han acumulado el sueño a lo largo de muchos días y ahora, cuando ya ha conseguido lo que quiere, considera necesario reponerse; por eso duerme.

Después los diplomáticos bajan a la intendencia donde se encuentran los prisioneros, que los reciben con gran júbilo.

Madero dice a los dos diplomáticos que está muy agradecido y está anuente en embarcarse en el crucero “Cuba”, rumbo a la tierra de Martí.

En esos momentos de hecho, queda establecido un compromiso: que Márquez Sterling lleve a Madero a la estación de los ferrocarriles en su automóvil y pregunta la hora de marcha, porque Madero cree que Huerta ha de cumplir sus promesas orales. Deben irse, dice, a las diez de la noche, pero le pide que si le es posible esté allí a las ocho. Es como si un negro presentimiento de algo inconveniente estuviera ya torturándole; con la presencia del diplomático, tal vez todo se conjure.

Márquez Sterling, por su parte, tiene una corazonada; él sí sabe ya lo que ha pasado con Gustavo A. Madero; él sí sabe ya de lo que es capaz Victoriano Huerta, con sus incondicionales marionetas: Félix Díaz, Manuel Mondragón y Rodolfo Reyes; por eso, en punto de las ocho de la noche entra al despacho de Aureliano Blanquet, quien le otorga toda clase de facilidades, indicándole que se ha permitido la libre entrada para quienes quieran despedirse del señor Madero y, cuando éste lo ve entrar elogia su puntualidad que obedece al valor de su palabra y es honra de su país.

Las horas se vienen encima con vertiginosa rapidez; ahora han vuelto a ser un vértigo de sucesos; todo es hijo de la velocidad y esos minutos que se desgranán aceleradamente clavan en los protagonistas del drama una ansiedad, que crece paulatinamente; una ansiedad que tiene un mucho de lo que el público dice en la calle, de lo que mentalmente se repite, producto de un presentimiento e igual le sucede al diplomático cubano Márquez Sterling, porque él ha oído en el comentario callejero que se desenvuelve sin rubores y sin miedo, sin partidatismo incluso; porque él experimentó que el pueblo era certero en sus apreciaciones y comentarios, sin equivocarse, aunque a veces él quiso esas equivocaciones.

El día es pródigo en sucedidos; la noticia de la prisión de Madero se propagó desde la víspera con asombrosa celeridad, pero asomaban presagios trágicos que se inician con la noticia, unas horas después del horrendo asesinato de Gustavo Madero, el hermano del Presidente.

A las cinco de la tarde, el embajador Lane Wilson deposita el telegrama siguiente:

“México, 19 de febrero de 1913, 5 p.m.—La ciudad ha estado perfectamente quieta todo el día, aunque anoche hubo afuera de ella muchos salteadores. Hay poca gente cerca de la embajada y es evidente que el público cree que la tormenta ha pasado. Este puede ser o no cierto según que Díaz y Huerta continúan trabajando de acuerdo, a lo cual estoy dedicándome ahora.

“El original de los arreglos hechos anoche entre Huerta y Díaz está en los archivos de esta embajada. En dichos documentos se conviene que se convoque al Congreso, se nombre nuevo gabinete, y sea electo Huerta por el Congreso para Presidente Provisional; también contiene otras varias cláusulas relativas al mantenimiento del orden en toda la República.

“Hay tres cláusulas que estipulé pero que no se consignaron por escrito y son: que sean puestos en libertad los ministros de Madero; segundo: la libertad de la prensa y que se suprima la censura telegráfica; tercero: acción común por ambos generales para hacer que se mantenga el orden en la ciudad. El Congreso está en estos momentos en sesión, pero entiendo que la ratificación de los acuerdos tomados anoche en la embajada será cuestión de mera forma. Tanto el presidente como el vicepresidente siguen presos en el cuerpo de guardia de Palacio; están también presos los generales Delgado y Angeles y el Ministro de Guerra. Temprano esta mañana corrió la noticia que Gustavo Madero había sido muerto por el sencillo procedimiento de la ley fuga. No he podido confirmar esto. He procedido en muchos puntos sin instrucciones, asumiendo toda la responsabilidad por mis actos en casos muy importantes, pero ningún daño se ha causado y creo que nuestro país ha recibido por ellos grandes beneficios, y muy especialmente nuestros compatriotas en México, los que creo notarán ha desaparecido la atmósfera de odio que los rodeaba. La protección de sus intereses recibirá ahora la justa consideración que se merece. Nuestra posición de ahora es mucho más fuerte de lo que fuera en cualquier otra época. Me permito sugerir que se me den instrucciones generales para presentar inmediatamente a consideración del gobierno, cualquiera que éste



sea, las quejas puntualizadas en nuestra nota de 15 de septiembre, y urgir se haga cuando menos un arreglo para terminarlas.”

El solo contenido de este mensaje pone de relieve la actitud del embajador respecto a nuestro país.

A las diez de la noche, antes que termine la sesión en la Cámara de Diputados y de que se proclame a Victoriano Huerta como presidente provisional, Lane Wilson envía otro telegrama que dice:

“El presidente y vicepresidente han renunciado y sus renuncias han sido presentadas al Congreso, el que naturalmente las aceptará. Conforme a la ley el poder recae en el señor Lascuráin, quien aún no puede renunciar, pero quien retendrá unos minutos el poder y en seguida Huerta será proclamado presidente provisional, e inmediatamente anunciará que su gabinete lo forman las siguientes personas: Guerra: general Mondragón; Fomento: Robles Gil; Gobernación: García Granados; Justicia: Rodolfo Reyes; Instrucción Pública: Vera Estañol; Comunicaciones: De la Fuente. La ciudad está tranquila. La policía ha reasumido sus puestos y fuertes patrullas recorren las calles de la ciudad. Me han dado seguridad completa respecto a la situación y me han explicado que Gustavo Madero fue asesinado por los soldados sin que hubieran recibido órdenes de ejecutarlo. El general Huerta me ha dicho que el presidente y Gustavo Madero habían tratado de asesinarlo dos veces y lo habían tenido preso todo el día. Me pidió consejo sobre qué sería bueno hacer con el ex presidente, si enviarlo fuera del país o colocarlo en un manicomio. Le contesté que debía hacer lo que fuera mejor para asegurar la paz en el país.”

Si hemos transcrito y procuramos transcribir en su mayoría los telegramas del embajador Lane Wilson, es con el propósito de que se conozca cuál fue su intervención real en el cuartelazo, basándonos en documentos del diplomático, midiendo la responsabilidad histórica que tiene en estos hechos, sin que ello represente animosidad contra el pueblo de los Estados Unidos de Norteamérica, que nos merece y merecerá, hasta hoy, todo respeto.

Corresponde al licenciado Luis Aguirre Benavides, que fuera secretario particular de don Gustavo Madero, encargarse de la penosa misión de recoger sus despojos para darles cristiana sepultura, máxime que la esposa, y ya para entonces viuda, se encontraba en Monterrey.

Hasta en la noche, cuando se encuentra en la casa de su primo Pedro Aguirre López, en Santa María la Ribera, un empleado de don Ernesto Madero le entrega lacónica orden firmada en papel

membretado de Aureliano Blanquet, “Secretario de Guerra y Marina”, donde se dispone que se entregue al portador el cadáver de Gustavo Madero.

Va entonces a la Ciudadela, con el fin de entrevistarse con el general Mondragón, a quien considera jefe de la fortaleza, pero como está ausente, tiene que esperarlo.

Mondragón se extraña ante la orden, ¿por qué ha de entregar el cadáver de una persona que no ha muerto?, “pues don Gustavo era un hombre muy listo e inteligente y que en aquellos momentos ya debería encontrarse en el extranjero”.

De todos modos, Aguirre Benavides insiste; demanda la entrega del cadáver, pues todo mundo sabe que Gustavo Madero ha sido “fusilado” y así incluso lo informan los periódicos que han vuelto a publicarse en su totalidad; pero es inútil la gestión y tiene que retirarse.

Aguirre Benavides se retira después de saludar, detrás de la reja de uno de los portones al teniente coronel Emiliano López Figueroa, ex inspector de policía y a Manuel M. Oviedo, jefe político de Tacubaya, que esa misma noche será asesinado.

Benavides está resuelto a proseguir en sus gestiones al día siguiente, hasta que logre que le entreguen el cadáver de Gustavo Madero.

Hay también una noticia importante en ese día 19: Aureliano Blanquet, siniestro lugarteniente de Victoriano Huerta, asume la Comandancia Militar de la Plaza.

Esa noche, Madero es informado que será hasta el día siguiente cuando salga rumbo a Veracruz, pues el general J. Refugio Velasco, Comandante Militar de Veracruz, en un mensaje dice que si Madero no ha renunciado, sigue representando a la legalidad.

Mientras en la ciudad de México se precipitan los hechos, ya se dijo, como en un torrente, allá en Coahuila, en Saltillo, para ser precisos, se promulga un decreto autorizando al gobernador Venustiano Carranza a desconocer a Huerta, facultando al ejecutivo local para que proceda a armar fuerzas. Igualmente, en Navojoa, Son., el teniente coronel Alvaro Obregón se decide, sin vacilaciones, a ofrecer sus servicios militares al gobernador del estado, Maytorena; el país entero reclama de sus hijos cualquier sacrificio.

Todo es vertiginoso ese día 19; a la renuncia de Madero y Pino Suárez, las Comisiones Unidas, 2° de Gobernación y 3° de Puntos Constitucionales de la Cámara de Diputados, dictamina en la siguiente forma:

“Señores diputados:

“Acaban de turnarse a las Comisiones Unidas 2º de Gobernación y 3º de Puntos Constitucionales las renunciaciones que presentan el señor don Francisco I. Madero y el señor licenciado don José María Pino Suárez, el primero, del cargo de Presidente; y el segundo, del de Vicepresidente de la República, para que fueron respectivamente designados en las elecciones generales que se verificaron el año de 1911.

“Como a juicio de las Comisiones Unidas, las razones alegadas por los altos funcionarios mencionados son dignas de tomarse en consideración por la gravedad e importancia que revisten, supuesta la situación política que las determinan, las mismas condiciones, apoyadas en los artículos 72, inciso A, fracción II, 81 y 82 de la Constitución General, sujetan a la deliberación de esta honorable asamblea con dispensa de todo trámite, las siguientes proposiciones:

“I. Se admite la renuncia que presenta a esta honorable Cámara el C. Francisco I. Madero, del cargo de Presidente de la República, que el pueblo mexicano le confirió en las últimas elecciones.

“II. Se admite igualmente la renuncia que presenta a esta honorable Cámara el C. José María Pino Suárez, del cargo de Vicepresidente de la República que el pueblo mexicano le confirió en las pasadas elecciones.

“III. Llámese al C. licenciado Pedro Lazcuráin, actual Secretario del Despacho de Relaciones Exteriores, para que preste la protesta de ley como Presidente Interino de la República.

“ECONOMICO

“Comuníquese este decreto a quienes corresponda.

“Sala de Comisiones de la Cámara de Diputados del Congreso General.—México, febrero 19 de 1913.—J.R. Azpe.—Manuel Padilla, Manuel F. de la Hoz, José María Pontón.—J.M. de la Garza.”

Y apenas, unos minutos después Lazcuráin presenta su renuncia, expresando: “Los acontecimientos a los que asistimos me han colocado en el caso de facilitar los medios para que dentro de la ley se resuelva una situación que de otro modo acabaría con la existencia nacional. He aceptado con toda conciencia ese papel, ya que de rehusarme hubiera cooperado a futuras desgracias. La historia resolverá serenamente sobre mi actitud; estimo demostrar con ella mi lealtad a quien me honró con su confianza y mi amor a mi patria.



“Estas consideraciones me hacen dimitir del puesto de Presidente de la República que por ministerio de la ley he desempeñado por unos momentos, después de haber nombrado Secretario de Estado y de Despacho de Gobernación al señor general Victoriano Huerta.”

Pero todavía en la avalancha de acontecimientos y de documentos, debe consignarse otro texto que firman Juan Galindo y Pimentel y Alfonso Cravioto; expresa:

“La Cámara de Diputados y el Congreso de los Estados Unidos Mexicanos, en ejercicio de la facultad que le confieren los artículos 72 inciso A, fracción II, 81 y 82 de la Constitución General de la República y las leyes de 13 de mayo de 1891 y 6 de mayo de 1904, decreta:

“Artículo 1º Se admite la renuncia que presenta a esta honorable Cámara el C. licenciado Pedro Lazcuráin, del cargo de Presidente Interino de la República.

“Artículo 2º Llámese al C. general Victoriano Huerta, Secretario de Estado y del Despacho de Gobernación para que preste la protesta de ley como Presidente Interino de la República.

“ECONOMICO

“Comuníquese este decreto a quien corresponda.

“Sala de Comisiones de la Cámara de Diputados del Congreso General.”

Por supuesto que Huerta rindió la protesta correspondiente y en esas condiciones entró por la puerta de la ignominia a gobernar al país.

Madero y Pino Suárez pasarán a la historia como dos mártires, Lazcuráin a su vez como un pusilánime, que siente en el costado el cañón de una pistola e implícitamente como cómplice de Victoriano Huerta, por la ridícula brevedad de su mandato de apenas cuarenta y cinco minutos.



CAPÍTULO XX

DIAS 20 Y 21, ANTESALA MORTAL

La Decena Trágica termina de hecho el 18 de febrero.

Hemos querido resumir lo ocurrido en cada uno de esos días, los acontecimientos importantes, en el marco de horrenda pesadilla capitalina, que vivieron quienes tenían aquí en la capital su domicilio; horas amargas en aquella jornada sangrienta, llena de sobresalto y zozobra, de inquietud y de terror.

Pero también queremos agregar al cuerpo de este trabajo dos hechos igualmente horribles: el feroz asesinato de don Gustavo Madero y el también estrujante, en las personas de Madero y Pino Suárez.

Esto pues establece que hagamos referencia a fechas también dolorosas que sucedieron a la decena trágica, para que el lector tenga una visión más completa de los hechos, aceptando que la prolongación la constituyeron, por desgracia, estos asesinatos sin nombre, atribuibles por supuesto a Henry Lane Wilson, Victoriano Huerta, Félix Díaz, Manuel Mondragón, Rodolfo Reyes y Cecilio Ocón, entre otros.

Hemos de cerrar nuestros relatos con la muerte de Madero y Pino Suárez y transcripción de documentos sobre el particular.

En realidad se ha procurado ser expositivos; los juicios políticos, los juicios históricos han sido profusamente abordados desde el siguiente día de los crueles sucesos y aun a la fecha se escribe sobre los perfiles del gran crimen.

El mexicano que vive en la capital tiene una vaga referencia de la decena trágica, perdida en la bruma del tiempo; los escenarios de aquella dantesca jornada se han transformado; se hablaba entonces de los llanos de la Penitenciaría, los llanos de la Ciudadela, el Campo Florido y se hace mención de la famosa Cárcel de Belén,



que alojara a tipos tan populares como “El Chalequero”, “El Tigre de Santa Julia”, etc.

La Ciudadela dejó de ser arsenal y es punto céntrico que aloja en parte al Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana y tal vez se convierta en museo, porque biblioteca ya es; punto céntrico que no da idea del porqué de aquellos combates en sus cercanías y las cargas suicidas de caballería de rurales por las calles de Balderas, donde también se incineraban los cadáveres.

Transformada en términos generales, bajo la acción de los regímenes revolucionarios, la fisonomía de la ciudad es otra; de modo que la retrospectiva quizá pueda tener cierto atractivo.

En torno a la muerte de Madero hay muchas obras; la más valiosa, quizá por su hondo contenido humano, por su trazo periodístico y el gran cariño a México, es la del doctor Manuel Márquez Sterling, diplomático cubano, a quien más que antillano debemos considerar como insigne hermano al que México vivirá reconocido por su gestión, en el afán de salvar la vida de los dos prisioneros que representaban la legalidad y la voluntad popular.

El 20 de febrero tiene también significación por hechos que lo hacen memorable, como que es uno de los días que se antojan antesala de lo inexorable.

Es día en que por las calles metropolitanas las fuerzas sublevadas, que sufrieran la pérdida de dos de sus jefes, Bernardo Reyes y Gregorio Ruiz, deambulan orondamente y los jefes sobrevivientes, Félix Díaz y Manuel Mondragón se convirtieron en simples títeres del gran maestro del crimen: Victoriano Huerta.

No eran novedad las ovaciones a los insurrectos, desde que los traidores salieron de la Ciudadela para desembocar en la avenida Juárez, marcha que se inicia a las cuatro de la tarde, para recorrer las calles de San Francisco, Plateros, portal de Mercaderes hasta llegar al Palacio Nacional.

No es extraña la conducta de los capitalinos, porque es lo de siempre.

Engalanan las calles con banderas y gallardetes, derrochan el confetti y los balcones, más por curiosidad que por partidarismo se colman de gente, entre la que descuellan, por supuesto, empingorotadas damas, las mismas que han ido a recoger los cascotes de granadas a la Ciudadela y colocan adornadas con listones en sus rinconeras; las mismas que extrañan la corte de Carlota y los saraos de cursis reseñas periodísticas, rancia aristocracia que no se resigna a la pre-

sencia de la Revolución; miles de personas se lanzan a la calle a presenciar el desfile “ofreciendo un espectáculo nunca visto antes”. Son los mismos que vitorearon a Calleja cuando salía rumbo a Cuautla en el afán de traer vivo o muerto al Generalísimo; los mismos que aplaudieron a Iturbide y Maximiliano, a Su Alteza Serenísima y hasta a Winfield Scott; los mismos que aplaudieron a los zapatistas primero y luego a los carrancistas; los mismos que aclamaran a Villa y Zapata...

Las fuerzas infidentes realizan su desfile en la siguiente forma: una descubierta de los Aspirantes de Caballería —envenenados por sus instructores que conocen, antes que nada, la traición a la patria; llevan una bandera enlutada— ¡irónico simbolismo!, luego dos automóviles con Aspirantes de Infantería y civiles, entre los que figura por supuesto el desalmado Cecilio Ocón; después grupos de civiles con cartelones con diversas leyendas; luego ocho automóviles con “voluntarios” y otros coches que ocupan miembros de la Asociación del Colegio Militar, que se suman al festín de buitres.

Montan a caballo los generales Díaz —vestido de azul marino, ¡monísimo!, en brioso caballo retinto— y Mondragón y después varios landós de la Presidencia donde viajan, como lo harían bellas manolas en un desfile de las fiestas de Covadonga, por ejemplo, los nuevos ministros Alberto Robles Gil, Alberto García Granados y Jorge Vera Estañol, a quienes acompañan militares de alto grado carentes de lealtad.

En otros carruajes jefes y oficiales del Estado Mayor y atrás los Aspirantes de Infantería, cuerpo de seguridad, primer regimiento de artilleros, voluntarios y a retaguardia la gendarmería montada, para que cierren el desfile varios coches con caballos y automóviles con admiradores y simpatizadores de los que conjugaron en todos los tiempos la traición.

Otra vez las campanas de la Catedral marginan la marcha de los infidentes que llegan a las seis y media de la tarde al Palacio Nacional.

En el Salón de Embajadores los espera el verdadero triunfador: Victoriano Huerta, con claro tufo alcohólico y sus imprescindibles lentes oscuros que esconden la traición de su mirada. Lo acompaña su estado mayor y sus ministros Rodolfo Reyes, Toribio Esquivel Obregón y Francisco León de la Barra, quienes están cerca cuando se abrazan Díaz y Huerta, y oyen decir a éste: “Querido hermano: Dios quiera que tengamos la fortuna de que jamás vuelvan a registrarse sucesos como los que de tal modo nos han consternado. Yo

espero, general, y querido discípulo, que nos reunamos todos en estos momentos en que pasa la tragedia, para que unidos laboremos por el bien de la patria, a fin de que sea una de las primeras potencias del mundo”.

Es un abrazo conmovedor; son dos judas que no vacilarían en apuñalar por la espalda.

En las calles se improvisan movidas celebraciones con torneos de oratoria ramplona en la que ensalzan y elogian las figuras de los infidentes que crucifican al país; son oradores: Rafael Lebrija, Ezequiel Padilla, Miguel Othón de Mendizábal, Luis Liceaga y Víctor Velázquez.

Obviamente a quien más incienso se quema es a Félix Díaz, el sobrino de su tío, don Porfirio.

Pero ese día 20, Félix Díaz, de azul marino, se dirige a don Porfirio, su tío, que allá en París aguarda noticias de México; el telegrama dice:

“Señor general: Derrocado Gobierno Madero. La República siempre agradecida espera de usted sus sabios y prudentes consejos.”

Mientras tanto han de llegar felicitaciones como la de Pascual Orozco, quien se barniza de oprobio para manchar su personalidad de precursor activo del gran movimiento armado de 1910. Pero Orozco hace tiempo que está al servicio de la reacción.

También felicita a Félix Díaz una comisión de la Asociación de Periodistas Metropolitanos.

Allá en Puebla, el diputado Jesús Urueta, por condescendencia de las autoridades locales queda en libertad, pero sigue preso el licenciado Juan Sánchez Azcona, que tiene sobre sí el enorme delito de haber sido secretario de Madero. Y todo lo que se refiere a Madero debe ser hostilizado, borrado si es posible definitivamente.

Desde Saltillo, don Venustiano Carranza, gobernador de Coahuila, ya en plan amenazador se dirige telegráficamente a los gobernadores de los estados, haciéndoles saber su decidida e irrevocable actitud y abre la puerta contra la usurpación; no reconoce ni reconocerá a Victoriano Huerta; el camino de la legalidad ha de recorrerse, si es necesario —y va a serlo— con las armas en la mano; otra vez, como cuando aquel 20 de noviembre, tres años antes. Lo dice: no ha de sancionar con su reconocimiento el nacimiento de un dictador que tiene las manos manchadas de sangre y desconoce la compasión.



Esa misma tarde el teniente coronel Alvaro Obregón escucha al gobernador Maytorena: no son hombres de armas los que necesita por ahora, sino personas que le ayuden a mantener el orden; pero Obregón ya tiene trazado el camino, cualquiera que sea la actitud futura de Maytorena. Allí en Sonora también fermenta ya una rebelión, que ha de enfocarse contra el déspota asesino que usurpa el poder.

El cuerpo diplomático se presenta al mediodía en Palacio Nacional para ofrecer sus respetos al soldadón. Al parecer, se dice, los prisioneros no deben salir luego en libertad, sino que estarán en lugar seguro para evitar la posibilidad de un levantamiento armado.

El diputado Luis Manuel Rojas, Gran Maestro de la Gran Logia del Valle de México, a la que pertenecen Madero y Pino Suárez, invoca los vínculos masónicos en su afán de ayudar a los dos prisioneros y por ello cablegrafía al presidente Taft, en los términos que siguen:

“Como hermano masón le pido intervenir de algún modo para proteger la vida amenazada de Francisco I. Madero y la de José María Pino Suárez.”

Pero Henry Lane Wilson es la figura clave que ha de determinar la suerte de los dos presos y ya se ha visto su opinión al respecto y cómo, durante la visita del cuerpo diplomático, “extraoficialmente solicita que debe ser tomada la mayor precaución para evitar su muerte —la de Madero— y la del vicepresidente, excepto de acuerdo con los procedimientos legales”.

Ya ha dictado antes su sentencia.

El Departamento de Estado, desde Washington, al parecer alarmado por las informaciones procedentes de la capital mexicana, envía con carácter confidencial y urgente, la siguiente nota a Lane Wilson:

“La consulta a usted del general Huerta acerca de cómo tratar a Madero se encamina a dar a usted cierta responsabilidad en el asunto. Además no es necesario mencionar que el tratamiento cruel del ex Presidente menoscabaría ante los ojos del mundo la reputación de la civilización mexicana y este gobierno ansiosamente espera no oír tal cosa, sino al contrario, que se le ha tratado de acuerdo con los principios de humanidad.

“Sin asumir ninguna responsabilidad, usted puede con discreción hacer uso de estas ideas en sus conversaciones con el general Huerta.”



Pero Lane Wilson, repetimos, ya había dictado antes su sentencia.

Con la natural tribulación que es de suponerse, la infortunada esposa de Madero, doña Sara Pérez de Madero, va a la embajada norteamericana por la tarde, con su cuñada Mercedes; lleva el corazón en un puño y tiene la esperanza de que el decano del cuerpo diplomático, Henry Lane Wilson, que tanta injerencia ha tenido en los hechos, se compadezca y decida a intervenir en favor de Madero. Para ello, quiere entregarle también un mensaje pidiéndole que lo haga llegar al presidente Taft, porque no tendría curso si fuera depositado en los telégrafos nacionales, dado que estaban en manos de Huerta.

Pero Lane Wilson está ausente y doña Sara es recibida por la esposa del embajador, quien ordena que se llame a su marido que se encuentra en Palacio Nacional, haciéndole saber la presencia de la esposa de Madero. Cuando llega, se encuentra bajo el influjo del alcohol "e incluso varias veces su esposa tiene que tirarle del saco para que cambie de lenguaje al dirigirse a las dos damas".

Ciertamente es una dolorosa entrevista; Lane Wilson es hombre que no disimula su odiosidad hacia Madero y Pino Suárez, porque pregunta a la esposa del Presidente, en forma brusca:

—Muy bien señora, ¿y qué es lo que usted quiere que yo haga?

La respuesta es concisa: que interponga su influencia para salvar su vida.

Con toda crueldad de que es capaz, Lane Wilson rechaza eso; él no puede echarse a costas semejante gestión en nombre propio, menos en el de su gobierno que representa.

Sin embargo, la esposa de Madero deposita en sus manos el texto de un telegrama dirigido al presidente Taft, pidiendo la intervención para proteger la vida del prisionero.

El embajador está renuente: "No es necesario enviar ese documento" y ante la renovada insistencia, acepta por fin su envío. Difícilmente podrá saberse si el mensaje mencionado salió rumbo a su destino; lo más probable es que no.

Después el embajador deja traslucir claramente su posición: "Seré franco con usted señora. La caída de su esposo se debe a que nunca quiso consultarme".

Añade con tono sentencioso: ella sabía que su esposo tenía ideas muy peculiares y en cuanto al licenciado Pino Suárez: "Es un mal hombre y no puedo dar ninguna seguridad respecto a él. Es el culpable de la mayor parte de las dificultades que ha tenido el esposo

de usted. Esa clase de hombres debe desaparecer, es uno de los jefes de «La Porra»".

Antes de despedir a la atribulada esposa de Madero, Lane Wilson dice que Madero es impopular y que el pueblo no estaba conforme con su gobierno, siendo Presidente.

Doña Sara comprende la verdad cuando el embajador concluye sentenciosamente: "No se preocupe usted ni se apure, no harán daño alguno a la persona de su esposo. Sé sobre el particular todo lo que va a suceder. Por eso sugerí que renunciara su esposo".

Pero oculta que la misma opinión que tiene sobre Pino Suárez, la comparte con Madero, porque dice a los familiares del Vicepresidente que "Madero debe desaparecer".

Así es como el embajador sentencia, porque no desea intervenir, sino por el contrario ya ha dictado la muerte del presidente Madero y de su compañero.

La conversación se efectúa en inglés y fuera de que Lane Wilson está decidido a apoyar en todo y por todo el derrumbe absoluto de Madero, ese mismo día informa a Washington que "el inicuo despotismo ha caído", habiéndose instalado un gobierno "con grandes manifestaciones populares de aprobación". Durante esa tarde da a conocer, por la misma vía, que el nuevo gobierno está "evidentemente asegurado" y pide que el Departamento de Estado le dé instrucciones de inmediato, a fin de reconocerlo.

Antes de recibir las instrucciones que pide, Lane Wilson convoca al cuerpo diplomático para discutir el reconocimiento. Esto es consecuencia o la respuesta a la invitación hecha por Huerta para que acuda a una recepción formal al día siguiente por la tarde, es decir, el 21 de febrero. Ahora el dipsómano busca consolidar su triunfo en el ámbito diplomático.

Los representantes extranjeros acuerdan asistir a la recepción.

Mientras tanto, el peregrinaje de Aguirre Benavides y su primo para recoger el cadáver de don Gustavo Madero continúa. Por eso ven al nefasto Cecilio Ocón, uno de los allegados de Félix Díaz, pero además desalmado, feroz asesino del propio don Gustavo; lo entrevistan en la Secretaría de Gobernación.

A pesar de que Ocón fue por decirlo así el principal personaje en el crimen, con Aguirre Benavides es, sin embargo, muy amable y promete ayudarlo, pero un agente de la policía reservada, Francisco de P. Sentías, amigo de Aguirre López, primo de don Adrián le aconseja: mejor es que se retiren, pues un sujeto llamado Laureano López Negrete, que debía enormes favores a Aguirre Bena-



vides, había denunciado que éste fue secretario de don Gustavo Madero.

Así, tienen que retirarse una vez más, sin obtener éxito en la gestión relacionada con el cuerpo del mártir de la Ciudadela, al que se desea dar cristiana sepultura.

Paralelamente, es designado gobernador del Distrito Federal el general Alberto Yarza.

Poco varían las cosas al día siguiente cuando el cuerpo diplomático, jefaturado por el decano Lane Wilson, acude a presentar sus felicitaciones al general Victoriano Huerta, presidente provisional o interino de la República —la denominación es lo de menos, que en todas formas era ilegal— en el Salón Amarillo del recinto presidencial.

Justamente es la hora en que Madero recibe la visita de su señora madre y de una de sus hermanas para producir escenas de gran ternura, de hondo, cuanto doloroso significado humano.

El Presidente, ahora ex Presidente por la renuncia a que se dio curso, se pasea midiendo la estancia, con las manos a la espalda; viste un traje negro.

Desde Veracruz, el general J. Refugio Velasco, Comandante Militar, continúa resuelto a no reconocer la nueva situación, mientras no se le haga saber, dice, en forma oficial, lo sucedido. Sin saberlo, está propiciando que el matón lleve a cabo lo que ha venido meditando larga y cuidadosamente.

Lane Wilson por su parte envía un telegrama-circular a todas las oficinas consulares, informándoles sobre la situación y dando instrucciones para que exijan sumisión y adhesión al nuevo gobierno mexicano, que será, dice, reconocido ese mismo día por todos los gobiernos extranjeros.

En la recepción Huerta se reúne con su gabinete; se discute lo que debe hacerse con los prisioneros y al parecer se acuerda someter a juicio la decisión.

El subsecretario de Gobernación, a su vez, es comisionado para investigar los fundamentos que existen para una acción legal.

La reunión mencionada, como resultado del primer acuerdo, debe efectuarse en la tarde del siguiente día.

Todo va camino de la consumación.

Madero ahora está seguro que no puede esperarse ninguna compasión por parte de Victoriano Huerta; eso que aún ignora la suerte que ha corrido su hermano Gustavo.

En efecto, Huerta se ha reunido con su gabinete.

Esa mañana, la del 21 de febrero, se encuentra Huerta más bebido que lo acostumbrado; habla dificultosamente y su mirada, su mirada otra vez, hipócritamente se disimula tras los eternos lentes oscuros. Se vuelve locuaz, pero también en ocasiones insultativo, porque recuerda a sus colaboradores la forma en que llega al poder, como él lo ha hecho también, reviviendo los hechos.

Huerta describe entonces los recursos que ha usado para obtener que Lazcuráin el timorato renuncie y lo designe ministro, para luego lograr que la Cámara de Diputados sancione lo acontecido y lo lleve a la primera magistratura del país.

Félix Díaz se deshace en serviles elogios, sueña y tiene prometida la presidencia de la República mediante las elecciones y apenas algún ministro: Robles Gil, se atreve a insinuar algunas dudas al respecto, es decir sobre lo que debe hacerse con Madero y Pino Suárez, sólo que el beodo, que no tiene para estas alturas ninguna cauta reticencia, como las tuviera disimuladamente antes de establecer categórica y rotundamente su predominio, pregunta: “¿Qué se va a hacer con Madero y Pino Suárez?”

El mismo soldadón sugiere el camino, no hay más que la pena de muerte. Si se les deja en el país, no tardarán en unirse al pueblo para originar una lucha sangrienta, prolongada; en su concepto, si se les deja con vida serán un peligro latente y, muertos, muertos en realidad, ¿quién puede ya pensar estando muerto Madero, quién puede ya pensar en revueltas estando muerto Pino Suárez?

Ya muertos ni siquiera servirán como bandera y en cuanto al pueblo no deja de ser una masa ignorante, por completo carente de responsabilidad.

Huerta sabe bien que no hay mejor camino, para sus ambiciones, que la supresión; sabe bien que no es conveniente perdonar la vida a los prisioneros si es que desea tranquilidad en la presidencia, pues de otra manera quizá renazca el fervor popular, por senderos de violencia y pueda el pueblo volver a entronizar su soberanía.

Desgraciadamente nada será posible en último recurso para salvar a los prisioneros.

Aguirre Benavides y su primo Pedro López Aguirre siguen haciendo gestiones para localizar el cuerpo de don Gustavo.

Mientras por un lado el jolgorio del triunfo, la satisfacción del poder alegra las caras, otros hombres tienen el rostro alargado y una enorme ola de tristeza les avasalla.



La gestión encuentra apoyo de Gustavo Sáenz de Sicilia, el mismo "Gallo" que cuando don Gustavo era conducido desde Palacio a la Ciudadela, lo apostrofaba y pedía su cabeza.

Sin duda, atormentado por el remordimiento, obtiene el permiso para que se practiquen excavaciones por parte de Aguirre Benavides, su primo Angel de Caso, el doctor Rafael Silva, Aurelio Hernández y otras personas auxiliadas por varios trabajadores, que remueven la tierra en el afán de localizar el ansiado cadáver. Pero a poco llegó una orden de suspender la búsqueda, que infructuosamente por horas se había llevado a cabo.

Al mismo tiempo, otros amigos, como el ingeniero Alberto J. Pani, Director de Obras Públicas del Distrito Federal y de quien depende la Oficina de Panteones, gestiona y obtiene que exhumen los restos que se encontraban en la Ciudadela, para llevarlos a los cementerios capitalinos.

En esta forma puede recogerse el cadáver de don Gustavo Madero, que va a dar a la morgue de Dolores.

Esa misma tarde del 21 de febrero, don Gustavo es sepultado en el panteón francés.

La reducida comitiva apenas la integran don Angel de Caso, el doctor Rafael Silva, el licenciado Jesús I. González, el doctor Agustín Aguirre, Aurelio Hernández, Pedro López Aguirre y Adrián Aguirre Benavides.

Allí se queda en el panteón francés de La Piedad.

En Monterrey, su esposa Carolina Villarreal de Madero, sufre doloroso impacto; no concibe, no admite lo que ha pasado; desaparecen todas sus ilusiones y ha de confesarlo: sólo le pide a Dios que le reúna pronto con él.

Ya don Francisco I. Madero está convencido que no saldrá tren alguno para llevarlo a Veracruz y han de cincelarse para siempre aquellas palabras que le dice el embajador Márquez Sterling cuando ya está seguro del fin:

—Ministro: si vuelvo a gobernar me rodearé de hombres resueltos, que no sean "medias tintas"... he cometido grandes errores, pero ya es tarde...

El 21 de febrero es fecha amarga para los destinos de la patria; amargo como todos los días que han seguido desde el día 9. Parece ser que se pretende legalizar a toda costa la situación y la Secretaría de Gobernación envía una circular a los gobiernos de los Estados, notificándoles el cambio de administración que acaba de efectuarse.

Gran número de miembros de la legislatura refugiados en Texas telegrafía al Departamento de Estado, en el vecino país del Norte, pidiéndole que tome medidas legales para salvar la vida del presidente Madero, cuya suerte parece estar sellada y la embajada norteamericana envía el telegrama-circular a todas las oficinas consulares, como ya se dijo.

En la intendencia del Palacio Nacional los prisioneros viven en una atmósfera de profunda ansiedad; el tiempo se antoja que está goteando con demasiada dolorosa lentitud.

De cuando en cuando llega un visitante: Márquez Sterling, que iba a pasar allí la noche, se ha ido a su legislación y el cambio de guardia es de hecho la última alteración en el desarrollo de esa vida monótona y desesperante que viven los prisioneros.

El miedo se apodera de algunos diputados; la mayoría se pronuncia por apoyar a Victoriano Huerta; la sombra del cruel asesino se comienza a erguir en la credulidad de los acomodaticios y germina el deseo de volverse a cada instante sumisos colaboracionistas del nuevo régimen.

Huerta por su parte se afianza por momentos, cuando sus desplantas ni siquiera tienen ya la careta del disimulo; está decidido a proceder con mano de hierro y tiene para ello incondicional gabinete y con todo y que se menciona el nombre de Félix Díaz, éste es un pobre diablo metido a redentor, pero entreguista como el otro soldadón.

El embajador por su parte informa que ha reunido la víspera al cuerpo diplomático y espera instrucciones sobre el particular.

Por supuesto que en sus telegramas en modo alguno se advierte el deseo de salvar a Madero y a Pino Suárez; por lo demás, la conducta con los familiares de cada uno ha establecido llana y claramente su deseo de no protegerlos; habla de que ha recibido una carta de la esposa de Madero, pero nada más.

Ya ha informado que la "revolución" ha sido sancionada y se han manifestado o han ocurrido grandes demostraciones populares hacia el nuevo gobierno; dice que hay una tranquilidad absoluta en la capital, aunque continúa siendo vigilada por patrullas armadas, para sofocar cualquier alboroto; que se ha proseguido activamente la limpieza de la ciudad y se están restableciendo todos los servicios. Al parecer también han cesado las ejecuciones y él ha pedido a las nuevas autoridades, concretamente al general Huerta, mayores precauciones para evitar desmanes.

Agrega que la presencia de los barcos norteamericanos en aguas mexicanas ha evitado serios disturbios en los últimos días y, por supuesto, el embajador no se ha referido a ninguno de los tres asesinados: Gustavo Madero, Adolfo Bassó y Manuel M. Oviado, caídos en la Ciudadela, cuartel general de los infidentes.

Sin embargo, es evidente que la hora crucial viene acercándose a marchas forzadas, que la determinación tomada por Victoriano Huerta no puede variar ni aplazarse y está resuelto a llevarla hasta lo último de lo proyectado; sólo es cuestión de buscar la forma en que su responsabilidad histórica pueda compartirse con otros, que como él no tienen escrúpulos para cometer el magnicidio y éstos no visten uniforme militar, hasta son profesionistas civiles; mas por igual son responsables del crimen.

Huerta hubiera querido desde un principio liquidar a Madero, pero él sabe también que pasará a la historia con una aureola de ferocidad innegable y por eso trata de obtener la sanción de sus compañeros, para que no todo se anote en su deber. El no lo niega ni lo negará nunca; tenía un gran odio hacia Madero, hacia su hermano Gustavo, pero ha de procurar cometer el crimen con la complicidad de los demás; por eso a través del periodista Joaquín Piña dice: "...yo quería fusilar, desde que fue mi prisionero, a don Francisco I. Madero, lo quería fusilar por venganza, porque, hombre de pasiones como soy, no podía vivir sin vengarme de lo que me hizo aquel hombre".

Pero Victoriano Huerta explica: quería matar a Madero, temeroso de que un día lo derrocaria, máxime que siempre despreció las revoluciones.

Añade que sus ministros sí temían a Madero, abrigando la creencia de que quedando en libertad volvería a levantar al pueblo en armas y aprovechando esa seguridad, respecto al temor de los ministros, llegó a pensar dejarlo en sus manos para que lo fusilaran y lo hubieran hecho, "según pude cerciorarme por hechos posteriores".

Confiesa después que consultó sobre lo que debería hacerse con los prisioneros y los más inteligentes dijeron que dejaban a su elección el camino; otros se pronunciaron de hecho y abiertamente por el fusilamiento, mientras que el ingeniero Robles fue "el único que declaró que se debía respetar a aquellos dos hombres, consignándolos al Gran Jurado".

Huerta ha de reconocer que Madero, aquel hombre tan ridículo para todos los políticos y para la aristocracia, "hizo una revolución



poderosa y pudo asestar un golpe de muerte a un régimen de seis lustros; que pugnaba, aunque en forma muy débil, por el triunfo de los humildes".

Pero, dice, los políticos estaban temerosos y por lo mismo decididos a ejecutar a los dos prisioneros, sin cuidarse de guardar las formas y no entregar a la historia abominable crimen, sin formación de causa.

En todas las formas, Victoriano Huerta, además de desalmado criminal era un redomado cínico.

Desde la ciudad de París, donde se refugia por aquellos días el viejo dictador don Porfirio, el de Oaxaca, envía a su sobrino, el 21 de febrero, este telegrama:

"Señor general Félix Díaz:

"Me siento orgulloso de ver que un hijo mío, los de mis viejos compañeros y camaradas, sustituyan ante la patria a los que hemos concluido. Porfirio Díaz."



CAPÍTULO XXI

FEBRERO 22: ESA TARDE

Francisco I. Madero y José María Pino Suárez, este 22 de febrero, tenían una cita con el destino.

Por la mañana, los ministros de Victoriano Huerta se reunieron en Palacio, encontrándose presentes también Félix Díaz y Aureliano Blanquet. Eran pequeños engranes de la siniestra conjura.

Había llegado el momento de decidir la suerte de Madero y de Pino Suárez, dado que, según la opinión de Huerta, no quería tener responsabilidad ilegal en un acto de tanta trascendencia.

Era indudable que la detención del Presidente y del Vicepresidente de la República, a quienes se obligó a renunciar bajo amenaza, era algo que inquietaba sobremanera al nuevo régimen.

Durante la reunión de ministros —algunos la calificaron de consejo—, se manifestó el odio del licenciado Rodolfo Reyes, lo que, por supuesto, contraviene los apuntes que más adelante ofreceremos. Era hijo del general Bernardo Reyes, muerto frente a Palacio, al iniciarse el cuartelazo. Se pronuncia por la muerte de los dos prisioneros, para evitar que surja la contrarrevolución.

Por supuesto, el general Manuel Mondragón, ministro de la Guerra, coincide en opinión; por algo fue testigo del martirio y atroz asesinato de don Gustavo Madero en la Ciudadela. Sí, es necesaria la supresión de Madero y Pino Suárez.

Aflora de nuevo la inconformidad del ministro de Fomento, ingeniero Alberto Robles Gil, único que consideró que el tiempo para ejecutar a los prisioneros había pasado ya de oportunidad; se pronunciaba por la necesidad de someterlos a juicio.

Hubo discrepancias, porque un ministro señaló que sería un crimen lanzar al país a una nueva revuelta, que difícilmente tendría



eco sin una sólida bandera, pero si se les sacrificaba justamente, se constituirían en esa bandera.

Victoriano Huerta que permaneció en silencio con toda intención porque en lo íntimo medía históricamente lo que podía representar la muerte de los prisioneros, por fin se decidió a hablar, expresando que sobre todas las necesidades políticas estaba su "honor", y que él se había comprometido a respetar sus vidas; pero creía necesario que nada se resolviera sin el consejo de ministros. Por esto y pretextando que tenía un acuerdo urgente con el ministro de Hacienda, licenciado Toribio Esquivel Obregón, que también callara durante la junta, se ausentó del salón, yendo a una estancia contigua.

El momento era propicio, y ya se ha dicho que Aureliano Blanquet, Comandante Militar de la Plaza y hombre que pertenecía por entero a Huerta, dijo a los ministros que si ellos juzgaban una necesidad ejecutar a Madero, "hay que matarlos a espaldas del Presidente", simulando un intento de fuga de los prisioneros.

Los ministros, continuaron alegando, ¿debían o no matarlos?

Solamente Robles Gil mantuvo firmemente su punto de vista, no era necesario en su concepto llegar al extremo del crimen; pero sus colegas de hecho dieron la aceptación considerando que estaba de por medio "la salud de la República"; era indispensable el sacrificio de los prisioneros.

Con este acuerdo, sin demora de ningún género, Blanquet exigió una orden escrita del ministro de la Guerra, general Manuel Mondragón, disponiendo la entrega de prisioneros al de Gobernación y así, Alberto García Granados, el mismo que dijera que la bala que matara a Madero salvaría al país, firmó el recibo que también suscribió Rodolfo Reyes y el documento pasó a manos del sanguinario comandante militar de la plaza, Aureliano Blanquet; a él lo que le interesaba era matar, por gusto, pues había aprendido a hacerlo y muy bien en el Estado de Morelos.

Más tarde, por todos los medios los participantes de la reunión, descargarían o pretenderían descargar la responsabilidad sobre Victoriano Huerta, Aureliano Blanquet, Félix Díaz y Rodolfo Reyes. En realidad éstos no eran los únicos responsables, porque lo eran todos, aunque lo negaran. Desgraciadamente se omitió el nombre de Henry Lane Wilson.

Blanquet tuvo pues la encomienda de cumplir con la sentencia dictada por Huerta y sus colaboradores y abandonó la sala para regresar a poco, acompañado de dos hombres que con él, también

iban a clavar su nombre vergonzosamente en la historia: el mayor y el teniente de rurales: Francisco Cárdenas y Rafael T. Pimienta.

Delante de los ministros, Blanquet dijo, dando a su voz un tono de solemnidad que se antojó macabro: "El mayor Francisco Cárdenas de mi absoluta confianza y su ayudante el teniente Rafael Pimienta, serán los encargados de cumplir la trascendental comisión que aquí se ha tomado".

Blanquet, con una sonrisa sardónica, dirigiéndose al mayor Cárdenas le dijo: "Mayor, tiene usted que cumplir con una comisión muy importante ahora mismo. Va usted a sacar a los presos Madero y Pino Suárez de la intendencia de Palacio, en donde están detenidos y los conducirá usted a la Penitenciaría, pero, óigalo usted bien: no deben llegar vivos allí. Una vez muertos los dos, usted simulará que han sido atacados por numerosos partidarios de esos señores y que ellos perecieron en la refriega, ¿me entiende usted bien? ¡Que ellos perecieron en la refriega! En esa forma rendirá usted el parte mañana en la mañana".

Cárdenas no dijo ni una sola palabra y saludó militarmente.

Así quedó sellada definitivamente la muerte de Francisco I. Madero y de José María Pino Suárez.

No habría nada que impidiera el magnicidio.

Días después, en junio de 1913, en Guatemala, donde fue detenido el prófugo desertor Francisco Cárdenas, relató: "Que a la una de la tarde del 22 de febrero, en el hotel donde se hospedaba, se presentó un ayudante de la Comandancia Militar, ordenándole su inmediata comparecencia ante el general Blanquet con quien mantenía buenas relaciones; que en la Comandancia Militar, Blanquet lo hizo pasar al despacho y le dijo que el país necesitaba de un gran servicio de él y que se trataba de matar al señor Madero y lo dijo tan bruscamente que lo desconcertó; que no tuvo valor para negarse, pues consideraba que estas cosas en la ciudad de México resultarían mal pero Blanquet lo convenció diciéndole que era un acuerdo del consejo de ministros y al efecto lo llevó ante el de la Guerra, Manuel Mondragón que estaba con Félix Díaz y Cecilio Ocón; que después de hablar con Mondragón, Blanquet le dijo: «Para esos servicios sólo se puede nombrar a gentes de toda confianza y usted sabe que son pocos en quienes se puede depositar una confianza absoluta» y, halagado ciertamente, temeroso de alguna responsabilidad, preguntó cómo habría de efectuar la ejecución, interviniendo entonces Ocón, quien explicó que no se trataba de un fusilamiento en forma, sino de simular un asalto a la escolta y en la supuesta refriega deben



resultar muertos Madero, Pino Suárez y el general Angeles; pues los tres deben ser trasladados a la Penitenciaría al mismo tiempo. Que hizo, explicó, algunas objeciones, pero Mondragón le dijo: «No se haga de remilgos, que no ha de ser la primera vez que despache usted a un hombre»; asintió declarando: «Sí, mi general, pero no de ese tamaño». Como si se tratara de un pasaje tragicómico, Félix Díaz dijo entonces: «Pues bastante chaparrito es»; que tenía el acoso de todos y así escuchó la pregunta de Ocón, de si se trataba de un hombre que era «rajón», ya que desde el día 18 expresó que si le dieran la orden «despacharía a Madero».

Añadió Cárdenas, en su declaración en la tierra del quetzal, que el general Mondragón a pregunta de Blanquet, aseguró que era acuerdo tomado por todo el gobierno y aunque aceptó en principio, regresó a poco a la Comandancia Militar para decirle a Blanquet que la verdad el caso era muy serio y deseaba hablar con el Presidente y visiblemente malhumorado, Blanquet dijo que no había inconveniente y subieron de nuevo al ministerio de Guerra para llegar hasta la Presidencia, y en el comedor, donde se encontraba Huerta con Blanquet, hablaron unas palabras con él y entonces Huerta, luego de darle una copa de cognac lo tomó del brazo, llevándolo a un pasillo donde había una silla de peluquero y le dijo que el consejo de ministros había tomado ese acuerdo en bien de la patria, habiéndolo designado a él por ser uno de los pocos hombres de confianza que el gobierno tenía y como preguntara si los tres deberían morir, Huerta dijo que se quedaría Angeles, pero a los dos “hay que matarlos hoy mismo, sin falta”.

Agregó en su confesión que regresó a la Comandancia Militar y encontrándose con Ocón, le dijo que Acosta le daría diez gendarmes montados, los que tendrían a su cargo atacar a la escolta y al seguir hablando con Ocón, se convino en que él no tiraría, ni tampoco los gendarmes para evitar que fuera a resultar herido alguno de la tropa o él mismo, es decir Cárdenas.

Atormentado por el remordimiento, Cárdenas confesó en Guatemala que entonces se convino en que él personalmente daría muerte a Madero y un oficial de rurales a Pino Suárez, encargándose de localizar al cabo de rurales Rafael Pimienta, de quien se hizo acompañar desde ese momento hasta la hora trágica.

Poco antes de la hora y después de hacer que Pimienta bebiere algunas copas, fueron a la casa de don Ignacio de la Torre y Mier y éste envió a uno de sus mozos a que le trajeran dos automóviles, sin decir a nadie del caso y que dentro del auto y cuando iba ca-

mino de Palacio, fue cuando le dijo a Pimienta la comisión que tenía, sin que aquél objetara una sola palabra.

Dijo también el asesino que llegaron a Palacio y hablaron con el general Blanquet, quien ordenó al general Chicarro, que era jefe de Palacio, que entregara los presos para que fueran conducidos a la Penitenciaría; que los autos entraron hasta el patio principal por la puerta de honor y allí subieron a los vehículos a Madero y Pino Suárez.

Hasta aquí el relato parcial que seguiremos después, del mayor Francisco Cárdenas, mismo que llega a Guatemala con la barba crecida y vistiendo ropas de arriero, disfrazado de traficante de mulas.

Poco antes de irse a Guatemala, el asesino va a la villa de Lerma, donde tiene algunos conocidos y vivamente apesadumbrado, deshecho en lágrimas, se lamentó de lo sucedido cuando un antiguo lerreño, don Agustín Ortega Cejudo, padre del licenciado Tito Ortega Sánchez, expresa sus remordimientos y al recibir la severa reconvención de don Agustín, diciendo que podía haberse convertido en héroe salvando la vida al presidente Madero, en lugar de ser un criminal, Cárdenas arrojó al suelo el sombrero, y como un niño regañado dio suelta a un torrente de lágrimas, expresando su arrepentimiento: “¿Por qué lo hice, don Agustín; por qué lo hice?”

Cárdenas estaba destinado a tener un triste fin.

El hecho es que, Pimienta y él, recibieron la comisión más ingrata de su vida en la Decena Trágica; fueron instrumento de otros desalmados asesinos, sólo que intelectuales.

Mientras tanto, en Saltillo, el coronel Luis G. Garfias, Alfredo Breceda, Jacinto B. Treviño, Ernesto Meave Fierro y Aldo Baroni entrevistaron al gobernador del estado, Venustiano Carranza, para manifestarle que no comulgaban con la recomendación del ex gobernador Miguel Cárdenas de que se procediera con cautela frente al régimen espurio de Victoriano Huerta y que estaban decididos a levantarse en armas, comprendiendo que era el único camino que quedaba para el rescate de la legalidad.

Sólo que Carranza ya también está decidido y dice que, aunque no lo parezca, ya ha tomado la resolución que corresponde: la misma de ellos. Sin embargo, explica que ha enviado un telegrama a Victoriano Huerta, diciéndole que ha enviado a la capital de la República al licenciado Eliseo Arredondo en representación del gobierno de la entidad, debiendo unírsele el ingeniero Rafael R. Arias, que residía en la ciudad de México. Arredondo era diputado al Congreso Federal.



Así como antes, de nueva cuenta en el norte vuelve a crepitar la hoguera que ha de inflamar a todo un pueblo en reclamo de legitimidad contra la usurpación de Huerta.

Después del mediodía, cuando su señora madre lo visita, don Francisco I. Madero es informado del triste fin de su hermano Gustavo, tal y como él predijera: fue la primera víctima que exigieron los enemigos del régimen maderista.

Don Francisco siente que el corazón se le achica y le cabe en el hueco de la mano; su ánimo se hace trizas, entregándole además un aviso sintomático y definitivo; eso demuestra de lo que son capaces sus enemigos, a los que nunca quiso conceder importancia, desoyendo los rumores que se multiplicaron como hongos a su alrededor, cuando ya era inminente el cuartelazo y todo mundo sabía lo que iba a ocurrir; ahora comprende por qué le ha dicho Márquez Sterling que no ha de salir ningún tren a Veracruz llevando al Presidente y Vicepresidente que tuvieron que renunciar.

Tiene que conmovérsele hondamente y casi entre dientes murmura: "¡Pobre Gustavo!"

Sólo él, en esos momentos puede tener la dimensión exacta de su tortura; sólo él comprende, hasta entonces que la bestialidad ha roto sus ligaduras y anda triscando ya por todas partes.

Huerta, Blanquet, Ocón y sus satélites, seguramente que serán implacables.

Esa tarde, que ha de ser memorable por todos conceptos, esa tarde del sábado 22 de febrero, justamente quince días después del comienzo del cuartelazo, en el sitio de la Alameda Central, un mayordomo, Francisco Alanís, que tiene por amo a Ignacio de la Torre y Mier, yerno de Porfirio Díaz, que ya para ese entonces vegeta en París, se presenta con el fin de alquilar un vehículo a nombre de su patrón y sube a un Packard reformado, pues en realidad es marca Peerles, de carrocería abierta, de siete asientos y que conduce el chofer Ricardo Hernández, que se hace llamar Ricardo Hoyos Hernández, pues fue perseguido por la policía en épocas pasadas. A él lo auxilia su ayudante Genaro Rodríguez.

El mayordomo pide que lo lleven a Palacio Nacional.

Ya lo conocían como servidor de Ignacio de la Torre y Mier.

Enfilaron por las calles de San Francisco, llegando a la puerta principal de Palacio, donde el pasajero descendió teniendo que esperar hasta que un individuo con el traje de los rurales lo abordó. Tenía el grado de mayor.

A partir de entonces dio órdenes, disponiendo que entrara al in-

terior de Palacio e hiciera alto frente a la intendencia, alineándose junto a otro automóvil cerrado, marca Protos.

Ricardo Hernández o Ricardo Hoyos Hernández, hasta ese momento no le concedía importancia a nada, porque el mayordomo le había prevenido que esperara únicamente.

Alrededor de las cinco y media de la tarde, en las calles de San Agustín 52, tuvo lugar, al parecer intrascendente episodio.

Alberto Murphy, esposo de una sobrina de la esposa de Porfirio Díaz, es decir doña Carmen Romero Rubio, llamó al chofer Ricardo Romero con el fin de darle instrucciones en el sentido de que se pusiera a las órdenes de Cecilio Ocón, no sin preguntar antes si estaba cargado el auto con suficiente combustible.

Curiosamente que tanto en este caso, como en el del alquiler del vehículo en la Alameda Central, estaban de por medio parientes de Porfirio Díaz.

Cecilio Ocón salió en esos momentos del despacho que en esa misma casa tenía el ingeniero Enrique Fernández Castelló, que coincidentemente era sobrino carnal de doña Carmen, la esposa del viejo dictador en el exilio y antes de subir al Protos cerrado, tipo Wagen, escuchó las recomendaciones de Murphy al chofer. Después hizo rumbo al Palacio Nacional; bajó apresuradamente y estuvo ausente como treinta minutos; luego ordenó que lo condujeran a las calles de las Artes, donde tenía su domicilio el general Félix Díaz. Al poco rato salió pidiendo que lo llevaran al ministerio de la Guerra, donde estuvo otros treinta minutos.

En realidad, el tiempo era lo de menos, para el conductor, y para Ocón.

El ir y venir terminó hasta horas después, acusando sin embargo un gran nerviosismo de Cecilio Ocón.

Regresó a la casa del general Díaz y al final recalaron en el Palacio Nacional, entrando al patio de honor, para detenerse frente a la intendencia.

Ocón se dirigió luego a la Comandancia Militar y, al salir, lo hizo acompañado de un mayor de rurales, un individuo que iba a hacerse famoso apenas unas horas después, rodeado de una aureola siniestra lo que, claro, nunca llegó a sospechar el chofer.

Romero se sorprendió cuando le preguntaron si estaba listo el vehículo para laborar toda la noche; antes había creído que sólo sería cuestión de unas horas.

En un vértigo de preguntas, comenzó a sospechar de Ocón, por más que no se trataba de aventuras amorosas de un juerguista.

Titubeó unos segundos antes de contestar e hizo signos afirmativos con la cabeza; los patronos son los patronos.

Fue testigo entonces que el mayor ordenó que un rural se sentara, arma en mano a su lado y más le inquietó la indicación de que no se permitiera al chofer que cambiara palabra con nadie, pero con nadie en lo absoluto. El rural mantuvo estrujante silencio.

Invadido por el sobresalto, Ricardo Romero notó que junto a su vehículo se encontraba otro, el de la presidencia de la República; luego llegó otro más que resultó ser un Packard reformado, coche de sitio propiedad del inglés Franck Doughy, con matrícula de circulación número 2263.

Claro que esa tarde ocurrieron muchas cosas que ameritan citarse, puesto que el general Manuel Mondragón mandó llamar a su despacho por conducto de uno de sus ayudantes al señor Octavio Liceaga, comisión que cumplió fielmente Alberto G. Goyeneche.

Liceaga, como se recordará, estaba al frente de la Penitenciaría cuando fue liberado el general Félix Díaz, con la traición a su padre, de Luis Liceaga.

Manuel Mondragón dispuso que se hiciera cargo de nuevo de la Penitenciaría, pues esa noche, según le dijo, serían trasladados a los galerones de Lecumberri dos presos: Francisco I. Madero y José María Pino Suárez.

Liceaga quiso resistirse, no deseaba complicaciones; además, íntimamente midió la gran responsabilidad que representaba la custodia de aquellos prisioneros.

Pero Mondragón no estaba dispuesto a discutir y le reiteró que debería presentarse con el ingeniero García Granados, ministro de Gobernación, quien ya tenía listo su nombramiento. El militar estaba ensoberbecido.

Todavía ante García Granados, el señor Liceaga pretendió eludir la comisión, pero todo era un camino de persuasión, como si estuviera sincronizado: se requería una persona seria, solvente y sobre todo, de singular confianza; por eso se había pensado en él. Además coincidían en criterio, tanto el titular de la Guerra, como el de Gobernación.

Había pues un perfecto entendimiento entre todos, porque incluso Luis Liceaga, su hijo, recibió la recomendación de que lo convenciera; el régimen estaba reclamando sus servicios y don Octavio tuvo que aceptar, recibiendo instrucciones de acudir a la Penitenciaría a las seis de la tarde, lo que hizo.

Pero las sorpresas se sucedían.



Ocurrió puntualmente a las seis de la tarde, pero sin rodeos fue informado que ya había tomado posesión del puesto el general Luis Ballesteros, por nombramiento hecho en forma directa por el presidente de la República. Para que no hubiera otra duda, secamente se le comentó que se trataba del compadre de Victoriano Huerta.

Huerta pues estaba actuando decididamente, por eso designó a una persona de su absoluta confianza, según lo informó el jefe de celadores José Pecci. Además, Ballesteros substituía al coronel Jesús Garza González, quien le ordenó al propio Pecci y al celador Román Rojas que esperaran esa noche en la puerta de la prisión la llegada de unos automóviles, donde irían importantes prisioneros.

Liceaga se retiró, sin entrar a la Penitenciaría, con el fin de informarle a Mondragón lo ocurrido.

El militar se dispuso a aclarar lo sucedido al lunes siguiente cuando hablara con Huerta.

Que eran varios los que sabían que Madero y Pino Suárez iban a ser asesinados esa noche, lo demuestra el hecho de que el ingeniero Enrique Fernández Castelló, sobrino de la esposa de Porfirio Díaz, le dijo esa misma tarde a Luis Liceaga que no era cierto que serían trasladados en calidad de presos a la Penitenciaría, sino que iban a ser sacrificados, mencionando el hecho de que Cecilio Ocón le había pedido su automóvil que no pudo proporcionarle. "Por eso le pedí prestado el suyo a mi cuñado Alberto Murphy, quien sin reparo alguno facilitó."

Liceaga había creído que esa noche partirían rumbo a Veracruz los dos prisioneros, e incluso en la estación del Interoceánico estarían esperando los familiares de los presos y funcionarios del régimen depuesto.

Se decía que Madero y Pino Suárez saldrían por tren a Veracruz y que allí embarcarían en un crucero propiedad del gobierno de Cuba.

Se mencionaba además la decidida intervención del embajador cubano en nuestro país, el doctor Márquez Sterling.

Desgraciadamente, la verdad en acecho, era otra.

Esa misma tarde, la del fatídico 22 de febrero, se instalaron en la improvisada prisión, que era la intendencia de Palacio Nacional, tres catres de campaña con su correspondiente colchón. Era una engañifa más, porque la estancia de los prisioneros, por lo menos dos de ellos, estaba limitada a unas cuantas, muy pocas horas.



CAPÍTULO XXII

FEBRERO 22: ESA TERRIBLE NOCHE

En la intendencia de Palacio Nacional había impresionante, demasiado impresionante silencio; los hombres guardaban sus palabras para otras horas, otras fechas.

En ese tiempo, la intendencia, según el relato del diplomático cubano doctor Manuel Márquez Sterling, contaba con tres habitaciones grandes y una pequeña.

En la primera estaba el depósito de trebejos; era de feo aspecto, y además carecía de suficiente alumbrado; fue la que sirvió de comedor a los cautivos.

La segunda, por la cual se comunicaba todo el departamento con el patio, era por decirlo así, el despacho del intendente, pero estaba llena de uniformes, fusiles y sables.

La tercera era una sala modestamente amueblada, en cuya puerta estaba un centinela con bayoneta calada. Allí, los prisioneros recibieron a sus visitas.

El último cuarto, el más reducido, era utilizado por el intendente como tocador, con un gran espejo que se veía desde el exterior.

Debe añadirse que en el centro de la sala había una mesa de mármol y sobre ésta varias fotografías del Presidente de la República; a la derecha del centinela había seis butacas y un sofá de piel oscura, así como varias sillas regadas o lo largo de la pared, en tanto que al fondo, herméticamente cerrada había una ventana y delante de ésta, el "bureau de lujo" del intendente.

También allí, junto a la mesa, el depuesto Presidente de la República había confesado al diplomático cubano: "Ministro, si vuelvo a gobernar me rodearé de hombres resueltos que no sean medias tintas . . . he cometido grandes errores. Pero . . . ya es tarde".

Horas antes, de la mesa en cuestión Madero había tomado una

de sus fotografías, estampando la siguiente leyenda: "A mi hospitalario y fino amigo Manuel Márquez Sterling, en prueba de mi amistad y agradecimiento.—Francisco I. Madero".

Sus palabras fueron patéticas: "Guárdelo usted en memoria de esta noche desolada".

Existía, insistimos, impresionante silencio en la intendencia, roto sólo de cuando en cuando al efectuarse el relevo de guardia; parecía que esa noche se conjuntaban los hechos para hacerla más siniestra.

Tiempo después de aquel día, el general Felipe Angeles, recordaría que alrededor de las diez y media de la noche, tanto el señor Madero, como Pino Suárez y él mismo, se acostaron, estando situado su catre a la izquierda del centinela, el de Pino Suárez enfrente y el de Madero a la derecha.

Carecería aquello de importancia, mas esa noche todo tenía significación.

El punzante recuerdo precisa:

"Don Pancho envuelto en su frazada ocultó la cabeza. Apagáronse las luces. Y yo creo que lloraba por Gustavo."

Unos veinte minutos después, repentinamente se iluminó la estancia y el federal de apellido Chicarro entró con el mayor de rurales Francisco Cárdenas, que iba al frente de quince hombres armados.

Autoritariamente se ordenó: "Señores, levántense".

El general Felipe Angeles tuvo, según confiesa, como los demás, que alarmarse; no creía que en esos momentos fueran a ser requeridos. Sin embargo, estaban dentro de un clima irregular, alterado, todo sería posible. Cuando a un prisionero se le reclama en la noche...

Un presentimiento cruzó vertiginosamente por aquellas mentes atormentadas y Angeles preguntó a dónde pensaba llevarseles.

Chicarro dijo que él tenía órdenes de entregar los presos a Cárdenas, pero éste como aquél, trataban de eludir una respuesta precisa.

Angeles era militar, con el grado de general, luego jerárquicamente estaba sobre Chicarro y sobre Cárdenas, e insistió con tono enérgico, pidiendo explicaciones.

Visiblemente turbado, Chicarro balbuceó trabajosamente: "Los llevaremos fuera... a la Penitenciaría".

Angeles mantuvo su voz de mando y el oficial hubo de explicar: "A ellos; a usted no, general".



Era evidente la zozobra; ninguno podía esperar nada bueno y Angeles preguntó si sus compañeros no pasarían la noche allí en la intendencia.

El mayor de rurales Francisco Cárdenas hizo con la cabeza signos negativos y como Angeles expresara su extrañeza, pues no se llevaban ni los catres ni las ropas de cama, Cárdenas dijo: "Mandaremos a buscarlos después".

Mientras tanto, Pino Suárez se vistió con rapidez y Madero al incorporarse preguntó: "¿por qué no me avisaron antes?"

Es probable que todavía, en esos momentos no midiera el significado real de todo aquello.

Después, recordaría el general Angeles que la cobija había revuelto el pelo y la barba de Madero; su semblante estaba alterado, observándose huellas de lágrimas en los ojos y corroboró su apreciación de que sufría intensamente por la muerte de su hermano Gustavo.

Pino Suárez pasó al cuerpo de guardia, donde fue revisado cuidadosamente y cuando quiso regresar a donde estaban sus compañeros, se le impidió con un seco: "¡Atrás!"

El recuerdo de Angeles fue demasiado preciso: "Don Pancho, sentado en su catre, cambiaba conmigo sus últimas palabras".

Entonces el general insistió sobre si él debería ir con sus compañeros, y Cárdenas, con voz un tanto apagada, explicó: "No general, usted se queda aquí. Es la orden que tenemos".

En silencio, porque salían sobrando más palabras en tan dramático momento, Madero abrazó al general Angeles y cuando los dos prisioneros iban ya en el patio, entre la escolta, Pino Suárez recapitó, no se había despedido del general y agitando la mano derecha por encima de las bayonetas gritó: "Adiós, mi general".

No sabía que era una despedida, la última de su vida.

Estas fueron las escenas registradas en Palacio Nacional esa noche trágica.

Lo que ocurrió después corresponde a la visión de los tripulantes de los automóviles utilizados para llevar a los prisioneros.

Uno de ellos dijo que vio salir a un señor que llevaba un capote militar y un sombrero negro, peludo, de invierno, en quien pudo reconocer al señor Francisco I. Madero, yendo hacia el automóvil de la presidencia, estacionado en el patio de honor. Iba a subir a él, pero el mayor de rurales Francisco Cárdenas se lo impidió, diciendo: "A ése no; a éste".

De acuerdo con el testimonio mencionado, que ofrecemos más

adelante, Cárdenas fue quien precisó el vehículo en que debería ir cada uno de los prisioneros; fue él también quien abrió la portezuela para que subiera Madero, al mismo lado que por el lado contrario hacía lo propio un cabo de rurales: Francisco Ugalde, que se hablaba de tú con el mayor Cárdenas; era un hombre gordo, algo tri-gueño, de mediana estatura.

Cada testimonio de estos actores y espectadores involuntarios es valioso.

El ayudante del conductor del otro automóvil alcanzó a oír las palabras de Cárdenas, cuando dispuso que no subiera al carro presidencial: "En ése no, señor Madero...".

En el otro vehículo que tuvo que seguir al primero, viajaban dos hombres, uno de ellos capitán primero de artillería, Agustín Figueres.

En todo momento, Cárdenas mandó la operación.

Hay que decir de él que anteriormente había estado al servicio de Ignacio de la Torre y Mier, yerno de Porfirio Díaz y propietario de varias haciendas, entre ellas la de San Nicolás Peralta, de donde se desprende la explicación de conocencias y relaciones con muchas personas de la región de Lerma, entre ellas, por ejemplo, el mediero de la hacienda de Santa Catarina, Agustín Ortega Cejudo.

Empujando la obscuridad de la noche con la luz de los fanales, los autos abandonaron Palacio Nacional por la puerta principal y tomaron las calles del Reloj, Cochera y Lecumberri, hasta llegar a la Penitenciaría.

Obviamente las calles estaban solitarias; debe recordarse la gran pesadilla que acababa de vivirse unos días antes; además, era expli-cable la deficiencia del alumbrado, afectado por la contienda.

Todo ocurría calladamente; nadie hablaba; los pasajeros, por su calidad de prisioneros; los custodios, porque sentían quizá el enorme peso de una responsabilidad histórica; silenciosamente hilvana-ban sus pensamientos quién sabe de qué índole.

La noticia de la muerte de Gustavo Madero había puesto de re-lieve que Huerta, Mondragón y Díaz en la cima presagiaban una era de terror.

Lo acontecido, pero sobre todo lo intempestivo del traslado, ne-cesariamente tuvo que abrumar a los prisioneros, tanto más porque no viajaban juntos, sino en vehículos distintos, y claro es, escoltados.

No era posible penetrar en la mente de los dos prisioneros, pero seguramente tejieron un sin fin de suposiciones.

Tampoco hablaban los custodios, pensando seguramente en la



tragedia; quizá en el agobio de la orden, y aunque tal vez estuvie-ran avezados a matar, no era lo mismo hacerlo en el calor de un combate que a sangre fría, más aún tratándose de dos personajes tan importantes.

En cuanto a los conductores, si inquietos, en rigor no eran capa-ces de avizorar la finalidad de aquel servicio; si se trataba de un traslado, pues era inquietante, pero no tanto.

Cuando llegaron frente a la puerta de la Penitenciaría, en Le-cumberri, del primero de los dos vehículos descendió el mayor de rurales Francisco Cárdenas, para hablar con el jefe de celadores, José Pecci. Preguntó por el director de la Penitenciaría, Luis Ba-llesteros, ya se dijo, compadre de Victoriano Huerta y, por ende, de todas sus confianzas, pues cabe recordar que Octaviano Liceaga no pudo tomar posesión, como también se le había ordenado.

Obviamente avisado, Ballesteros en esos momentos paseaba fren-te al edificio del penal; también tenía encima el peso de una gran responsabilidad.

No hubo entretenciones.

Cárdenas y Ballesteros hablaron por unos cuantos minutos, muy pocos, y cuando el mayor regresó al vehículo, preguntó en voz alta al jefe de celadores José Pecci y al celador Román Rojas dónde se encontraba la entrada de coches. Los dos respondieron, también en voz alta, pero antes el mayor los había conminado a que lo hicieran así, para que los prisioneros pudieran escuchar.

No era mucho lo que se dijo: "La entrada de coches está por atrás, mi mayor".

Todo, todo estaba preparado.

Cárdenas quiso que Madero y Pino Suárez se dieran cuenta de que en realidad iban a ser introducidos a la prisión por la parte posterior de ésta.

Quién sabe si los presos creyeron en esos instantes en lo que estaba diciéndose.

Al subir al automóvil donde iba Madero, Cárdenas le ordenó al celador Román Rojas que subiera al estribo, para que lo guiara has-ta el lugar destinado, es decir, la puerta trasera de la Penitenciaría, por donde debía entrar el vehículo, o mejor dicho los dos vehículos.

Llegaron al sitio donde debía cumplirse la mortal sentencia.

Cárdenas dijo al chofer, sacando la cabeza por la portezuela, pues el auto tenía un cristal que dividía el asiento delantero del pos-terior: "Aquí es"; lo mismo dijo el celador Rojas.

Sobrevino entonces el crimen, ese crimen que vivieron horri-

zados y temblando, temerosos de su propia suerte, como testigos obligados, los dos choferes y el ayudante; esto es, Ricardo Hoyos o Hernández, Ricardo Romero y Genaro Rodríguez.

Tiempo después, acosado por un interrogatorio judicial, Ricardo Hernández dijo en torno a lo ocurrido aquella noche que al llegar frente a la puerta principal de la Penitenciaría, el mayor Cárdenas dio orden de seguir adelante, y en efecto, así se hizo, dando vuelta por el costado norte del edificio. Después volvió a doblarse y a unos veinte metros de la esquina, casi frente a la puerta posterior, se hizo alto y pudo escuchar que Cárdenas le decía a Madero que bajara, añadiendo a la conminación una palabrota. Todo, obviamente ocurrió con celeridad. Cárdenas hizo algunos disparos contra Madero por la espalda, cayendo éste sobre su costado izquierdo.

Después se dio orden de que Pino Suárez descendiera de su vehículo también, y aunque quiso decir algo, no pudo, pues todo fue demasiado rápido. Eso sí, alcanzó a escuchar perfectamente un suspiro de la víctima.

Agregó que pudo ver cómo el mayor Cárdenas y sus hombres se dedicaron a recoger, mejor dicho, a registrar las ropas de Madero y de Pino Suárez, lo que fue fácil de observar, pues las luces de los autos se quedaron encendidas, y que en seguida se hizo fuego sobre los dos autos, estando a punto de tocarlo uno de los proyectiles.

Cárdenas, dijo, se quedó con los cadáveres, juntamente con otro hombre, mientras disponía que su auto condujera a los tenientes de rurales del 7° Cuerpo, a quienes dejó, como se le dijo, en la 2ª calle de Correo Mayor y 1ª calle de La Acequia o Morelos. Previamente se les amenazó de muerte si decían una sola palabra sobre lo que habían visto.

Genaro Rodríguez, por su parte, ayudante de chofer, declaró en términos muy parecidos, detallando que cuando los autos se detuvieron y se hizo bajar a los prisioneros oyó preguntar a Pino Suárez: “¿Nosotros nos bajaremos también, verdad...?” Y le dijeron que sí.

Expresó además que pudo oír un suspiro del licenciado Pino Suárez al caer herido de muerte, siendo entonces cuando fueron registradas sus ropas.

Por su parte, Ricardo Romero declaró que caminaba Madero, dirigiéndose a una puerta angosta de la Penitenciaría, “cuando, sacando el mayor una pistola, que se había encajado en la cintura entre el pantalón y la camisa, frente a la entrada principal de la Penitenciaría, le disparó por detrás, lo que pudo ver por las luces encendidas de los automóviles”.



Añadió que casi al mismo tiempo el celador hizo fuego sobre el señor Pino Suárez, quien llevaba un pañuelo en la boca.

Las descargas se repitieron por parte de Cárdenas y de los demás oficiales sobre los cuerpos del Presidente y el Vicepresidente, que ya se encontraban en el suelo.

Dijo también que alcanzó a oír un suspiro del señor Pino Suárez y que incluso hizo algún movimiento, y al ver tal cosa el capitán gordo, es decir, se supone que Francisco Ugalde, dirigiéndose al soldado que lo había cuidado a él le quitó la carabina que esgrimía, diciendo: “Todavía se mueve éste...”, refiriéndose a Pino Suárez, e hizo fuego sobre él hasta agotar la carga del rifle.

Todo transcurrió en unos cuantos, contados minutos, por no decir que segundos. Inmediatamente después, Cárdenas ordenó que se bajara del coche el soldado centinela, para disparar sobre los vehículos, habiéndose roto así los cristales de una portezuela, un farol, una de las linternas y averiado, por supuesto, la carrocería; los proyectiles atravesaron el auto de lado a lado.

Aterrado, dijo que al escuchar el primer disparo corrió a reunirse con su compañero, el chofer Ricardo Hernández; vivamente asustado, le preguntó si a ellos no los matarían, a lo que Hernández le recomendó: “¡Cállate, no nos vayan a fregar...!”

También reveló que el mayor Cárdenas dispuso que los oficiales de rurales se fueran en el otro coche y se quedó con los cadáveres, junto con un celador de la Penitenciaría, con grado, y el capitán gordo, es decir, casi seguramente Ugalde. Pero cuando le ordenaron que llevara a la puerta principal de la Penitenciaría a los tres, de donde salieron dos celadores más, se regresó al lugar del crimen, y que los dichos celadores pusieron los cuerpos en el coche, quedando el cuerpo de Madero sobre el de Pino Suárez, “mal acomodados, con los pies hacia afuera”.

Frente a la puerta principal de la Penitenciaría de nueva cuenta, un soldado trajo un sarape de color gris que tendió en el piso, exactamente frente a la portezuela de su coche, y entonces Cárdenas, jalando a los dos cadáveres de los pies, los dejó caer sobre la manta y fueron metidos a la Penitenciaría.

En abono de esta versión, transcribimos lo que dice Márquez Sterling al respecto en su libro *Los últimos días del presidente Madero*:

“Dijose entonces, y testigos de calidad lo confirman, que inmediatamente de muertos fueron sepultados en el patio de la Penitenciaría Madero y Pino Suárez. Advertidos los verdugos de que no les



cuadraba el papel de zacatecas —en Cuba: sepultureros—, los exhumaron, y cambiando de «táctica» y a gestiones de varios compadecidos personajes, entre ellos el incansable ministro de Chile, consintió Huerta, el 24 de febrero, en que la viuda del Presidente mártir visitara el cadáver de su marido, sin aceptar la ropa que ella enviase como mortaja, envueltos ya los dos cuerpos en la tela infamante, numerada, que se usa para enterrar a los criminales castigados por la ley.”

Poco después, Romero, según las órdenes de Cárdenas, lo condujo hasta la puerta llamada Mariana, de Palacio Nacional, donde nuevamente fue conminado a guardar absoluto silencio sobre lo ocurrido aquella noche.

Para complementar la información sobre el horrendo crimen cometido en las personas de Madero y de Pino Suárez conviene reproducir el dicho del siniestro mayor Cárdenas en junio de 1915 durante su encarcelamiento en Guatemala.

Expresó entonces:

“Que una vez en marcha, se dirigieron a la Penitenciaría; pero que los gendarmes que venían a asaltarlos les salieron en el camino; que al llegar a la Penitenciaría se detuvieron los autos y él bajó para preguntar qué había pasado, que entonces el general Ballesteros le dijo que Ocón y los suyos estaban esperándolos al costado sur del edificio, y montando nuevamente en el auto se dirigieron para allá. Que el señor Madero quiso bajar al pasar el auto frente a la Penitenciaría, pero que él le dijo que iban a entrar por la puerta de la espalda, y como en esos momentos había encontrado al grupo de gendarmes que mandaba Ocón, le dijo al presidente Madero que bajara, y al hacerlo le disparó el balazo en la cabeza.”

Añadió que después de matar a Madero y Pino Suárez llevaron los cadáveres a la Penitenciaría.

Poco después de escuchar los disparos que segaron la vida de los prisioneros, el celador de la Penitenciaría Moisés Díaz, que hacía vigilancia en el interior, desde el ángulo noroeste, comunicó por teléfono al director Ballesteros que abajo de su garitón estaban disparando contra unas personas; pero el director le dijo que no tenía importancia, que no se alarmara y continuara su vigilancia.

Pero el tiroteo aumentó, y a juicio del celador aquello podía tener importancia, por lo que se volvió a comunicar con el director, recibiendo las mismas órdenes.

Ballesteros, a su vez, por el hilo telefónico se comunicó con el Presidente de la República, Victoriano Huerta, informando que todo

había terminado y que había dado órdenes de sepultar los dos cadáveres dentro de la Penitenciaría. Pero vivamente alarmado, Huerta señaló que no se podía hacer eso: “No; nada de sepultarlos; hay que exhumarlos para que las autoridades den fe de los hechos; ha sido un asalto, ha sido un asalto, no se le olvide, y ellos murieron en la refriega”.

Ante la pregunta, lacónica por cierto, de Ballesteros, de: “¿Entonces?”, la respuesta no se hizo esperar: “Además, tiene que practicárseles la autopsia”.

Ballesteros, pues, ordena de inmediato que los cuerpos sean desenterrados y lavados; el juez, instructor militar, licenciado Ramón González Suárez, procedió a practicar las diligencias relacionadas con el supuesto asalto.

El médico Virgilio Villanueva, cirujano del ejército, firmó dos partes, o mejor dicho, dos certificados con los siguientes textos; el primero: “El médico cirujano del ejército que suscribe, legalmente autorizado para ejercer su profesión civilmente, certifica que el ciudadano Francisco I. Madero falleció a consecuencia de dos heridas penetrantes de cráneo el día 22 de febrero de los corrientes a las once de la noche. Notas complementarias serán suministradas por los deudos, y de orden superior expido el presente en México a 23 días del mes de febrero de 1913”.

El segundo: “El médico cirujano que suscribe, legalmente autorizado para ejercer su profesión civilmente, certifica que el ciudadano licenciado José María Pino Suárez falleció a consecuencia de trece heridas penetrantes de cráneo, el día 22 de los corrientes, a las once de la noche. Notas complementarias serán suministradas por los deudos, y de orden superior extiendo el presente en México, a 23 días del mes de febrero de 1913. El mayor médico cirujano Virgilio Villanueva. Rúbrica”.

Ese mismo día trágico, 22 de febrero, desde la ciudad de París, el general Porfirio Díaz, ex Presidente de la República, gran patriota primero y después dictador, firmó este mensaje dirigido a Félix Díaz, su sobrino:

“Profundamente agradecido a ustedes bondadosa manifestación y hago fervientes votos para que el triunfo que ha coronado su patriótico esfuerzo sea para nuestra patria no sólo el alivio de sus angustias, sino también la salvación de su decoro y autonomía. Porfirio Díaz.”

Así, en la noche del 22 de febrero de 1913 culminó la trágica

jornada que se inició al amanecer del día 9 del mismo mes, con la dolorosa, amarga rúbrica del cuartelazo.

Pero no era Victoriano Huerta el único sobre quien recayeran los peores anatemas, porque debe recordarse los nombres de Henry Lane Wilson, instigador principal de la sublevación que desembocara en la realización del crimen; allí están también Félix Díaz, Manuel Mondragón, Bernardo Reyes y su hijo Rodolfo, Cecilio Ocón, el sanguinario Cecilio Ocón y una legión de personajes que más tarde enlistaría el general Salvador Alvarado, comandante militar de la plaza de la ciudad de México el 12 de diciembre de 1914.



CAPÍTULO XXIII

LO QUE NARRA RODOLFO REYES

Antes de proseguir con la secuencia histórica, dentro de un marco de objetividad, ofrecemos algunos fragmentos de las llamadas memorias del licenciado Rodolfo Reyes, personaje importante en la tragedia, tanto más cuando que hay señalamientos concretos de que en cierto modo empujó a su padre, el general Bernardo Reyes, a acciones nada recomendables.

Somos respetuosos de su versión, aun cuando por lógica natural se considere interesada.

He aquí cómo narra el episodio que vivió:

“Serían las siete de la mañana cuando mi padre, con traje negro sport, botas militares, pequeño sombrero de fieltro gris verde y abrigado con un capote de general español (obsequio de su majestad el rey de España), montó frente al cuartel anexo a Santiago un caballo de gran alzada, colorado oscuro, llamado «Lucero», rodeado de los generales Ruiz, Mondragón, coronel Anaya, teniente coronel Aguilón, doctor Samuel Espinosa de los Monteros, mayores Jenaro Trías y Jesús Zozaya y otros, quedando pie a tierra los señores Ocón y Bonales Sandoval, y en automóviles, entre otros muchos, Juan Pablo Soto, Zayas Enríquez y muchos otros cuyos nombres conservo, pero no creo del caso señalar. También se encontraban a caballo varios oficiales, alumnos aspirantes y yo. Alguien propuso que mi padre se dirigiera desde luego a Palacio, que estaba en poder de elementos nuestros en ese momento; apoyé lo sugerido manifestando que el general Mondragón y yo podríamos ir con parte de la columna por Félix Díaz. Mi padre meditó un momento y dijo estas palabras textuales, dando así una resolución que habría de traer su muerte:

“—No, ya es muy tarde; puede pasarle algo a Félix; mejor vamos todos por él.

“Salimos de la calle en donde está el cuartel, oblicuando a la izquierda sobre toda la fachada de la prisión, y frente a la puerta detuvo mi padre su caballo, llamó a un capitán y le dijo:

“—Que hagan la división de presos, según lo ordené; dentro de una hora vendrán por todos los que no sean criminales; hábeles y que permanezcan tranquilos.

“Los acontecimientos evitaron que se cumpliera este propósito, y se produjo el espantoso motín que tantas vidas costó en el interior de la prisión. Volvimos a virar a la izquierda sobre la fachada de la Escuela de Huérfanos y tomamos rumbo a la Penitenciaría. En pleno día, eran ya más los curiosos que los beligerantes. Llegaban gentes a pie, a caballo, en toda clase de vehículos, y muchos pedían armas. Mi padre comenzó a ser vitoreado, vítores que habrían de llevarle a una constante aclamación, que llegó a ser formidable cerca de Palacio, hasta el momento mismo de su muerte. ¡Pobre y final compensación que su duro destino le brindó como término de tanto martirio en los momentos últimos de su vida!

“Al pasar frente al edificio de la antigua Escuela Correccional, esquina de San Ildefonso y Puente de San Pedro y San Pablo, que entiendo estaba destinado a depósito de reemplazos, alguna tropa coronó la altura en ademán de resistir. El general Ruiz avanzó, y luego de hablar con el jefe del destacamento, la mayor parte del mismo se integró a la columna. Del cuartel de Teresitas también se nos agregó algún contingente. Procurando no presentar la cabeza de la columna en el sentido de la calle que queda cerrada por la fachada frente a la Penitenciaría, previendo que pudiera haber artillería dispuesta a la defensa, tras lenta y estorbadísima marcha, desembocamos al fin en la plazoleta en dicho frente, apercibimos un grupo de treinta o cuarenta artilleros que sin material estaban parapetados tras de una barda hacia la izquierda del edificio rumbo a los cuarteles de San Lázaro. Agitando un pañuelo, me dirigí hacia el jefe de grupo, capitán Huerta, al que invité a unírseos. Me contestó que me separara y se uniría, como en efecto lo hizo en medio de los vivas de los artilleros que formaban el grueso de nuestra columna.”

Reyes se refiere después a la liberación del sobrino de Porfirio Díaz, es decir, el general Félix Díaz, sin mencionar el papel que desempeñó el hijo del director de la prisión, que traiciona a su propio padre, pues debe recordarse que él mismo le entregó al detenido una pistola.

Continúa así:

“Al llegar frente al portón de la Penitenciaría, mi padre des-



montó, penetrando rápidamente al interior, seguido del general Mondragón. El general Ruiz mandó inmediatamente abocar cuatro piezas de artillería y excitó al jefe de la prisión, señor Liceaga, que había salido a un balcón, para que brevemente salieran los citados generales y el general Díaz. Se demoró bastante la conferencia tenida en el interior porque el director del establecimiento pidió comunicarse con el gobernador del Distrito y que le otorgaran recibo según el que, por la fuerza, se le hacía entregar al general Félix Díaz y a los prisioneros políticos Pablo Lavín y Enrique Adame Macías.

“Se seguía perdiendo el tiempo, y entre tanto aumentaba el número de curiosos e interesados. Llegaron rumores contradictorios respecto a la situación de Palacio. Quienes decían que la guardia permanecía fiel al gobierno, quienes que se había rebelado y hecho prisionero al ministro de la Guerra, comandante militar y al señor Gustavo Madero, quienes que la rebelión era cierta, pero que había sido debelada. Al salir los generales Mondragón, Reyes y Díaz, un inmenso clamor se levantó y los soldados comenzaron a hacer salvvas desordenadamente. Mi padre, con su voz potente, moderó el desorden diciendo que guardaran el parque, que sin duda pronto haría falta para combatir. Mandó luego tocar llamada de honor, y reunidos todos los jefes expresó que debía irse rápidamente contra Palacio. Expuse yo la necesidad, supuestos los rumores circulantes, de que se adelantara un jefe principal, en vía de exploración, y asintiendo los señores generales fue designado el general Ruiz, quien con una escolta de unos ochenta aspirantes montados salió al galope mientras que la columna se organizaba. ¡Eran ya las ocho de la mañana!”

Así, sin quererlo, el licenciado Rodolfo Reyes envió a la muerte al general Ruiz, pues es sabido cómo fue hecho prisionero por el general Lauro Villar, que mantuvo su lealtad al régimen, cuando los infidentes lo creían comprometido con ellos.

“Según referencias recogidas con posterioridad, la guardia de Palacio, en efecto, había secundado el movimiento instigado por el general Manuel Velázquez, que de madrugada se dirigió al edificio sin haber logrado ponerse en comunicación con ninguno de nosotros y contando también con algunos aspirantes al mando del capitán Escoto. Allí detuvieron al general ministro de la Guerra y a don Gustavo Madero, permaneciendo la situación en tal estado durante más de dos horas. A poco llegó el general Villar, comandante militar de la plaza, con elementos para sustituir la guardia, y logró imponerse con la dignidad de su cargo y su personal entereza durante una momentánea ausencia del general Velázquez.”



Pero lo que realmente no era por completo del conocimiento de los sublevados es que Palacio había sido quitado a los inexpertos alumnos de la Escuela de Aspirantes, por eso el general Ruiz pudo ser capturado sin dificultades.

“El recinto estaba, pues, en poder del gobierno a las ocho y minutos de la mañana, hora en la que el desventurado y bravo general Ruiz se presentó a sus puertas. Se me cuenta que el veterano avanzó sin obstáculo hasta el cubo mismo de la puerta, seguido de su escolta, y que allí el comandante militar le invitó a bajar. Según esta versión, el general Ruiz entendió que su compañero estaba con ellos o era prisionero, y desmontó sin desconfianza, quedando inmediatamente sujetado y sorprendido y desarmada su escolta, todos jóvenes menores de veinte años. Hecho esto, el comandante tomó las alturas, cerró todas las puertas, apostó dos filas de soldados, una pecho en tierra y la otra rodilla en tierra, en todo el frente principal y colocó varias ametralladoras, unas en la puerta principal y otras en lo alto del edificio. Entre tanto, varios aspirantes que habían llegado en tranvía se posesionaron de las torres de Catedral con entereza e imprevisión juvenil. El escenario del drama estaba, así, preparado. La columna avanzaba difícilmente, muy estorbada por la multitud y por vehículos de todas clases, en medio de una constante aclamación por las calles de Lecumberri, hasta desembocar por Santa Teresa en la Moneda. Allí, en presencia mía, un hombre a caballo, vestido de calzón blanco y blusa, sin duda con ánimo de preparar una celada, se acercó a mi padre y le dijo:

“—Mi general, avance usted; Palacio está con nosotros.

“Pero casi al mismo tiempo, un extranjero, también montado, le dijo:

“—Palacio está en manos del gobierno y el general Ruiz ha sido hecho prisionero.

“Mi padre estaba como fascinado. No contestó nada. Yo le dije que era preciso detenerse, comprobar lo que sucedía, y me contestó:

“—Que se detenga la columna; yo no. ¡Que sea lo que ha de ser, pero de una vez!

“Se alzó sobre los estribos y con voz recia dijo:

“—¡Señores, va a comenzar el fuego; que se aparten inmediatamente los no combatientes!

“Al detenerse en la esquina de La Moneda y Cerrada de Santa Teresa le alcanzaron los generales Díaz y Mondragón, que se habían quedado algo atrás, y al enterarse de lo sucedido le objetaron también su propósito de avanzar solo. No percibí su respuesta, pero picó

espuelas y avanzó al galope, seguido de cuatro o seis aspirantes, el doctor Espinosa de los Monteros, los mayores Zozaya y Trías, Martín Gutiérrez, el licenciado Pérez de León y tres o cuatro jinetes, y a pie los señores Bonales Sandoval, Ocón y algunos dos o tres más.

“Llegaba mi padre a la esquina de enfrente de Palacio y la cabeza de la columna a la puerta del Ministerio de la Guerra cuando los generales Díaz y Mondragón me alcanzaron. Yo galopaba a unirme con mi padre, y el segundo me dijo:

“—Evite usted que avance el general. Es una temeridad.

“Arrecié el paso, y a la altura de la puerta Mariana di con mi padre, quien iba rápidamente avanzando, rodeado por abigarrada multitud en la que predominaban mujeres y niños que llegaban o salían de misa. Metí la mano a la brida de su caballo para detenerlo, y a mi súplica me contestó, excitado:

“—¡No me detengo! Tú sí, ve inmediatamente a que tiren en una imprenta el manifiesto.

“Espoleó el caballo y siguió adelante... Eran las ocho y cuarenta minutos de la mañana.

“Los soldados que estaban frente a la puerta Mariana no sabían qué hacer. Se les veía dudosos, a pesar de que el coronel Morelos les ordenaba hacer fuego. Yo vi que mi padre avanzaba inevitablemente hacia la puerta central con el medrado grupo de parciales que lo rodeaban y logré, mediante un sargento al que hablé, que los soldados que quedaban atrás, lejos de hacer fuego, nos siguieran vitoreándole. De nuevo alcancé a mi padre unos cinco metros antes de la proyección del primer límite de la puerta central. En ese momento decía a alguien, a su lado, que guardara su arma, y con la mano derecha hizo ademán de esperar al general Villar, que entre las dos líneas de tropa y al lado de las ametralladoras intimaba con su pistola en la mano. Entre las ametralladoras mismas se encontraba el general Velázquez en ademán de impedir que hiciera fuego, exponiendo francamente su vida. En tan angustiosos momentos, colocado a la izquierda y un poco atrás de mi padre, estando el doctor Espinosa de los Monteros en la misma línea que él, y a su derecha, dije a aquél:

“—Te matan.

“Al mismo tiempo que él hacía chocar su caballo con una ametralladora, y volviendo la cara me dijo:

“—¡Pero no por la espalda!

“Sonó un tiro aislado y luego todos los soldados, que nos tenían entre ellos mismos, que dudaban, hicieron un fuego nutrido y terri-



ble, funcionando las ametralladoras a boca de jarro. Mi padre se detuvo un momento agarrado a la crin de su caballo y cayó hacia la izquierda, sobre mí, que también caía, arrastrado por mi cabalgadura muerta. Tiraron del cuerpo de mi padre hacia la acera y yo, en estado inconsciente, sin saber de mí, huí, recobrando el juicio cuando, sentado tras del recinto de piedra del Zócalo, o kiosco de la música en el jardín, durando aún el fuego nutrido, cayeron sobre mí varios heridos y moribundos de lo alto de dicho kiosco.

“No puedo tener la serenidad necesaria para ser juez de esa hecatombe que provocó el comandante militar y en la que no cayeron ni cinco por ciento de beligerantes en el total de los muertos y heridos; pero sí puedo asegurar que mi padre avanzó con un pequeño grupo de hombres, y que él mismo y todos los que lo acompañaban no agredimos en forma alguna, siendo bien claro que la columna de ataque se detenía a la expectativa en La Moneda.

“Para mí, mi padre estaba resuelto a morir en caso de fracaso, y al medir la situación pensó que de imponerse con su sola presencia, ese fracaso era seguro, y él, me lo dijo cien veces, no le quería sobrevivir. Su acción no fue, pues, un impulso ciego, sino una resolución suprema. Cuando contestó a mi última palabra comprendía ya que harían fuego, y aceptó el sacrificio; lo buscó como única solución para su propia personalidad. Esto deriva irrefutable de su estado de ánimo, de su conducta y del modo como se presentaba la situación.

“Entre tanto, la columna rebelde, disgregada, tomó diversos rumbos, pero un núcleo principal pudo reunirse en la plaza de la estatua de Carlos IV y casi se encontró con el presidente Madero, que venía escoltado por alumnos del Colegio Militar desde Chapultepec rumbo a Palacio. Unidos los generales Díaz y Mondragón resolvieron refugiarse en la Ciudadela y avanzaron sobre ella por las calles de Bucareli, tomándola a la segunda embestida y muriendo el jefe del recinto en la defensa.”

Hace después referencia a la marcha de Madero y a la personalidad de Victoriano Huerta, perfilando su conducta carente de escrúpulos.

“El presidente Madero, audazmente, seguía su camino con menguada escolta, y al entrar en la calle de San Francisco tropezó con su siniestro destino en la persona del general Victoriano Huerta. Este lo hizo refugiarse en la fotografía Daguerre, la misma en la que fuimos sitiados por la chusma maderista en septiembre de 1911, mi padre y sus amigos. Sabedor el Presidente de que el general Vi-

llar estaba ligeramente herido, y debido sin duda a insinuaciones del interesado, allí mismo encargó el mando militar al general Huerta, y así dictó su sentencia.”

Aun entendiendo su concurrencia en los hechos, Reyes hace consideraciones que dejan mal parado al general Huerta.

Prosigue, pues, en esta forma:

“Victoriano Huerta era un mestizo de lo menos tres cuartos de sangre indígena, que había hecho una brillante carrera técnica en el Colegio Militar, y siempre vicioso, aunque cuando no en el grado en que lo fue en su madurez, fue un subalterno de capacidad y dotes militares. Cuando el general Reyes ocupó el Ministerio de la Guerra, mandaba un batallón; con él sofocó, con aptitud y rigor, una revuelta en el estado de Guerrero y se hizo acreedor a la estimación del citado ministro por sus dotes en el manejo del cuerpo. Habiéndose activado la acción militar sobre las tribus insumisas de Yucatán en el territorio de Quintana Roo, hubo que verificar una travesía peligrosa y llena de obstáculos naturales de parte a parte de dicha región; el ministro se comprometió con el presidente Díaz a que se realizaría en cierto plazo y con ciertos elementos. Encomendó a Huerta la misión, diciéndole que iba, al término de su cometido, si lo realizaba debidamente, a recoger su banda de general, y superó lo que de él se esperaba. Desde entonces contó con toda la ayuda de su jefe, y cuentan que el día en que el general Reyes salió del Ministerio de la Guerra, Huerta, cuyo antiguo batallón daba la guardia de Palacio, le propuso vías de hecho contra el Presidente, lo que el ministro rechazó, indignado.”

Cuando analiza la personalidad de Huerta lo hace llanamente, citando su participación en incontables intrigas en el área militar, determinando su conducta que el presidente Díaz lo pusiera en disponibilidad, enterado de sus condiciones el general Reyes, que aún le guardaba cierto afecto, pero:

“Huerta salió de Monterrey muy desprestigiado y con la estimación del general Reyes menguada. Aun cuando no dejó de tener cariño, desde entonces tuvo la convicción, que muchas veces me expresó, de que Huerta no podía ser otra cosa que un buen jefe de columna, pero jamás administrar nada, ni representar dignidades.”

El licenciado Rodolfo Reyes, cuya posición, por supuesto, no admitía dudas, por su directa participación como protagonista de primer plano, estuvo en posibilidad de valorar muchos hechos y personas, particularmente Victoriano Huerta.

Sus informaciones, por corresponder a un personaje colocado del



otro lado de la mesa, como suele decirse, poco conocidas, representan algún interés, porque vienen a complementar sucesos que únicamente se han enfocado desde un ángulo.

No es que comulgásemos con su dicho en forma total, sino que por tratarse de quien se trata, algunos datos son interesantes, como este relato que hace de lo que acontecía en la Ciudadela, convertida en cuartel general de los dos pilluelos, Díaz y Mondragón, que en el fondo, y muchas ocasiones sin percibirlo, eran simples marionetas en las manos del gran criminal.

Se justifica, por su posición personal, que Reyes adopte posiciones que tienden a justificar y hasta pretenda glorificar a traidores como el general Ruiz.

Hechas estas consideraciones, prosigamos transcribiendo las informaciones del hombre que acompañó a su padre hasta el momento mismo en que fue abatido por las descargas de las tropas leales frente al Palacio Nacional.

“Yo no estuve en la Ciudadela los primeros días y desconozco enteramente por mí mismo las relaciones que se dice existieron entre Huerta, Díaz y Mondragón, pero todos los datos que recogí, a las pocas horas, me llevaron a considerar siempre que Huerta, desde que vio caer muerto a mi padre, comprendió que podía adueñarse de la situación y que Díaz y Mondragón repugnaban con toda sinceridad una alianza con él. Félix Díaz era un hombre entero, leal y valeroso, honrado a carta cabal, y no veía bien la actitud de Huerta ni podía fiar en él, y en cuanto a la pugna entre Huerta y Mondragón fue siempre manifiesta y era antigua y transparente.”

En momento alguno se trata de exculpar a Victoriano Huerta; su figura, no por sus enemigos, sino por uno de sus compinches, aunque después se colocara en situación opuesta, decidiéndose a escribir parte de los apuntes que estamos dando a conocer, es trazada fríamente, lo que tiene mayor valor, puesto que al principio fue tal vez un incondicional.

Reyes continúa así:

“En Palacio reinaba la característica anarquía que acompañaba a Madero dondequiera que trataba de mandar. Se le impusieron en los primeros momentos las caldeadas pasiones y el ambiente, los sanguinarios de su círculo; mandó matar sin consideraciones humanas de género alguno, sin suspensión de garantías y por encima de su fuero, sin que ofreciera temibilidad alguna y sin permitir ni cumplir con sus mismos deberes de creyente y de padre, al general Gregorio Ruiz, que cayó como un mártir; manchó su prestigio de huma-

nitario mandando ejecutar al grupo de muchachos cadetes de la Escuela de Aspirantes, todos de quince a veinte años, y que ninguna necesidad militar mandaba suprimir. A mí, por eso no me temblaba el pulso cuando, por acuerdo del consejo de ministros, escribía el proyecto de mandamiento procesal para legalizar la detención de Madero en momentos mismos en que los sicarios de un ebrio lo asesinaban, y en que éste meditaba mancharnos a hombres que no sabíamos matar, aunque se proyectara sobre nosotros la sombra de ese crimen tan necio, tan contraproducente y tan incomprensible.”

Aquí se desborda el resentimiento, y sus juicios se contraponen con lo sucedido en la reunión de ministros, cuando quedó sellada la suerte de Madero y Pino Suárez; siempre hay necesidad de querer evadir el aplastante juicio histórico. Como abogado, Reyes lo sabía perfectamente. Sin embargo, más adelante hace consideraciones especiales sobre Madero.

“Asombra —expresa— la inconsciencia de Madero y, sobre todo, de sus consejeros militares; para nosotros los de la Ciudadela, que sabíamos cómo estábamos y que nos constaba que Félix Díaz había rechazado las insinuaciones de Huerta, era transparente la traición que éste realizaba momento a momento. Un conmitión suyo me ha dicho que tuvo la paciencia asiática de hacer que contaran los disparos de artillería, que tanto prodigó el recinto sitiado, y así, cotejando este dato con los estados del Ministerio de la Guerra, pudo saber cuándo estaba a punto de privarse de tal elemento de defensa la Ciudadela, para serle más fácil imponer sus condiciones. Yo no entiendo de artes militares, pero se me alcanza que desalojando el barrio de Bucareli y tomando posiciones en las lomas de Tacubaya o en la Villa se hubiera barrido la Ciudadela y que por asalto se la podía dominar. Cuando el descabellado ataque de caballería por la calle de Balderas, Díaz, Mondragón y Genaro Trías no querían creer a sus ojos, y hasta que los dragones causaron bajas en el grupo de Ignacio Muñoz, juzgaban que eran tropas que venían a unírseles.

“Madero, por otra parte, estaba maduro para ser barrido de un modo o de otro, y en medio de su desgracia tuvo la suerte de dar con un insensato de otra índole que él, al sacrificarlo, lo hizo un mártir y concedió a su indudable fe de revolucionario prestar el servicio de dar bandera a una revolución que necesitaba transformarse de política en social para tener fuerza. Cualquier hombre equilibrado hubiera evitado la reacción revolucionaria; pero a la nulidad política de Madero substituyó la locura alcohólica de Huerta. Una reacción era imposible, pero una organización gubernativa de las



exigencias justas y populares que Madero, por incompetencia, había defraudado, habría cimentado a un gobierno progresista y renovador y evitado la necesidad de una revolución social, todo mediante una política audaz y reformadora.

“Huerta, como buen alcohólico, que son impulsivos desequilibrados, capaces de actos súbitos, con las llamas del espíritu que los anima, pero ineptos para sistematizar nada mediato, no podía ser un reorganizador.”

Reyes no vacila en describir lo que ocurrió en la Ciudadela, donde se reunieron elementos disímolos, con la decapitación del reyismo, la situación era muy especial; revela que Mondragón no era amigo del general Bernardo Reyes, que lo había dejado separado del Ministerio de Guerra y no le había otorgado preeminencia, aconsejándose en el ramo de artillería del gran técnico general José M. Pérez, bien prestigiado en Europa y aquí mismo en el área de los artilleros, “pero el general Mondragón era flexible y fácil, simpático y aducado y nunca pretendía superar la jefatura de Félix Díaz”.

Indica después que Genaro Trías, factor técnico en la defensa de la Ciudadela, era reyista nato, lleno de simpatía para las nuevas circunstancias que determinarían un jefe.

Afirma que en general no hubo el menor disentimiento dentro de los elementos conglomerados.

Considera que Félix Díaz era un hombre sobre todo hecho para la resistencia, capaz, por lo mismo, de todos los sacrificios e impertertable ante los peores peligros. Además, expresa que de haber vivido el general Reyes, otras hubieran sido las condiciones del movimiento. Y subraya:

“Los jefes de la Ciudadela, sin embargo, sabían bien lo que hacían, porque es un hecho que desde el primer momento supieron que Huerta trataba de acordarse con ellos, y por otra parte, no tenían nada organizado fuera de la capital, ya que el movimiento era un golpe de mando para evadir a los generales Reyes y Díaz, apoderarse de México y obrar con posterioridad según las circunstancias lo aconsejaran.”

Más adelante indica que desconocía los detalles, o mejor dicho, en detalle los contactos entre Huerta y los citados jefes al iniciarse el movimiento. “Sólo puedo asegurar que Díaz y Mondragón repugnaban constantemente todo entendimiento con aquél y que jamás iniciaron plática alguna. ¿Qué esperaban? ¿A qué podían atenerse? Creo que había mucho de temperamento individual en su actitud; Félix Díaz era un tanto fatalista y Mondragón era vehemente, iluso,

capaz y valeroso; pero no hombre de organización ni de sistema. A hombres tales no podía ocultárseles que sólo la malicia de Huerta y la incapacidad de la familia oficial de Madero, arrastrada por la iluminada inconsciencia de éste, podía hacer que se sostuviera un recinto como la Ciudadela ante los modernos armamentos.”

Más adelante señala que Díaz, tan indiferente respecto a su propia suerte, era, sin embargo, susceptible a las impresiones ambientes y militar respetuoso hacia la sociedad civil; le preocupaba la situación de la capital, factor al que, dice, vino a sumarse la amenaza concreta que hizo la embajada norteamericana de una inminente intervención. Esta actitud, sigue diciendo, era contraria a la opinión del otro cínico, Mondragón, partidario de la resistencia y que sostuvo en todo momento que la Ciudadela no podía caer.

Se refiere luego a la intervención del diplomático norteamericano y revela que había trabajado desde un principio a Huerta, “y yo tengo para mí que Wilson estaba de acuerdo con éste para imponernos su jefatura”.

Aclara que, sin embargo, no estuvo en esos momentos al lado del general Díaz y que desconoció cómo se formó su criterio a la postre, pero hace deducciones que le parecieron justas; que ninguno de los jefes de la Ciudadela aceptaban la posibilidad de rendición, y añade: “Huerta tenía preconcebida su traición a Madero, y seguramente estaba convencido de que, faltando el general Reyes, él se adueñaría fácilmente de la situación, duplicando su maniobra. Wilson intervenía activamente con ánimo de que fuera derrocado Madero y que Huerta asumiera el mando, y la sociedad hacía presión para que cesara la tragedia”.

Cita entonces cómo Díaz y Fidencio Hernández lo invitaron a que en la tarde del 18 de febrero, en la glorieta de la Ciudadela, los acompañara a la embajada de los Estados Unidos, donde iba a tener lugar una reunión importante.

Lo que sucedió lo refiere más adelante.

“Yo había ido el martes 18 de febrero, a eso de las cinco de la tarde, a la Ciudadela, que tenía suspendidas las hostilidades, y allí vi a varios senadores. Hablé con el general Díaz, y explicándome la situación me dijo qué consideraciones pesaban en su ánimo, según lo ya explicado, y cómo, aun sin ninguna simpatía para la persona del general Huerta, tenía que verlo, y en la hipótesis de formar un gobierno interino deseaba que formaran parte de él un grupo de personas que en su concepto ofrecían garantías sociales. Me enseñó una lista de posibles ministros, y a mi indicación cambió el titular

de Hacienda, poniendo al señor Esquivel Obregón, y aceptó la conveniencia de ofrecer un órgano ministerial de programa agrario, pareciéndole bien mi candidatura en favor del señor Garza Aldape. No me dijo cuándo ni dónde podría celebrarse la entrevista, ni se trató del posible encumbramiento de Huerta a la Presidencia, cosa que estoy cierto de que no se preveía.”

Cita luego cómo fue invitado para ir a la embajada norteamericana, donde iba a tener lugar la firma de un documento importante; relata:

“Estuve ausente, y al volver, hacia las siete, me suplicó el general Díaz que le acompañara, junto con el compañero Fidencio Hernández, a tener una conferencia con Huerta, y supe que íbamos a la embajada norteamericana a oír la orden relativa. Llegamos a dicho lugar y allí estaba Huerta acompañado del comandante Joaquín Mass y del ingeniero Enrique Cepeda, a quien yo no conocía.”

Este Cepeda es el mismo del que Lane Wilson mencionara como “correvedile” de Huerta, tan carente de escrúpulos como él.

Es interesante examinar el relato que hace el licenciado Reyes de cuanto tuvo lugar en la embajada norteamericana; son, no debe olvidarse, los puntos de vista de los traidores.

“Huerta nos saludó y dijo, más o menos: «Señores: por una necesidad nacional y para evitar sacrificios, de acuerdo con el Senado, he aprehendido a los señores Presidente y Vicepresidente, y ahora quiero hablar con usted (dirigiéndose a Félix Díaz) en el concepto de que para mí nada quiero». El general Díaz contestó: «Yo tampoco». En este momento, Cepeda me retiró hacia el pasillo al que daba la puerta del salón, en el cual pasillo estaba el embajador, y vehementemente me argumentó sobre la necesidad de nombrar a Huerta presidente interino, a lo que asintió el citado embajador con signos mudos. Me desprendí de tan inconveniente situación, y terciando en el diálogo ya entablado entre Huerta y Díaz dije que lo mejor era designar una persona extraña a la lucha como presidente interino. «¿Quién», dijo el primero; y yo contesté: «El señor García Granados». «Está muy bien», dijo el general Díaz, y Huerta replicó: «Dénme veinticuatro horas para pensarlo, porque yo tengo muy serios compromisos», e hizo ademán como de levantarse dando por terminada la conferencia.”

Puede aquí observarse a través de lo escrito por el licenciado Reyes la reacción interesadísima de Huerta, a la postre el más hábil de todos los comprometidos en apuñalar al país.

Cabe recalcar que el relato procede nada menos que del hijo del



general Bernardo Reyes, muerto frente a Palacio Nacional al estallar la asonada, revelando aspectos íntimos de la componenda en la que tuvo principal desempeño el diplomático norteamericano.

Prosigue así:

“Enrique Cepeda volvió a mí para decirme: «Si no aceptan al general, esto sigue». Yo, entonces, dije: «Si queremos alguien más apartado de todo color político y lleno de los respetos nacionales y extranjeros, allí está el licenciado Luis Méndez». Félix Díaz, dirigiéndose a Huerta, dijo: «Yo no doy plazo alguno; debemos aquí terminar; no debe seguir el sacrificio del ejército y de la sociedad una vez caído Madero». Entonces, Huerta habló bajo a Félix Díaz y ambos nos suplicaron que los dejáramos solos.”

Lo que en lo privado hablaron los dos generales no se sabrá nunca; ni uno ni otro hicieron declaraciones amplias al respecto; era partir el pastel, y lo harían conforme a la personal conveniencia de cada uno y coincidiendo en algunos puntos, sí, pero sin informarlos a los demás; pero la médula del arreglo, insistimos, no se sabrá nunca.

Reyes continúa refiriendo lo acontecido en la residencia de Lane Wilson, situada en aquel entonces en la avenida Hidalgo y Rosales, en el jardín de San Fernando.

“Pasó una media hora; nos llamaron y nos entregaron los puntos de acuerdo conocidos, que yo redacté a máquina y leí ante varios diplomáticos presentes, menos en lo relativo al gabinete impuesto a Huerta.”

Inserta luego el texto del llamado Pacto de la Ciudadela, que damos a conocer en capítulos anteriores.

Terminado el asqueroso pacto, en que se coludían los traidores de nueva cuenta, o mejor dicho reafirmaban su posición:

“En la puerta de la sala hablé con el general Díaz, y al expresarle mi gran contrariedad por la designación de Huerta, me contestó: «Yo no podía dejar seguir en este duelo, caído el gobierno y por sola ambición personal, y él sí hubiera seguido. Veremos de arreglarlo todo.”

Dice después que se despidió, y como deseaba ir a visitar a su señora madre y a su esposa, “el doctor Ryan, de la embajada, me condujo en su automóvil, y esperando las dos horas que duraron mis visitas, me condujo él mismo a la Ciudadela después de medianoche.

Precisamente por sus expresiones respecto a Victoriano Huerta decidimos transcribir algunos fragmentos de los apuntes de Rodolfo Reyes.



Si prominentemente participó en la conjura la alianza con el soldadón no fue ni prolongada ni sólida, tanto más que Huerta no vaciló en amenazarlo, según lo cita:

“Desde el momento en que se firmó el llamado Pacto de la Ciudadela, Huerta afirmó que él tenía asegurada la renuncia de los señores Madero y Pino Suárez, y que no habría para ello dificultad alguna. Al día siguiente, o sea el miércoles 19 de febrero, sin abandonar la ocupación militar de la Ciudadela y avenidas que dan acceso a ella, el general Díaz se trasladó al edificio de Gobernación, en la calle de Bucareli. Le expuse la conveniencia de que él y Huerta estuvieran en el mismo lugar y que pudieran, así, ejercer, de común acuerdo, la autoridad necesaria en cada momento, mientras se instalaba el nuevo gobierno, por asumir el general Huerta la Presidencia y para dar la impresión de paz y unión al público. Aceptó mi idea y me suplicó que la transmitiera al referido señor. Al efecto, acompañado de don Celso Acosta, me dirigí al Palacio Nacional, y en las oficinas de la comandancia militar encontré a Huerta, acompañado del señor licenciado Aurelio D. Canale. Le transmití nuestras ideas relativas, y presa de extraña cólera, usó de una frase vulgar muy común en sus labios «¡Cuidado con la pintura!», y con ojos inyectados me la repitió muchas veces; fue la primera vez que tuve la clara impresión de que aquel hombre era ya un vesánico, y también por el porvenir del país y de nosotros. De pronto me tomó de la mano, y conduciéndome a una pieza interior, la cerró, me abrazó, y aludiendo a su afecto para mi padre, me dijo con palabras entrecortadas, de alcohólico: «No se meta en estas cosas, Rodolfo; no se meta entre las patas de los caballos, vaya a decirle a Félix que no tenga prisa, que ya está todo arreglado, que hoy renuncia Madero».”

A partir de ese momento se estableció el divorcio, pero también la supremacía de Victoriano Huerta, y lo admite: “comenzó a darme la medida del abismo en que habíamos caído”.

En la tarde, en Palacio, Huerta y Lascuráin, por supuesto, convinieron en que el segundo debería renunciar para que aquél, “legalmente”, asumiera el sillón presidencial, como ocurrió horas después.

Ya Huerta había designado o tenía un cortejo de consejeros, “hasta donde era posible hacerlo a hombre como él”; allí estaban el doctor Aureliano Urrutia, que más tarde ordenaría directamente el asesinato de Belisario Domínguez; el sobrino de Huerta: Joaquín Mass; el ingeniero Enrique Cepeda, crapuloso irresponsable, y más

tarde los integrantes del cuadrilátero: Moheno, Lozano, García Naranjo y Olaguibel, “pero sobre todo los dos primeros”.

Acepta —y volvemos a reiterar que son puntos de vista muy personales— que desconocía las maniobras a que recurrió Huerta para arrancar la renuncia a Madero y Pino Suárez, haciéndose creer que dichos señores saldrían al extranjero, “y así se lo comuniqué, al punto que lo supe, al general Díaz, conviniendo él, el señor García Granados, yo y algunos amigos que estábamos reunidos en la Secretaría de Gobernación, en que eso podría ser una imprudencia, hecho desde luego, aunque más tarde podría considerarse”.

Se pregunta entonces la razón del cambio de idea de Huerta, aventurando incluso la suposición de que siempre obró premeditada, calculada y decididamente a tomar el pelo a los diplomáticos de Cuba y Chile, burlándose de los familiares de los prisioneros, y asegurar bajo su firma: “yo, para mí, temo que nunca fue sincera la libertad de sus futuras víctimas, y entre otras cosas lo juzgo así porque no era creíble que tomara tal resolución sin hablar con nosotros, y no nos dijo una sola palabra sobre el particular del proyectado viaje de los citados prisioneros”.

Pero también Reyes precisa su juicio respecto a la libertad de Madero y Pino Suárez, tal como la anunciara Huerta:

“Madero y Pino Suárez, desde luego, libres, eran, nadie lo niega, un peligro indiscutible para nosotros, y por eso, entre los que podíamos intervenir en su suerte, aseguro que miente el que diga que pensó en libertarlos; Huerta lo prometió a familias y diplomáticos, hizo aparentes preparativos; pero se trató, sin duda, de uno de tantos actos de la comedia trágica que fue su actitud política.

“Para nosotros, los francos rebeldes —no traidores— que queríamos integralmente reconstruir los poderes y crear un gobierno nacional, Madero era un obstáculo accidental al que había que gastar y apartar, pero no resultaba preciso suprimirlo.”

Es aquí donde Rodolfo Reyes se olvida de su conducta cuando los ministros se encontraban reunidos y de hecho decidieron el futuro de los dos personajes; ahora todo, en sus afirmaciones, finca la responsabilidad sobre Huerta; él ahora resultaba el único maldito, el único perverso y magnicida. Pero el juicio histórico en nada afecta la verdad; claro es que Reyes tenía que exculparse, y lo hizo en sus Memorias.

Vale la pena seguir leyéndolo:

“Huerta estaba en otra condición; llevado al poder por una imposición doble; aceptado por nosotros mismos como una triste tran-

sacción, como un mal necesario, sin fuerza propia ni ideal político, tuvo ansia de decorarse con una legalidad aparente para disfrutar siquiera de esa fuerza. Por eso exigió en el Pacto de la Ciudadela que se legalizara su situación desde luego, y se comprometió a lograr la renuncia de Madero y a que la aceptara el Congreso. Madero, en efecto, era para Huerta, con su legalidad original, un peligro serio y político, ya que la legalidad con la que él mismo se iba a armar, era fruto de la coacción. Pero nosotros, los francos rebeldes, los que salimos de las cárceles políticas con injusticia denegada, los que sólo de una reorganización social y política esperábamos credenciales legítimas, pidiéndoselas entre tanto a la fuerza, no podíamos abrigar igual temor de encontrar en Madero igual obstáculo, porque lo que a nosotros únicamente se oponía, que era Madero poder, desaparecía con derribarlo y sabernos sostener frente a cualquier reacción de ese poder.”

Después, Reyes busca por todos los medios zafarse de responsabilidad, señalando que era partidario de que se enjuiciara a Madero sí, “castigar a Madero, si lo merecía, o inutilizarlo como símbolo sí; pero sacrificarlo, glorificarlo y dar la mejor bandera a la Revolución, no”.

Pero este juicio lo hizo después, cuando se disipó la tormenta y omitiendo su conducta, en lo que él mismo califica de consejo de ministros y no reunión informal de los funcionarios; ahora se mostraba partidario de un proceso “por las ejecuciones del día 9 de febrero, exigirle responsabilidades por los actos intervencionistas y de filibusterismo de la Revolución, muy posible, como realidad que respondiera en todo a nuestras condiciones y perfectamente atinado como pretexto para abrir un compás de espera; buscar después soluciones para evitar que usaran los funcionarios depuestos de una bandera buena como tenían, también lógico; pero asesinar en una forma tan absurda, tan villana, tan transparente, eso, lo repito, como lo dije al principio, de una necedad aparte de ser un crimen, sólo el alcohol y el cuartelismo pudieron inspirarlo”.

El lector ha tenido antes informaciones para poder también hacer juicio sobre el dicho del licenciado Reyes, el hijo del general que cayera abatido frente a Palacio Nacional, ya en plena rebelión.



CAPÍTULO XXIV

DOS DOCUMENTOS

La consignación hecha por el general Salvador Alvarado en su calidad de Comandante Militar, ante el Presidente del Tribunal Militar de México, contra los inodados en el cuartelazo de 1913, y publicado en un suplemento del periódico *El Nacional* hace tiempo, expresa lo siguiente:

“Al frente, un sello que dice: Comandante Militar de México. Sección de Justicia. Número 7,760.—Al frente: Hónrome en participar a usted que con esta fecha se dicta orden de proceder por la infracción a las fracciones II, III, VII y XII del artículo 3° de la Ley del 25 de enero de 1862, puesta en vigor por el C. Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, contra las personas siguientes:

“Victoriano Huerta, Manuel Mondragón, Aureliano Blanquet, Félix Díaz, Henry Lane Wilson, Francisco León de la Barra, Jorge Vera Estañol, Alberto García Granados, Alberto Robles Gil, Rodolfo Reyes, David de la Fuente, Toribio Esquivel Obregón, Francisco Cárdenas, Cecilio Ocón, Celso Acosta, José Bonales Sandoval, Antonio Monter, ex general Manuel Velázquez, Paulino Ortega, Raúl Lalanne, Luis Fernández Castellot, Alberto Murphy, Fernando de Teresa, Juan Saldívar Flores, Fernando Pimentel y Fagoaga, Alberto Braniff, Tomás Braniff, Oscar Braniff, Manuel Vidaurrázaga, Joaquín D. Casasús, Ignacio de la Torre y Mier, Jesús Rábago, Javier Larrea, Mariano Ruiz, Manuel Celere, José Mondragón, Enrique Mondragón, Indalecio Sánchez Gavito, Vicente Sánchez Gavito, Manuel Sánchez Gavito, Fidencio Hernández, Armando Santacruz, ex mayor Genaro B. Trías, ex mayor Federico Hernández, ex capitanes primeros: Rafael Romero López, Francisco Landerson, Lorenzo B. Pacheco, ex capitanes segundos: Luis Fitzmaurice, Jorge Huding, Andrés Zaragoza, Agustín B. García, Ildefonso Puga, ex teniente



Anacleto Covarrubias, ex teniente Ricardo Varela, ex subteniente Fausto Medina, ex subteniente Onésimo Espinosa, ex capitán segundo Fernando Aguilar, Samuel Espinosa de los Monteros, ex capitán segundo Moisés Ramos, Alfonso M. Perdomo, ex subteniente Wenceslao de la Peña, ex capitán segundo Luis G. Monter, ex capitán segundo Aurelio de P. Simancas, ex capitán segundo Samuel M. Gutiérrez, ex teniente Fidel Melgarejo, ex subteniente Ramón Méndez, ex subteniente Manuel Aguilar, ex capitán segundo Luis G. Mendoza, ex capitán segundo Santiago Mendoza, ex coronel Ignacio Muñoz, ex capitán segundo Eduardo Trujillo, Ireneo Rivera, Pablo Morales, Luis Rivera, Pablo Vega, Esteban Martínez, Vicente García, Pedro López, José Sánchez, Agustín Ramírez, Manuel Alva, Antonio Almaraz, Porfirio Saucedo, Ambrosio Saucedo, Juan García, Antonio Velázquez, Angel Plata, Alfredo Jiménez, Leopoldo Torres, Salomé Zambrano, Carmen López, Hipólito Escalante, Reynaldo Manríquez, Francisco Espejel, Pánfilo Peña o Piña, Angel Robles, Refugio Robles, Felipe Gómez, Jesús Corona, Hilario M. Islas, Francisco Martínez, Heriberto de la Vega, Carlos Díaz, Pedro Morales Pérez, Cirilo Carreño, Daniel Camacho, Guadalupe Martínez, Miguel López, Manuel Vázquez, Pedro Flores, Santiago Galicia, Rosendo Ramírez, Antonio Pérez, Moisés Olivares, Baldomero Torres, Arnulfo Araiza, Gabriel Miranda, Manuel Pérez, Eduardo Olmos y Ramón Pérez Solís.

“Antonio Alvarez Rul, Juan D. Argumedo, Carlos Martínez Pelegrina, Andrés Bermejillo, Rafael G. Goyenechea, Miguel Cortina Rincón, Luis Elguero, Gonzalo Alfaro, Enrique Fernández Castellot, Carlos Fernández, Rafael Pimentel, José Mares, Ricardo del Río, Javier Piña y Aguayo, Alfonso Beteta, Javier Icaza y Landa, Leopoldo Gavito, José Luis Requena, Gumersindo Enríquez, Emilio Robles, Fernando Zárraga, Antonio Cardona Osio, Ramón Cosío González, Manuel Puga y Acal, Enrique Orozco, Miguel Gutiérrez Guerrero, Miguel Hernández Jáuregui, Angel Rivero Caloca, José Arellano, Rafael Alcérreca, Rafael R. Arizpe, Carlos Arellano Algara, Guillermo Brockman, Alfredo Bablot, Tomás Berlanga, Mauro Cándano, Carlos Cosío, Alfonso Castellot, Juan Cárdenas, Manuel Cuesta Gallardo, José Corral, Guillermo de Landa y Escandón, Manuel de la Peña, Manuel Escalante, Alfredo Flores, Manuel Fernández Guerra, Gonzalo Garita, Angel Gaviño, Miguel T. González, Roberto García, Eduardo Iturbe, Francisco Icaza e Icaza, José María Mena, Alberto L. Palacios, Alfredo Ramos Martínez, Alfonso Mariscal y Piña, Ignacio Reyes, Andrés Sánchez Juárez, Manuel Morales Me-

dina, Agustín M. Lozano, Antonio Meza, Esteban Maqueo Castellanos, Luis Martínez de Castro, Manuel Olea, Rafael Pardo, Eduardo Prieto Bazave, Jesús Plaza, Alfonso León, Alfredo E. Rodríguez, José Romero, Federico Ramos, Francisco Rincón Gallardo, José N. Facha, Jesús Salgado y Avilés, Vicente Sánchez Gutiérrez, Manuel López de Rivero y Adolfo Fenochio.”

En la lista se consignan, además, los siguientes nombres: “Francisco Llamasa, Santiago G. Paz, Julio Michelet, Ramón Reynoso, Enrique B. Pérez, Aurelio Cadena Marina, Domingo Palacios, Ignacio Zayas de Zetina, Mario Banuet, Arturo López de Rivera, Rafael Rosas, Bernardo de Cologan, José Delgado, Francisco Romero, Guillermo Rubio Navarrete, Manuel Guasque, Agustín Bretón, Javier de Maure, Espiridión Carmona, Joaquín Mass, Gustavo Mass, Pascual Orozco, Antonio Rábago, Jorge Huerta, Sebastián Camacho, Francisco Chávez, Joaquín Piña, Luis de la Barra, Eduardo M. Cruz, Guillermo Obregón, Ramón González Suárez, Jesús Flores Magón, Francisco Olaguibel, Adalberto Esteva Ruiz, Benjamín Camarena, Luis Ballesteros, Luis Fuentes, Alberto Quiroz, Carlos García Hidalgo, Manuel Rivera, Alberto Canseco, Miguel I. Bolaños Cacho, Nicandro Rodríguez Moctezuma, Aureliano Urrutia, Manuel Garza Aldape, José Elguero, Porfirio Díaz hijo, Lorenzo Elizaga, Porfirio Díaz padre, José I. Limantour, José Refugio Velasco, Francisco Carbajal, general Ignacio A. Bravo, Carlos Rincón Gallardo, Ricardo Gómez Robelo, José María Lozano, Nemesio García Naranjo, Querido Moheno, Rubén Valenti, Federico Gamboa, Arturo Alvaradejo, Roberto Esteva Ruiz, Nicolás Bejarano, Adolfo de la Lama, Enrique Goroztieta (padre), Agustín Garza Galindo, Salomé G. Aldape, José María Garza Aldape, Eduardo Tamariz, Salvador Díaz Mirón, Juan Hernández, Carlos Pereyra, Ignacio Alcocer, José María Luján, Enrique Creel, Carlos Aguila, Luis del Toro, Angel González, Pedro Ojeda, Joaquín Téllez, Fernando Trucy Albert, Manuel Zozaya, Alberto Canseco, Rómulo Cuéllar, Agustín Sanjinés, Salomón Botello, Luis G. Pradillo, Ramón Corona, Jesús Garza González, Eduardo Pallares, Cayetano Castellanos y Leopoldo Rebollar”.

La relación de las personas consignadas continúa con los nombres siguientes: “Genaro García, Antonio D. Palacio, José Luján Tablada, José Velasco, Roberto Bravo, Luis Medina Barrón, Gustavo Salas, Juan D. Almazán, Eduardo Ocaranza, Gabriel E. Aguillón, Valente G. González, Francisco Cánovas, Antonio de la Peña y Reyes, Miguel Gamboa, José Jesús Fernández, Celestino Fernández, J. Guadalupe Aguilera, Ignacio Valdespino, Antonio Casanueva, Anto-

nio María Álvarez, Evaristo E. Padilla, Rafael L. Zapata, José Siso, Francisco Villalón, Juvencio Robles, Alberto T. Rasgado, Rafael N.V. Contreras, Carlos Gómez, Teodoro Dehesa, Juan de Dios Bejarano, Servando D. Canales, Enrique Alducín Sánchez, Eduardo Fernández, Bartolo Guardiola Rentería, Gustavo Guardiola Rentería, Carlos Guardiola Rentería, Alberto Guardiola Rentería, Enrique Quintana, Carlos Herrera, Enrique San Germán, Gaudencio de la Llave y Mariano Escárcega”.

El documento continúa en estos términos: “Enrique Quintana, Mariano Azcárraga, Emilio Bulle Goire, Armando Mendiola, Emilio Berea, ex capitán segundo Juan Montaña, ex teniente Enrique Pérez, Nardo Mendoza, ex teniente Cástulo Villaseñor, siendo juez de la causa el coronel primero de Instrucción Militar, en el concepto de que para el procedimiento se dispone se sujete el procedimiento a lo dispuesto en el decreto número catorce, del 12 de diciembre de 1913 respecto a los que actualmente se encuentran aprehendidos y a los prófugos se ordena se giren las órdenes de aprehensión respectiva.—Reitero a usted mi consideración.—Constitución y Reforma. México, 12 de diciembre de 1914.—General Comandante Militar S. Alvarado.—Rúbrica.—Al C. General Presidente del Tribunal Militar.—Presente.”

Se ha transcrito la consignación textual hecha por el general Salvador Alvarado en diciembre de 1914.

Obviamente, y por razón natural, quedaron fuera muchos de los participantes del cuartelazo, así fueran de segunda o última fila.

Muchas de las personas citadas quizá más tarde pudieron acreditar su inocencia.

Para nosotros es simplemente una relación y no hacemos juicios, sino que ofrecemos un documento de vigencia histórica poco conocido y que creemos que debe incluirse en este trabajo relacionado con los amargos días que vivió la población de la capital de la República conocidos como la Decena Trágica.

RELACION DE ASPIRANTES

El otro documento que insertamos aquí contiene los nombres de los alumnos de la Escuela Militar de Aspirantes de Tlalpan que se rebelaron contra el gobierno constituido de Madero; algunos se apoderaron del Palacio Nacional y fueron sometidos por la audacia y la reciedumbre leal del general Lauro Villar; otros tomaron las torres de la catedral metropolitana.



Señalamos, sin embargo, que se trata de la lista general de alumnos; algunos, por supuesto, no participaron en la asonada de febrero.

Tampoco la lista implica una acusación, y cabe reiterar que es simplemente una relación de los alumnos, y tal vez algunos de ellos habían ya causado baja, otros estuvieron francos y por lo mismo no formaron en las filas a la hora en que se inició el cuartelazo. La relación de alumnos de la Escuela Militar de Aspirantes de Tlalpan es la que sigue:

“Teniente Alejandro Armiño, sargento segundo Alfonso Avila, cabo Gustavo B. Azcárate; aspirantes: Carlos Ambia, Manuel Arreola, Mariano Álvarez, Jesús Arellano, Emilio Amador, Manuel Abarca, Cenobio S. Álvarez, Florentino Alday, Vicente Álvarez, Félix Avila, Vicente Arenaza, Trinidad L. Ayala, José Luis Amezcua, Gilberto Álvarez; tambores: Miguel Abarca, José Aparicio; aspirantes: Antonio Arde, Maximino Avila Camacho, Guillermo Álvarez, Manuel Angel, Emilio Araujo, Ricardo Arévalo, Roberto Aduna; escribiente Máximo N. Blancas; cabos: Jesús Betanzos, Ricardo Blanquel, Jesús B. Bautista, Rafael Bustamante, Gustavo Blanco, Pablo Barradas, Carlos Bonilla, Moisés Bretón, Narciso Bueno, Adrián Bonilla, Benjamín Bonilla, Jesús Bazán, José Blanco, Ernesto Barrón, Eduardo Bravo, Cenobio E. Blanco, Julio Bustamante, Rafael Barriquete, Gilberto N. Bremonts, Modesto Basurto, Manuel Barajas, cabo Luis B. Barrueta, Manuel Corbalá, Benito Castro, Benjamín Cárdenas, Alfonso Ceballos, Ramón Córdoba, Ricardo G. Cabrera; aspirantes: Samuel Cuéllar, Carlos Camball, Luis R. Cota, Raymundo Ceballos, Ignacio Cano, Fernando H. Crespo y José A. Castillo.”

Además, se incluyen los siguientes nombres: “Alvaro Cavazos, Luis Castro, José Martín Calcáneo, Angel Castillo, Francisco Calatayud, Virgilio Castro, Silvestre Cuevas, Filiberto Carranco, Luis Carbó, Victoriano Canales, mayor Carlos Castro; sargentos segundos Carlos M. del Campo, Manuel Camarena y Romeo Calzada; cabos: José G. Coronado, Alfonso B. Cabrera, Miguel Castro, Francisco Camacho, Félix Cruz; sargento segundo Vidal Chaire; cabo Rafael Cházaro; aspirantes: Miguel Dávila, Agustín Durán, Arnulfo Delgadillo, Ismael Díaz, Leopoldo Delgado, Feliciano S. Domínguez, Eduardo Díaz Casas, capitán Antonio Escoto; aspirantes: Ramón Elizondo, Rubén Espinosa, Norberto Elizarrarás, Roberto Estrada, Rafael Espinosa, Rubén Encinas, Roberto Encinas, Melesio Espinosa, Serapio Estrada, José C. Espinosa, Primo V. Escalada; sargento segundo Luis Fuentes; aspirantes: Mariano Fernández, Higinio Fuentes, Silvino Flores, Juan Fuentes, Federico Hernández, Alfredo Fran-



co, Joaquín Figueroa, Salvador Ferzuli; tambor José Rosalío Flores; Jesús Gómez, Francisco Gallegos, Antonio T. Girón, Melesio Gorbea, Luis González; ordenanza Celestino González; teniente José María Gaona; capitanes primeros: Miguel Guerrero, Mariano Guido, José Mamerto González; cabo Angel Gutiérrez; cabo Guillermo C. Gutiérrez; aspirantes: Leobardo González, Manuel García, Joaquín Guerra, Carlos Gobeá, Edecio García, Agustín Garcés, Luis P. Gómez, Ignacio Garduño, Luis Gendrán, Mauro Gómez, Jesús Guerrero, Ezequiel Gutiérrez, Manuel Gudiño, Arnulfo García, José T. Gutiérrez, Paz Gutiérrez, José Gordón, Salvador García, José N. García, Fernando Gallegos, José González, José R. Gutiérrez, Francisco Gutiérrez, Abraham García, Ponciano R. Gómez, Arnoldo Gutiérrez, Ramón T. Garibay, Francisco Gallegos, Antonio T. Girón, Ruperto García; capitán segundo Samuel H. Gutiérrez, cabo Roberto Hernández; aspirantes: Manuel Herrera, Antonio Herrera, Gilberto Hernández, Zeferino Hernández, Agustín Hinojosa, Patricio Hernández, Benjamín Herrerías, Alfonso Hernández, Felipe Huerta, Salvador Hernández L., Roberto Orihuela, Ricardo Orihuela, Mauro H. Hernández, Luis Hernández, Manuel A. Herrera, Luis Iturribarria, Teófilo Ibarra, José A. Ibarra; sargento Juan Francisco Jiménez; aspirantes: Tomás Jiménez, Juan J. Juárez, Julio G. Jiménez, Alfredo Kurczyn; teniente Toribio Lozano, sargento David León; aspirantes: Enrique Luna, Ubaldo López, Joaquín López Fernández, Sealitel Lozano, Melquiades Lozano, Francisco Lanz, Alfonso López de Lara, José de J. Limón, Rutilo López, Jesús López, Elías López, Neftalí Ledesma, Pablo León y Lorenzo Larrima”.

Además, se incluye a los siguientes: “Rodolfo Lamadrid, Francisco Lima, Florencio Lorenzana, Salvador de Lara, Luis López, Manuel López, Wenceslao Labra, Carlos J. López, Medardo López, Jesús López, Julio Linares, Ignacio Lezama, Guillermo Llamas, Miguel Mendoza, capitán segundo Santiago Mendoza; tenientes Alberto Mondragón y Horacio Martínez; sargentos: Florencio Madera, Gabriel Minjares, Ernesto Mújica; cabos: Alfonso Madariaga, José Alfonso Medina, Rodolfo Martínez y Rafael Medina; aspirantes: Gerónimo Morales, Isidro Mondragón, Enrique Mendoza, Austreberto Machorro, Luis A. Medina, Juan del Moral, Fausto Morlet, Roque G. Mendoza, Agustín Morales, Esteban Mendoza, Fernando Molina, Francisco Macías, Enrique Maldonado, Ricardo Medina, Mario Vito, José T. Montiel, Francisco Manzano, Manuel Mateos, Eduardo Medina, Jesús S. Marín, Juan Manjarrez, Andrés U. Martínez, Luis Moncada, Salvador Melo y Maza, Manuel M. Medina, Luis Medellín, Ma-

nuel Medrano, Eduardo Martínez, Gilberto Maxemin, Agustín R. Martínez, Samuel Muñoz, Joaquín Madero; teniente Jesús Navarro; aspirantes: Eduardo Narváez, Ricardo Noriega, Agustín Núñez; aspirante Moisés L. Novelo, sargento Jorge Olmos, cabo Enrique Ortega; aspirantes: Luis Ogazón y M., Eduardo Olguín, José M. Olague, Luis Ortiz, Fernando Obregón, Justino Obregón, José Olvera, Salvador Ojeda, Joaquín Osorio Corona; cabos: César A. Peniche, Alfonso M. Pérez, Manuel G. Pinedo, Eduardo Pigueón, Felipe de J. Pérez; aspirantes: Maclovio Parra, Bernardo Peña, Martín Parafiel, Ignacio M. Picazo, Antonio de la Portilla, Eduardo Peña, Agustín Placencia, Félix Pérez, Eduardo Parres, Enrique Ponce de León, Josafat Plata, Jesús Palomares, Carlos Pavón, Fernando Pacheco, Lorenzo Pineda, David Pérez Sandi, Jesús Pérez, Laurencio Quintero; corneta Silvano Ramón; sargentos: Tomás Ramírez, Fructuoso Rojas, Ambrosio Retureta; cabos: Daniel Rudecindo, Felipe Ramírez, Enrique Ramos, Alfredo Ruiz; aspirantes: José Rivera, Jesús Reynaga, Aureliano Ruiz, Nemesio Romero, Rafael Ramírez, Rubén Rosete, Joaquín Rovelo, Eleazar Ramos, Luis M. Rojas, Heriberto Rea, Roberto Ramírez, Augusto Rivemar, Alberto Ruiz, Moisés Romo, Ricardo Rojas, Crisanto Rojas, Melquiades Rodríguez, Manuel Reyna, Enrique Romero, José Rey, Alberto Ramos, Celso Rivera, Lorenzo E. Rodríguez, Luis Rangel, Martín Rizo, Tarcilo Ruiz, Roberto Ramírez, Angel Rojas, Absalón Romero, Santiago Rodríguez, Hilarión Rodríguez, Apolinar Romero, Moisés E. Rosas; cabo Eduardo G. Sosa; aspirantes: Alvaro Soto Sánchez, Manuel Soto, Ignacio Sánchez, Guillermo E. San Miguel, Baltasar M. Santos, Salvador R. Soto, Onofre Saucedo, Francisco M. Sierra, Federico G. Sierra, Febronio Sánchez, Luis Salazar, Pedro Santos, Héctor Sosa, Julián Saavedra, Pedro Solares, Juan A. Saldaña, Alfonso Sierra, Guillermo Soler, Antonio R. Salcido, Juan G. Suárez, Luis Serrano, Froilán Sandoval, Carlos Sánchez Valle, Alfonso Solís, Miguel Torres, José Telledos, Jesús J. Trejo, José L. Torres, Isaac Talán, Adán Torres, Vicente Talamantes, Eugenio Tamayo, Antonio Torres, Rafael de la Torre, Luis R. Talaú, José H. Trejo, Mariano de la Torre, Raymundo Trujillo, Salvador Torres, Renato Urrutia y Miguel M. Uriarte”.

Además de los nombres que anteceden se consignan los siguientes: “Luis Urdiola, coronel Angel Vallejo, teniente Anastasio Veas, sargento Francisco Vargas, cabo Luis Valdez; aspirantes: Félix Villalobos, Domingo G. Villaseñor, Enrique S. de la Vega, Ignacio Vilella, Vicente Vázquez, Fausto Villanueva, José Vivanco, Fernando Valencia, Luis F. Vargas, Roberto de la Vega, Rómulo Vázquez, Ma-

nuel Vargas, Aurelio Vera; trompeta Gustavo Valdez; aspirantes: Reynaldo Wright, Agustín de la Vega, Leobardo Valtierra, Román Valdez, Julio Velasco, José M. Viveros, Lorenzo Vázquez, Pedro Velasco, Ernesto Velázquez, Alejo Varela, Román Valdés, Guillermo Yépez, Octavio C. Yáñez; sargento primero Gustavo Zermeño; cabos Juan Zamacona y Antonio Zárate; aspirantes: Ismael Zubieta y José Zazueta”.

Algunos de los participantes en el cuartelazo estarán vivos y seguramente a estas fechas les atormentará el remordimiento.

La patria, generosa, los perdona, aunque no olvida.



CAPÍTULO XXV

INVESTIGACIONES SOBRE EL CRIMEN

Sobre el execrable asesinato del Presidente y el Vicepresidente de la República la noche del 22 de febrero de 1913, son sin duda valiosos los testimonios de testigos presenciales o de quienes, en alguna forma, aunque tal vez sin quererlo, tuvieron algo que ver con los trágicos hechos.

Incluimos, por tanto, sus declaraciones, publicadas por el general Francisco L. Urquiza varios años después.

Esto es, por ejemplo, lo que declararon los señores Edmundo Ordóñez, William Jones y L. Iván Crosby:

“El licenciado Eduardo Xicoy, Secretario del Gobierno del Distrito Federal, CERTIFICA: Que en esta Oficina existen unas actuaciones cuyo tenor es el siguiente:

“Al margen un sello que dice: Inspección de Policía, Séxta Demarcación.—México.—Al C. Secretario del Gobierno del Distrito. Presente. Para lo que a bien tenga determinar el C. Gobernador, tengo la honra de remitir a Ud. el acta número 492, levantada en esta Oficina, con motivo de una denuncia que hicieron los señores Edmundo Ordóñez, W. Jones y L.I. Crosby.—Protesto a Ud. mi atenta consideración y respeto.—Constitución y Reformas.—México, 7 de septiembre de 1914.—El Comisario.—D.G. Lamadrid.—Al margen un sello que dice: Inspección de Policía.—Sexta Demarcación.—México.—Acta número 492.—Al centro: «En la ciudad de México, a las dos y treinta y cinco minutos de la tarde de hoy, lunes siete de septiembre de mil novecientos catorce, compareció en esta Oficina el señor Edmundo Ordóñez, quien estando presente, previas las formalidades de ley, dijo así llamarse, ser natural de México, de cincuenta y siete años de edad, soltero, comerciante, con domicilio en la octava del Canal del Norte, casa en construcción, y expuso: que habien-



do tenido conocimiento por los señores William Jones y L. Iván Crosby, con domicilio, el primero en la calle de Artesanos número ocho, y el segundo en la segunda calle de Matamoros número cincuenta y seis, altos dos, de que en el Garage Inglés, situado en la primera calle de López, número seis, de la propiedad del Sr. FRANK DOUGHTY, se encontraba el automóvil número dos mil doscientos sesenta y tres y el que se ha averiguado sirvió para conducir al Sr. Presidente Francisco I. Madero y al Sr. Vicepresidente José María Pino Suárez la noche en que fueron asesinados, determinó conveniente poner el hecho en conocimiento de esta Comisaría por creer interesante suministrar estos datos históricos, y los cuales son los siguientes: Primero, que el automóvil que se usó fue fotografiado por el Sr. Lind: que la reparación del automóvil fue indemnizada en cuatro mil pesos, por Huerta: como probablemente el chauffeur que conducía el auto, de nombre Ricardo, cuyo apellido y domicilio ignora, podrá ministrar antecedentes por haber sido testigo presencial de los sucesos acaecidos, en tal virtud presenta a los señores antes mencionados, a efecto de que si es necesario rindan los informes correspondientes; que no tiene más que decir, en lo que ratificó, previa lectura, y firmó al margen.—Presente en seguida el Sr. D. Guillermo Jones, previos los requisitos legales, dijo llamarse como queda escrito, ser originario de Eau Claire, estado de Wisconsin, de cuarenta y tres años de edad, casado, electricista, con domicilio en la calle de Artesanos número ocho, altos uno, y declara: que es cierto que por conducto del señor Doughty, propietario del garage ubicado en la casa número ocho de la primera calle de López, supo que en poder del señor de que se trata existía un automóvil marcado con el número dos mil doscientos sesenta y tres, el cual sirvió para ser conducidos los señores Presidente Francisco I. Madero y Vicepresidente José María Pino Suárez la noche en que fueron asesinados, y que el citado señor Doughty recibió la suma de cuatro mil pesos importe del tiempo que lo ocupó el gobierno, el declarante conoce al chauffeur llamado Ricardo, quien en aquella época guió el mencionado automóvil; que acerca del paradero del chauffeur, puede dar algunos datos el señor Saucedo, chauffeur de la casa del expresado señor Doughty; que para terminar manifiesta que el automóvil de referencia es marca 'Peerles', con radiador y sombrero diferencial a la marca 'Packard', de siete asientos y como con cuarenta y cinco caballos de fuerza; que el automóvil anteriormente estaba pintado de un color amarillo oscuro y actualmente está pintado de azul marino oscuro, tirando a negro, y que perteneció al

señor Penny, empleado de la Compañía Empacadora 'El Popo'. Ratificó lo expuesto, previa lectura y firmó.—Presente el señor Iván Crosby, previas las formalidades de ley, dijo llamarse así, ser natural del Canadá, de treinta años de edad, casado, fundidor, con domicilio en la segunda calle de Matamoros, número cincuenta y seis, altos dos, declaró que por conducto del señor D. Guillermo Jones, cuñado suyo, tuvo noticias de que en poder del señor Franck Doughty, dueño del garage situado en la casa número seis de la primera calle de López, obraba un automóvil que tenía el número dos mil doscientos sesenta y tres, en cuyo vehículo fueron llevados los señores Presidente Francisco I. Madero y Vicepresidente José María Pino Suárez, la noche en que fueron asesinados, y que el chauffeur que guardaba el automóvil tiene el nombre de Ricardo N., persona que conoce y es de las señas siguientes: estatura regular, algo delgado, trigueño, carirredondo, no tiene barbas ni bigote; que es lo único que tiene que decir, en lo que se ratificó, previa lectura y firmó.—El suscrito da cuenta con las presentes diligencias, al C. Gobernador del Distrito para que esa Superioridad determine lo que juzgue conveniente, habiéndoseles prevenido a las personas que comparecieron denunciando el hecho que se les citaría cuando fuere necesario. Fueron testigos de asistencia los ciudadanos Hernán Zapata y Ramón Rangel, mayores de edad y empleados de esta Inspección. Doy fe.—D.G. Lamadrid.—Edmundo Ordóñez, Guillermo Jones.—Iván Crosby.—Hernán Zapata.—Ramón Rangel.—Rúbricas».

LA VERSION DE DOUGHTY

“En la ciudad de México, a las siete de la noche de hoy, lunes siete de septiembre del año de mil novecientos catorce, por orden del C. Gobernador del Distrito Federal, C. Alfredo Robles Domínguez, y en las Oficinas del mismo Gobierno, se levantó la siguiente información:

“Presente el señor Frank Doughty, previas las formalidades de ley, dijo llamarse así, ser natural de Londres, Inglaterra, de treinta y ocho años de edad, casado, propietario de automóviles de alquiler, con domicilio en el primer callejón de López número seis, y declaró: Que él tiene en su poder el coche número dos mil doscientos sesenta y tres; que recuerda que el sábado veintidós o veintitres de febrero, pues no puede precisar la fecha, del año de mil novecientos trece, le fue alquilado el automóvil en cuestión por orden de D. Ignacio de



la Torre y Mier, habiéndole recogido el mayordomo de dicho señor como a las seis de la tarde del día citado; que recuerda perfectamente que siempre que el mencionado De la Torre y Mier alquilaba alguno de sus automóviles del declarante para ir a la hacienda del primeramente citado, escogía un coche sin toldo, y que la noche de los acontecimientos expresamente pidieron un coche que lo tuviera; que el declarante recibió devuelto el coche a la siguiente mañana, como a las cinco, seis o siete, pues no puede precisar la hora; que el coche presentaba huellas de bala, como cinco o seis agujeros, y que las cubiertas de los asientos y respaldo estaban manchadas de sangre; que cuando el declarante entregó el coche, éste iba manejado por el chauffeur Ricardo Hoyos. Dice además el declarante que al ver el estado en que el coche le fue devuelto, se dirigió a ver al señor D. Ignacio de la Torre y Mier, quien le indicó que entregara dicho coche al Gobierno; que en tal virtud el declarante se dirigió al Palacio Nacional a ver a D. Juan Venegas, jefe de los automóviles del Palacio, quien le indicó que el gobierno no pagaría nada, por lo que el declarante estuvo nuevamente a ver a Ignacio de la Torre y Mier, quien ordenó la compostura del carruaje en los Talleres de la Compañía Mexicana de Vehículos, situada en la cuarta calle de Humboldt. Que en dicho taller el vehículo duró aproximadamente cuatro meses, en virtud de lo cual el declarante indicó a D. Ignacio de la Torre y Mier que deberían pagarle a él, al que habla, la cantidad de cincuenta pesos diarios por cada día perdido de trabajo o la cantidad de seis mil pesos, valor del coche. Que el señor De la Torre y Mier se negó a hacer el pago en cuestión, en vista de lo cual el declarante ocurrió al ministro inglés, quien por conducto de su secretario gestionó de una manera extraoficial el pago correspondiente, habiendo recibido el declarante la suma de cuatro mil pesos en las mismas oficinas de la Legación inglesa. Manifiesta el declarante que al día siguiente de aquel en que el automóvil fuera alquilado por D. Ignacio de la Torre y Mier y conducido por el chauffeur, emocionado aún por los acontecimientos de la noche anterior, le dijo que al señor Madero o al señor Pino Suárez, pues que no recuerda quién de los dos fue, en uno de los costados de la Penitenciaría de este Distrito Federal le fue dado un tiro en el cuello, por la parte de atrás. Que a la Penitenciaría se dirigieron dos automóviles, el uno que era el aquí citado, propiedad del declarante y manejado por el repetido chauffeur Ricardo Hoyos. Este, el chauffeur, estuvo fuera del servicio del declarante durante dos o tres semanas con ofrecimiento de parte de Ignacio de la Torre y Mier de cubrir el importe

de su sueldo al mismo chauffeur, quien actualmente está al servicio del declarante en el sitio de automóviles de que es propietario. Que es todo lo que puede declarar sobre este asunto, y que además tiene algunos papeles relativos al mismo, papeles que bajo su palabra de honor ofrece entregar mañana a las diez y media de la mañana, pues dichos papeles están en el Banco Internacional Hipotecario. Que es todo lo que tiene que declarar, en lo que se ratifica, previa lectura, y firmó.—Frank Doughty.”

“En la ciudad de México, a las cinco y cuarenta y cinco minutos de la tarde de ayer, jueves diez de septiembre del año de mil novecientos catorce, reunidos en el local que ocupa el auto-garage «N.A.G.S.A.», propiedad del señor Agustín Escudero, ubicado en la tercera calle de Ramón Guzmán número ciento venticinco, ciento veintisiete y ciento veintiocho, los señores licenciados Gabriel Robles Domínguez, secretario particular del actual gobernador del Distrito Federal; D. Ignacio de la Hidalga y D. Luis Amieva, así como los chauffeurs Ricardo Romero y Ricardo Hernández, así como el ex ayudante del último, Genaro Rodríguez, que actualmente ejerce el oficio de pintor, se procedió a hacer la identificación de dos automóviles marca «Peerles» y «Protos», respectivamente depositados por el C. Gobernador del Distrito Federal, Alfredo Robles Domínguez, en el garage donde esta diligencia se está verificando; automóviles de que se hace detallada descripción en el adjunto escrito firmado por el señor Agustín Escudero, con fecha de hoy y dirigido al señor Luis Amieva. Careados que fueron e interrogados por el señor Luis Amieva los chauffeurs Ricardo Romero y Ricardo Hernández y el ayudante del último en tiempos pasados, Genaro Rodríguez, se reconocieron entre sí y declararon ser los mismos que, conduciendo el coche «Protos» el primero de los nombrados, y el automóvil «Packard» los dos últimos citados, condujeron respectivamente al señor Presidente de la República, D. Francisco I. Madero, y al señor Vicepresidente de la República, D. José María Pino Suárez, la noche del veintidós de febrero del año de mil novecientos trece, día sábado, del Palacio Nacional al lado oriente del edificio que ocupa la Penitenciaría del Distrito Federal, donde dichos señores fueron asesinados, según declaraciones que cada uno de los declarantes ha hecho por separado. Los mismos declarantes identificaron los automóviles de que en esta acta se hace mención y ratificaron sus declaraciones anteriores respecto de ser el automóvil «Peerles», reformado, en el que, manejado por Ricardo Hernández con su entonces ayudante Genaro Rodríguez, fue conducido al lugar de los acontecimientos

tecimientos, en la fecha mencionada, el señor Lic. D. José María Pino Suárez, Vicepresidente de la República, y el automóvil «Protos» en el que en la misma fecha y en las circunstancias declaradas también por separado, fue conducido al mismo sitio el señor Presidente de la República, D. Francisco I. Madero, en la misma noche ya citada. Y para que conste lo anterior, firman la presente, en unión de los testigos y en las oficinas que ocupa la secretaría particular del Sr. Gobernador del Distrito Federal, hoy viernes once de septiembre del año de mil novecientos catorce.—Ricardo Romero, Ricardo Hernández, Genaro Rodríguez.—Luis Amieva.—Gabriel Robles Domínguez.—Ignacio de la Hidalga.—Rúbricas.”

“Primera calle de López, número cinco.—México, D.F., diez de marzo de mil novecientos trece.—Sr. D. Ignacio de la Torre.—Plaza de Carlos IV número 1.—Muy señor mío: Siento que desde su regreso a la ciudad no le haya sido a Ud. posible verme, pues algunos minutos de conversación hubieran evitado malas interpretaciones. Refiriéndome al ofrecimiento que primeramente se sirvió Ud. hacerme de comprar mi coche en la cantidad de \$6,000.00, ofrecimiento que yo acepté como bueno y que de provenir de cualquier otra persona hubiera exigido me fuera garantizado, le manifiesto que basado en tal ofrecimiento hice yo mismo mis proyectos para la compra de otro coche. Considero necesario protegerme a mí mismo, y con tal fin he depositado en la Legación británica un paquete sellado y cerrado que contiene cuenta detallada relativa al caso que nos ocupa y al resultado de mi última entrevista con usted; este «paquete» deberá ser abierto únicamente por el ministro inglés en caso de que algo inesperado me ocurriera, en cuanto a mi libertad también se entiende. Me alegraré de recibir por conducto del portador alguna respuesta de usted y me permito asegurarle que si por alguna circunstancia especial desea Ud. ser relevado del compromiso que con anterioridad contraí, estoy dispuesto a aceptar el ofrecimiento hecho por medio de su representante relativo al pago de cincuenta pesos diarios desde el tiempo en que el automóvil me fue tomado en alquiler hasta la fecha en que me fue devuelto, reparado y pintado. Si este último arreglo le es a usted satisfactorio, agradeceré prevenga el pago de ese alquiler de semana en semana, pues en vista de haber perdido la utilidad que el carro me reporta y haber tenido que pagar al chauffeur para alejarlo de nosotros, según sugirió Ud., estoy en gran necesidad de dinero. Soy de Ud., querido señor, afectísimo, atento y S.S. Firmado.—Franck Doughy.”

Con los anteriores testimonios se redondea la gran responsabi-

dad que en el crimen tuvo el yerno de Porfirio Díaz, Ignacio de la Torre y Mier.

La versión o declaración, mejor dicho, del mayordomo, robustece dicha responsabilidad.

La declaración de Germán Osorio tiene también singular importancia.

Dejaremos para otro capítulo las declaraciones de los tres testigos presenciales del crimen.

Osorio se condujo como se expresa en seguida:

“Presente el ciudadano Germán Osorio dijo llamarse, y ser natural de San Miguel Tix, distrito de Teposcolula, estado de Oaxaca, de treinta y ocho años de edad, casado, con domicilio en la sexta calle de San Agustín número cincuenta y dos, de esta capital, y previas las protestas de ley, declaró: que está en calidad de portero en la casa del señor Alberto Murphy, donde tenían también sus despachos los señores licenciado Luis Fernández Castelló y el ingeniero Enrique Fernández Castelló, desde el mes de diciembre del año de mil novecientos doce. Que como a las ocho de la noche del sábado veintidós de febrero del año de mil novecientos trece, vio que salió un automóvil cerrado que estaba en aquella casa desde que él entró al servicio del referido Murphy. Que el automóvil regresó hasta las dos de la mañana, aproximadamente, del domingo veintitrés de febrero citado, y que el chauffeur que manejaba el coche, que lleva el nombre de Ricardo Romero, y a quien el declarante conoce, le encargó al que habla que no tocara el mencionado coche. Que dos o tres días después vio que el coche estaba manchado de sangre en los tapetes y que a pregunta que le hizo al chauffeur sobre la procedencia de esa sangre, el citado chauffeur le dijo había llevado a algunas mujeres en el coche y el declarante se supuso, por tanto, que esas mujeres estarían enfermas. Que el coche en cuestión dejó de trabajar el día 1° de mayo del corriente año. Que notó que un farol del coche estaba roto; fue llevado a componer por el mismo chauffeur. Que el chauffeur estaba trabajando en la casa del señor Murphy hasta el mes de mayo de mil novecientos trece. Que dos días después de la noche en que el automóvil fue sacado a las ocho de la noche y devuelto con manchas de sangre, el señor Murphy, acompañado del señor Francisco Moreno y de algunos otros individuos, se acercaron a inspeccionar el automóvil hablando en voz muy baja, y que veían con detenimiento los orificios de bala que el coche tenía. Que hará un mes que el señor Murphy le dio la orden de que dijera que en la casa no había automóvil alguno, y que por esta razón el



declarante negó hoy en la mañana a la policía la existencia del coche en la casa en que el declarante trabaja. Que fue al día siguiente de los acontecimientos del veintidós de febrero de mil novecientos trece, cuando al hacer la limpieza del coche vio dos agujeros de bala en el mismo. Y agregó que la noche señalada, es decir, la madrugada del veintitrés de febrero de mil novecientos trece, después de dejar Ricardo Romero, el chauffeur, el automóvil que se cita en esta acta, subió a las habitaciones del señor Murphy, donde estuvo como tres cuartos de hora, poco más o menos, y se retiró. Que a la mañana siguiente, o mejor dicho, esa misma mañana, pues que el coche regresó como a las dos, el señor Murphy se dirigió a ver el coche. Leído que le fue lo anterior, ratificó y firmó al margen.—*Germán Osorio.—Rúbrica.—Luis Amieva.—Rúbrica.*”

Por su parte, el mayordomo de Ignacio de la Torre y Mier declaró:

“En la ciudad de México, a las seis cuarenta y cinco minutos de la tarde de hoy, lunes catorce de septiembre de mil novecientos catorce, por orden del C. Gobernador del Distrito Federal, y en las oficinas del mismo, se levantó la siguiente información: Presente el señor Francisco Alanís, dijo llamarse así, ser natural de Tepotzotlán, estado de México, de cuarenta y siete años de edad, casado, con habitación en la avenida de los Hombres Ilustres ciento veintidós, EMPLEADO de D. Ignacio de la Torre desde hace veintitrés años, y previas las protestas de ley para conducirse con verdad, declaró lo siguiente: Que el veintidós de febrero del año de mil novecientos trece, día sábado, recibió órdenes de D. Ignacio de la Torre de llevar un automóvil al mayor Cárdenas al Palacio Nacional. Que en cumplimiento de tal orden se dirigió al sitio de automóviles de la Alameda, en donde tomó uno de los que allí había para alquiler, y con él se dirigió al Palacio Nacional, habiendo encontrado a Cárdenas en la comandancia militar, y a dicho señor hizo entrega del coche de que se trata. Que cumplida dicha comisión se regresó a dar cuenta a D. Ignacio de la Torre de haber cumplido su encargo. Que al día siguiente estuvo Cárdenas a hablar con D. Ignacio de la Torre, lo que hizo por cerca de media hora, y presume el exponente que en tal conversación Cárdenas daría cuenta a De la Torre de los acontecimientos de la noche anterior, de los cuales el exponente tuvo conocimiento algunos días después. Agrega el exponente que el día veinticinco, martes, estuvo en la casa de De la Torre el propietario del automóvil que el declarante alquiló la tarde del veintidós; que el referido dueño del automóvil, de apellido Doughty, le refirió lo

que la noche del sábado anterior había acontecido, esto es, que los señores Madero y Pino Suárez habían sido asesinados y como consecuencia de dicho acontecimiento el automóvil de su propiedad, de Doughty, había resultado averiado, por lo que iba a reclamar su compostura. Que otras tres o más ocasiones estuvo Doughty a ver al señor De la Torre sobre el asunto de la reparación del coche, y que en todas ellas el exponente se limitó a hacerlo pasar para que hablase con De la Torre. Agrega además el exponente que sabe que una ocasión un coronel zapatista se presentó en la hacienda de San Nicolás Peralta, propiedad de De la Torre, exigiendo la entrega de la cantidad de cinco mil pesos, que no le fue entregada por parecerle exagerada a D. Ignacio de la Torre, tanto que al día siguiente desapareció de la hacienda el referido zapatista. Que sabe también que en cierta ocasión, y en la época del gobierno del señor Madero, los hombres que en la hacienda de Tenextepango, perteneciente también a D. Ignacio de la Torre, estaban de destacamento, que serían como unos treinta, fueron desarmados por los zapatistas. Que las armas quitadas entonces eran propiedad del gobierno, aunque compradas por D. Ignacio de la Torre. Que el exponente conoció a Cárdenas en una de las haciendas de D. Ignacio de la Torre en que el primero de los individuos citados estuvo de destacamento, y que el mencionado Cárdenas acompañó a la mesa varias ocasiones a De la Torre. Que a Cárdenas, desde la fecha en que, después de los acontecimientos del veinte de febrero, estuvo a hablar con D. Ignacio de la Torre, no lo volvió a ver más por la casa de éste. Que es todo lo que recuerda, pero que cualquier otro dato que sobre el particular le venga a la memoria lo proporcionará con gusto, y leída que le fue la presente, firmó de conformidad.—*Francisco Alanís.—Rúbrica.—Luis Amieva.—Rúbrica.*”

De la Torre y Mier, yerno de Porfirio Díaz, no puede, pues, eludir su execrable complicidad, por más que sobre Huerta recaiga la mayor culpa.



CAPÍTULO XXVI

TRES TESTIGOS PRESENCIALES

Los días 8, 9 y 10 de septiembre de 1914 fueron importantes para esclarecer el nefando crimen cometido en las personas de Madero y de Pino Suárez, al rendir declaración tres testigos presenciales.

Ricardo Hoyos Hernández, Genaro Rodríguez y Ricardo Romero emitieron su declaración sobre lo ocurrido el 22 de febrero de 1913 a espaldas de la Penitenciaría de Lecumberri.

Estos son los documentos al respecto.

“Un sello que dice: República Mexicana.—Gobierno del Distrito Federal.—En la ciudad de México, a las siete y treinta minutos de la noche de hoy, martes ocho de septiembre de mil novecientos catorce, por orden del C. Gobernador del Distrito Federal, Ing. Alfredo Robles Domínguez, y en las oficinas del mismo, se levantó la siguiente información: «Presente Ricardo Hoyos Hernández, previas las formalidades de ley, dijo llamarse así, ser natural de esta ciudad de México, de veintiún años de edad, soltero, de oficio chauffeur y con domicilio en la novena calle de la Magnolia número doscientos cuarenta y dos, interior número seis, y declaró: que el sábado veintidós de febrero del año de mil novecientos trece, como a las seis y media de la tarde, estando el declarante en el sitio de automóviles en la Alameda, se presentó un señor alto, vestido de negro, a quien conoció como procedente de la casa del Sr. Ignacio de la Torre y Mier; que el individuo en cuestión tomó el coche que entonces era manejado por el que habla y le ordenó se dirigiera al Palacio Nacional, lo que hicieron por las calles de San Francisco, llegando a la puerta central de Palacio, a donde el individuo mencionado, cuyo nombre desconoce el declarante, pero a quien personalmente puede reconocer, los dejó por espacio de cuatro horas, aproximada-



mente, hasta que salió un individuo vestido de rural, con el grado de mayor, en quien el declarante reconoció al que lleva el nombre de FRANCISCO CARDENAS. De este individuo recibieron órdenes de entrar al interior del Palacio Nacional, haciendo alto frente a la Intendencia. El declarante hace notar que iba acompañado, él, de un ayudante cuyo nombre no recuerda, pero que puede reconocer en persona. Ya frente a la Intendencia, recibieron órdenes de alinearse él, su ayudante y el chauffeur y ayudante de otro coche cerrado, marca 'Protos', que estaba allí. Pocos momentos después vieron salir de la Intendencia a los señores Madero y Pino Suárez, Presidente y Vicepresidente de la República, respectivamente. Que el primero en subir al coche fue el señor Madero, lo que hizo ocupando el 'Protos' cerrado, y que una vez que el señor Presidente subió al coche indicado, el señor Vicepresidente de la República, D. José María Pino Suárez, subió al coche indicado por el declarante. Que vio que en el coche que ocupaba el señor Presidente Madero iban, además, el chauffeur que lo manejaba y el mayor de rurales Francisco Cárdenas; que este coche iba por delante y él recibió instrucciones del mismo Cárdenas de seguirlo; que en el coche que manejaba el que habla, además del señor Vicepresidente, iban dos tenientes, también de rurales, del Séptimo Cuerpo. Que una vez que salieron del Palacio Nacional dieron vuelta por la calle de La Moneda y siguieron el rumbo directo hasta llegar cerca de la estación de San Lázaro, dieron vuelta a la izquierda y siguieron el rumbo hasta salir frente a la Penitenciaría del Distrito Federal; que al llegar a la puerta de dicho edificio el declarante oyó cómo el mayor Cárdenas daba órdenes de que siguieran adelante; que esto hicieron y dieron vuelta por el costado norte de la citada Penitenciaría, girando nuevamente a la derecha por el costado oriente del mismo edificio, y como a los quince o veinte metros de la esquina, casi frente a la puerta trasera del tantas veces repetido, hicieron alto, oyendo el declarante la voz de Cárdenas, que dirigiéndose al Sr. Presidente le decía: 'Baje usted, carajo. . .', y que al hacerlo, el mismo mayor Cárdenas le dirigió algunos tiros que le tocaron en el costado izquierdo, cayendo del mismo lado, sin decir una sola palabra. Casi al mismo tiempo, los tenientes que ocupaban el coche manejado por el declarante dieron orden al señor Vicepresidente Pino Suárez para que bajara y que al hacerlo igualmente lo tirotearon; que el señor Pino Suárez quiso decir algo, pero que la agresión fue tan rápida que no pudo más que exhalar un suspiro, que el declarante pudo oír perfectamente. Que en el lugar de los acontecimientos se encontraba un celador de la misma

Penitenciaría, que ninguna participación tomó en los acontecimientos, y que según el declarante cree fue llamado para abrir la puerta de la Penitenciaría. Que tan pronto como se desplomaron los señores Presidente y Vicepresidente de la República, ya cadáveres, tanto el mayor Cárdenas como los tenientes que ocupaban el coche que el declarante manejaba se pusieron a esculcarlos y en seguida se dieron a hacer fuego sobre los automóviles, estando el declarante en aquel entonces en peligro de perder la vida por una de las balas disparadas por un teniente. Que entonces vio cómo Cárdenas se quedaba con los cadáveres y los dos tenientes tomaban de nuevo el coche por el declarante manejado, y dichos individuos le dieron orden de seguir adelante. Manejando el coche de izquierda a derecha, según lo indicaban, el declarante llegó a la esquina de las calles segunda del Correo Mayor y primera de la Acequia o Morelos, en donde los tenientes se bajaron, amenazando al declarante y a sus ayudantes con que si hablaban sobre lo que habían visto peligraban sus cabezas. De allí el que habla se dirigió a dejar el coche como a las doce de la noche al garage que está situado en la esquina de las calles de Balderas y la Avenida Morelos, donde tenía en pensión todos sus coches el Sr. Francisco Doughty, que era el propietario del coche que él manejaba y que es el mismo que sabe acaba de ser recogido por orden del señor gobernador del Distrito Federal, reconociendo que dicho carruaje es el mismo que condujo al señor licenciado D. José María Pino Suárez, Vicepresidente de la República, en su recorrido del Palacio Nacional al sitio en que fue asesinado el señor Pino Suárez y el señor Presidente Madero. Que de allí, lleno de susto, se dirigió a su casa habitación, situada en la séptima calle de Zaragoza número ciento treinta y siete, interior número dieciséis, y que se propuso, por las fuertes emociones que había recibido, no decir a nadie nada de lo que había presenciado. Preguntado que fue el declarante de cómo se explica que en el interior del coche que él manejaba se hayan encontrado huellas de sangre, dice que probablemente después que fueron esculcados los cadáveres de los señores Madero y Pino Suárez, los tenientes se limpiaran las manos en las fundas de los asientos y respaldos del coche, y tal presunción se corrobora con el hecho de que esas huellas de sangre parecían 'dedazos'. Después, al día siguiente, supo que lo buscaban en el sitio de automóviles de la Alameda donde él trabaja y ha estado trabajando hasta ahora, pero que él, temeroso por los acontecimientos que presenció, no quería salir de su casa; que el señor Doughty fue a buscarlo, quien le dijo que lo necesitaba solamente para hacer algu-

nas aclaraciones y que ese mismo día lo llevaron al Palacio Nacional, el domingo veintitrés de febrero por la mañana, y allí el mismo Cárdenas le dijo: 'Vas a decir esto', o si no, 'pena de muerte'; me pasaron a una pieza donde había dos individuos, uno de ellos al parecer licenciado, de quienes no sabe los nombres, pero podría reconocerlos en persona; que uno de dichos individuos le dijo que si protestaba decir 'mentiras'; así, pues, la declaración de protesta que le tomaron fue, según dice el declarante, para decir mentiras. Después, dice el que habla, que los obligaron a firmar algo que ellos no pudieron leer porque no se los permitieron. Que el declarante cree que los obligaron a firmar una declaración simulando un asalto a los automóviles en la noche anterior, conforme a lo publicado por la prensa del domingo siguiente a la fecha en que acontecieron los sucesos narrados. El declarante protesta por su honor de hombre que todo lo referido es la verdad de lo sucedido, y que cualquier cosa que se descare aclarar, él está en la mejor disposición para ayudar a ello. Que la verdad de los hechos es lo que ha referido. Que el mismo domingo veintitrés de febrero de mil novecientos trece, como a las diez y media de la mañana, condujo el automóvil por orden del Sr. Doughty al Palacio Nacional, estuvieron allí como unas tres o cuatro horas, tiempo en que el señor Doughty estuvo dentro, y después recibió órdenes del mismo señor de que el declarante se estuviera en su casa mientras él, Doughty, arreglaba lo que se debía hacer con el que habla. Que estuvo recibiendo sueldo durante unas dos semanas, sin trabajar, recibiendo el dinero de manos de Doughty. Después de ese tiempo volvió al servicio del mismo. Que es todo lo que recuerda, pero que si algo nuevo pudiera encontrar está en la mejor disposición, como antes lo ha dicho, de declararlo, a fin de poner en claro cualquier otro dato sobre el cual se le pregunte con referencia a esa averiguación. Leído que le fue este escrito rectificó que la expresión 'carajo' emitida por Cárdenas fue cuando éste ordenaba al chauffeur que manejaba el coche cerrado en que iba el señor Madero que siguiera adelante, ocurriendo esto frente a la puerta de la Penitenciaría que ve hacia las calles de Lecumberri. Que firma con el nombre de Ricardo Hernández, que es su verdadero nombre, pues se había aumentado el apellido de Hoyos con el objeto de despistar a los que le perseguían en la época pasada.—Y firmó.—Doy fe.—Al margen: Ricardo Hernández.—Rúbrica.—Luis Amieva.—Rúbrica.»

En relación con los dos vehículos utilizados la noche trágica del 22 de febrero de 1913, hay este documento:



“Cumpliendo con lo que sirvió Ud. ordenarme anoche, tengo la honra de informar a Ud. que los dos automóviles enviados para su guarda a este garage por el Sr. gobernador del Distrito son los siguientes:

“Primero: Automóvil «Peerles» enviado el siete de septiembre a las ocho de la noche, motor 671, carrocería abierta de siete asientos, pintado de azul obscuro. Este coche no tiene ninguna huella en virtud de haber sufrido varias reparaciones por estar trabajando en el sitio, y tiene varias piezas de «Packard», tales como el radiador, ruedas traseras y otras.

“Segundo: Automóvil «Protos». Wagen. Número 931. Motor P.S. Gewicht K, 050. Landalet, cuatro cilindros. 18-21 HP, pintado de verde y negro, con filetes de oro y con monograma «A.M.». Fue traído el nueve de septiembre a las diez de la mañana. Marcas particulares: la carrocería del lado derecho tiene un agujero en el tablero y en capirote, tres; en el costado izquierdo uno en el tablero, otro en el marco de la puerta que atraviesa la vestidura interior. El interior del coche está forrado de paño verde obscuro, con cubrepolvo gris, notándose en los forros de los asientos unas manchas. En la puerta del lado derecho se observan dos agujeros y otro en el tablero del frente. Protesto a Ud. mi atenta consideración y respeto. México, a once de septiembre de mil novecientos catorce. Firmado: A. Escudero.—Al C. Luis Amieva.—Presente.”

TESTIMONIO DEL AYUDANTE

El ayudante del conductor, mencionado antes, por su parte, al comparecer el 9 de septiembre de 1914, produjo la declaración que se transcribe:

“En la ciudad de México, a las siete y cuarenta y cinco de la noche de hoy, miércoles nueve de septiembre de mil novecientos catorce, por orden del ciudadano gobernador del Distrito Federal, ingeniero Alfredo Robles Domínguez, y en las oficinas del mismo, se levantó la siguiente información: presente Genaro Rodríguez, dijo llamarse así, ser natural de Pungarabato, estado de Guerrero, de dieciocho años de edad, de oficio en la actualidad pintor y anteriormente ayudante de chauffeur, con habitación en la primera calle de Victoria, número once, y previas las protestas de ley, declaró lo siguiente: Que recuerda que un sábado posterior a la «decena trágica», como a las cinco y media o seis de la tarde, se presentó en el sitio de automóviles de la Alameda, donde el declarante prestaba sus ser-

vicios como ayudante de un chauffeur que manejaba un coche del referido sitio, un individuo alto, de complexión delgada, vestido de negro, que tomó el automóvil en que el declarante trabajaba y ordenó lo condujera al Palacio Nacional por las calles de San Francisco, que frente a la puerta central de Palacio estuvieron esperando como cerca de cuatro horas, esto es, como hasta las diez y media de la noche, aproximadamente, hora en que salió un individuo con uniforme de rural en que el declarante reconoció a Cárdenas, que de este individuo recibieron órdenes de entrar a Palacio, y que antes de hacerlo el individuo que tomó el coche en el sitio de la Alameda hizo indicación al chauffeur de que desde ese momento, es decir, al entrar a Palacio, quedaba el coche a la orden de Cárdenas; que por orden de éste el coche llegó hasta la puerta de la Intendencia, en donde el declarante vio otro coche grande, cerrado, y al lado izquierdo otro automóvil como el del Sr. Presidente Madero; que pocos momentos después salieron de la Intendencia los señores Presidente y Vicepresidente de la República, D. Francisco I. Madero y Lic. D. José María Pino Suárez, respectivamente; que estaban allí al lado de los automóviles otros dos rurales, además de Cárdenas, en quienes el declarante no pudo reconocer sus respectivos grados; que al salir el Sr. Madero se dirigió a tomar el automóvil de la Presidencia, pero que Cárdenas, inmediatamente, le dijo: «En ése no, señor Madero...», y le indicó que debía subir al otro automóvil cerrado; en ese mismo coche subió Cárdenas y en el automóvil del que el declarante era ayudante subió el señor licenciado Pino Suárez, acompañado de los dos rurales antes citados; que de Cárdenas recibieron orden de seguir al coche en que el mismo Cárdenas iba con el señor Madero, y saliendo de Palacio dieron vuelta por las calles de La Moneda, Cadena, Escobillería, hasta llegar cerca de la estación de San Lázaro, donde dando vuelta a la izquierda se dirigieron a la Penitenciaría del Distrito; que allí, frente a la puerta central, se bajó Cárdenas y que inmediatamente después dio órdenes al coche cerrado de que siguieran adelante; que caminaron de frente el coche en que iba el declarante, siempre siguiendo al que ocupaba el señor Madero y dieron vuelta a la derecha, siguieron por el costado norte de la Penitenciaría girando nuevamente a la derecha hicieron alto en el costado oriente de la mencionada prisión, cerca de una puerta que hay allí; que vio cómo el señor Madero se bajaba del coche y al mismo tiempo el señor Pino Suárez preguntaba a los rurales que iban con él: «Nosotros nos bajaremos también, ¿verdad?...», los que contestaron afirmativamente; que en el mismo momento en que



bajaban del coche vio cómo Cárdenas, intempestivamente, descargaba su pistola sobre el señor Madero y al propio tiempo, cuando el señor Pino Suárez quiso hablar algo, los rurales que estaban junto a él lo acribillaron a balazos sin haberle permitido decir una sola palabra por lo intempestivo de la agresión, y que el declarante pudo oír tan sólo un suspiro del señor Pino Suárez cuando éste se desplomaba. Que el declarante vio cómo los rurales, al desplomarse los cadáveres de los señores Madero y Pino Suárez, se echaron sobre ellos para esculcarlos; que después de esto los dos rurales subieron nuevamente al coche que antes habían ocupado y dieron orden al chauffeur de ponerse en marcha; que en el sitio de los acontecimientos se quedó Cárdenas junto a los dos cadáveres y acompañado también de un celador de la Penitenciaría. Que el coche donde el declarante iba, siguiendo caminando siempre a indicación de los rurales, los que cargaron sus pistolas durante el camino, al llegar a la esquina del Correo Mayor y la Acequia se bajaron, y les dijeron tanto al chauffeur como a él, al declarante, que cuidado con que dijeran algo; que de allí se dirigieron al garage de las calles de Balderas, donde depositaron los coches pertenecientes al señor Doughty. Que al día siguiente se dirigió al sitio de automóviles donde trabajaba y que al presentarse, como a las ocho de la mañana, el señor Doughty le dijo: «Usted, vámonos por unos días, porque peligra su vida...», y que él, el declarante, no le preguntó por qué, pues se figuró que tal indicación era motivada por los acontecimientos de la noche anterior; que no volvió a presentarse más al referido sitio de automóviles y que más tarde, por consejos de un hermano suyo, se dedicó al oficio de pintor, en que actualmente trabaja. Que conoce a Ricardo Hernández, que fue el chauffeur que manejaba el automóvil en que iba el señor licenciado D. José María Pino Suárez la noche en que para asesinarlo lo trasladaron del Palacio Nacional a la Penitenciaría, y que conoce también al otro chauffeur, llamado Ricardo Romero, que iba manejando el coche ocupado la misma noche de los acontecimientos por el señor Presidente Madero; que es todo lo que sabe o que en el momento tiene en la memoria, pero que si después recordase algo más, está en la mejor disposición de declararlo.—Genaro Rodríguez.—Rúbrica.—Luis Amieva.—Rúbrica.»

LO QUE VIVIO EL OTRO CONDUCTOR

Finalmente, el otro conductor refirió todo cuanto vivió aquella trágica noche:



“En la ciudad de México, a las doce y quince minutos del día diez de septiembre de mil novecientos catorce, en las oficinas del C. gobernador del Distrito Federal, ingeniero Alfredo Robles Domínguez, y por orden del mismo, se levantó la siguiente información: Presente Ricardo Romero, dijo llamarse así, y ser natural de esta capital, de veinte años de edad, soltero, con domicilio en la segunda calle de Aldaco número doce, y previas las protestas de ley, de producirse con verdad, declaró lo siguiente: «Que prestando sus servicios como chauffeur en la casa particular del Sr. Alberto Murphy, situada en la segunda calle de San Agustín número cincuenta y dos, como a las cinco y media de la tarde del sábado veintidós de febrero de mil novecientos trece, fue llamado por su patrón, quien le preguntó si estaba cargado el automóvil, y al contestar el exponente que sí, le dio órdenes Murphy de que se pusiera a la disposición del señor Cecilio Ocón, quien en esos momentos salió del despacho que en la misma casa tenía el ingeniero Enrique Fernández Castelló, que delante del mismo señor Ocón el exponente recibió órdenes de Murphy de que el que hablase no pusiera impedimento de ninguna especie para ir al lugar donde se le designaría, motivando tal indicación, según cree el exponente, el hecho de que el automóvil era nuevo y por tanto él, el que habla, siempre tenía mucho cuidado con él. Que siguiera por el camino que se le indicara y que cumpliera con las órdenes que recibiera del citado señor Ocón, le dijo Murphy al que esto expone, dándole así a entender que aunque el coche se deteriorara o rompiera. Subió al coche el señor Ocón y dio órdenes al exponente de dirigirse al Palacio Nacional, a donde fue. Que allí estuvo Ocón como hora y media, y al salir, montando nuevamente Ocón, ordenó al exponente se dirigiera a las calles de las Artes. Que así lo hicieron y el mismo Ocón le indicó dónde debía hacer alto, resultando ser la casa del señor Félix Díaz, frente a donde se paró el coche. Que Ocón entró a dicha casa y salió en seguida, ordenándole al que habla que fuera a la Secretaría de Guerra. Que en este mismo lugar estuvo Ocón como media hora y saliendo nuevamente ordenó ir a la calle de las Artes otra vez, a la casa de Félix Díaz, donde estuvo como media hora. De allí fueron al Palacio Nacional nuevamente, y entrando al patio de honor mandó Ocón detener el coche frente a la Intendencia. Que Ocón se dirigió a la Comandancia Militar y al salir lo hizo acompañado de otra persona que era un mayor de rurales, y se dirigió al exponente preguntándole si el coche estaba listo para trabajar toda la noche. Que ya antes le había dicho el mismo Ocón al que habla que lo iba a poner a las órdenes

de otra persona, y como el exponente le hiciera notar que ya era muy tarde, Ocón le contestó que se fijara en que el señor Murphy lo había puesto completamente a la disposición de él, de Ocón. Que pocos momentos después el mayor de rurales puso al lado del exponente un soldado, rural también, con la consigna de que no permitiera ni hablar con alguien. Que pocos minutos después salió de la Intendencia un señor que llevaba una capa militar y un sombrero negro de invierno, peludo, en quien el declarante reconoció al señor D. Francisco I. Madero, Presidente de la República; que el señor Madero se dirigió al automóvil de la Presidencia, que también se encontraba en el patio de honor, con intenciones de subir a él, pero que Cárdenas le indicó que debía subir al automóvil manejado por el declarante. Que así lo hizo el señor Madero, y entonces Cárdenas se dirigió a otro automóvil ‘Packard’ reformado, manejado por el chauffeur Ricardo Hernández, a quien el declarante conoce, e hizo el mismo Cárdenas que el señor Pino Suárez, Vicepresidente de la República, quien también salió de la Intendencia, subiera al automóvil últimamente citado, acompañado el señor Pino Suárez de otros dos oficiales rurales. Que después Cárdenas se dirigió al coche en que ya estaba el señor Madero y subió a él, y por la portezuela contraria lo hizo un capitán rural gordo, algo trigueño, de bigote, estatura mediana, a quien si el declarante viera podría reconocer, individuo que apreció ser muy amigo de Cárdenas, pues que se hablaban de ‘tú’; que una vez dentro del coche, dichos señores, esto es, el señor Presidente Madero, el mayor Cárdenas y el capitán últimamente citado, así como también el centinela que antes cuidara por órdenes de Cárdenas al exponente, el mismo centinela siempre junto al chauffeur que es el que está rindiendo esta información, salieron del Palacio Nacional, dirigiéndose por las calles de La Moneda hasta San Lázaro, donde dieron vuelta por las calles de Ferrocarril de Cintura hasta llegar a la Penitenciaría del Distrito Federal; que allí el chauffeur hizo parada, pero inmediatamente le tocaron el cristal, y con voz atañera y diciendo una blasfemia le ordenó el mismo Cárdenas que siguiera adelante. El declarante le hizo notar que allí era la Penitenciaría, donde al salir de Palacio le indicó que los condujera, y entonces Cárdenas se bajó por la puerta de la izquierda del coche y sacando la pistola del carcaj que llevaba en el lado derecho, se la puso en la cintura, entre el pantalón y la camisa, amenazando al exponente antes y diciéndole siguiera adelante. En ese preciso momento salió de la Penitenciaría, por la puerta central, un celador que el declarante comprendió era oficial, porque llevaba galones en



la cachucha; dicho celador habló en secreto con Cárdenas, y de la conversación que tuvieron nada pudo oír el exponente, tanto por el ruido del automóvil cuanto por el estado de ánimo acobardado en que ya se encontraba por lo que estaba aconteciendo. Que el otro automóvil, en el que iba el señor licenciado José María Pino Suárez y los dos rurales que lo acompañaban, estaba un poco atrás del lugar que ocupaba el manejado por el declarante y un poco hacia la izquierda. Que él vio que el celador subió a los estribos del mismo coche, y Cárdenas, subiendo nuevamente al coche en que iba el señor Madero, dio órdenes al declarante, que era quien manejaba el mismo coche, de que siguiera hacia la Penitenciaría; que Cárdenas parece que simulaba creer estar en el lugar donde se veían las luces del edificio ocupado por el rastro de la ciudad, ubicado por el rumbo de Peralvillo. Que echó a andar el automóvil y el celador, subido en el estribo, le iba indicando la dirección que debía tomar, siguiendo por el costado norte de la Penitenciaría y después dando vuelta a la derecha siguieron por el lado oriente del mismo edificio, frente a las bodegas de la casa de Roberto Boker y Cía. Cárdenas tocó nuevamente el cristal ordenándole al exponente que allí pararan, y bajó él seguido del señor Madero y del otro oficial gordo, al mismo tiempo que bajaban del otro automóvil el señor Pino Suárez y los dos oficiales rurales. Que caminaba el señor Madero por delante, dirigiéndose a una puerta angosta de la misma Penitenciaría, cuando Cárdenas, sacando la pistola le hizo fuego por detrás, penetrando el proyectil por el cuello y saliendo por la barba, según el declarante pudo ver al reflejo de los fanales del coche. Que casi al mismo tiempo el celador hizo fuego sobre el señor Pino Suárez, quien llevaba un pañuelo en la boca, repitiendo las descargas Cárdenas y los demás oficiales sobre los cadáveres de los señores Presidente y Vicepresidente de la República cuando éstos estaban caídos. Que entonces se oyó un suspiro del señor Pino Suárez y el mismo señor hizo un movimiento, y al ver tal cosa, el capitán gordo, dirigiéndose al soldado que había ido cuidando al exponente, le quitó la carabina que llevaba, y diciendo: 'todavía se mueve este hijo de...', refiriéndose al señor Pino Suárez, hizo fuego sobre dicho señor hasta quemar todos los cartuchos que el arma tenía. Inmediatamente después, Cárdenas ordenó se bajara el soldado centinela para balacear los coches, lo que hicieron, habiendo roto los cristales de las portezuelas, un farol, una de las linternas y la carrocería del coche, que atravesaron de lado a lado. Que cuando el declarante oyó el primer disparo, corrió a unirse con su compañero, el chauffeur Ricardo

Hernández, que manejaba el otro automóvil, a quien lleno de susto le preguntó: '¿No nos matarán...?'. A lo que Hernández le contestó: 'Cállate, no nos vayan a fregar...'. Que en ese lugar vio cómo los oficiales y el mismo Cárdenas estaban esculcando los cadáveres, sacando de los bolsillos de las ropas de los mismos los papeles que llevaban, y de las ropas del señor Pino Suárez vio que sacaron un block de papel blanco. Entonces, Cárdenas dio órdenes de que montaran en el otro coche y se retiraran del lugar, quedándose junto a los cadáveres el capitán gordo, el celador de las cintas en la cachucha y el que habla, pues que quienes recibieron órdenes de retirarse del lugar fueron los dos oficiales que acompañaron hasta allí al señor Pino Suárez, lo que hicieron en el mismo coche en que llegaron, que fue el que manejaba Ricardo Hernández. Que en el automóvil que el declarante llevaba subieron el capitán gordo, Cárdenas y el celador, dirigiéndose nuevamente a la puerta principal de la Penitenciaría, de donde salieron dos celadores más, a quienes no conoce el exponente ni pudo ver bien, pues él mismo ya estaba con verdadero temor de lo que tal vez pudiera ocurrirle allí mismo por el hecho de haber sido testigo involuntario de los acontecimientos que ahora narra. Que recibió órdenes de Cárdenas de regresar al lugar de los sucesos, donde se habían quedado los cadáveres de los señores Madero y Pino Suárez, y como el exponente se negara a obedecer esta última orden, Cárdenas dijo que hiciera lo que se le mandaba si no quería que le pasara lo mismo, refiriéndose a los asesinatos que se acababan de cometer. Que nuevamente se dirigieron al lugar de los asesinatos el celador que salió primero y que antes había estado en el lugar y los dos celadores que salieron después de la Penitenciaría por la puerta central, y ya en el sitio donde estaban los cadáveres, los dos últimos celadores los pusieron en el coche, quedando el cadáver del señor Madero sobre el del señor Pino Suárez, mal acomodados, con los pies hacia afuera. Al conducir los celadores a los cadáveres del sitio en que se encontraban al interior del automóvil los tomaron de los hombros uno de ellos y de los pies el otro. Que regresaron nuevamente a la puerta principal de la Penitenciaría, donde había quedado Cárdenas, el capitán gordo y el centinela que había vigilado al chauffeur. Que en seguida uno de los soldados trajo un sarape color gris que tendieron en el piso justamente bajo la portezuela del coche, y que entonces Cárdenas, jalando a los cadáveres por los pies, los dejó caer sobre la manta. Cuando el referido Cárdenas jaló el cadáver del señor Pino Suárez cayó de los bolsillos de las ropas de éste un reloj y cadena de

color blanco y un lapicero de color amarillo. Que tomando Cárdenas dichos objetos con los dedos índice y pulgar los levantó en alto, y como uno de los que estaban allí le preguntara al mismo Cárdenas '¿qué cosa es?', Cárdenas respondió: 'un lapicero', y el exponente pudo ver a la luz de los faroles del coche que el reloj tenía grabadas algunas letras iniciales. Que entonces metieron los cadáveres al interior de la Penitenciaría, subiéndose en seguida al coche Cárdenas y el oficial gordo, habiendo ordenado el primero al declarante que se dirigieran al Palacio Nacional, lo que hicieron por distinto rumbo del que antes tomaran para dirigirse a la Penitenciaría, habiendo llegado hasta la puerta Mariana del Palacio, donde se detuvo y bajaron del coche los ya citados. Allí Cárdenas nuevamente lo amenazó con que si hablaba una sola palabra de lo que había visto, 'le pasaría lo mismo...'. Que lleno de espanto por todo aquello, se dirigió a encerrar el coche a la casa del señor Murphy y recibió a la entrada, por conducto del portero, un recado del mismo señor Murphy, de que subiera a verlo tan pronto como llegara, y que estaba hablando con el portero, mejor dicho, estaba oyendo la orden referida cuando el mismo Murphy lo hizo entrar a una de las recámaras y le preguntó lo que había ocurrido, habiendo el declarante referido a Murphy lo acontecido, quien sonriente le dijo: 'Pues cierra el coche y a ver qué mentira cuentas al portero...'; el mismo Murphy le dijo al declarante: 'No tengas miedo, nada te ha de pasar; al contrario, yo haré que te den una buena gratificación por tu silencio; que debes guardarlo...', a lo que él contestó que no quería gratificación alguna, sino tan sólo que no lo fueran a matar también, pues él no era culpable de lo que por la fuerza de las circunstancias había presenciado. Bajó el declarante la escalera, cerró el coche y aunque por ser sábado había pensado irse a divertir a alguno de los bailes públicos, dado el estado de ánimo aterrorizado en que se encontraba, optó por quedarse en la misma casa, sin salir más, habiéndose quedado con el camarista Hipólito, a quien refirió lo que había visto. Que sabe que Hipólito tuvo un disgusto con la señora de Murphy y que el declarante cree que en la actualidad se encuentra en San Luis Potosí. Que no sabe el apellido del referido Hipólito, pero que si lo viera lo reconocería inmediatamente. Que se le olvidaba decir que al dejar a Cárdenas en el Palacio Nacional, el mismo individuo le dijo: 'Por acá tienes que venir a declarar, pero solamente tendrás que firmar, ya que está todo arreglado...'. Que acompañado por Ocón se fue a la Comandancia Militar, en donde lo hicieron entrar a un departamento en que se encontró con el



mismo Cárdenas. Que allí dos señores, un viejecito y otro que parecía ser meritorio, por lo muy joven, le presentaron un escrito que sin leer le ordenaron que firmara. Que dicho papel fue también firmado por Cecilio Ocón y por Cárdenas. Que a la Comandancia se dirigieron en el mismo automóvil que ocupó el señor Madero la noche de los acontecimientos narrados, y después de firmar el papel que ha citado, Cárdenas y Ocón se dirigieron a ver el repetido automóvil, habiendo examinado. Que después Cárdenas le dijo: 'Llévame a la Inspección de Rurales...', lo que hizo, dejándolo en aquel lugar, pues aunque el mismo Cárdenas le dijo que lo esperara, él tenía horror de andar con dicho individuo. Que es todo lo que recuerda; que protesta haber dicho la verdad, y leído que le fue el presente, lo firmó de conformidad.—Ricardo Romero.—Rúbrica.—Luis Amieva.—Rúbrica».

Con la inserción de estos documentos creemos que se complementan las informaciones que antecedieron relacionadas con los días trágicos que vivieron los habitantes de la ciudad de México en el mes de febrero de 1913.

Pero sobre la sangre de Madero, de Pino Suárez y de otros mártires comenzó a levantarse, con el derrumbe de la usurpación, un México nuevo.

Aquella jornada tinta en sangre fue dolorosa, muy dolorosa para el país, pero propició el advenimiento de la revolución social.

Conjunto CODAGEM, Metepec, Méx.
marzo de 1982



BIBLIOGRAFÍA

- La culpa de Lane Wilson*, por Ramón Prida.
Febrero de 1913, por Martín Luis Guzmán.
Memorias de Victoriano Huerta, por Victoriano Huerta.
La decena roja, por Gonzalo N. Espinosa, Joaquín Piña y Carlos B. Ortiz.
Madero el immaculado, por Adrián Aguirre Benavides.
Félix Díaz, por Luis Liceaga.
Los últimos días del presidente Madero, por Manuel Márquez Sterling.
De mi vida. Memorias políticas, por Rodolfo Reyes.
La Revolución Mexicana, por Federico González Garza.
Historia de la Revolución Mexicana, por Jorge Vera Estañol.
La decena trágica, por Juan Manuel Torrea.
Estudios históricos, por Jesús Romero Flores.
Apuntes para la historia de la Revolución Mexicana, por Juan Sánchez Azcona.
Madero. Esbozo político, por Luis Lara Pardo.
De cómo vino Huerta y cómo se fue. Anónimo.
Madero, por Alfonso Taracena.
Madero, víctima del imperialismo yanqui, por Alfonso Taracena.
Mi vida en el vértigo de la Revolución Mexicana, por Alfonso Taracena.
La consumación del crimen, por Diego Arenas Guzmán.
Radiografía del cuartelazo, por Diego Arenas Guzmán.
De Francisco J. Madero a Francisco Villa, por Luis Aguirre Benavides.
Nuestros buenos vecinos, por Miguel Gil.

Historia de la Revolución Mexicana, por Félix Manzano.

Historia gráfica de la Revolución Mexicana, por Gustavo Casasola.

¡Viva Madero!, por Francisco L. Urquiza.

La ciudadela quedó atrás, por Francisco L. Urquiza.

Historia de la Revolución Mexicana, por José Mancisidor.

Periódicos y revistas de la época y de la actualidad.



Esta edición en formato electrónico de

La Decena Trágica

de

José Ángel Aguilar

terminó de editarse en febrero de 2013,
y es un excelente colofón a una de las tareas
primordiales del INEHRM, la divulgación de la historia
de México con la edición de libros.

Y es que ahora y desde un servidor electrónico,
aspiramos a que conserves este libro y se convierta
en un reflejo que habrá de multiplicarse
a disposición de quienes aman la lectura y buscan
satisfacer la curiosidad por nuestra historia y,
por qué no, para ser utilizado en tareas
y consultas escolares de todos los niveles.



Visita la Biblioteca de las Revoluciones de México,
Plaza del Carmen núm. 27, San Ángel,
Delegación Álvaro Obregón, 01000, México, D. F.
Horario de atención: de lunes a viernes, de 9:00 a
18:00 horas

bibliotecainehrm@sep.gob.mx
Teléfono 3601-1000, extensiones 68315 y 68323
<http://biblioteca.inehrm.gob.mx/>

En 1981, el Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana (INEHRM), publicó dentro de su colección “Biblioteca” una obra en dos tomos sobre “La Decena Trágica”, escrita por José Ángel Aguilar, que, recorriendo el día a día entre el 9 y el 23 de febrero, narra el conjunto de acontecimientos que la ciudad de México experimentó en torno al cuartelazo que Victoriano Huerta cometió en contra del presidente Francisco I. Madero y el vicepresidente José María Pino Suárez, y que cambió el rumbo de la revolución mexicana con la resurrección del autoritarismo y la dictadura militar.

El estilo del autor es interesante, ya que narra los acontecimientos a partir de un estilo novelado, incorporando diálogos y entrevistas, recuperando testimonios ficticios pero sustentados en datos históricos documentales y bibliográficos. También, el autor recuperó notas extraídas de los periódicos *Excélsior*, *El Imparcial* y *Mexican Herald*, que enriquecen la narración testimonial de los reporteros que, en su momento, narraron los acontecimientos que se fueron sucediendo a lo largo de diez días.

La obra en dos tomos y que hoy presentamos en un sólo libro, no pretende ser un texto académico, pero tampoco testimonial de un protagonista, sino más bien una crónica de acontecimientos del llamado Cuartelazo.

